LEXI THURMAN



La Fortaleza del HIGHLANDER

CLAN ASTRUTHER 2

Cubierta: Luce Monzant

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El copyrigh estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Capítulo 1

Clan Astruther, 1194

Scarlett Claymore miró a su alrededor mientras esperaba que bajasen el puente levadizo. El viaje desde Inglaterra había sido largo y pesado, pero había merecido la pena gracias al paisaje que se había ido encontrando.

Una vez dejaron atrás los frondosos campos de Inglaterra y se adentraron en la tierra salvaje e indomable que ella pensaba que eran las Highlands, descubrió que no todo lo que le habían contado sobre las Highlands era cierto.

Nadie le había hablado sobre las montañas escarpadas que se alzaban como titanes de musgo y rocas, con sus cimas perdidas en las nubes bajas, dando la impresión de tocar el cielo. Tampoco le habían relatado que las oscuras y profundas aguas de los lagos parecían no tener fin. Ni le habían descrito las cascadas de agua cristalinas que caían desde las alturas.

Las veces que los caballeros que habían pernoctado en el castillo de su padre le habían contado su experiencia en las Highlands, habían olvidado mencionarle que el trino de los pájaros era más alegre, más melodioso, como un regalo de la naturaleza.

Scarlett amaba la naturaleza. Ella se sentía un alma libre que palidecía cuando era encerrada en cuatro paredes. Dentro de lo posible había tenido una infancia feliz en la que había podido correr por las tierras de su padre y disfrutar de los caballos; su gran pasión, al igual que el resto de animales. Ella amaba a todos los seres vivos sin distinción. Disfrutaba de pasar horas tumbada en la hierba con la única compañía del viento golpeando su rostro y las mariposas revoloteando a su alrededor.

En otras circunstancias, las Highlands no serían un mal lugar para visitar. Pero, desgraciadamente, Scarlett no era una mera invitada, ya que había sido comprometida con el feroz laird de los Astruther.

La hija de un barón inglés como ella no tenía la posibilidad de casarse por amor. Eso lo sabía desde que tenía uso de razón. Ese lujo solo estaba en la mano de las campesinas, y no de todas. Aun así, su mente fantasiosa, esa que a veces le provocaba quedarse callada, con la vista ida, inmersa en un mundo imaginario que su cabeza había creado, le había hecho creer que ella sería una excepción.

Pero había estado equivocada.

No le había rogado a su padre que cancelase el compromiso, ya que, tal como le habían hecho saber, había sido el propio rey quien lo había ordenado. Y porque ella era obediente. No causaría un problema a sus padres y a su hermano, a pesar de que su corazón se rompiera en mil pedazos.

Pero allí, frente al puente levadizo, observando la fortaleza a lo lejos, se preguntó si, tal vez, los Astruther no eran tan feroces como le habían hecho creer. Sí, tal vez, había alguna posibilidad de que Irwin Astruther estuviese dispuesto a disolver el compromiso.

Como mujer, no era una posibilidad para ella, pero como laird y hombre, Irwin podía encontrar la manera de mostrar su desacuerdo al rey de Inglaterra. En realidad, ella no comprendía por qué Irwin había aceptado la imposición de Ricardo cuando no era su rey.

No lo había preguntado, porque había sido educada para no realizar ese tipo de cuestiones, ya que las mujeres no debían mostrar interés en esos menesteres.

El ruido inconfundible de las maderas moviéndose la sacó de su ensoñación. Scarlett miró

hacia el profundo foso que, poco a poco, iba quedando cubierto por la madera que creaba un camino hacia la fortaleza Astruther. Ella no pudo evitar que un pequeño escalofrío le recorriera el cuerpo. Scarlett no era una mujer miedosa, no lo era cuando se trataba de los animales, pero las personas nunca se le habían dado demasiado bien.

Scarlett era introvertida y callada. Como su madre solía decirle, vivía en su propio mundo. Pero eso no era del todo cierto, porque ella tenía grandes amigos del reino animal, amigos que había dejado atrás.

Los soldados que la habían escoltado comenzaron a avanzar por el puente y ella imitó sus acciones. Su yegua, Rena, ladeó la cabeza cuando ella tiró de las riendas, como si le estuviese preguntando si estaba segura de que quería entrar en aquel lugar desconocido.

Scarlett presencio el nacimiento de Rena y, desde el instante en el que la yegua puso sus profundos ojos en ella, fue amor a primera vista. Entre ellas se formó una conexión que solo se había fortalecido con el paso de los años. Scarlett podía sentir como si Rena conociera sus secretos más oscuros, como si la entendiera mejor de lo que nadie lo hacía. Rena sentía el temor de Scarlett. El temor a quedar atrapada en el clan Astruther.

—Todo irá bien —le tranquilizó a la yegua, acariciándole la cabeza.

Rena relinchó, como si no estuviese del todo de acuerdo, pero con la misma resignación que habitaba en Scarlett desde que se había enterado de su compromiso, avanzó a paso lento.

Scarlett observó a su alrededor, permitiéndose a sí misma dejar sus temores atrás, y se centró en escuchar el ruido del viento que se colaba por las hendiduras del puente levadizo mezclado con el chirriar de las cadenas de hierro. Ese era un sonido familiar, el mismo que había escuchado cuando había salido de la seguridad de los muros del castillo de su progenitor. Un sonido que, en esta ocasión, en vez de una despedida, era una bienvenida; como un rito de iniciación hacia una nueva vida.

Una nueva vida que ella no deseaba vivir. Scarlett se preguntó a sí misma qué valor tendrían sus deseos para Irwin Astruther.

Su madre la había educado para ser una mujer sumisa, una que aceptaba con orgullo su destino, pero también le había enseñado lo que era el amor. Se lo había mostrado en la manera en la que cuidaba de ella y de su hermano pequeño, en su disposición a protegerlos de cualquier daño que pudiesen sufrir. También en la forma en la que los educaba con paciencia y tesón. Pero, sobre todo, le había enseñado sobre el amor en la forma con la que miraba a su marido: con lágrimas de impotencia y miedo cuando él partía hacia la guerra, y con la alegría reflejada en su rostro cuando regresaba sano y salvo.

Scarlett les debía mucho a sus padres, pero, por encima de todo, estaba agradecida con ellos por cómo se amaban. Había descubierto desde una edad temprana que el amor en el matrimonio era algo poco común; especialmente, en la familia de un barón.

La joven ladeó la cabeza al escuchar unas voces que la sacaron de sus pensamientos. Habían llegado al patio frente a la fortaleza donde se congregaba un grupo de personas que la observaban con atención. Una niña pequeña, agarrada de la mano de su madre la saludó con la mano libre y ella le devolvió el saludo.

Una lágrima solitaria recorrió la mejilla de Scarlett cuando la niña le recordó a su hermano Azriel. Separarse de él era lo que más le había dolido. Con solo seis años, su hermano era demasiado pequeño para recordarla si ella no volvía a verlo. Y eso era algo que la atemorizaba. Scarlett amaba a su hermano con todo lo que tenía y la simple idea de no verlo crecer provocaba que su corazón se encogiese. Las Highlands estaban demasiado lejos para poder viajar a menudo. Y esa era una de las razones por las que no podía casarse con Irwin Astruther, aunque no era la

más poderosa.

—Milady. —La voz de uno de los caballeros de su padre que le habían acompañado durante su viaje provocó que ella obligara a Rena a detenerse.

El hombre había descendido de su caballo y se encontraba frente a ella con la mano estirada para ayudarla a bajarse de la yegua.

Scarlett no necesitaba ayuda; de hecho, se habría bajado de un salto si estuviera sola, pero no lo estaba. Todos los ojos estaban puestos en ella, atentos a la forastera que se iba a casar con su laird. Y si su madre le había inculcado algo en la cabeza, era que debía comportarse como una dama.

Con una sonrisa, aceptó la ayuda del hombre y descendió de la yegua con gracia. Con disimulo se alisó su vestido verde de viaje, eliminando cualquier rastro de polvo. Ella debía lucir impecable.

—Gracias, sir Peter —le agradeció al hombre y este respondió con una inclinación de cabeza.

—Es un placer para mí ayudaros, milady —respondió mientras se retiraba para acercarse a los otros dos caballeros que habían actuado como su guardia personal.

Roxana, la doncella que la había acompañado durante el viaje, se acercó a ella. La mujer de mediana edad miraba hacia la fortaleza de piedra mientras tragaba saliva.

—No es necesario que me acompañéis al interior —le dijo Scarlett en un acto de bondad al ser consciente del miedo de su doncella a encontrarse con uno de los temibles guerreros Astruther.

El nombre de los Astruther era pronunciado con temor en sus tierras; todos los habitantes hablaban de los guerreros del clan entre susurros, pese a que eran muy pocos quienes habían tenido trato con ellos. Guerreros sin honor que eran liderados por el peor de todos: Irwin Astruther, un hombre sin alma ni corazón. El mismo hijo del diablo.

Scarlett nunca hacía caso de las habladurías. La mayor parte de las veces eran exageraciones con un poco de realidad. Cuando no eran inventos completos. Esperaba que, en esta ocasión, también fuera así.

—Puedo quedarme con vos si es vuestro deseo —le contestó Roxana con un hilo de voz.

La mujer estaba aterrorizada; lo había estado desde el instante en el que el barón la obligó a acompañar a su hija. La hija de un barón no podía viajar sin una doncella, pero la mayoría de las mujeres a las que se les había ofrecido la posibilidad la habían denegado, incluso pudiendo ser expulsadas de las tierras Claymore y correr el riesgo de fallecer de hambruna. Roxana había sido la única que había reunido el valor suficiente para salir de Inglaterra, pero no el suficiente como para quedarse en las Highlands.

Scarlett no le iba a obligar a hacerlo y le había dado su beneplácito para que regresase junto a los caballeros a Inglaterra en cuanto ella se instalara en el clan Astruther.

—No lo es —repitió Scarlett con más convicción de la que sentía. Apreciaría ver una cara conocida, pero no podía hacerle eso a Roxana—. Puedo hacerlo sola. Además, quizás pueda regresar a Inglaterra contigo. Tal vez el laird sea un hombre razonable. Un hombre que comprenda que no podemos casarnos.

Roxana esbozó una sonrisa forzada. Ella no quería desilusionar a Scarlett, pero no tenía ninguna duda de que eso no sucedería. Es más, si los rumores sobre el temperamento del laird de los Astruther eran ciertos, él no se tomaría a bien la petición de la joven. Una parte de ella deseaba ser más valiente y acompañar a Scarlett durante el difícil momento, pero otra le gritaba que escapara de allí en cuanto pudiera.

—Vuestro prometido es un fiero guerrero —susurró para que solo Scarlett pudiese escucharla—. Esperad a estar a solas con él antes de expresar vuestro desacuerdo con el compromiso.

—¿Creéis que podría sentirse herido? —preguntó Scarlett con inocencia.

—Así es —concordó Roxana, pese a que esa no era la palabra que ella utilizaría—. Debéis hacerle creer que es él quien desea romper el compromiso.

—¿Queréis que lo manipule?

Scarlett miró con horror a su doncella. A pesar de que el tono de voz que empleó fue bajo, provocó que algunos de los miembros del clan que seguían congregados en el patio la mirasen con el ceño fruncido. Ella sintió cómo sus mejillas se coloreaban de un rojo intenso.

—Es la única manera de lograr que un hombre haga lo que una desea.

Scarlett no estaba de acuerdo. Ella era una firme defensora de la sinceridad. Nunca usaría mentiras ni subterfugios para salirse con la suya. Ella no era una mujer maliciosa, ni lo sería jamas.

—Gracias por vuestro consejo, Roxana, pero no será necesario.

—Milady, recordad que ya no os encontráis en Inglaterra. Aquí no todos tienen el mismo corazón que vos. Puede que no tengáis la fuerza de un hábil guerrero como vuestro prometido, pero poseéis algo mucho más útil. —Roxana señaló con su dedo índice la cabeza de Scarlett—. Sois una joven inteligente y esa debe ser vuestra mejor arma. Utilizar la astucia para protegerse no es ninguna mala arte ni nada deshonroso. Por favor —estiró sus manos para agarrar las de la joven—, os ruego que me escuchéis y tengáis en cuenta mis palabras.

Roxana estaba describiendo su futuro matrimonio como si fuera una guerra. Puede que estuviera en un territorio desconocido, pero Scarlett no estaba a punto de entrar en un campo de batalla. E Irwin Astruther no sería su enemigo; él podía ser su aliado. Ambos podían trabajar juntos para deshacerse de un compromiso que estaba segura de que ninguno de los dos deseaba.

Scarlett abrió la boca para tranquilizar a Roxana y volver a rebatir sus consejos, pero esta debió de ver sus intenciones, porque habló antes de que ella pudiese hacerlo.

—Cuidaos, milady —dijo, afianzando su agarre en el de la joven—. Cuidaos.

—Lo haré —le prometió Scarlett, esbozando una sonrisa. Cualquier argumento que pudiera emplear no convencería a Roxana.

La doncella inclinó la cabeza y soltó sus manos. Después, se alejó un par de pasos.

Scarlett se mordió el labio inferior cuando la pesada puerta de entrada a la fortaleza se abrió. El crujido resonó por todo el patio, pero la única que se sobresaltó fue ella.

Dos hombres vestidos con los colores de los Astruther salieron por la puerta, quedándose a ambos lados de la abertura. No emitieron ninguna palabra, sino que se limitaron a quedarse completamente quietos, con sus miradas en los caballeros que la escoltaban.

Cuando sir Peter comenzó a subir las escaleras, uno de ellos abrió la boca.

—La prometida de nuestro laird es la única que tiene permitido entrar al interior.

—Lady Scarlett es mi responsabilidad. Ella no entrará sola —dijo sir Peter en un tono calmado pero firme.

—Ella ahora es responsabilidad de nuestro laird, no de vos —replicó el guerrero de forma hostil. Este se había separado de la puerta, acercándose peligrosamente al caballero.

Scarlett supo inmediatamente que aquel intercambio de palabras terminaría en una pelea. Una donde se derramaría sangre. Ella odiaba la violencia; lo había hecho desde siempre. Entendía que era necesaria en algunas ocasiones; como cuando había que defender el castillo de invasores. Pero no lo era en ese momento.

Con pasos seguros, se acercó a sir Peter y le colocó una mano en el hombro.

—Entraré sola. Podéis esperarme en el patio. Estaré bien. Mi prometido no me hará daño.

Ella no conocía a Irwin, pero no podía imaginarse que fuera un hombre capaz de hacerle algún daño. Su padre no hubiera permitido esa unión si fuera así, y tampoco lo hubiera hecho el rey. Su prometido podía ser un hombre temido y un guerrero feroz, pero no haría daño a una dama como ella. En realidad, a Scarlett le costaba imaginarse a un hombre que dañase a una mujer.

Sir Peter aceptó a regañadientes. Él tenía órdenes expresas de no comenzar una pelea y, además, sabía que tenía todas las de perder. Temía por la joven; la conocía desde que era una niña y le tenía aprecio, pero no había nada que pudiese hacer por ella. Él esperaba que ella se amoldase a su nueva vida. Una en la que quería creer que ella sería feliz.

Antes de que sir Peter cambiara de opinión, Scarlett se adentró en la fortaleza.

A diferencia del exterior, en el interior se respiraba calidez y vida, tal y como ocurría en el castillo de su padre. De fondo, pudo escuchar las risas de unas sirvientas y el sonido de unos platos siendo recogidos. Ella siguió a uno de los guerreros que suponía que le dirigía hacia la estancia en la que se encontraba el laird.

Scarlett observó las paredes del pasillo decoradas con tapices que contaban las hazañas del clan. A ella siempre le había gustado deleitarse con los tapices, e incluso imaginarse lo que había sucedido en realidad. Se detuvo y contempló uno de ellos, donde guerreros a caballo ataviados con los colores del clan observaban el campo de batalla en el que hombres de rodillas clamaban clemencia. Ella se centró en uno de los hombres a caballo, el cual no estaba mirando hacia los hombres derrotados, sino hacia los árboles. ¿Estaría ese guerrero observando a una dama? Quizá era su prometida y ella lo estaba esperando, ansiosa de reencontrarse con él. Su mente se llenó de imágenes del guerrero y la mujer alejándose del campo de batalla para dirigirse hacia una cabaña en el interior del bosque, donde vivirían felices.

—¿Milady? —la llamó el guerrero Astruther al darse cuenta de que la muchacha no lo seguía.

Scarlett dejó de contemplar el tapiz y comenzó a andar de nuevo. El eco de sus pasos sobre las losas de piedra gastadas por el tiempo resonaron por el pasillo. Ella se acarició las manos entre sí en un intento de tranquilizarse. Aquel no era su hogar, pero estaba a salvo. No tenía nada que temer. Entraron al gran salón donde ella pensó que Irwin se encontraría, pero estaba vacío. Una gran chimenea de piedra encendida daba calidez al lugar y también proyectaba sombras danzantes en las paredes adornadas con escudos y espadas. No era tan diferente del gran salón del castillo de su padre.

Una mesa de madera robusta con bancos de madera reinaba en la estancia, aunque lo que llamó su atención fue una mesa más pequeña, colocada en una de las esquinas. Esta estaba adornada con platos y copas de plata. Frutas, rodajas de queso y pan fresco ocupaban el centro, al igual que una jarra cuyo contenido no podía ver.

—Siéntese, milady —le indicó el guerrero.

Con un asentimiento, Scarlett ocupó una de las sillas. El guerrero no se quedó con ella, sino que se marchó por una de las puertas sin despedirse, dejándola completamente sola. El estómago le gruñó en protesta cuando se negó a comer alguno de los alimentos. Era de mala educación hacerlo sin haber sido invitada por el anfitrión.

—Podéis comer lo que deseéis —le dijo una profunda voz masculina, provocando que girase la cabeza hacia el umbral de la puerta.

Un hombre ataviado con un pantalón negro y la parte superior descubierta, dejando a la

vista diversas cicatrices de guerra, la observaba con sus penetrantes ojos oscuros. Era el hombre más alto que ella había visto nunca y su padre no era precisamente bajito. Tampoco lo era ella, que superaba a la mayor parte de las mujeres por una cabeza. Y, así todo, ese hombre le pareció un verdadero gigante.

—No he sido invitada a hacerlo, milord —respondió ella.

—Sois mi prometida. Pronto seréis la señora de la fortaleza, no necesitáis el permiso de nadie.

Scarlett se levantó de la silla con tanta rapidez que a punto estuvo de tirarla. Inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Disculpadme, no os he reconocido. —Aunque, ¿cómo iba a hacerlo cuando nunca habían sido presentados?

Los ojos verdes de Scarlett se abrieron mientras observaba con mayor detenimiento al hombre. Ella no se había detenido ni un segundo a imaginar a su prometido, pero si lo hubiera hecho, no se habría imaginado a ese hombre. Ese hombre irradiaba peligro por todos los poros de su piel. Todo en él era oscuridad, desde sus ojos hasta su cabellera rizada y negra. Por más que buscaba, ella era incapaz de encontrar una brizna de luz en él.

Scarlett estaba acostumbrada a ver a hombres fuertes, diestros en la lucha. Nobles de toda Inglaterra enviaban a sus hijos para ser instruidos como caballeros por el barón de Claymore. Su padre era considerado como el mejor para ello. Por lo que a Scarlett no le escandalizaba ver un pecho descubierto, ni a hombres batiéndose a un duelo de espadas. Pero aquel hombre era diferente a todos. No había ni una pizca de bondad en él. Podía verlo en la manera en la que la observaba, como si ella fuese un insecto, alguien insignificante. Scarlett bajó la mirada hacia su musculoso pecho. Las diversas cicatrices se intercalaban entre ellas. Irwin no las escondía; él las lucía con orgullo.

Scarlett se preguntó qué había sucedido con los hombres que se las habían hecho, pero cuando levantó la cabeza de nuevo y le miró, la sonrisa siniestra que se dibujó en su rostro le dio la respuesta. Nadie que se enfrentase a él salía vivo para contarlo.

En ese mismo instante, no pudo evitar recordar las historias que había escuchado sobre su prometido. ¿Se habría equivocado creyendo que eran meros inventos?

—¿No soy cómo esperabais?

Scarlett percibió la falsa benevolencia trás la pregunta de Irwin. ¿Estaba él ofendido por la forma en la que lo había recibido?

—No… sí… —balbuceó Scarlett. Los nervios le estaban haciendo pasar una mala pasada.

—¿Acaso os he hecho una pregunta muy complicada, milady?

La burla fue evidente en su voz y la joven se dio cuenta de que su prometido estaba riéndose de ella. Era una provocación en la que no pensaba caer. Ella no se enfurecería ni respondería con malas palabras. No lo haría. Ella había sido educada para responder a las descortesías con cortesía.

—No, milord. Os ruego que me disculpéis. Estoy hambrienta y el viaje me ha agotado. No pretendía faltaros el respeto.

Irwin entrecerró los ojos, demostrando que no había pasado por alto que ella no había respondido a su pregunta.

—Vos no sois como esperaba —murmuró, dando varios pasos y acercándose a ella.

Scarlett siguió con la mirada el movimiento del cuerpo del laird. Irwin se movía con seguridad; las botas de cuero resonando contra la madera que tantas veces había sido pisada por él. Con cada paso que él daba, ella sentía cómo su corazón palpitaba con más fuerza. Cada

movimiento estaba envuelto en poder. Era como si llevase consigo la fuerza de las montañas y la ferocidad de un viento huracanado.

Ese hombre era peligroso, pero, a la vez, le resultaba atrayente. Como si hubiese algo en él que le resultase familiar, como si se hubiesen visto antes, aunque ella sabía que no era así. Jamás había conocido a un hombre como él.

—¿Os he defraudado, milord? —preguntó con voz queda cuando él se detuvo cerca de ella.

Él estiró la mano para agarrar un mechón de su cabello negro. Scarlett tragó saliva, haciendo acopio de todo su autocontrol para no moverse. Aunque no sentía temor, ella se sentía abrumada. Abrumada por el olor masculino, por el cuerpo musculoso que se encontraba tan cerca del suyo.

—No os imaginaba morena —reconoció él mientras bajaba su mano. Irwin retrocedió un par de pasos y Scarlett sintió que el aire regresaba a su cuerpo.

Ella estaba acostumbrada a esa observación. Sus dos padres eran rubios, al igual que su hermano.

—Mi madre dice que he heredado el color de pelo de mi abuela.

Irwin se rio. Pero fue una risa sin humor que provocó que un escalofrío le recorriese el cuerpo.

—En realidad, esperaba un color rojizo.

—¿Rojizo? —preguntó Scarlett, confundida.

Ella había escuchado que el pelirrojo era el color predominante en las Highlands, aunque en su viaje apenas se había encontrado con personas que tuvieran ese color de cabello, por lo que había pensado que era un rumor. El mismo Irwin era moreno, y entre los hombres y mujeres del clan Astruther que había visto hasta ese momento no le había parecido ver ningún pelirrojo.

—Sí, el color del fuego.

—¿Y por qué habíais imaginado eso?

—El fuego es caliente y ardiente, milady —le respondió con una sonrisa irónica—. ¿Tal vez hay fuego en vuestro interior? —Irwin venció la distancia que les separaba y volvió a coger un mechón de su cabello, enroscándolo entre los dedos. Pero, esta vez, ella sintió que era algo más íntimo. Como si él quisiese estar cerca de ella—. ¿No vais a responderme, milady? —le instó con un tono de voz más bajo.

Ella no comprendía a qué se estaba refiriendo. Fue a preguntárselo cuando una mujer de una edad parecida a la de ella entró en la estancia. La joven iba ataviada con los colores de los Astruther y, a pesar de estar muy embarazada, se movía con agilidad.

—Os ruego que me disculpéis por no haber venido antes. He tenido que pasar por mi alcoba a cambiarme. He asistido a un parto y mi vestido estaba manchado.

Irwin emitió un gruñido bajo y se separó de ella.

—¿Sois comadrona? —le preguntó Scarlett, girando la cabeza para mirar a la joven.

—En absoluto —contestó ella con una sonrisa sincera—, pero la comadrona se ha negado a asistir al parto y he tenido que hacerlo yo.

—¿Y por qué se ha negado? ¿El bebé está bien? —inquirió Scarlett con preocupación.

La joven emitió una risa cantarina que iluminó la estancia.

—Los cuatro gatitos gozan de buena salud, al igual que su madre.

Scarlett soltó un suspiro que no había sido consciente de que había estado sosteniendo.

—Es una gata la que ha dado a luz —dijo, más para ella que para que lo escucharan los presentes.

—Debéis pensar que estoy loca, y también que soy una maleducada. Ni siquiera me he

presentado. —La joven hizo una mueca—. Mi nombre es Nerys. Y ese hombre sin modales que no os ha saludado adecuadamente, es mi marido, Craig. —Señaló a un hombre pelirrojo que se encontraba apoyado contra la pared. Él no hizo ningún amago de acercarse, pero su mirada estaba fija en ellos. Scarlett observó que también iba ataviado con los colores Astruther.

—Sois pelirrojo —dijo Scarlett tontamente.

El hombre enarcó una ceja.

—Así es. —Aunque la respuesta no vino de él, sino de Nerys—. Espero que mi bebé herede su color de pelo. Él mío es demasiado aburrido —añadió, apuntando con su dedo índice a su pelo castaño recogido en una trenza.

—A mí me gusta —alegó Scarlett alzando los hombros.

—Nerys. —Un tono de voz severo impidió que Nerys respondiera—. Mi prometida y yo estábamos conociéndonos —replicó Irwin, que se encontraba con su espalda apoyada contra la ventana. A pesar de que su cuerpo parecía relajado, Scarlett pudo ver la irritación en su rostro. Su prometido no estaba contento con la intromisión.

—No pretendía interrumpir —dijo Nerys con un tono falsamente suave, aunque era evidente que esa era su intención—. Estaba deseosa de conocer a tu prometida. —Esbozó una sonrisa angelical—. ¿Es eso una tarta de manzana? —preguntó, señalando el dulce encima de la mesa.

—Sí —respondió Scarlett.

Antes de llegar a la fortaleza, Scarlett deseaba poder conversar con su prometido para intentar hacerle entender lo equivocada que era su unión. Y aún deseaba tener esa charla con él. Ella seguía creyendo que Irwin acabaría entendiendo que lo mejor para ambos era anular el compromiso.

Quizá era el cansancio del viaje y el torbellino de emociones que había sentido al despedirse de su familia, pero Scarlett estaba aliviada por la aparición de Nerys. A pesar de que su prometido había intentado entablar una conversación con ella y no podía decir que hubiera sido grosero, Scarlett no había acabado de sentirse cómoda.

—Entregaría mi alma al diablo por un trozo —murmuró Nerys a la vez que se sentaba en una de las sillas y le hacía un gesto a Scarlett para que se sentase en otra. Ella obedeció, hambrienta como se encontraba.

—Nerys —la llamó Craig—, Gatita te necesita.

—Ella está perfectamente —replicó Nerys a la vez que cortaba un pequeño trozo de tarta y se lo metía en la boca—. Nuestro bebé, en cambio, necesita tarta de manzana. ¿No será tu deseo que se adelante el parto, verdad? —preguntó en cuanto tragó el trozo de pastel.

Scarlett vio cómo la tez del hombre palidecía ante la insinuación de su mujer. Él negó con la cabeza y se acercó a ella.

—¿Te encuentras indispuesta? —le preguntó, agachándose para ponerse a su altura.

Nerys le acarició la mejilla.

—Un poco débil, pero ha sido por los nervios del parto. La tarta de manzana ayudará. Junto a una conversación a solas con mi nueva hermana.

Una risa de incredulidad resonó por la estancia. No procedía de Craig, sino de Irwin. Scarlett contempló a su prometido, que negaba con la cabeza mientras acuchillaba con la mirada a Nerys, pero esta solo tenía ojos para su marido.

Craig le dio un beso en los labios a Nerys y se levantó. Se dirigió hacia dónde Irwin se encontraba y le susurró algo al oído. Este entrecerró los ojos, pero terminó asintiendo.

—No me extrañéis —le dijo a Scarlett con una sonrisa gélida antes de salir de la estancia

junto a Craig.

En el instante en el que Irwin abandonó la sala, Scarlett sintió que su cuerpo se relajaba. Como una reacción que no podía evitar, sus músculos se tensaban en presencia del laird.

—No es necesario que os quedéis conmigo si os encontráis débil.

Lo último que Scarlett deseaba era importunar a Nerys. Sin embargo, esta le ofreció una sonrisa radiante mientras mordía otro trozo de pastel.

—Nunca me he sentido más fuerte que en este momento, pero era la única manera de que nos dejaran a solas.

—¿Habéis manipulado a vuestro marido, milady?

—Craig es como un hermano para Irwin, y puesto que vais a ser su esposa, no es necesario que nos hablemos con tanta seriedad. Podéis llamarme por mi nombre y, si me lo permitís, os llamaré por el vuestro. —Nerys hizo una pausa y Scarlett asintió—. Y como respuesta a tu pregunta, no. Mi marido nunca se dejaría manipular por mí. Pero sabe que siempre encuentro la manera de salirme con la mía, así que es mejor permitirme hacer lo que deseo a la primera y evitarse disgustos —dijo esta entre risas y con un brillo en la mirada que demostraba lo enamorada que estaba de su marido.

Scarlett pensó que tal vez tenía mucho que aprender de Nerys. Ella estaba en contra de la manipulación, pero tenía que reconocer que no recordaba una sola vez en la que su padre negase algo a su madre. Ella había pensado que era fruto del amor que él sentía por su esposa y por la sinceridad y fidelidad que ambos se procesaban. Pero quizá, al igual que el marido de Nerys, su padre era consciente de que su mujer siempre ganaría la batalla y sabía cuándo era mejor rendirse.

Aunque Scarlett solo había visto durante unos pocos minutos a Irwin, habían sido suficientes para darse cuenta de que no era un hombre que se rendía con facilidad.

Irwin era diferente a cualquier hombre que ella conocía y, en esos momentos, no estaba segura si era algo bueno o malo.

Capítulo 2

—¿Has olvidado que soy el laird? —le preguntó Irwin a Craig en el momento en el que cruzaron la puerta de madera maciza protegida por herrajes de hierro forjado que era la entrada a la sala de estrategias militares.

La estancia carecía de ventanas para evitar las miradas indiscretas y que pudiesen espiarles, a pesar de que Irwin se había asegurado de que todos los miembros de su clan fuesen fieles a él.

Una luz tenue procedente de las antorchas dispuestas estratégicamente en las paredes era la única iluminación, puesto que la chimenea estaba apagada, aunque el aire estaba impregnado con el olor característico a la madera quemada, lo que significaba que hacía poco que el fuego se había consumido.

—Nunca lo olvido —le respondió Craig con una media sonrisa haciendo caso omiso del mal humor de su amigo—. Te he hecho un favor. Estabas asustando a tu prometida y debo recordarte que necesitas cortejarla para que acepte casarse contigo.

—¿Asustando? —cuestionó Irwin arqueando una ceja—. Estaba siendo educado y cortés.

Craig negó con la cabeza a la vez que se sentaba en una de las sillas de madera frente a la gran mesa rectangular de roble que reinaba la estancia. Sobre ella se desplegaban mapas y miniaturas que representaban a las fuerzas enemigas y las aliadas.

—Temo ser yo quien te saque de tu error —dijo con sarcasmo—. La muchacha parecía estar buscando la manera de huir. No es una de las mujeres con las que estás acostumbrado a yacer; ella carece de experiencia. Si intentas cortejarla de la misma manera que haces con las mujeres dispuestas que se lanzan a tus pies, es probable que salga huyendo despavorida.

—¿Y qué debo hacer para que no lo haga? ¿Permitir todos sus caprichos, como haces tú con tu mujer?

Craig lanzó un bufido, pero no rebatió la acusación de Irwin, ya que le costaba negarle algo a Nerys, y más, en ese momento, en el que ella estaba embarazada de su hijo. Pero, en esa ocasión, él había claudicado ante los deseos de su mujer por el bien del clan.

—Si alguien puede convencer a Scarlett de que será feliz en nuestro clan, esa es Nerys. Que se hagan amigas te conviene.

—¿A mí? —Irwin apoyó su espalda en la pared—. Te conviene a ti. Mientras esté ocupada entrometiéndose en mi compromiso, no está poniendo en peligro su embarazo.

Craig tampoco podía negar esa acusación. Nerys no haría voluntariamente nada que perjudicase a su futuro hijo, pero ella tenía la absurda idea de que una mujer embarazada podía realizar las mismas tareas que una que no lo estaba. Él estaba de acuerdo en el caso de las campesinas, que estaban acostumbradas al trabajo duro y a las inclemencias del tiempo. Pero Nerys era la hija de un laird; ella se había criado entre algodones. Si por Craig fuese, Nerys pasaría lo que le quedaba de embarazo en la cama, protegida. Aunque se conformaba con que lo pasase dando paseos por los alrededores de la fortaleza, y si era en compañía de una dama inglesa como Scarlett, mejor. Él dudaba que la prometida de Irwin hubiese realizado alguna tarea dura en toda su vida.

—Ella solo quiere hacerle fácil la adaptación a Scarlett.

—¿Cuánto sabe Nerys de la verdad de mi compromiso? —inquirió Irwin, entrecerrando los ojos.

Craig respiró hondo, conteniéndose a sí mimo para no caer en la provocación de su amigo.

Irwin sabía que Craig nunca le traicionaría ni a él ni al clan, pero, desde que había llegado el

pergamino real tres días antes, su humor era aún más irascible de lo normal.

—Lo único que Nerys sabe es lo que saben el resto de miembros del clan. Para ella, Scarlett es una pobre muchacha a la que le ha tocado en desgracia casarse contigo. Ella desconoce las razones reales del compromiso.

—¿Y no te ha preguntado?

—Lo ha hecho —respondió Craig con honestidad—. Y mi respuesta ha sido la misma que les has dado tú a los gemelos y al resto del clan: que casarte con la hija de un barón inglés es beneficioso para los intereses del clan y que tener al barón de Claymore de nuestro lado nos ayudará en futuras contiendas.

Irwin chasqueó la lengua.

—Que Nerys se haya creído semejante falacia lo puedo comprender; al fin y al cabo, ella es solo una mujer.

—Una mujer a la que no deberías subestimar —le recordó Craig, con un toque de advertencia en su voz.

Irwin hizo un gesto con su mano derecha e ignoró por completo las palabras de Craig.

—Pero que mis hermanos y los guerreros del clan se crean que necesito a un barón inglés para batallar mis peleas me enfurece. ¡¿Cómo pueden pensar que yo pactaría con un inglés?!

—Porque nadie pone en duda tus palabras. Eso te lo has ganado.

Irwin asintió, porque era así. Él se había ganado la fidelidad del clan. Lo había conseguido a base de trabajo duro y de poner su vida en peligro un número incontable de veces, y lo seguiría haciendo todas las que fuera necesario.

—No me gusta mentir a los gemelos ni mentir al clan —reconoció Irwin al cabo de unos segundos. Él había cometido todo tipo de actos atroces e, incluso, ideado artimañas moralmente reprochables, pero siempre había sido honesto con su clan.

—A mí tampoco — dijo Craig exhalando un suspiro. Como su comandante en jefe y su hombre de confianza, le había aconsejado a su amigo que contase esa mentira piadosa—. Pero no podemos arriesgarnos a que nadie sepa quién es Scarlett en realidad hasta que el matrimonio sea un hecho.

—¿No confías en la fidelidad de mis hombres? —inquirió Irwin, aunque no era la primera vez que hacía esa pregunta. Él confiaba en el criterio de Craig.

—Lo hago, pero no en sus bocas, y menos, en las de sus mujeres. Es un secreto demasiado difícil de guardar. Les estamos haciendo un favor no revelándoselo.

Irwin asintió, de acuerdo con Craig.

—Si Scarlett no está ya casada es porque pocas personas conocen quién es en realidad su padre. Y eso debe seguir siendo así hasta que Cursed Land me pertenezca.

Las tierras de Cursed Land colindaban con las de los Astruther. Tener esas tierras en su poder les daría una ventaja ante otros clanes; sobre todo, ahora que la guerra contra el clan del padre de Nerys se había recrudecido. Cleit MacNeill estaba decidido a terminar con ellos. Pero, por supuesto, no lo lograría; no mientras Irwin Astruther estuviese vivo.

Irwin estaba dispuesto a cualquier cosa; incluso a casarse con una muchacha inglesa. Él detestaba a los ingleses; los detestaba por todos sus intentos de quitarles a los escoceses lo que les pertenecía por derecho, y tampoco tenía en gran aprecio a las mujeres inglesas, aunque Scarlett le había sorprendido. Él no había esperado encontrarse a una mujer tan bella. A una que le miraba con aquellos ojos claros y un rostro angelical que había provocado que él tuviese que hacer acopio de todo su autocontrol para no besarla.

—Guillermo ha sido claro en su misiva —dijo Craig—. Él no te dará Cursed Land si

Scarlett no se casa contigo por propia iniciativa.

Irwin emitió una risa carente de humor. Tenía que reconocer que no se lo había esperado. Él había chantajeado a Leonor, la reina regente de Inglaterra mientra su hijo se encontraba en las cruzadas, para que obligase a el barón de Claymore a entregarle a su hija en matrimonio. Él había dado por hecho que para cuando Guillermo se enterase, ya estarían casados, pero el rey le había sorprendido.

—Él me teme. Mientras Cursed Land esté en su poder, puede tenernos vigilados.

—O tal vez tiene sentimientos hacia su hija bastarda.

Esta vez, Irwin se rio de verdad antes la absurda idea de su comandante en jefe. Desde que se había enamorado de Nerys, Craig se había convertido en un sentimental. Aunque seguía siendo un fiero guerrero.

—La única razón por la que le otorgó la dote a Scarlett en cuanto nació fue porque Enrique le obligó —dijo, nombrando al marido fallecido de Leonor.

—Es posible —murmuró Craig con poco convencimiento—. Sea cual sea su razón, él tendrá que ser fiel a su palabra.

—Lo será si no desea una insurrección. Él firmó tres documentos donde otorgaba Cursed Land como dote al hombre que contrajese matrimonio con Scarlett. Uno lo tiene él, otro Leonor, y otro lo tengo yo. Si no hace honor a su palabra, me encargaré personalmente de hacérselo saber al resto de clanes. Nadie respetará a un rey que incumple su palabra —añadió Irwin con convicción.

Él podía estar enemistado con la mitad de los clanes escoceses; incluso tener en baja estima a gran parte de los lairds, pero si algo tenía claro, era que todos y cada uno de los habitantes de las Highlands cuando daban su palabra, la cumplían. Todos menos Cleit MacNeill, por eso lo mataría en cuanto tuviese ocasión.

—Nunca me has dicho cómo conseguiste ese documento.

Los labios de Irwin se curvaron en una sonrisa irónica.

—Y seguirá siendo así. Ese es un secreto que me llevaré a la tumba.

Craig no replicó. Si su laird deseaba guardarse esa información para sí mismo, él lo respetaría.

—Guillermo cumplirá su palabra, pero ha encontrado una manera de doblegarte. ¿Cómo piensas hacer para enamorar a la muchacha?

—¿Enamorarla? —repitió Irwin con confusión—. ¿Por qué debo enamorarla?

—¿Para que se case contigo?

—¿Y qué demonios tiene que ver el amor con el matrimonio?

Irwin se separó de la pared y miró a su amigo con incredulidad. Él estaba dispuesto a cortejar a Scarlett y convencerla de que él sería un buen marido para ella. Él la convencería de que, junto a él, estaría protegida y que podría darle cualquier capricho dentro de lo razonable. Sería un buen padre para los hijos que ella le diese.

Y nada de eso sería mentira, y mucho menos lo último. Irwin no iba a ser como su padre. Sería duro y exigente con sus hijos varones, los prepararía para defender al clan y a sí mismos, los convertiría en lideres fuertes y brutales, pero no los maltrataría. Jamás los trataría con desprecio ni los odiaría, como hizo su padre con él.

—Antes de conocer a Nerys pensaba que no estaba relacionado —reconoció Craig—, pero si deseas tener un matrimonio feliz, es más fácil si ambos estáis enamorados. Hazme caso, sé de lo que hablo.

Irwin observó a Craig y se contuvo para no sacar la daga que escondía en su bota y acabar

con su vida. No porque quisiese matar a su amigo, sino porque de esa manera acabaría con su miseria. El amor le había nublado el juicio. Irwin estaba siendo testigo de como un guerrero que había luchado en las batallas más sangrientas sin mostrar una pizca de miedo se aterrorizaba cada vez que su esposa sufría el mínimo daño.

Aunque tenía que reconocer que nunca antes había visto tan feliz a su comandante en jefe, Irwin no aspiraba a ser feliz. Su única aspiración era que el clan Astruther se convirtiese en el clan más poderoso de las Highlands.

—No permitiré que ninguna mujer me domine. El amor no está destinado para mí. Mi prometida no debe enamorarse de mí, debe aprender a respetarme. Ella obedecerá mis mandatos, cuidará de nuestros hijos y será la señora del clan.

—¿Y cómo piensas obligarla a que sea obediente y fiel sin amarte?

En verdad, la experiencia le decía a Craig que, aun amándole, posiblemente su mujer no le obedecería, pero no le pareció adecuado hacer aquella apreciación en ese momento.

—Por el amor de Dios, Craig —explotó Irwin—. Scarlett ha sido criada como la hija de un barón inglés. Ella no espera amor en su matrimonio. Ha sido educada para que su matrimonio sea de conveniencia.

—¿Crees que ella no sabe quién es en verdad su padre? ¿Estás seguro de que no está compinchada con Leonor?

Irwin se había hecho esa preguntas muchas veces en las últimas semanas. Leonor les había asegurado que Scarlett vivía en la ignorancia, pero él había tenido dudas, ya que la reina regente no era de fiar.

Sin embargo, las palabras de Leonor coincidían plenamente con la Scarlett que Irwin acababa de conocer. Una joven dulce, que no parecía tener un ápice de maldad en ella. La luz que irradiaba había iluminado la habitación.

Aunque Irwin, a sus veinticinco años, no era tan inocente como para fiarse de las primeras impresiones. Por eso se había acercado a ella. Había usado sus cualidades físicas como medio de distracción para que ella no fuese capaz de mentir cuando la hizo saber que esperaba que su color de pelo fuese rojo, tal y como era el de su verdadero padre.

Él sabía leer muy bien los rostros, al igual que las emociones, ese era un rasgo que Nimue bien le había enseñado y que le había ayudado a derrocar a su padre. Uno que empleaba cada vez que tenía que interrogar a sus hombres. Si hábiles guerreros instruidos en el arte de la guerra eran incapaces de engañarle, no lo sería una muchacha de diecinueve años.

Así y todo, él no bajaría la guardia. No cometería el error que muchos hombres cometían: subestimar a su enemigo.

—Ella parece inocente. Aún así, me aseguraré de ello.

—¿Y qué harás si te está mintiendo y está compinchada con Leonor? —le preguntó Craig.

Irwin esbozó una sonrisa peligrosa.

—En realidad, eso me facilitaría las cosas. Si me miente y la descubro, no le quedará más remedio que casarse conmigo voluntariamente. Lo prefiero.

—Yo también lo prefiero —concordó Craig—. No tienes ninguna noción de cómo conquistar a una mujer.

Irwin se encogió de hombros.

—No es algo tan difícil. Solo tengo que hacerle creer que puede manipularme, tal y como Nerys hace contigo —se burló. Craig bufó y entrecerró los ojos, pero no dijo nada—, y ella le dirá a Guillermo que es su deseo casarse conmigo.

A Irwin le parecía absurdo tener que pasar por ese trámite. Si fuese por él, le confesaría a

Scarlett quién era su padre y cuál era la dote que él iba a dar por ella. Pero parte del trato era que Scarlett nunca lo descubriese. Aunque, desgraciadamente para ella, eso no era ningún problema para Irwin. Por culpa de su padre tenía años de experiencia a sus espaldas a la hora de mentir y fingir. Lograría engañar a Scarlett haciéndole creer que él era el hombre con el que ella deseaba casarse. Una vez casados, ella descubriría con tristeza que Irwin no sentía ningún afecto por ella, pero ya sería demasiado tarde para revertirlo. Una vez casados, ella carecería de vos y voto.

—Debes tratarla con cuidado.

—Jamás haría daño físico a una mujer —dijo Irwin en un tono helador.

Craig no se inmutó, acostumbrado a la furia de su amigo.

—Lo sé, pero las damas inglesas no son tan fuertes como las mujeres de las Highlands. Ellas son débiles, temerosas incluso de su propia sombra, lloran con facilidad, y su corazón es más fácil de quebrar.

Irwin entrecerró los ojos. Él había escuchado esos mismos argumentos muchas veces y no los ponía en duda.

—Soy más que capaz de tratar a una dama inglesa.

Craig suspiró, porque estaba seguro de que la dama saldría corriendo en cuanto Irwin volviese a tener un encuentro a solas con ella. Pero decidió que era mejor no seguir insistiendo con ese tema.

—Tal como me has ordenado, he enviado a los caballeros que acompañaban a Scarlett de regreso a Inglaterra. La doncella de Scarlett también se ha ido con ellos.

—Eso es algo bueno. Con una inglesa en el clan ya es más que suficiente.

—¿No crees que ella necesitará una doncella personal?

—¿Y eso por qué? Tenemos sirvientes que hacen la comida y limpian la fortaleza.

—Nerys es la hija de un laird, y tenía doncellas que la ayudaban a vestirse, a lavarse, y a Dios sabe qué más.

—Desde que es una Astruther no las necesita.

Craig asintió con orgullo.

—Nerys es una mujer de las Highlands, su padre la mimaba para no tener que lidiar con ella. Scarlett se ha criado en Inglaterra.

Irwin bufó. Él no tenía la menor idea de las necesidades de su prometida. Él esperaba que, una vez casada con él, se convirtiese en una mujer fuerte como las mujeres Astruther. Iba a ser la señora del clan, ella debía dar ejemplo, y tener una doncella que realizase por ella hasta las tareas más sencillas, no lo sería.

—¿Y se te ocurre alguna mujer que pueda desempeñar esa función? —le preguntó a Craig, reconociendo que este tenía razón.

Scarlett debía sentirse lo más cómoda posible en el clan Astruther. Al menos, hasta que aceptase casarse con él.

—He pensado en Eara. Ella es fiel al clan y tu hermano Callem parece encariñado con ella.

A Irwin no se le había pasado desapercibido este hecho. Callem estaba enamorandose de la sirvienta y ella parecía tener los mismos sentimientos por él. Ellos intentaban ocultarlo, pero no había nada que ocurriese en su clan que se le escapara.

—Es una buena elección. Si sirve bien a mi prometida, daré mi beneplácito para que se case con mi hermano. Si algún día él se atreve a preguntármelo.

—Callem debe pensar que jamás permitirías que se casase con una sirvienta. Debe creer que prefieres a la hija de algún laird.

—Tengo planes para él y para Lothar, pero con quien se casen no puede importarme menos.

Craig asintió, ya que estaba al tanto de esos planes.

—Tal vez deberías decírselo.

—¿Y perderme la diversión de ver cómo suelta la mano de Eara cuando me ve a lo lejos o cómo traga saliva cuando regaño a Eara por alguna falta insignificante? —Irwin negó con la cabeza—. Tiene dieciocho años, aún es joven para casarse, pero no para comprometerse. Si saca el valor necesario para preguntarmelo le daré mi beneplácito; mientras tanto, disfrutaré de su agonía. —Irwin esbozó una sonrisa.

—¿Y si decide escaparse junto a Eara por miedo a que nunca aceptes su matrimonio?

Irwin se encogió de hombros.

—Entonces, no será digno de ser un Astruther.

Los gemelos eran importantes para Irwin. Él los había criado desde que su madre falleció cuando eran unos bebés. Él se había propuesto de que se convirtiesen en guerreros feroces. Con Lothar, lo estaba logrando. En cambio, con Callum le estaba costando más.

Mientras Lothar abrazaba a la violencia, Callum la repelía. Aunque no se lo había hecho saber, para Irwin era evidente que su hermano no quería ser un guerrero, ni defender a su clan de aquellos que intentasen quitarles lo que les pertenecía. Irwin sabía que Callum soñaba con dedicarse a labrar la tierra y tener una vida sencilla y tranquila. Pero aquello solo eran los sueños de un muchacho ingenuo, de un muchacho que mantenía una lucha interna que se negaba a reconocer.

Irwin había visto en los ojos de su hermano la oscuridad y brutalidad que escondía en su interior, aunque posiblemente ni él mismo era consciente de ello. Él lo había visto porque era capaz de ver el interior de las personas solo con mirarlas. Algo que también debía agradecer a Nimue.

Un día, los muros de bondad que Callum había levantado desde que era un niño para esconder su verdadero ser se romperían, y entonces, se convertiría en un guerrero digno de su clan. Un verdadero Astruther.

Irwin solo tenía que no forzarle y esperar. Y eso era lo que estaba haciendo.

—¿Hablo con Eara? —preguntó Craig.

—Hazlo. Que se encargue de que mi prometida tiene todo lo que necesita. Una cosa más —dijo justo cuando Craig se estaba levantando para ir a hablar con la sirvienta—. Asegúrate de que Nerys te cuente hasta el último de los secretos que Scarlett le confíe.

Craig observó a Irwin durante unos instantes en silencio antes de hablar.

—Nunca podré agradecerte lo suficiente que me salvases de una muerte segura. He puesto mi vida en peligro más veces de las que recuerdo por ti y por el clan. Te seguiría hasta el mismo infierno y obedecería tus órdenes aunque estas me llevasen a una muerte segura, pero no puedo prometerte algo que sé que no puedo conseguir.

Craig amaba a su esposa y sabía que ella era fiel a los Astruther. Nerys jamás les ocultaría ninguna información que pudiese dañar al clan. Sin embargo, también era consciente de que su mujer no le daría a él ningún dato que Irwin pudiese utilizar para manipular a Scarlett.

—Ella es tu mujer, te debe fidelidad. Debería poner tus deseos por encima de cualquier cosa. Tu palabra es ley para ella y así debería actuar.

Craig le dio una palmada de consuelo en la espalda a Irwin. Lo iba a necesitar si de verdad pensaba de esa manera. Si lograba convencer a Scarlett para que se casase con él, ese matrimonio estaba abocado al fracaso. Dudaba que durase más allá de unas pocas horas. Es más, tenía serías dudas de que ella llegase a jurar sus votos. Suspiró al imaginarse a Scarlett escapando de Irwin vestida con su vestido de novia.

—Amigo, vete preparando al clan para una guerra con Guillermo. Es la única manera en la que conseguiremos Cursed Land.

Capítulo 3

—¿Inglaterra es muy diferente a las Highlands? —le preguntó Nerys a Scarlett mientras paseaban por los alrededores de la fortaleza.

Scarlett no respondió inmediatamente. Ella respiró el aire fresco y puro de las Highlands mientras observaba los campos salpicados con pequeñas flores silvestres que le recordaron que estaban en primavera, una de sus épocas preferidas del año.

Una ráfaga de viento frío le golpeó el rostro, pero su cuerpo no tembló tal y como le pasaría a otra joven inglesa. Scarlett siempre había sobrellevado el frío mejor que su madre o cualquier otra mujer que conociese. Las inclemencias del tiempo nunca le habían afectado, ya que ella podía cabalgar al aire libre en pleno invierno sin sentir que sus manos y pies se congelaban. Siempre había pensado que era porque, de alguna manera, ella se sentía conectada con la naturaleza: una conexión que no solo no se había debilitado en las Highlands, sino que se había acentuado.

Para su sorpresa, Scarlett se sentía como si perteneciese a aquellas tierras, como si ya hubiera estado antes, como si las Highlands formasen parte de ella.

—Nunca había salido de las tierras de mi padre —respondió al cabo de unos minutos. Nerys no había roto el silencio y Scarlett le agradeció mentalmente que no lo hiciese. Muchas veces le habían acusado de perderse en su mundo, de ser una conversadora poco capaz, pero Nerys, que apenas la conocía desde hacía una hora, respetaba sus momentos de desconexión del mundo y no se había quejado ni una sola vez de que contestase con monosílabos a muchas de sus preguntas —. El castillo en el que me crie no es tan diferente a este lugar.

—Nunca he estado en Inglaterra —dijo Nerys—, pero siempre me he preguntado si la vida allí sería diferente a la de las Highlands. He escuchado rumores de que los hombres son crueles y… —Se interrumpió a sí misma cuando Scarlett ladeó la cabeza para mirarla—. Discúlpame, no era mi deseo hablar mal de tu país y de sus habitantes.

Scarlett negó con la cabeza, sin sentirse ofendida por las palabras de Nerys.

—Yo he escuchado lo mismo de los hombres de las Highlands —reconoció—. También que tratan mal a sus mujeres. Pero he visto cómo tu marido te miraba.

—¿Y cómo me mira?

—De la misma manera en la que mi padre mira a mi madre: con amor y algo más. — Scarlett siempre había visto ese brillo en los ojos de progenitor y nunca había sido capaz de saber el significado, pero su madre sí parecía saberlo y, Nerys también, porque estalló en carcajadas.

—Con amor y con ganas de estrangularme con sus propias manos.

—Mi padre adora a mi madre, jamás la dañaría.

—Tampoco Craig a mí —respondió Nerys con seriedad, llevándose una mano su vientre abultado—. Tan solo estaba bromeando. —Nerys observó a Scarlett durante unos instantes y, después, añadió: —Ningún hombre en el clan Astruther te hará daño jamás. Mucho menos tu prometido. Él respeta a las mujeres. Le he visto pegar una paliza a un hombre por maltratar a su mujer. No debes tenerle miedo.

—No lo tengo —dijo Scarlett con sinceridad.

Eran muchas las sensaciones que Irwin había despertado en ella en el encuentro que habían mantenido, pero miedo no había sido una de ellas. No, ella no temía al laird de los Astruther. Fue a añadir algo más, pero el paisaje que se presentaba ante ella se lo impidió.

Habían cruzado una arboleda hasta llegar a un claro donde se encontraba un pequeño

estanque. La belleza del lugar provocó que una sonrisa se iluminase en su rostro. Ella nunca había visto un lugar tan bello como aquel.

Se quedó quieta, sin atreverse a dar un solo paso. A pesar de que Nerys le había llevado hasta allí, ella sentía como si estuviese adentrándose en un lugar secreto y mágico.

—No hay nadie —musitó Scarlett en voz alta, aunque, en realidad, tan solo era un pensamiento.

Nerys le había enseñado el río de la fortaleza, donde había mujeres recogiendo agua, niños jugando y ancianos descansando. Ella no comprendía como teniendo aquel estanque tan maravilloso no se encontraban allí.

—La mayor parte de los habitantes de la fortaleza nunca vienen aquí.

—¿Por qué? —inquirió Scarlett, acercándose al estanque para observar de cerca las aguas cristalinas.

Nerys se encogió de hombros.

—Supongo que están acostumbrados a reunirse en el río. No tardarás en darte cuenta de que los miembros del clan Astruther son hombres y mujeres de costumbres.

—¿Tú no eres una Astruther? —le preguntó a Nerys, sin dejar de mirar las aguas donde unos peces nadaban sin temor a ser pescados.

Scarlett estaba segura de que los animales eran inteligentes; incluso más que las personas. Esos peces sabían que no corrían peligro porque nadie pescaba allí. Por eso, cuando ella se puso de cuclillas y metió un dedo en el agua con cuidado, no le sorprendió que los peces apenas se moviesen.

—Ahora lo soy. Pero mi padre es el laird del clan MacNeill.

Scarlett apenas tenía nociones sobre los clanes escoceses, pero durante el viaje hasta el clan Astruther había descubierto que los MacNeill y los Astruther estaban en guerra. Una guerra despiadada y brutal, si tenía en cuenta que habían tenido que realizar unos dos días más de viaje para evitar acercarse a las tierras MacNeill por miedo a que la hiriesen solo por ser la prometida de Irwin Astruther.

Se levantó y giró la cabeza para mirar a Nerys.

—¿No te entristece no poder ver a tu padre? —le preguntó Scarlett con timidez.

Ella no deseaba entrometerse en la vida de Nerys, pero no podía imaginarse por lo que la joven estaba pasando. Para ella, su familia era lo más importante.

Nerys se encogió de hombros.

—Mi padre no es el hombre que pensé que era —dijo con tristeza—. Él preferiría verme muerta a casada con Craig.

Scarlett abrió los ojos, espantada ante las palabras de Nerys.

—¿Te casaste en contra de su voluntad?

—Lo hice —dijo esbozando una sonrisa triste—. Es una historia muy larga. —Nerys exhaló un largo suspiro y Scarlett no indagó más, dándose cuenta de que la joven no quería hablar de ello—. Nunca pensé que me enamoraría de un terrible Astruther, pero lo hice. —Nerys esbozó una sonrisa triste.

Scarlett dio un paso hacia ella y colocó una mano en el hombro de la joven a modo de consuelo.

—Siento que tu padre no acepte tu matrimonio, pero eres afortunada de haberte casado por amor.

Nerys fue a responder a Scarlett cuando una chica corriendo hacia ellas la interrumpió. Parecía un par de años más joven que ellas y llevaba su cabello rubio recogido en un sencillo

moño.

—¿Qué sucede, Eara? —le preguntó Nerys con preocupación al ver el rostro de la joven.

Eara se detuvo frente a ellas e inclinó el cuerpo, colocando las manos en sus piernas para recuperar el aliento. Cuando lo logró, levantó la cabeza para mirar a las dos mujeres.

—Es Gatita.

—¿Le ha sucedido algo? —preguntó Nerys a la vez que se colocaba una mano en el corazón.

—Como me has pedido, he ido a tu habitación para limpiarla y cambiar las sábanas. Los gatitos estaban llorando y Gatita estaba tumbada en un charco de sangre…

Nerys echó a correr antes de que Eara pudiese terminar de hablar. Scarlett se quedó quieta durante un par de segundos, los que tardó en entender la situación. Aunque nadie se lo había pedido ni sabía si a Nerys le parecía bien, echó a correr detrás de ella hasta la habitación donde se encontraban la gata y sus crías.

Apartó a Nerys cuando esta se puso de cuclillas frente a la gata, completamente devastada, pero sin tener la menor idea de lo que hacer. Scarlett comprobó que la gata seguía viva y emitió un suspiro de alivio. No era la primera vez que se veía en una circunstancia como esa.

—Necesito aguja, hilo, paños, y agua limpia —le ordenó a Eara, quien justo entraba por la puerta. Esta, al ver la seguridad con la que Scarlett hablaba, obedeció con rapidez—. Aleja a los gatitos de su madre, no quiero que se hagan daño —le pidió a Nerys, quien seguía de cuclillas, conmocionada.

—¿Puedes ayudarla? —le preguntó con un hilo de voz y los ojos vidriosos por la emoción.

—Sí —aseguró Scarlett—. No se va a morir —dijo con más convicción de la que sentía.

Ella no iba a permitir que la gata falleciese. O, por lo menos, iba a hacer todo lo que estaba en su mano para evitarlo. Sacó un saquito de hierbas que llevaba escondido en el bolsillo de su vestido de viaje. Ella misma había recolectado esas hierbas. Mientras esperaba a que Eara llegase con lo que necesitaba, abrió el saquito y sacó las hierbas que necesitaba.

Nerys dejó a los gatitos con cuidado encima de la alfombra, alejados de su madre. Gatita, que tenía los ojos entrecerrados, maulló, pero no detuvo a Nerys.

—¿Sabes hacer un ungüento? —le preguntó Scarlett a Nerys.

Esta negó con la cabeza, al tiempo que Eara aparecía por la puerta junto a otra joven. Ambas dejaron lo que transportaban encima de una pequeña mesa redonda.

—No importa —dijo Scarlett.

Había esperado que Nerys pudiese serle de ayuda, pero estaba acostumbrada a tener que encargarse ella sola. Ni siquiera las comadronas que atendían a los habitantes del castillo de su padre habían querido ayudarla a salvar a los animales heridos. Lo veían como una especie de sacrilegio; incluso le habían llegado a acusar de ir en contra de los designios de Dios al considerar a los animales seres inferiores. No obstante, Scarlett no lo veía así. El Dios en el que ella creía, uno justo y misericordioso, era el que le había otorgado a ella el don de amar a los animales.

Levantó con cuidado a la gata, que no ofreció ningún tipo de resistencia. Apenas lograba mantener los ojos abiertos.

—Va a ir todo bien —le susurró a la vez que le acariciaba el pelaje para tranquilizarla.

La gata, con las pocas fuerzas que le quedaban, ladeó la cabeza para mirarla con sus ojos grisáceos.

—No debes preocuparte. Vas a vivir, pero si no es así, cuidaré a tus cachorros.

La gata se acomodó en el regazo de Scarlett como si le hubiera entendido y sus palabras le

hubieran dado la paz que necesitaba. Con cuidado, la dejó encima de la cama y fue a por la aguja y el hilo.

—Gracias por salvar a Gatita —le dijo Nerys entre sollozos, dándole un abrazo una hora después.

La gata descansaba encima de la cama, exhausta y sin dolores, gracias a la infusión que Scarlett le había preparado y obligado a beber.

Nerys se secó una lágrima de la cara. Su rostro aún estaba tensó por el miedo que había pasado, pero una sonrisa de felicidad se dibujaba en su cara.

—Ella no puede dar de mamar a sus cachorros.

—Entonces, lo haré yo —respondió Nerys con convicción, aunque no tuviera la menor idea de cómo hacerlo. No era como si pudiese poner a los cachorros en sus pechos y esperar que mamasen—. Buscaré una gata que acabe de dar a luz —propuso la primera solución que pasó por su cabeza.

Una risa suave brotó de la garganta de Scarlett.

—No será necesario. Solo necesitamos hervir leche de cabra.

—Doy gracias a Dios de que hayas llegado hoy. —Nerys suspiró—. ¿Dónde has aprendido el don de curar animales?

—Desde siempre he amado a los animales, y Cedric, nuestro mozo de cuadra, me enseñó a asistir a un parto y ayudarlos cuando lo necesitaban.

Aunque eso no completamente cierto. Cedric le había enseñado lo básico, pero ella era autodidacta. No se conformaba con dejar morir a un animal cuando estaba herido de gravedad, ni abandonaba a un animal que los humanos no consideraban digno de ser salvado. Así que, se había esforzado y había aprendido por sí misma. Con el tiempo, había logrado solucionar la mayor parte de los problemas con los que se encontraba con sus amigos, los animales.

—¿Qué ha pasado? —preguntó una voz varonil entrando junto a un gato de pelaje grisáceo que observaba a su alrededor como si estuviese buscando algo.

—Gatita ha sufrido una complicación después del parto —le explicó Nerys a Craig mientras se acercaba a él—. Scarlett la ha salvado.

Craig pasó sus brazos por la espalda de su mujer y la atrajo hacia él. Scarlett observó cómo la abrazaba.

Un bufido provocó que girase su cabeza hacia la cama en la que el gato acaba de saltar. El animal se sentó frente a la gata y le lamió el pelaje, provocando que esta abriese un ojo. La gata permitió que el gato la consolase.

Muchos decían que los animales eran incapaces de amar, pero Scarlett no estaba de acuerdo. Los animales amaban a aquellos que les cuidaban, pero también se querían entre ellos. En ese instante, Scarlett podía ver el amor que esos dos animales se profesaban entre ellos.

—Te amo.

Aunque en un principio pensó que aquellas palabras habían sido pronunciadas por el gato y a punto estuvo de caer desmayada, no tardó en darse cuenta de que habían sido emitidas por Craig. Este miraba el rostro de su prometida con amor, para, acto seguido, unir sus labios con los de ella.

Scarlett nunca había escuchado a un hombre decirle a su mujer que la amaba delante de otras personas; ni siquiera a su padre.

Sin ser consciente de lo que estaba haciendo, se llevó la mano al colgante que colgaba de su cuello.

Ese amor que veía en Nerys y Craig era el amor que ella deseaba. Ella quería vivir enamorada de su marido. Y que su marido la amase.

Pero eso era algo que nunca podría tener en el clan Astruther y, aún menos, con Irwin, porque Scarlett tenía un secreto: ella ya estaba enamorada.

Capítulo 4

2 años antes...

Scarlett contempló al sol deslizarse lentamente hacia el horizonte, tiñendo el cielo de un color anaranjado. Las últimas luces del día bañaban el campo de una atmósfera dorada. La brisa fría propia del mes de octubre soplaba a través de la pradera, provocando el suave tintineo de las campanillas que adornaban el cuello de las ovejas que Scarlett vigilaba.

A ella le gustaba pasar tiempo con ellas, por eso siempre que podía sustituía al pastor encargado de su cuidado, a pesar de que ese no era un trabajo adecuado para una dama como ella, pero dentro de las murallas del castillo de su padre Scarlett podía permitirse ciertos privilegios, ya que nadie se atrevería a juzgar a la hija del barón. O, por lo menos, no abiertamente.

Tampoco le importaba mucho que pensasen aquellas personas que no pertenecían a su familia. Aunque era consciente de que ser la hija de un barón tenía privilegios, también obligaciones, y ella siempre se portaba como la dama que su madre le había enseñado a ser cuando los invitados pernoctaban en el castillo.

Pero aquella tarde su única obligación era disfrutar de su dos grandes pasiones: la naturaleza y los animales.

A Scarlett no le interesaban las finas telas que los mercaderes vendían, ni tampoco piedras resplandecientes como las que su padre le había traído de la corte en un par de ocasiones. No, ella no era como el resto de damas que caían rendidas bajo el embrujo de lo exótico y la belleza de lo que la abundancia de monedas podían comprar. Ella daba un valor incalculable a aquello que nadie ponía precio. Como una atardecer, el nacimiento de un nuevo animal, el sonido de las hojas de un árbol movidas por el viento, el canto de los pájaros y la belleza de un campo lleno de flores.

A veces, se sentía diferente al resto de personas, como si ella no perteneciese a la época que le había tocado vivir. Había tenido suerte con sus padres, ya que la amaban, pero ellos no la comprendían. Sin embargo, lo intentaban, y eso era suficiente para ella.

Con un suspiro, miró al rebaño de ovejas que yacían tumbadas sobre la hierba, con sus cabezas ladeadas hacia el sol escondiéndose, como si estuviesen hipnotizadas con el espectáculo que se presentaba ante ellas.

Scarlett no podía estar más de acuerdo con las ovejas. El atardecer era uno de los momentos que más le gustaban del día junto al amanecer. Cuando el sol se despertaba y aparecía en el cielo con una suave y prometedora luz, anunciando el inicio de un nuevo día; uno lleno de nuevas posibilidades. De oportunidades para lograr los sueños soñados durante la noche. El amanecer le recordaba a Scarlett que estaba viva y debía disfrutar de ese privilegio.

Pero, el atardecer como el que estaba viviendo en ese instante, también era un momento mágico para ella. Porque aunque significaba el final del día, el sol no se iba sin más. En su retirada regalaba desinteresadamente una belleza deslumbrante, recordando que todo era posible y que no debía temer a la negrura de la noche. Porque incluso la noche era bella. Sobre todo, cuando las estrellas brillaban en el cielo y una luna llena reinaba en él. Esas eran las noches preferidas de Scarlett. Cuando era pequeña, se había escapado de su habitación para dormir en la intemperie en una de esas noches, pero en cuanto su madre se había enterado, se lo había prohibido, temerosa de que su hija sufriese algún daño, por lo que, desde entonces, se

conformaba con observar desde el balcón de su habitación.

—¡Scarlett!

Una voz varonil que conocía bien provocó que saliese de su ensoñación. Se levantó de la hierba donde se encontraba sentada y se limpió con las manos las briznas que se habían adherido a su vestido. A ella no le preocupaba su aspecto, pero le gustaba lucir lo más presentable posible ante él.

El joven andaba a paso rápido hasta acercarse donde ella se encontraba.

—Burt —lo llamó a la vez que una sonrisa bobalicona se dibujó en su rostro.

Con su cabello castaño y sus bonitos ojos pardos, Burt era un joven muy apuesto. Aunque no era su apariencia lo que le había hecho enamorarse de él, sino su manera de comportarse con ella.

Burt y ella se habían conocido cuando él tenía doce años y ella diez. Él había sido enviado al castillo de su padre a ser entrenado, primero como escudero, y después como caballero, como muchos otros.

Scarlett nunca prestaba demasiada atención a esos jóvenes, ya que la mayoría de ellos eran orgullosos, vanidosos y muy seguros de sí mismo, pero Burt era diferente. Él era el hijo bastardo de un señor feudal y de una campesina. Se había criado en un pequeño pueblo de las tierras de su padre junto a su madre hasta que esta había fallecido.

Se había criado rodeado de pobreza, con poco más de un mendrugo de pan diario para llevarse a la boca. Cuando llegó al castillo Claymore era un chico alto y desgarbado. Tan delgado que se le notaban los huesos. En un acto de bondad o de mala conciencia, su propio padre, en vez de enviarlo a la horca por robar dos manzanas para dar de comer a su madre moribunda, le había reconocido como bastardo y enviado a ser instruido como caballero. Pero Burt no había empuñado antes un espada ni estaba familiarizado con una. Tampoco había montado en un caballo. Aunque sabía usar sus puños, algo que le metía constantemente en problemas.

Scarlett se había fijado inmediatamente en él. A sus diez años, había visto en Burt a un animalito asustadizo que necesitaba de su ayuda. Él, al principio, se había mostrado esquivo, pero pronto había aceptado los cuidados de esa niña bondadosa.

Con los años, se había convertido en confidentes, hasta que un año antes, el sentimiento había mudado a algo diferente. La amistad se había convertido en amor.

Burt ya no era ese niño enclenque. Ahora se había convertido en un hombre fuerte. Hacía un mes que había sido armado caballero. Scarlett sabía que el día que él abandonase las tierras de su padre para siempre estaba cerca, pero no pensó que tanto, porque en cuanto Burt estuvo a unos escasos milímetros de ella, la expresión en el rostro de él le dio la respuesta que tanto temía.

—Te vas —afirmó, temblorosa. No era la primera vez que se separaban, pero esta vez él no regresaría victorioso de una contienda junto a su padre. Esta vez, se marcharía solo.

—Scar —la manera en la que su nombre salió en forma de lamento de los labios de él le dio la respuesta que ya sabía, pero no por ello dolía menos. Él estiró su mano derecha para acariciar la mejilla de ella y ella cerró los ojos con una expresión de dolor, no queriendo escuchar las siguientes palabras que él iba a decir—: he venido a despedirme. Parto esta noche.

—¿Esta noche? —repitió Scarlett abriendo los ojos, con lágrimas acumuladas en ellos—. ¿Por qué tan pronto?

—Thomas de Montfort necesita caballeros que le ayuden en el asedio a un castillo. Me ha dado la oportunidad de ser uno de ellos. La paga es buena —dijo cuando una lágrima comenzó a caer por la mejilla de la joven.

Ella quería preguntarle a qué castillo y cómo de peligrosa era esa contienda, pero sabía que

él nunca le respondería. Burt la protegía de la parte más sórdida de la guerra. Al igual que su padre, él no quería que Scarlett sufriese innecesariamente y le evitaba los detalles más peliagudos. Aunque ella quería saberlo todo, no podía enfadarse con su amado porque intentase protegerla.

—¿Regresarás cuando salgáis victoriosos? —preguntó sin poner en duda que vencerían.

Scarlett sabía que muchos hombres iban a la guerra y nunca regresaban a su hogar. Esa era una historia que sucedía muy a menudo, pero ella no podía plantearse esa opción. Nunca lo hacía cuando era su padre el que partía, y no lo haría ahora que era Burt.

—Sabes que no puedo —le respondió él, acariciándole la mejilla—. Después de esta batalla vendrán más, hasta que por fin podamos estar juntos.

Como caballero sin tierras ni señor feudal al que jurarle vasallaje, a Burt no le quedaba más remedio que vender sus servicios a otros caballeros o a señores feudales. Él se iba a convertir en un mercenario, algo que no era del agrado de la joven.

—¿Y si no te vas? —propuso ella, sosteniendo las manos de Burt—. Si le cuento a mi padre que estamos enamorados, él puede darte como dote por mí un trozo de tierra con una cabaña donde podremos comenzar nuestra vida juntos. Tú le jurarás vasallaje y seremos felices.

—Scar —la llamó Burt, negando con la cabeza—. Tu padre nunca lo aceptará.

—Él lo hará. —Ella estaba segura de ello. Su padre la amaba y quería su felicidad. Y su madre estaría feliz de que ella no se marchase demasiado lejos.

—Scar, quiero ganarme mis propias tierras. Darte el futuro que te mereces y demostrarle a tu padre que soy algo más que un hijo bastardo. Quiero demostrarle que soy digno de ti.

—Eres digno de mí —le respondió ella sin ningún ápice de duda.

—Necesito estar tan seguro de eso como lo estás tú —dijo él con una media sonrisa—. Lo hago por nosotros, Scar. Por nuestros futuros hijos, para que estén orgullosos de mí. —Él afianzó el agarre de ella y alzó las manos de ambos al aire. —Serán unos pocos años.

Ella sabía que no sería tan sencillo como él lo hacía ver. Recaudar las monedas suficientes para comprar sus propias tierras no sería sencillo. Pero ellos no necesitaba mucho y ella confiaba en Burt; él ahorraría hasta la última moneda para lograr su cometido.

—¿Me prometes que será poco tiempo?

—Lo hago. Tan solo necesitamos una pequeña propiedad. Una en la que pueda labrar la tierra. Cuando lo logre, colgaré las espuelas.

—¿Te convertirás en campesino? —preguntó Scarlett alzando una ceja.

—En granjero —contestó él con una sonrisa—. Yo me ocuparé de las tierras y tú de los animales. Venderemos los productos en el mercado y nuestros hijos correrán felices por el campo.

Eso era con lo que Scarlett soñaba todas las noches desde que era niña. El sueño que tantas veces le había contado a él. Hasta ese momento, Burt la había escuchado con atención, como hacía siempre, pero él nunca había demostrado su conformidad.

Aquellas palabras fueron las más bonitas que él podía haberle dicho. Si había tenido alguna duda en algún momento de que Burt fuese el adecuado, en ese momento se disipó.

—No mataremos a los animales para vender su carne —dijo ella con una gran sonrisa y los ojos llenos de lágrimas—. Los cuidaremos.

Él negó con la cabeza, pero, en vez de responder con palabras, hizo algo que ella no se esperaba: venció la distancia que los separaba juntando sus labios a los de ella. Era la primera vez que Burt la besaba. Un roce efímero que apenas duró unos segundos. Sin embargo, Scarlett no necesitaba más.

Incapaz de contenerse durante más tiempo, las lágrimas bañarón el rostro de Scarlett. Su corazón estaba dividido. Feliz por el amor que se procesaban y destrozado porque él se marchaba.

—No llores. —La voz de Burt se escuchó por encima de los sollozos de ella—. Esto es para que no te olvides de mí. —Scarlett apenas fue consciente de que él había colocado algo alrededor de su cuello. Los destellos de una piedra roja le hicieron darse cuenta de que era un colgante.

—Esto… —balbuceó ella, incapaz de pronunciar una sola palabra.

—Pertenecía a mi madre. Mi padre se la regaló. Ella se negó a venderla y me hizo prometer que nunca la vendería. Para él, ella solo fue una de las muchas campesinas con las que yació, pero para ella él fue el amor de su vida. —Scarlett sabía eso, ya que Burt se lo había contado. En un pasado, Burt había querido vengarse de su padre, pero ella le había convencido para que le perdonase. El rencor solo traía tristeza y ella solo deseaba felicidad para el joven.

Tampoco importaba ya, porque el padre de Burt había fallecido hacía un par de años. No le había dejado nada, aunque tampoco lo esperaba, porque tenía cuatro hijos varones. No obstante, Burt le había asegurado que no aceptaría nada que viniera de su progenitor. Burt era un hombre de principios y eso era algo que Scarlett admiraba de él.

—No puedo quedármelo, Burt. Yo…

Scarlett agarró la piedra y fue a quitarse el colgante, pero Burt apoyó su mano encima de la de ella, empujando la piedra hacia su corazón e impidiéndoselo.

—Quiero que lo tengas. —La firmeza en sus palabras hizo que Scarlett no pudiera negarse —. Quiero que lo lleves en tu cuello todos los días para que recuerdes que regresaré a por ti. No olvides ni por un solo instante de que lo haré.

—Y yo te estaré esperando. Siempre te esperaré.

Capítulo 5

Scarlett se despertó al alba como todas las mañanas. Pero, en cuanto se incorporó y abrió los ojos, sintió que algo no estaba bien. No se escuchaba el murmullo de sus doncellas ni su vestido estaba encima de la silla de madera frente al tocador. En realidad, ni siquiera el tocador se hallaba contra la pared donde siempre había estado. Entonces, recordó que ya no se encontraba en el castillo de su progenitor y que no debía darse prisa en vestirse, ya que su pequeño hermano no entraría en la habitación para exigirle su atención.

Con un suspiro nostálgico, se levantó de la cama. La noche anterior había terminado tan cansada por el viaje y los acontecimientos del día que apenas recordaba haberse acostado. Aunque una suave luz se filtraba a través de las pesadas cortinas de terciopelo, no era suficiente. Scarlett se levantó y las descorrió, provocando que la habitación brillase con la luz del nuevo día.

Se tomó unos minutos para observar por la ventana. La fortaleza estaba comenzando a cobrar vida. En el patio de armas las sirvientas corrían con cubos de agua y bandejas con alimentos que llevaban a la cocina. Y los primeros guerreros subían las escaleras que conducían a la puerta principal para dirigirse al gran salón para desayunar.

A ella nadie le había dicho qué debía hacer. En su hogar desayunaba junto a sus padres y hermano, pero allí no sabía si debía bajar al gran salón o esperar a que fuesen a buscarla. La noche anterior no había acudido a cenar, ya que el cansancio había ganado la batalla al hambre, pero esa mañana, con fuerzas renovadas, su estómago rugía como queja.

Sus enseres personales se encontraban en el interior de un baúl que habían traído desde su hogar. Ella no necesitaba la mayor parte de los vestidos, ni los camisones, como tampoco los cinturones elegantes. Sin embargo, su madre había insistido y ella no había querido disgustarla. Bastante triste estaba ya por verla partir.

Cogió un sencillo vestido verde, que era su preferido. La tela estaba gastada por el uso, pero eso no le impedía ponérselo una y otra vez. Se sentía tan cómoda con él, que incluso lo había remendado en varias ocasiones. Aunque estuvo a punto de ponérselo, al final cambió de opinión.

Era el vestido que hubiese utilizado para realizar sus tareas diarias autoimpuestas en su hogar, pero en el clan Astruther ella no tenía nada que hacer. Allí, era la prometida del laird. Su madre le había advertido que debía comportarse como una dama y las damas no daban de comer a las gallinas ni limpiaban el establo.

Con un sonoro suspiro dejó el vestido dentro del baúl y eligió uno azul que aún no había estrenado a pesar de que la costurera se lo había hecho hacía más de un año con la tela de fina seda que su padre le había regalado.

Su primer encuentro con Irwin Astruther no había ido como Scarlett esperaba, por lo que causarle una buena impresión en el segundo encuentro era de vital importancia. Ella estaba dispuesta a hacerle entender que lo mejor para ambos era no contraer matrimonio.

Unos golpes en la puerta la sacaron de su ensoñación. Antes de que pudiese dar su permiso, la puerta se abrió lentamente y unos pasos lentos resonaron en el suelo.

—Disculpadme, milady, pensé que aún dormíais y no deseaba incomodaros. —Eara se encontraba frente a ella, con una pesada bandeja entre sus manos.

—No os disculpéis, sois bienvenida a mis aposentos. —Scarlett esbozó una sonrisa amable —. Déjame ayudaros —se ofreció, acercándose a Eara para coger la pesada jarra de agua que provocaba que la bandeja temblase en los brazos de la joven.

Con cuidado, dejó la jarra encima de la mesa y Eara hizo lo mismo con la bandeja que

contenía una manzana y unas rodajas de pan con miel y queso.

—¿Es de vuestro agrado el desayuno? —le preguntó la joven al ver la mueca de decepción en el rostro de Scarlett.

—Sí… Gracias… —respondió a la vez que se mordía el labio inferior; una costumbre que tenía cuando se ponía nerviosa—. Pensé que desayunaría en el gran salón junto a mi prometido.

Scarlett había pensado aprovechar esa ocasión para hablar con él. Ahora que estaba descansada y ya se habían conocido, él no podría intimidarla con su atractivo y sus maneras oscas. Scarlett iba a responder a su falta de caballerosidad con amabilidad, decoro y gratitud, tal como se esperaba de ella.

Eara la miró con extrañeza.

—Nuestro laird ya ha desayunado, milady.

—¿Tan pronto? —preguntó Scarlett, confundida. Acababa de despuntar el alba.

—Sí, milady —respondió Eara con un asentimiento de cabeza—. Vos podéis desayunar cuando os plazca. No es necesario que os vistáis sola, me han asignado ser su doncella y es mi deber ayudaros.

Scarlett observó a Eara. El día anterior apenas había podido interactuar con ella, pero se había dado cuenta de que era una joven de buen corazón. Lo había notado en el momento en el que le había ayudado a limpiar a Gatita sin mostrar ni rechazo ni queja alguna.

Tanto Nerys como Eara, con su preocupación por la gata, se habían ganado un hueco en el corazón de Scarlett. Ella estaba segura de que las personas que amaban y cuidaban de los animales eran personas bondadosas.

—Os lo agradezco, pero no necesito una doncella. Y no es necesario que me tratéis con tanto respeto. Si no os parece inoportuno, me gustaría que me llamaseis por mi nombre.

—Como deseei… desees —le respondió Eara con una sonrisa tímida—. En cuanto al hecho de ser tu doncella, es el deseo de nuestro laird que lo sea.

—¿Él te lo ha pedido? —indagó Scarlett con emoción apenas oculta. Aquel era un gesto considerado y honorable por parte de Irwin.

Eara negó con la cabeza.

—Ha sido Craig. —Hizo una pausa al ver que el rostro de Scarlett se entristecía—. Por orden de tu prometido —se corrigió con rapidez.

—Está bien. Ha sido un detalle por su parte. No puedo rechazarlo siendo así, pero no es necesario que me subas el desayuno ni me ayudes a vestirme. Soy capaz de hacerlo sola.

Scarlett había tenido doncellas personales, pero todas habían comprendido con rapidez que era una mujer independiente, algo solitaria e incluso, algunas habían llegado a tildarla de extraña. Habían terminado manteniendo las distancias con ella, al igual que había sucedido con las amigas que había hecho durante su niñez. Impulsada por su madre, Scarlett había intentado ser más sociable y realizar tareas más idóneas para una dama como ella, pero se había sentido desdichada y hacía tiempo que había desistido. Por lo que no esperaba que Eara la comprendiese.

—En realidad, tampoco creo que fuese capaz de realizar adecuadamente la tarea —confesó Eara hundiendo sus hombros—. Nunca he sido la doncella personal de ninguna dama.

La sinceridad de Eara le resultó reconfortante. Scarlett no estaba acostumbrada a que las sirvientas fuesen sinceras; a decir verdad, ninguna mujer a excepción de su madre. Era más propio de las mujeres que ella conocía, fingir que la entendían para lanzar rumores sobre ella por detrás. Tal vez, las mujeres de las Highlands eran diferentes.

Scarlett no quiso dedicarle demasiado tiempo a ese pensamiento, ya que no se quedaría el tiempo suficiente como para descubrirlo.

—¿Y por qué has aceptado?

La expresión que se dibujó en el rostro de Eara le hizo comprender a Scarlett que a la joven le había sorprendido su pregunta. De todas maneras, respondió a ella.

—Es un honor para mí que nuestro laird me confiase una labor tan importante. No desearía defraudarle.

—Y no lo harás —le confirmó Scarlett—. Puedes ayudarme a… —miró a su alrededor, en busca de una tarea que pudiese encomendarle— peinarme —terminó a la vez que cogía el cepillo que descansaba encima de una mesa estrecha y larga que servía como tocador.

Eara aceptó el cepillo y Scarlett se sentó en la silla que se hallaba frente a la mesa. Sin embargo, Scarlett se arrepintió de su idea en el instante en el que la joven doncella tiró de uno de los nudos que se habían formado en su cabello con tanta fuerza que casi la deja calva.

—Gracias, Eara. —Antes de que la joven pudiera volver a acercar el cepillo a su cabello, se levantó de un salto de la silla. Se acercó a Eara y le quitó el cepillo con suavidad para dejarlo de nuevo sobre la mesa.

—¿Ya? —preguntó Eara con decepción—. Si apenas he podido peinarla…

—¿Por qué no me acompañas mientras desayuno? —sugirió Scarlett, tratando de quitarle con desesperación esa idea de la cabeza—. Mi antigua doncella siempre lo hacía. —Scarlett aborrecía las mentiras, pero en aquella situación era por defensa propia. Esperaba que Dios la perdonase.

Mentira que Eara se creyó, ya que accedió a la petición de Scarlett. No hablaron de nada en específico, pero al igual que le había pasado con Nerys, Scarlett se sintió escuchada e, incluso, comprendida.

Mientras Eara se encargaba de que limpiasen los aposentos de Scarlett, esta salió de la fortaleza con la intención de buscar a su prometido, quien como Eara le había comunicado, se encontraba en el campo de entrenamiento norte, instruyendo a los jóvenes guerreros.

Saludó con la mano a los miembros del clan que se iba encontrando por el camino. Estos la miraban con curiosidad y, algunos, estrechando los ojos poco seguros de si era amiga o enemiga. Siguiendo los consejos que su madre le había dado, Scarlett incluso se acercó a algunos de ellos en un intento por ser amable y les preguntó cómo estaban, pero no recibió ninguna respuesta.

Al parecer, no parecían gustarles mucho los desconocidos o, tal vez, no confiaban en ella lo suficiente. Sin embargo, Scarlett no se tomó como una ofensa la falta de interacción, ya que, de alguna manera, ella lo prefería así. Al contrario que le sucedía con los animales, a Scarlett no se le daba demasiado bien interactuar con personas.

Se dirigió hacia la colina, pero no había llegado a la cima cuando vio a una criatura de color rojo en el suelo que observaba un hongo con sus ojos marrones oscuros.

Intentando no asustarla, se puso de cuclillas a su lado. La ardilla ladeó la cabeza e hizo ademán de salir corriendo. Scarlett mantuvo sus ojos fijos en los del animalillo. La ardilla se quedó quieta, hipnotizada por la mirada de la joven. Tras un par de minutos, quitó la mirada para centrarla de nuevo en el hongo.

Scarlett sonrió. Ella sabía que los animales más asustadizos no necesitaban palabras calmantes, solo permitirles ver el interior de tu alma para que pudiesen asegurarse de que estaban seguros.

—No es un hongo venenoso —le aseguró a la ardilla con una sonrisa—. Puedes comerlo.

Esta no parecía muy convencida, pero terminó aceptando la invitación. Scarlett se quedó allí, de cuclillas, observando a su nueva amiga. Cuando la ardilla se quedó saciada, se acercó a Scarlett. Esta, interpretando las intenciones de la ardilla, estiró las palmas de sus manos y el

animal se subió en ellas.

Con una risa cantarina, Scarlett se levantó del suelo mientras sostenía a la ardilla.

—Gracias por confiar en mí. No defraudaré tu confianza —le dijo al animalillo.

Iba a dejar de nuevo a la ardilla en el suelo cuando un niño de no más de cuatro años corrió hacia ella.

—¿Puedo acariciarla? —le preguntó con sus grandes ojos color ámbar, observando con fascinación al animal.

La ardilla se quedó inmóvil, mirando el suelo, como si estuviese decidiendo si saltar y salir corriendo o quedarse donde se encontraba.

—¡Eoin! —Una joven unos cuantos años mayor que Scarlett corría hacia ellos—. No molestes a la prometida del laird.

—Mamá, quiero jugar con la ardilla —se quejó el niño, haciendo un mohín que a Scarlett le pareció adorable.

Scarlett fue a responder, pero la joven ya estaba frente a ellos y agarró al niño del brazo, tirando de él.

—Es inglesa, Eoin, no puede entenderte.

En ese momento, Scarlett se dio cuenta de que esa mañana había hablado a los habitantes del clan en inglés. Por eso no la habían contestado y la miraban con el ceño fruncido, porque no la entendían o porque veían una falta de respeto que no les hablase en su idioma.

Ella había sido advertida de ello, pero había estado tan nerviosa que ni siquiera había pensado en ello. Además, tanto su prometido, como Nerys, Craig y Eara, habían hablado con ella en un perfecto inglés. Posiblemente, pensando que ella no hablaba gaélico escocés, algo que no era cierto.

Scarlett hablaba gaélico escocés desde que era una niña. El sacerdote de la capilla del castillo Claymore le había enseñado por orden de sus padres. Ella nunca había comprendido la razón y tampoco lo había preguntado, ya que a Scarlett le gustaba aprender. Por eso, ella le había convencido de que le enseñase a leer y escribir.

—Milady, disculpad… —dijo la mujer en un torpe inglés, interrumpiéndose mientras pensaba en la siguiente palabra.

—No debéis disculparos. Vuestro hijo no me ha molestado. Soy yo la que debe disculparse por no hablar vuestro idioma desde el momento en el que llegué al clan. Ha sido descortés y lo siento —le respondió Scarlett en un perfecto gaélico escocés.

Las mejillas de la mujer enrojecieron. Abrió la boca, pero no llegó a emitir palabra, ya que su hijo la interrumpió.

—¿Puedo acariciar a la ardilla? —preguntó de nuevo, señalando al animal.

Scarlett le sonrió. El niño era encantador, pero bien sabía ella por su propio hermano que los niños eran demasiado traviesos y ansiosos como para que aquello terminase bien. Y por la forma en la que la ardilla ladeó la cabeza hacia Scarlett y abrió los ojos, horrorizada, ella también lo pensaba.

—Es mejor que no, pero puedes sentarte en la hierba.

El niño alzó una ceja, pero obedeció.

Scarlett dejó a la ardilla en el suelo mientras instruía al niño que se quedase muy quieto. La ardilla mordisqueó el zapato del pequeño, haciéndole reír y provocando que la madre soltase un fuerte suspiro.

La ardilla, como respuesta, salió corriendo, y Eoin frunció el ceño.

—La has asustado —se quejó, levantándose y poniendo sus brazos en jarras.

Scarlett se frotó la nariz con la mano.

—Disculpadme, no debí permitirlo. No me di cuenta de que podía destrozarle los zapatos —se disculpó al darse cuenta de que el zapato del niño lucía un agujero.

La mujer negó con la cabeza.

—No os disculpeis, milady. Mi hijo tiene un don para destrozar sus zapatos. Mejor una ardilla que porque ha pegado una patada a una piedra.

Scarlett esbozó una sonrisa de agradecimiento. La mujer estaba siendo genuinamente amable con ella.

Eoin echó a correr en dirección al río al ver que la ardilla no iba a regresar. Su madre suspiró de nuevo.

—En realidad, debo estar agradecida con vos. Estos cinco minutos han sido el mayor tiempo en el que mi hijo ha estado quieto desde que aprendió a andar —le confesó, provocando que Scarlett se riese—. Disculpadme, pero debo ir tras él antes de que se meta en más líos.

Scarlett vio como la mujer iba tras su hijo mientras gritaba su nombre. El pequeño no le hizo el menor caso, aunque se detuvo para coger una margarita que había llamado su atención. Era un pequeño con mucha vitalidad, como lo era su hermano. Aunque Azriel era más obediente. A veces.

Scarlett llevaba poco tiempo lejos de él y ya lo echaba de menos. Afortunadamente, pronto volvería a verlo.

Scarlett siguió su camino hacia la cima de la colina. Desde allí, el viento era más frío, pero no le molestaba. Permitió que le acariciase el rostro antes de descender hacia el campo de entrenamiento.

Ella ensayó mentalmente las palabras que le diría a Irwin. Unas palabras que esperaba que les liberasen a los dos de un compromiso que ninguno deseaba.

Según fue descendiendo por la colina, vio cómo los jóvenes guerreros estaban entrenando entre ellos, pero Irwin no estaba parado observándolos como esperaba Scarlett. No, él también estaba entrenando junto a ellos.

Ella detestaba la violencia. Incluso fantaseaba con un mundo en el que las guerras y las batallas no fueran necesarias y todos pudiesen vivir en paz. Burt se había reído de su ocurrencia, aunque luego le hubiera dicho con voz tierna que eso nunca ocurriría. Pero Scarlett seguía creyendo que eso era algo que podía ser posible, que si todos ponían de su parte, se podía conseguir. Para ella, una palabra tenía más valor que una espada.

Sin embargo, había algo hipnótico en la manera en la que Irwin se movía. Su pecho descubierto se movía de manera errática y unas gotas de sudor caían por su piel bronceada. Él blandía su espada de forma feroz pero calculada. A la distancia en la que se encontraba, Scarlett no podía observar el rostro del laird con claridad, pero su expresión parecía tranquila, como si estuviera haciendo cualquier otra tarea rutinaria. Expresión que contradecía con el fuego que reflejaban sus ojos oscuros.

El choque de espadas resonaba en el aire. Parecía que la batalla iba a durar horas. No obstante, el oponente de Irwin, un joven con el cabello rubio, no blandió la espada con la fuerza suficiente, y cuando chocó con la de Irwin, el arma cayó sobre la tierra. Esto debió de desconcertar al joven, que se desestabilizó y cayó al suelo bocarriba. Antes de que pudiera recomponerse, Irwin había puesto su pie sobre su pecho y la punta de su espada tocaba la piel del cuello del joven.

Scarlett dejó de respirar, creyendo que Irwin asesinaría a ese joven. Incluso vio el temor en los ojos de él. ¿Lo mataría? ¿Era un duelo a muerte?

—Milady, ¿deseáis algo?

Tan concentrada estaba observando lo que ocurría delante de ella que Scarlett tardó unos instantes en procesar las palabras de Irwin. Al principio, creyó que no estaba hablando con ella, ya que Irwin estaba de espaldas a ella y ni siquiera había podido reparar en su presencia. Pero con un rápido vistazo a su alrededor, se dio cuenta de que era la única mujer que se encontraba allí.

Scarlett se aclaró la garganta y se obligó a sí misma a continuar con lo que tenía en mente. ¿Qué tenía que temer?

—Milord, —comenzó, hablando en gaélico, aunque él lo había hecho en inglés—, cuando tengáis un tiempo libre, desearía hablar con vos. —Irwin ladeó su cuerpo hacia ella. Arqueó su ceja, como si esperara que continuara hablando. Si le había sorprendido que hablase su idioma a la perfección, no lo aparentó. A pesar de que su espada ya no apuntaba el cuello del joven, su pie seguía sobre el pecho de este—. A solas —aclaró.

La esquina de la boca de Irwin se dobló en lo que Scarlett creyó que era una sonrisa. Después, envainó su espada y liberó al joven que tenía debajo de él.

—Atholl, te quedas al mando.

—¿Yo? —El joven, que aún se encontraba en el suelo, miró con sorpresa a su laird.

—Sí, tú. ¿O acaso no crees que estés lo suficientemente preparado para la tarea que te he otorgado? En ese caso, puedo elegir a otra persona. —Aunque las palabras de Irwin eran calmadas, había un desafío en ellas.

—Por supuesto que no, laird —habló Atholl atropelladamente mientras se levantaba rápidamente del suelo.

Los labios de Irwin se curvaron en una mueca complacida y caminó hacia Scarlett, pero en vez de detenerse cuando llegó hasta ella, continuó andando. Un poco confundida por la falta de palabras de él, Scarlett se dio la vuelta y siguió al hombre.

—Siento haberos interrumpido en vuestros menesteres —dijo, más porque eso era lo correcto que una dama debía decir que porque realmente lo sintiera.

—¿Habéis disfrutado del espectáculo?

—No —contestó Scarlett, demasiado rápido. Sintió que sus mejillas adquirían un leve color rojizo, porque en su fuero interno, sabía que no estaba siendo del todo honesta. ¿O sí que lo estaba siendo? Que no le hubiera desagradado no quería decir que lo hubiera disfrutado, ¿no?—. No me gusta la violencia —añadió.

Irwin ladeó la cabeza hacia ella. Scarlett esperaba no haberle ofendido con su negativa.

—¿Por qué no?

Scarlett tardó unos segundos en responder. No porque no tuviera una respuesta a la pregunta de él, sino porque ella no estaba acostumbrada a que le preguntaran su opinión. Burt nunca lo había hecho, y mucho menos su padre.

—¿Por qué me iba a gustar? ¿Por qué me iba a gustar ver a un ser humano siendo dañado por otro? La violencia, las guerras, solo traen consigo destrucción. ¿Nunca has pensado cuántas personas hubieran salvado sus vidas si no hubiera guerras?

—No —contestó Irwin alzando sus hombros—. Enseño a mis hombres a defenderse en el campo de batalla, milady. Les enseño a defenderse a sí mismos y a sus familias. ¿No es eso algo noble? —Scarlett pudo percibir la burla en sus últimas palabras.

¿A defenderse o a asesinar a otras personas? La réplica bailó en la lengua de Scarlett, pero era demasiado cauta como para no caer en la provocación de Irwin y guardársela para sí misma. Ella no buscaba un enfrentamiento con su prometido.

—Hay otras formas que no son la violencia para solucionar los conflictos —declaró en su lugar.

—En eso coincidimos, milady. Existen otros métodos mucho más eficaces que la violencia. —La sonrisa oscura que se dibujó en los labios de Irwin le dijo a Scarlett que ellos no estaban pensando en los mismos métodos—. Hay guerras que no se ganan en el campo de batalla.

Scarlett se detuvo y miró a su alrededor, dándose cuenta de que Irwin había caminado hasta una zona solitaria. Todavía estaban cerca de la fortaleza, pero no había ningún habitante alrededor de ellos. Observó brevemente los paisajes hermosos. Las tierras alrededor de la fortaleza eran inmensas, al igual que el interior de la fortaleza, pero no se quedaría demasiado tiempo para descubrir todos sus recovecos y perderse en sus pasillos como hacía en su hogar.

Lo que le recordó la razón por la que estaba allí, hablando con Irwin.

—Hay algo que me gustaría comentaros, milord —comenzó Scarlett, volviendo a centrar su mirada en Irwin. Este se había detenido junto a ella.

—¿Hay algo que necesitéis? ¿No son las comodidades que os he ofrecido suficientes? —A pesar de que las preguntas podían parecer corteses, Scarlett sintió cierta irritación y condescendencia en ellas, como si a Irwin le molestara tener que formularlas.

—Claro que lo son —contestó con una sonrisa ensayada—. Os agradezco vuestra hospitalidad. Eara ha sido de gran ayuda —dijo, por miedo a que Irwin culpase a Eara—. Quería conversar sobre nuestro compromiso.

—¿Nuestro compromiso? —Irwin frunció el ceño, pareciendo completamente desconcertado. Después, pareció llegar él solo a una conclusión, porque dijo: —¿Es sobre el vestido y esos menesteres que os preocupan a las mujeres? Podéis pedirle ayuda a Nerys. Yo estoy demasiado ocupado con asuntos más importantes.

¿Qué asunto podía ser más importante que su propia boda? Se preguntó a sí misma. Aunque llegó a la respuesta con rapidez. Seguramente, no le importaba porque él tampoco deseaba casarse.

Ese pensamiento le dieron ánimos para continuar. Abrió la boca, pero al ver cómo Irwin alzaba una ceja, la cerró. Ella no podía soltarlo a bocajarro. Tenía que tener cuidado en no faltarle el respeto.

Los hombres eran muy orgullosos, y más uno como aquel.

Juntó sus manos con nerviosismo, sin saber cómo abordar el tema. No entendía por qué estaba tan nerviosa. No debería ser algo tan difícil. Además, Irwin era un hombre civilizado que… Bueno, quizá no tanto como civilizado, pero él estaría de acuerdo con ella. Al fin y al cabo, ambos habían sido obligados a comprometerse.

—En realidad, es más sobre la fecha. —Scarlett tocó la piedra del colgante que Burt le había regalado y que llevaba oculto debajo de la tela de su vestido y cuando los ojos de Irwin se dirigieron hacia sus manos, ella bajó sus brazos y se obligó a sí misma a continuar hablando. Pero antes de hacerlo, empezó a caminar de nuevo, siendo incapaz de mantenerse quieta.

Irwin la sujetó del brazo, obligándola a pararse. Su agarre era firme pero cuidadoso.

—Sí estáis preocupada porque no os dé tiempo a preparar la boda, no debéis angustiaros. Nos casaremos en la corte. Vos solo tenéis que preocuparos de que la costurera os cosa un vestido a vuestro gusto.

—¿En la corte de Guillermo? —preguntó, abriendo los ojos a la vez que él le soltaba el brazo.

Irwin escudriñó los ojos de la joven, como si estuviese buscando algo en ellos. Scarlett no sabía qué, pero él no debió encontrarlo, porque su ceño se frunció.

—¿Conocéis a Guillermo?

—No le he visto nunca, pero he oído que es un rey justo y bondadoso. —Aquella era una verdad a medias, pero Scarlett no deseaba ofender al rey de Irwin.

Irwin soltó una carcajada.

—U os han mentido, milady, o estáis intentando ser cortés. —Cuando Scarlett permaneció en silencio, sin saber cómo responder, él continuó hablando: —En mi presencia no es necesario que lo seáis. Podéis hablar conmigo con sinceridad. Es más, debéis hacerlo. No tolero la hipocresía.

Ser sincera es lo que ella estaba intentando hacer, pero él no le estaba facilitando la tarea.

—Los ingleses no tienen en alta estima a vuestro rey —dijo con cautela.

—¿Y vos?

—No tengo opinión al respecto, milord —contestó con honestidad—. No tengo el honor de conocerlo.

Irwin esbozó una sonrisa maliciosa.

—Pronto lo haréis. Él desea hablar con vos antes de nuestra boda y estar presente en ella.

Ella no sabía por qué Guillermo deseaba tal cosa, pero una idea perturbadora dominó su cabeza.

—¿Él os obliga a casaros conmigo?

Irwin abrió los ojos y soltó una carcajada, como si creyese que la joven bromeaba.

—Nadie puede obligarme a hacer nada que no deseo.

—¿Y es vuestro deseo casaros conmigo? —preguntó Scarlett con un hilo de voz mientras sus peores temores comenzaban a confirmarse.

—¿Por qué no lo sería? —respondió él, mirándola con extrañeza—. ¿No os consideráis digna de ser mi esposa?

Scarlett abrió la boca y la volvió a cerrar como si fuese un pez. Ella no se había esperado esa respuesta. Ese hombre era impredecible.

—No importa si soy digna o no, porque no deseo casarme con vos —en cuanto las palabras salieron de su boca, se arrepintió. Esa no era la manera en la que ella deseaba abordar esa conversación—. No deseaba ser tan brusca —se disculpó antes que él pudiera decir algo, aunque no parecía que fuese a hacerlo, ya que la observaba con una mezcla de curiosidad y sorna—. Sin embargo, me habéis pedido sinceridad y esa es la verdad. En el fondo, tampoco creo que vos deseéis casaros conmigo. Si os preocupa Guillermo, podéis llevarme a la corte. Estoy segura de que él entenderá mis razones para negarme.

—¿Y cuáles son esas razones? —le preguntó Irwin en un tono de voz bajo que provocó que los pelos del brazo de Scarlett se erizasen. Él parecía enfadado, pero ella no terminaba de entender la razón.

Le estaba ayudando a salir de un compromiso que no les beneficiaba a ninguno de los dos. Ella era la hija de un barón inglés y todo el mundo sabía que a los highlanders los ingleses no les gustaban.

—No os amo, milord, y vos no me amáis. ¿No deseáis casaros con una mujer a la que améis?

Irwin no respondió de inmediato. Durante unos instantes que para Scarlett fueron eternos, se limitó a observarla con una expresión en el rostro que no supo interpretar. Y por un momento, solo por uno, Scarlett creyó que su pregunta había hecho reflexionar al laird.

—No —respondió él, destruyendo todas las esperanzas de Scarlett—. El amor no es necesario en un matrimonio, milady. El amor es solo para los débiles, y yo no soy un hombre

débil.

—El amor no debilita, el amor fortalece —replicó ella con convicción—. Lo descubriréis cuando estéis enamorado y me agradeceréis que no haya aceptado casarme con vos.

—¿Qué sabéis vos del amor? —le preguntó Irwin con sorna.

Lo que Irwin desconocía era que ella sabía lo que era estar enamorada, porque su corazón pertenecía a Burt, el hombre con el que se iba a casar. Quiso ser honesta con él y contarle la verdad, pero se dio cuenta de que no podía hacerlo. Ella le había prometido a Burt mantener su relación en secreto hasta el día en el que pudiesen hacerlo público.

—Lo suficiente como para saber que jamás podría enamorarme de vos —respondió en su lugar.

Una carcajada brotó de la garganta de Irwin.

—Jamás es mucho tiempo, milady. Pero no os preocupéis, yo tampoco voy a enamorarme de vos. Por suerte para ambos, nuestro matrimonio será de conveniencia.

—¿Conveniencia para quién? Nadie me ha explicado los motivos de nuestro compromiso.

—Para los intereses de mi clan y los de vuestro padre.

Su padre le había dicho que era una orden del rey. Una de la que él no parecía estar de acuerdo, pero que no podía negarse. Aunque no le dijo nada de eso a Irwin, porque no importaba.

—Si me obligáis a casarme con vos, seremos infelices. ¿Vos queréis eso?

Él soltó una carcajada, pero, esta vez, sin humor.

—No voy a obligaros a nada. Espero que vos aceptéis con buen gusto casaros conmigo.

—Pero yo ya os he dicho que no es mi deseo.

—Cambiaréis de opinión —le respondió él con seguridad.

—Lo siento, laird, pero no me casaré por propia iniciativa con vos si no estoy enamorada. ¿Acaso vos podréis iros a dormir todas las noches sabiendo que la mujer que se acuesta a vuestro lado no está enamorada de vos?

Irwin la miró como si no comprendiera sus preguntas.

—Os agradezco vuestra preocupación por mi descanso, pero os puedo asegurar que dormiré plácidamente a vuestro lado —le respondió Irwin.

—Puedo ayudaros a encontrar a una mujer que os ame y améis —insistió Scarlett, guardándose para sí misma la irritación que su prometido estaba comenzando a causar en ella. Scarlett había conocido a muchos hombres testarudos, pero como el que tenía frente a ella, ninguno.

Ella podía quedarse un tiempo en las Highlands. La última carta que había recibido de Burt era de hacía tres meses y en ella le decía que necesitaba más tiempo. Y sin el compromiso sobre su cabeza como si se tratase de una espada dispuesta a clavarse en su corazón, las Highlands sonaban como un buen lugar en el que pasar unas semanas.

—No deseo enamorarme y vos debéis dejar esas ideas absurdas sobre el amor. Os aseguro que soy el hombre que necesitáis a vuestro lado. Os vais a convertir en la señora del clan Astruther. Os respetarán. Nadie se atreverá a faltaros el respeto. Os protegeré a vos y a nuestros hijos con mi propia vida. Tendréis todo lo que necesitéis.

—Todo no. Me faltará lo más importante: el amor.

Irwin resopló.

—¿Es por qué no estáis enamorada de mí? ¿Es por eso por qué no queréis casaros conmigo?

Scarlett asintió.

Y porque ya estaba enamorada, pero eso no lo dijo.

—Entonces, enamoraros de mí. Si eso es lo que necesitáis, hacedlo.

Scarlett miró a Irwin, perpleja. Por un instante, pensó que estaba bromeando, pero al ver la expresión seria de Irwin se dio cuenta de que no era ninguna broma. Irwin hablaba en serio.

—Milord, con todo mi respeto, yo no puedo…

Sin embargo, Irwin no la estaba escuchando.

—Ahora que ya he resuelto vuestro problema, tengo asuntos que atender. —Y dicho aquello, se marchó.

Capítulo 6

Scarlett sintió cómo su corazón golpeaba contra su pecho, su respiración se aceleraba y todo su cuerpo ardía en llamas. Tardó varios minutos en darse cuenta de que estaba enojada. Muy enojada.

Ella nunca se enfurecía. No lo hacía porque su naturaleza noble y desinteresada no se lo permitía. Pero aquel hombre había logrado sacar una parte de ella que pensaba que no tenía.

Tuvo que unir sus manos entre sí para lograr calmarse y no salir en busca de ese hombre obstinado y orgulloso que decía ser su futuro marido. Porque si lo hacía, Scarlett le tiraría una piedra en la cabeza para ver si así lograba meter un poco de cordura en ella.

Irwin Astruther era un hombre desconsiderado e intolerante.

¿Cómo podía hablar del amor como si fuese algo superfluo, como si fuese algo que se podía elegir? ¿Cómo había sido capaz de desestimar sus sentimientos como si fuesen algo banal, sin importancia?

Scarlett respiró hondo un par de veces para calmarse. Se reprendió a sí misma por esos sentimientos violentos que había sentido, tan poco propios de ella. No importaba lo errado e injusto que fuese el comportamiento del laird de los Astruther, eso no justificaba sus pensamientos.

Dándose cuenta de que Irwin no era un hombre con el que se pudiese parlamentar, decidió que la única opción que le quedaba era retrasar la boda hasta que su amado Burt fuese en su busca. Él la salvaría de un futuro desdichado. De eso estaba segura.

En cuanto su amado se enterase de su compromiso, convencería al rey para que anulase el compromiso. Si alguien podía hacerlo, ese era Burt. Tal vez no era poderoso, ni tampoco tenía tierras propias, pero el amor que sentía hacia ella le daría la fortaleza y valentía para enfrentarse a Ricardo; incluso a Leonor, que era la reina regente mientras su hijo se encontraba en las cruzadas. Porque el amor movía montañas; el amor, cuando era tan puro como el suyo, derribaba murallas y ganaba guerras.

Eso era algo que muchos hombres no entendían, y que Irwin nunca comprendería. Pero, por suerte, para ella, Burt sí lo hacía. Scarlett estaba convencida de que si las cosas se tornaban muy adversas, si no quedaba otro remedio, Burt y ella huirían juntos y serían dichosos. Porque solo se necesitaban el uno al otro. No necesitaban nada más.

Pero mientras estuviese en el clan de los Astruther, ella tenía que ocupar su tiempo de alguna manera o enloquecería. A Scarlett no le gustaba estar desocupada. No podía pasarse el día cosiendo o dando un paseo, o Dios no lo quisiera, encargándose de vigilar que las sirvientas realizaban las labores cotidianas de la fortaleza adecuadamente. No, ella no era de ese tipo de damas. Admiraba a su madre, pero moriría de conjoja si tuviese que realizar las mismas actividades que realizaba ella. Tal vez ella era hija de nobles y había nacido para ser la señora de un castillo, pero, ciertamente, no era lo que deseaba.

Intentando olvidarse de la conversación —si así podía llamarse— con su prometido, se dirigió hacia su alcoba para cambiarse de vestido. Una vez ataviada con un vestido viejo de color marrón, salió en busca del encargado de los animales. No obstante, en cuanto llegó al gran salón, Eara salió a su paso, interceptándola.

—Scarlett, por fin te hallo. ¿Te has cambiado de vestido? —le preguntó, mirándola de arriba abajo.

Scarlett sonrió, ya que estaba acostumbrada a ese tipo de reacción hacia su vestimenta.

—No quiero ensuciar ni estropear mis vestidos confeccionados con telas lujosas. —Telas que su padre le había traído de sus visitas a la corte y que ella se ponía solo cuando se veía obligada a ello, para disgusto de su madre, que prefería que los usase con frecuencia.

Eara asintió, aunque no parecía muy convencida.

—Puedo confeccionarte un vestido nuevo si lo deseas —ofreció—. Para mí sería un deleite —añadió al ver que Scarlett no profería palabra alguna.

—Te lo agradezco, pero no será menester. Tengo más vestidos de los que necesito.

Eara suspiró.

—No es mi deseo ser impertinente —mordió su labio inferior, como si estuviese pensando cómo decir las palabras que se formaban en su mente. Ella parecía apurada—, pero la prometida del laird no puede deambular por el clan con un vestido lleno de remiendos —añadió con cierta timidez—. Soy tu doncella, debo asegurarme de que luces impecable —aclaró

Scarlett asintió con la cabeza porque entendía las preocupaciones de la joven. Eara quería realizar su tarea de doncella de la mejor manera posible para no decepcionar al laird. Ella se había visto en esa misma situación con otras doncellas a lo largo de los años. Pero, a diferencia de con el resto de doncellas que habían terminado dejándola por imposible, esperaba encontrar en Eara a una aliada, alguien que la entendiese.

—Está bien —cedió Scarlett—. Puedes confeccionar un vestido si lo deseas. Y también me pondré los míos cuando pasee por el clan. —Scarlett sonrió al ver reflejado el alivio en los ojos de Eara. Alivió que se desvanecio en cuanto ella pronunció las siguientes palabras: —Pero mientras esté trabajando con los animales, prefie…

—¿Trabajando con los animales? —repitió Eara con incredulidad, interrumpiéndola.

—Sí, me gustaría trabajar en el establo —respondió Scarlett, sin comprender por qué la joven parecía tan sorprendida—. Soy consciente de que ese es un puesto de responsabilidad que debo ganarme. A los guerreros no les gusta que cualquier persona cuide de sus caballos de guerra. —Al fin y al cabo, pese a ser la prometida del laird del clan, Scarlett no dejaba de ser una forastera—. Por eso, comenzaré con las gallinas, los cerdos…

—¿Los cerdos? —preguntó Eara, quien parecía que estaba a punto de desmayarse.

—No es necesario que me acompañes, puedes quedarte en la cámara de costura y decirle al laird que yo te he solicitado que me confecciones un vestido cuanto antes —sugirió Scarlett. La joven sabía que los cerdos eran animales que causaban repulsión a muchas personas, aunque era algo que ella no comprendía. Todos los animales eran hermosos ante sus ojos.

Eara observó a Scarlett durante unos largos instantes, en silencio. Atrapó su labio inferior con los dientes.

—Scarlett —comenzó Eara—, no soy yo quien deba decirte lo que tienes que hacer, pero no sé si ese es una labor adecuada para la prometida del laird…

Scarlett suspiró.

—Soy más que capaz de realizarlo. En el castillo de mi padre…

Ella no pudo continuar la frase, ya que fue interrumpida por un fuerte gruñido. Instintivamente, giró la cabeza hacia la dirección del sonido.

Frente a la chimenea apagada se hallaba un perro de gran tamaño, de pelaje oscuro y largo, y un gracioso flequillo que le tapaba los ojos. Scarlett tuvo que contenerse para no apartárselo. A ella le gustaba mirar a los animales a los ojos, pero no le tocaría sin su permiso. Y no porque le estuviese mostrando sus afilados dientes, eso a ella no le causaba ningún temor, sino porque él no le había dado permiso para hacerlo.

—Es el perro de nuestro laird —aclaró Eara, quien había dado un par de pasos hacia atrás y miraba al perro con temor—. Siempre duerme junto a la chimenea. Gatito solía estar con él, pero desde que han nacido los gatitos, no se separa de Gatita.

El perro se levantó y gruñó con más fuerza. Scarlett se puso de cuclillas frente a él para estar a su altura y esbozó una sonrisa comprensiva.

—Ten cuidado —le advirtió Eara, tragando saliva con fuerza—. Es un perro muy agresivo.

Scarlett hizo un ademán con la mano, desestimando las palabras de su doncella. Para ella no había animales agresivos, sino animales que se defendían de humanos que no los trataban cómo debían hacerlo.

—¿Os hemos despertado? —le preguntó Scarlett—. Si es así, os ruego nos disculpéis. No era mi deseo ni el de Eara enturbiar vuestro merecido descanso.

Eara no se podía creer que le hablara al perro con el mismo respeto que a un rey, pero no se atrevió a decir nada. Sobre todo, porque el perro había dejado de gruñir y miraba a Scarlett con escepticismo.

—Os prometo que no volverá a suceder. ¿Tendríais vos la bondad de decirme vuestro nombre?

—Se llama Alpin —respondió una voz varonil, que no correspondía a la de Eara. Scarlett levantó la cabeza para encontrarse a Irwin, quien observaba con diversión la interacción de la joven con su perro.

Scarlett volvió su mirada al animal, obviando a su prometido. El corazón le latía a gran velocidad ahora que él se encontraba en la estancia. No sabía por qué razón él tenía ese efecto en ella. A pesar de sus esfuerzos por olvidar que se encontraba allí, su aroma le inundó las fosas nasales. Un aroma varonil, a tierra y musgo de roble. Como si Irwin perteneciese a la naturaleza, como si fuese parte de ella. Y tal vez era así, porque su prometido era como un animal salvaje. Uno imprevisible y difícil de domesticar. El único animal al que ella no lograba entender.

—¿Alpin es vuestro nombre? —le preguntó al perro, provocando que Irwin lanzase un bufido de incredulidad.

—¿Acaso estáis sorda, muchacha? —le preguntó con soberbia—. Además, ¿qué esperáis, que os responda?

Ella volvió a levantar la mirada para contemplarlo. El laird esbozaba una sonrisa ladeada de superioridad que provocó que en el estómago de Scarlett se revolviese. Ella no tenía muy claro si era de furia porque se estaba burlando de ella, o de rabia porque aquel gesto burlón en su rostro resaltaba la belleza de sus facciones.

—Alpin es el nombre que vos le habéis puesto, ¿pero os habéis asegurado que es el nombre con el que él se siente identificado?

—¿Cómo decís? —preguntó Irwin. Y, por primera vez, Scarlett pudo ver la confusión en las facciones del hombre. Aquello le provocó una mayor satisfacción de la que la joven estaba dispuesta a reconocerse a sí misma.

—Los perros son animales fieles y responden al nombre que les ponemos aunque no sea de su agrado. Por ello, siempre hay que estar seguros de que estamos acertando.

Irwin movió la cabeza de un lado al otro, como si quisiese despertar de una pesadilla, como si no se creyese que estaba despierto.

Scarlett suspiró y volvió a centrar su atención en el perro.

—¿Os gusta el nombre que os han puesto? —le preguntó. El perro ladeó la cabeza y Scarlett sonrió—. Mientras pensáis en ello, ¿os parece bien que os llame Alpin?

El perro movió la cabeza de arriba abajo, como si estuviese asintiendo.

—Qué me parta un rayo —masculló Irwin, que no se podía creer lo que estaba viendo.

Scarlett no le hizo el menor caso y estiró el brazo hacia Alpin. Este olfateó su mano y le lamió los dedos, provocando que Scarlett soltase una carcajada.

—A mí también me gustaría ser vuestra amiga —dijo, a la vez que se levantaba y Alpin volvía a tumbarse junto a la chimenea—. Ha sido un placer conoceros. Ya no os molesto más, seguid descansando. —El perro la observó durante unos segundos y, después, cerró los ojos—. ¿Me acompañas a la porqueriza? —le preguntó a Eara, quien se encontraba en una esquina del gran salón, insegura de si debía quedarse allí o marcharse.

—¿A la porqueriza? —repitió Irwin.

—Tenía la esperanza de que os hubierais marchado —susurró Scarlett para ella misma, pero Irwin la escuchó.

—Muchacha, no sé qué clase de modales os han enseñado en Inglaterra, pero aquí, en las Highlands, es de buena educación no faltar el respeto al laird.

Scarlett se dio la vuelta para mirar a Irwin.

—Os respetaré cuando os lo ganéis —dijo, sorprendiéndose a sí misma, y provocando que Eara emitiese una pequeña exhalación de incredulidad.

—Eara, espera a tu señora fuera —ordenó Irwin.

Eara miró a Scarlett y esta asintió. No quería que su doncella fuese el objetivo del mal humor de Irwin.

—Disculpadme —le dijo ella cuando Eara desapareció por la puerta. Más porque era lo que debía decir por qué realmente lo sintiera. Scarlett no era una persona irrespetuosa, a ella la habían educado en el respeto. Jamás replicaba ni respondía cuando no debía hacerlo, pese a que tuviese algo qué decir. Así era cómo su madre le había enseñado a comportarse. —. Siento haberos ofendido.

—No lo sentís —replicó Irwin, dando varios pasos y acercándose a ella.

El laird no parecía furioso; más bien, curioso.

Scarlett no se permitió a sí misma moverse. Ella se había dado cuenta de que Irwin estaba midiendo su valor. Poniéndola a prueba, intentando dominarla. Ella no se lo permitiría.

A pesar de todos los rumores que Scarlett había escuchado sobre Irwin Astruther, ella no lo temía.

—Tenéis razón, no lo hago —reconoció, haciendo un gran esfuerzo por mantener sus ojos fijos en los de Irwin. Scarlett sentía la necesidad de apartar la mirada de Irwin, pero no por temor, sino por otro sentimiento que, en ese momento, no fue incapaz de reconocer. No, a pesar de todos los rumores que ella había escuchado sobre el laird, no lo temía—. Pero mis padres me han educado para ser una dama respetuosa

—Y lo han hecho extremadamente mal —apuntó él, deteniéndose frente a ella.

—Eso no es cierto —replicó Scarlett, curvando sus labios en una mueca de indignación—. ¿Cómo os atrevéis a poner en duda las enseñanzas de mis amados padres? —preguntó ella sin alzar la voz, pero con la ira filtrándose entre sus palabras.

Irwin esbozó una sonrisa de suficiencia y ella supo que había caído en su trampa.

—Me gustáis más cuando no os mostráis tan comedida —reconoció, bajando la voz, y acercando su rostro al de ella—. Cuando sacáis a la fiera que lleváis en vuestro interior. —Estiró su mano para sostener un mechón del cabello de ella y enredarlo en su dedo.

—A mí vos no me gustáis nunca —dijo Scarlett, dando un par de pasos para alejarse de él. A pesar de que trató de parecer indiferente a la cercanía de él, el temblor de su voz la delató. Y por la forma en la que Irwin sonrió con suficiencia mientras bajaba la mano, se dio cuenta.

Cuando ese hombre se acercaba a ella, le costaba pensar. Se olvidaba todas las enseñanzas de sus padres y se convertía en una mujer que no lograba controlar sus impulsos ni sus palabras. Una mujer con la que le costaba reconocerse, pero a la vez se sentía más ella que nunca. Algo que no lograba entender.

—Os gusto más de lo que os permitís a vos misma reconocer —replicó él con un brillo de diversión bailando en sus ojos, acercándose a ella como un depredador hacia su presa.

A cada paso que él daba hacia ella, Scarlett retrocedía otro. La joven ni siquiera era consciente de que se estaba moviendo hasta que sintió su espalda chocar contra la pared. Entonces, se dio cuenta de que no tenía escapatoria. Estaba atrapada, pero no sintió temor cuando Irwin estiró los brazos a ambos lados de su cabeza, apoyando las palmas de las manos contra la pared y encerrándola en una mazmorra de músculos.

—No vais a lograr intimidarme.

Irwin sonrió.

—No es esa mi intención, milady.

—¿Y cuál es vuestra intención? —indagó Scarlett mientras él agachaba la cabeza para mirarla fijamente a los ojos.

Aquellos ojos negros. Los ojos más oscuros que ella había visto en su vida la miraban como si intensasen leer su alma.

—Soy diestro leyendo a las personas, pero vos sois un enigma —confesó—. Uno que me apetece desentrañar.

Scarlett tragó saliva. Ella tenía secretos que no quería que él descubriese.

Y, aun así, aquellas palabras no le desagradaron. No todo lo que deberían. Porque, una parte de ella que no estaba dispuesta a reconocer, se sentía halagada de que ese hombre sintiera interés por ella.

—Soy como cualquier otra mujer, laird.

—Confiad en mí, no es así. Vos sois muy distinta a las mujeres que conozco. —Ella no estaba segura de si era un halago o no, pero en su rostro se dibujó una sonrisa que no pudo contener—. Debo reconocer que pocas personas logran sorprenderme y vos lo habéis logrado.

Scarlett se mordió el labio inferior porque no estaba segura de cómo responder a eso o si debía hacerlo. Lo hizo con más fuerza de la necesaria y soltó un pequeño sollozo cuando una punzada de dolor la sobresaltó.

Irwin se separó de ella y estiro el brazo para acariciar su labio con un dedo.

Ella sintió un escalofrío cuando tocó su lastimado labio. Él lo acariciaba como si con su dedo pudiese curarlo, como si quisiese cuidarla.

No, aquel hombre no era tierno. Rezumaba violencia por todos los poros de su piel y sus ojos la observaban con tanta intensidad que se sintió abrumada.

—Laird —susurró sobre su dedo.

Irwin movió la cabeza y apartó su dedo con rapidez, como si el mero toque de ella quemase. Él abrió los ojos, luciendo aturdido, como si acabara de salir de un trance.

—¡Por los clavos de cristo! —exclamó, enfurecido—. No vais a lograr engatusarme con vuestras malas artes, milady.

Scarlett observó al hombre, perpleja. Sin entender su cambio de comportamiento y por qué parecía enojado con ella.

—¿Mis malas artes? —repitió.

Sin embargo, Irwin no parecía estar dispuesto a continuar hablando con ella. Sin pronunciar ni una sola palabra, se dio la vuelta y abandonó la estancia.

Scarlett miró hacia la puerta por la que su prometido había desaparecido. Aquel hombre la desconcertaba.

Ella sentía que no era capaz de entenderle. Siempre lograba sorprenderla. No era algo tan extraño, ya que le solía suceder con las personas y por eso ella prefería rodearse de animales a los que ella lograba entender con facilidad. Las personas siempre le habían parecido extremadamente complicadas.

Pero, a diferencia de con el resto, cuando se trataba de Irwin, ella sentía curiosidad y la imperiosa necesidad de comprenderlo.

Suspiro, tal vez el aire de las Highlands la estaba volviendo loca.

Sea como fuere, lo más inteligente era evitar al laird todo lo posible hasta que Burt fuese a por ella.

Aunque, como sospechaba y pronto descubriría, aquello no sería algo fácil de conseguir.

Capítulo 7

—¿En las tierras de tu padre ordeñabas vacas? —le preguntó Eara a Scarlett mientras esta recogía el balde que había llenado con leche, no sin antes acariciar a la vaca en la cabeza y darle las gracias.

—Entre otras muchas labores —respondió Scarlett—. No lo hacía por obligación. Me gusta hacerlo.

Eara sonrió.

—Me he dado cuenta cuando has bañado a los lechones en el barreño. Moris casi se desmaya —dijo Eara entre risas al recordar la cara del hombre al ver a Scarlett lavar uno a uno a los lechones con una pastilla de jabón de rosas.

—Porque sean cerdos no tienen por qué oler mal. —Scarlett se encogió de hombros—. Llevas toda la mañana conmigo. ¿No estarás descuidando otras labores, verdad? —A Scarlett le preocupaba causarle problemas a su doncella.

—No, claro que no —contestó Eara haciendo un gesto con su mano—. Ahora mi única encomienda es acompañarte durante todo el día. Aunque tampoco es como si fuese a tener tiempo para nada más.

Scarlett miró a la joven con compasión.

—Imagino que pensabas que sería menos fatigoso ser mi doncella.

Las mejillas de Eara enrojecieron.

—No pretendía ofenderte.

—No lo has hecho —aclaró Scarlett con una sonrisa. Ella no se ofendía por esas minucias, y menos aún cuando eran ciertas—. Soy consciente de que ser mi doncella no es fácil. No soy una dama como la mayoría. Y debo pedirte perdón por no ponerte las cosas fáciles —le dijo cuando Eara intentó coger el balde, pero ella se lo impidió.

—Tampoco yo soy una doncella normal —reconoció Eara mientras ambas se dirigían hacia el interior de la fortaleza—. En realidad, no sé ni cómo debo comportarme. Solo soy una sirvienta. Mis padres son campesinos y no me enseñaron cómo tratar a una dama.

—Tampoco te hubieran servido para nada esas enseñanzas conmigo. Las doncellas que he tenido durante años intentaron convencerme para que me comportase según lo esperado de una joven de la nobleza. Y lo único que lograron fue perder su paciencia. Me alegro de que tú no seas como ellas.

—¿Me permitís ayudaros? —le preguntó a Scarlett un hombre joven con el pelo castaño y de ojos claros. El muchacho se encontraba en la puerta de la fortaleza y miraba hacia ellas con una sonrisa amable.

Aunque Scarlett estaba segura de que era la primera vez que lo veía, sus facciones le resultaban familiares. El muchacho parecía algo más joven que ella; no debería tener más de diecisiete o dieciocho años.

—No será necesario —rechazó Scarlett con una sonrisa amable—. Apenas pesa. —Eso no era cierto, pero ella no quería parecer débil. Además, estaba acostumbrada a cargar con cubos pesados.

El joven negó con la cabeza.

—Sujetáis el cubo con ambas manos, y aún, derramáis leche por el camino.

Scarlett dejó el cubo en el suelo y observó la tierra. El joven tenía razón.

—Callem, no seas maleducado —le recriminó Eara, cruzando sus brazos—. Debes mostrar respeto hacía la prometida de tu hermano.

Scarlett asimiló las palabras de Eara. ¿Así que aquel joven era el hermano de Irwin? Scarlett contempló el rostro del joven, percatándose de que, aunque inicialmente no lo había notado, las facciones del muchacho guardaban semejanza con las de su prometido. Aunque las de este eran más marcadas y varoniles.

—¿Vos sois Scarlett? —le inquirió Callem, sin poder ocultar su sorpresa, mientras la observaba de arriba abajo. Sus ojos azules se posarón en las manchas de tierra que adornaban su vestido verde oscuro.

—La misma —respondió Scarlett, curvando sus labios en una sonrisa amable. Esperaba que los malos modales de su prometido no fueran hereditarios—. No sabía que Irwin tenía un hermano pequeño.

—No hemos sido presentados porque Lothar y yo acabamos de regresar de una misión que nos encomendó Irwin —le explicó Callem, pasándose una mano por el cabello—. Es un placer para mí conoceros por fin.

—El placer es mío.

Aquel joven estaba siendo amable y educado con ella. Muy diferente al comportamiento de Irwin.

—No sé qué os ha dicho mi hermano, pero no es necesario que os encarguéis de las tareas más laboriosas. —Callem dio un paso hacia ella y se agachó para recoger el cubo de leche. Esta vez, ni siquiera le preguntó si podía hacerlo—. Nadie os va a juzgar por ser inglesa.

—Callem, ¿una semana durmiendo a la intemperie ha provocado que el viento se lleve tus modales?—le recriminó Eara.

A Scarlett le sorprendió que su doncella, quien se mostraba tímida y respetuosa con aquellos que ostentaban un puesto de mayor poder en el clan, fuese tan atrevida con el hermano del laird. Pero el joven, lejos de sentirse ofendido porque una sirvienta le hablase de esa manera, se mostró avergonzado.

—No me habéis molestado —aclaró Scarlett con una sonrisa.

—Eara tiene razón. Estoy siendo descortés con vos. —Callem curvó sus labios en una mueca de disculpa—. Sé que no es una excusa, pero una semana con la única compañía de mi hermano Lothar ha provocado que me olvide de cómo hablar con damas refinadas como vos.

Scarlett no era refinada, pero prefirió mantener la boca cerrada.

—¿Eso quiere decir que puedes hablar con descaro a aquellas que no somos damas refinadas? —le preguntó Eara, arrugando la nariz.

—Tú te mereces que te respeten más que cualquier dama refinada —respondió Callem con una cálida sonrisa que provocó que Eara se riese.

Y, en ese momento, Scarlett lo comprendió todo.

Ella fue consciente del amor que ambos se procesaban. Durante un par de minutos ella observó la complicidad con la que se miraban el uno al otro, olvidándose completamente de que ella se encontraba allí.

Scarlett fue testigo de la pasión silenciosa que brotaba en el aire. Aunque no se estaban tocando, ni compartiendo palabras de amor; ni siquiera sus bocas estaban lo suficientemente cerca como para besarse, ella se sintió como una invitada no deseada.

No se atrevía a moverse para no romper el momento, pero no le parecía bien seguir observando una escena que, aunque podía parecer inocente, no lo era. Ella se sentía como si estuviese espiando un momento íntimo.

Callem y Eara estaban intercambiando sentimientos con sus miradas. Ellos estaban compartiendo algo precioso. Scarlett no pudo evitar una punzada de envidia. Burt y ella se amaban, pero nunca habían logrado ese nivel de compenetración.

Las voces de dos mujeres en el interior de la fortaleza provocaron que la pareja saliese del trance en el que se encontraba. Eara carraspeó y Callem cerró los ojos durante un instante. Cuando los abrió, miró a Scarlett.

—Yo me encargo de llevar el cubo a la cocina. Estoy seguro de que la cocinera estará muy agradecida con vos. Siempre se está quejando de que tiene que encargarse de conseguir la leche ella misma —dijo Callem a la vez que se giraba con el cubo y las dejaba allí.

Eara suspiró.

—¿Sigues queriendo ir a visitar a tu yegua? —le preguntó a Scarlett.

—Sí —respondió mientras observaba a Callem alejarse—. No he querido ir antes al establo porque no quería que el encargado del establo se lo tomase como una ofensa, pero lo cierto es que estoy un poco preocupada —reconoció—. Es la primera vez que Rena tiene que pasar la noche con caballos a los que no conoce. Y en un establo que no es el del castillo de mi padre, donde siempre dormía. Además, no es una yegua demasiado sociable. Tengo el temor de que se sienta sola.

Eara se mordió el labio inferior para no estallar en carcajadas. Se estaba comenzando a acostumbrar a la manera que tenía Scarlett de tratar a los animales, como si fuesen seres humanos. Pero, así y todo, le resultaba gracioso. Ella estaba segura de que, mientras la yegua tuviese aliemento y un lugar cálido en el que dormir, todo lo demás no la perturbaría, pero Scarlett no parecía estar de acuerdo.

—Neil —comenzó Eara, nombrando al encargado de los establos—, no va a permitir que a tu yegua le falte de nada. Lo conozco bien, es un hombre experimentado que lleva años encargándose de los caballos de los guerreros; incluido el del laird. El laird es un hombre exigente y nunca ha tenido ninguna queja.

—Y jamás se me ocurriría insinuar lo contrario —aclaró Scarlett con convicción, a pesar de saber que Eara no le estaba recriminando nada—. Pero Rena no es como el resto de yeguas, ella es… —Scarlett hizo una pausa para pensar bien el calificativo con el que iba a describir al animal—. Está un poco mimada. No se lo digas a nadie, pero es mi preferida, y siempre hago la vista gorda con sus travesuras —reconoció la joven, bajando un poco la voz.

A esas alturas, Eara creía que nada de lo que dijera Scarlett la sorprendería, pero se dio cuenta de que estaba equivocada.

—Te guardaré el secreto —contestó finalmente. ¿Qué le podía decir si no?

Scarlett suspiró, aliviada.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

Eara reprimió una carcajada que amenazaba con escaparse de sus labios.

—Vamos. —Eara hizo un ademán con su mano derecha y ambas jóvenes se dirigieron hacia el establo.

Neil, un hombre de estatura baja, con el pelo canoso ataviado con los colores de los Astruther, las saludó en cuanto entraron por la puerta.

—Milady, ¿habeís venido a visitar a vuestra yegua? —le preguntó a Scarlett.

—En realidad, voy a salir a cabalgar.

Aunque no había estado en sus designios en un primer momento, lo cierto era que Scarlett estaba habituada a cabalgar a diario por las tierras de su padre.

—El laird me ha pedido que prepare su corcel, pero no vuestra yegua. No sabía que ibais a

acompañarlo.

Scarlett entornó los ojos. No sabía que su prometido iba a salir de la fortaleza. Aunque tampoco ella se había interesado en los quehaceres de Irwin. No debía molestarla, pero lo hacía. Desde que había llegado a las Highlands Scarlett no paraba de sorprenderse a sí misma.

—¿Adónde va a ir mi prometido? —indagó Scarlett—. No me respondáis —se corrigió antes de que el hombre pudiese abrir la boca, ya que ella no quería que le fuese con el chisme a Irwin y este pensase que ella tenía algún interés en él. Bastante satisfecho estaba ya de sí mismo —. No es necesario que preparéis a Rena. Yo misma lo haré.

Neil la miró con extrañeza, pero no la contradijo.

—¿Y por dónde tenéis pensado cabalgar?

—Por el bosque —respondió Scarlett sin pensar. Ella y sus escoltas lo habían rodeado para llegar a la fortaleza, pero no lo habían atravesado. Estaba deseosa de hacerlo.

—¿Sola? —preguntó Neil, sorprendido.

—Eara —Scarlett ladeó la cabeza para mirar a su doncella, quien se encontraba a su lado—, ¿quieres acompañarme?

Esta negó con la cabeza.

—No sé cabalgar.

—¿No sabes? —preguntó Scarlett, aunque no le sorprendía. En Inglaterra muchas de las siervas nunca habían tenido la oportunidad de aprender. Y parecía que en las Highlands no era muy diferente—. No importa, puedo enseñarte —se ofreció con una sonrisa, entusiasmada con la idea.

—Milady —le interrumpió Neil—. No podéis salir de los muros sin el permiso del laird.

Scarlett suspiró, porque sabía que Neil tenía razón. Pero lo que menos le apetecía era pedirle permiso a Irwin.

—¿Puedo cabalgar por el interior de los muros? —preguntó con resignación.

Neil suspiró, aliviado de que la prometida del laird se mostrase tan razonable.

—No debería ser un contratiempo.

—¿Tenéis disponible alguna yegua para Eara? —inquirió Scarlett.

—Scarlett, no creo que pueda hacerlo —dijo Eara, pero Scarlett ni siquiera la miró. Ella estaba decidida en enseñarle a cabalgar.

Neil se colocó una mano en la barbilla, pensativo.

—Al lado de los aposentos de los sirvientes, hay un establo más pequeño donde se encuentran los caballos de repuesto. Yiara es una yegua dócil, pero es muy lenta, por lo que solo es montada en ocasiones donde no hay que recorrer grandes distancias, ya que se cansa con rapidez.

—Es perfecta —comentó Scarlett con una gran sonrisa a la vez que Eara fruncía el ceño—. ¿Podéis traerla? —le preguntó a Neil.

Este asintió y se marchó en busca de la yegua.

—Scarlett, no creo que sea prudente. —advirtió Eara y se mordió el labio inferior—. La única vez que me subí en una yegua me caí de culo al suelo.

—Eso es porque no tenías una buena instructora —respondió Scarlett con confianza mientras se movía por el establo en busca de Rena.

Los caballos que se hallaban allí la observaban atentamente. Estaban separados unos de otros por unos muros de piedra. Ella los saludaba a todos con una sonrisa y moviendo su mano, pero ninguno emitió ningún sonido ni se movían de su sitio intentando acercarse a ella como solían hacer los caballos del castillo de su padre. Se reprendió a sí misma por no haber cogido de

la cocina varias zanahorias para dárselas. A los corceles se les conquistaba por el estómago.

Un relincho que ella conocía muy bien provocó que su atención se centrase en Rena, que se encontraba al fondo del establo. La yegua estaba atada y tiraba de la cuerda con desesperación. Aquello provocó que se le encogiese el corazón. Su yegua estaba acostumbrada a estar suelta y moverse por el establo a su antojo.

Se acercó a ella y le acarició la cabeza. Como respuesta, la yegua emitió una especie de gemido. Scarlett suspiró.

—Ya sé que quieres que te suelte, pero no puedo. No estamos en nuestro hogar. Tenemos que respetar las normas del clan.

—Eres la prometida de laird. Estás en tu hogar, Scarlett —le corrigió Eara, quien se encontraba detrás de ella.

—No, no lo estoy —le dijo, girando la cabeza para mirarla. No estaba acostumbrada a confiar en nadie aparte de su propia familia, pero sentía que, de alguna manera, le debía a su doncella una explicación—. No quiero casarme con Irwin.

Ella esperaba que Eara emitiese un suspiro de sorpresa; incluso un gritito de incredulidad, pero la joven solo la miró con comprensión.

—Entiendo que no debe ser agradable tener que casarse con alguien a quien no amas. Y menos aún si se trata de Irwin Astruther. Todavía me cuesta no temblar cuando su oscura mirada se centra en mí, pero él no te hará daño. Y quizá, con el tiempo, te llegues a enamorar de él.

—Sé que no me hará daño. —Scarlett apenas conocía a Irwin, pero estaba segura de ello. A pesar de todas las historias que había escuchado sobre su prometido, creía firmemente en ello. Por lo menos, en el aspecto físico. Él no la maltrataría—. No deseo enamorarme de él. —Scarlett miró hacia un lado y luego hacia el otro, asegurándose de que no había nadie más allí—. Ya estoy enamorada.

Eara abrió los ojos como platos y se colocó una mano en la boca. Scarlett esperó a que Eara se repusiera. Puede que estuviera siendo egoísta y descuidada, pero sentía que necesitaba compartir su secreto con alguien más. Y, de alguna manera, Scarlett se sintió aliviada.

—¿Por qué me lo cuentas a mí? —preguntó Eara al cabo de unos minutos.

Scarlett se encogió de hombros.

—Porque tú sabes lo que es estar enamorada y tener que ocultarlo. Si alguien puede comprenderme, esa eres tú.

Eara suspiró y cerró los ojos durante un instante. Cuando los abrió, Scarlett seguía mirándola, esperando que ella confirmase sus palabras, a pesar de que no tenía ninguna duda de ellas.

—Debí decirte que no debía ser agradable para ti casarte con un hombre al que no conoces —susurró, mordiendo su labio inferior—. No debí usar la palabra amor.

Scarlett sonrió.

—Eso no fue lo que te delató. He visto como Callem y tú os miráis. He visto el amor en vuestros ojos.

Eara abrió la boca y la cerró. Volvió a hacer mismo tres veces más hasta que por fin encontró las palabras adecuadas.

—Solo lo sabe Nerys. Los hermanos de Callem no pueden enterarse. Si Irwin se entera, me expulsará de la fortaleza y necesito monedas para ayudar a mi familia. Y nunca podré volver a ver a Callem. Irwin no lo permitirá.

Scarlett dudaba de que Nerys fuese la única que se había dado cuenta, aunque no descartaba que los guerreros y el resto de hombres estuviesen ajenos a ese hecho. Los hombres nunca se

fijaban en esas cosas. Así y todo, no le sacó a Eara de su error.

—No voy a contárselo a nadie —le aseguró—. Te he contado mi secreto porque quiero que confíes en mí. Quiero que seamos amigas.

Eara observó a Scarlett durante unos instantes, como si estuviera asegurándose de que no mentía. Después, suspiró, aliviada.

—¿Tu amado te ama? —le preguntó Eara.

—Más que a su vida —le respondió Scarlett con convicción, curvando sus labios en una sonrisa bobalicona al pensar en Burt—. Él vendrá en mi búsqueda.

Eara no estaba convencida de ello. Pocos hombres se atreverían a desafiar al laird Astruther. Ella no era tan fantasiosa como Scarlett. Eara vivía con los pies en la tierra. Sabía que su señora no podría eludir del destino que le habían impuesto, ya que Irwin no lo permitiría; como tampoco permitiría que ella se desposase con Callem. Pero no tenía valor para decírselo a Scarlett.

¿Cómo quebrantar el corazón de esa joven muchacha? Eara prefirió guardarse sus pensamientos para sí misma.

—¿Y mientras tanto qué harás?

—Esperar —contestó Scarlett mientras acariciaba la cabeza de Rena—. Y enseñarte a cabalgar —añadió con una sonrisa divertida. Scarlett no se había olvidado de su tarea.

Y a pesar de que lo último que le apetecía en esos momentos era subirse a un caballo, Eara se sintió aliviada de que Scarlett cambiara de tema.

—Voy a caerme y partirme la cabeza —respondió, mirando a Rena con temor.

—No lo harás.

Eara negó con la cabeza.

—Si hago algún descosido a mi ropa, Jocelyn se pondrá furiosa.

—¿Jocelyn? —preguntó Scarlett, arrugando el ceño con confusión.

—Es la encargada de las sirvientas y también de que todo en la fortaleza marche como debe. Supongo que eso último será tu labor cuando te cases con el la… —Eara no terminó la frase al recordar la conversación que acababan de mantener.

—Ve a mis aposentos —le indicó Scarlett, sin molestarse por las últimas palabras de Eara —. En el baúl, frente a la cama, están mis vestidos —dijo, aunque su doncella conocía esta información—. Hay un vestido gris con remiendos, puedes ponértelo.

—Scarlett, no creo que sea apr…

—No importa si ensucia o se rasga —añadió Scarlett, interrumpiéndola.

Eara la miró con indecisión, más sabiendo que no lograría hacer cambiar de parecer a Scarlett, terminó asintiendo.

—Enseguida regreso.

Eara fue a darse la vuelta para abandonar los establos, pero Scarlett la detuvo, sosteniendo su hombro con suavidad.

—Vas a desposarte con Callem. Lo lograrèis porque el amor siempre gana las batallas. Pero tal vez tendréis que marcharos lejos y necesitarás saber montar a caballo.

Eara no refutó las palabras de Scarlett. No cuando esta las pronunció con tanta convicción. No a pesar de que no estaba de acuerdo. Ella no había tenido una vida protegida como la de Scarlett. Ella había visto lo que sucedía cuando no seguías las normas. Una sierva como ella no se casaba con el hermano de un laird y una dama como Scarlett no elegía marido. Scarlett estaba abocada a un matrimonio sin amor y ella a ver como su amado se casaba con una mujer que diese beneficios al clan.

En vez de decírselo, Eara volvió a asentir y se marchó en busca del vestido viejo. Lo hizo

porque no quería romper las ilusiones de Scarlett, y porque una parte de ella deseaba que su señora tuviese razón; deseaba que el amor ganase todas las contiendas. Porque ella solo podría ser feliz junto a Callem.

Capítulo 8

Scarlett preparó a Rena para el paseo. Su yegua se mostraba un poco distante, algo que hizo reír a Scarlett. La joven era consciente de que Rena le estaba mostrando su disgusto por dejarla en el establo sola. Rena era una mimada, pero ella no podía evitar sentirse un poco culpable.

Le acarició el hocico con dulzura.

—¿Dejarías de estar enojada conmigo si te traigo una zanahoria con miel? —le preguntó.

A las yeguas no les solía gustar la miel, pero Rena era una golosa. Probablemente, porque ella misma lo era, y desde que era una potrilla le había dado a probar los dulces que la cocinera preparaba para ella.

Rena acarició el brazo de Scarlett con su hocico como respuesta. Aunque fue una interacción más breve que de lo habitual, como si quisiese demostrarle que todavía no la había perdonado del todo.

A lo largo de los años había escuchado cómo susurraban a sus espaldas que su cordura le fallaba porque la veían hablando con los animales. Ni siquiera sus propios padres habían logrado comprender que los animales eran capaces de comunicarse con los humanos. Solo que no era una comunicación al uso. Ellos no usaban las palabras, ni razonaban de la misma manera que lo hacía un humano, pero Scarlett había descubierto desde su más tierna edad que los animales eran grandes comunicadores. Simplemente, había que prestar atención.

—Está bien. Espera aquí y voy a la cocina a por una. —Se escucharon varios relinchos y Scarlett suspiró—. A por varias. Traeré para todos.

No estaba segura de cuántos caballos había en el establo, ya que había preferido darles el tiempo que necesitasen para que se acostumbrasen a ella, por lo que se había limitado a encargarse de su yegua.

—No seas manipuladora —le riñó a Rena mientras la ataba de nuevo y esta la miraba con ojos tristes—. No puedo dejarte suelta. El resto de caballos no están acostumbrados a ti y pueden hacerte daño sin querer.

La yegua agachó la cabeza, con sus ojos castaños mirando al suelo. Scarlett estuvo a punto de sucumbir a sus deseos, pero, al final, se mantuvo firme. Rena tenía que habituarse a las costumbres del clan Astruther. Si dejaba que se saliera con la suya, la única perjudicada iba a ser su yegua. Scarlett lo hacía por su bien.

Le dio un beso en una de las orejas y le acarició la otra, raspándole detrás como a ella le gustaba. La yegua levantó la cabeza y cerró los ojos, disfrutando de las caricias de Scarlett. Cuando Rena se relajó, Scarlett aprovechó para separarse de ella.

Con la mente dispersa en cómo iba a transportar las zanahorias, no se percató del cubo vacío que se encontraba en mitad del establo y tropezó con él, cayéndose al suelo de culo. El cubo terminó estampándose contra una de las paredes, pero, por suerte, no alcanzó a ninguno de los caballos. Aunque sobresaltados, todos empezaron a relinchar.

—¡Shhhh! —gritó una voz—. No es necesario montar tanto escándalo.

Scarlett miró hacia la puerta del establo para encontrarse con Callem. Los caballos se callaron inmediatamente; hasta su yegua enmudeció. Algo extraño en Rena.

Callem tenía el ceño fruncido y los labios curvados en una mueca de enfado. Los ojos claros del muchacho se fijaron en ella y Scarlett no encontró en ellos la calidez que había visto antes. Él parecía enfadado con el mundo; incluso Scarlett tuvo la sensación de que su mera presencia

incomodaba al joven.

Sin embargo, trató de no tomárselo como algo personal. Quizá había tenido algún problema o, simplemente, no estaba teniendo un buen día.

—Nos encontramos de nuevo —dijo Scarlett esbozando una sonrisa, con la amabilidad que la caracterizaba.

Callem arqueó una ceja ante las palabras de Scarlett. El muchacho ya no parecía furioso; más bien, lucía confundido. Aunque, después, observó a Scarlett de arriba abajo y una sonrisa ladeada se formó en sus labios.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó.

A Scarlett no se le escapó que parecía diferente al chico que acababa de ver hacía tan solo unos minutos. Parecía como más seguro de sí mismo, menos tímido. Ella pensó que, probablemente, era porque él era diferente cuando Eara no se encontraba cerca. Quizá, ante Eara, se cohibía.

—Estoy bien, gracias. —Scarlett hizo un gesto con su mano, restándole importancia a lo que acababa de pasar—. Me alegra que estés aquí. —La sonrisa de Callem se ensanchó en cuanto escuchó aquellas palabras—. Voy a necesitar que me digas cuántos caballos hay en la fortaleza. Quiero darles una zanahoria a cada uno —dijo a la vez que apoyaba las manos en el suelo cubierto de heno para levantarse. Pero no lo logró, porque a diferencia de lo que Scarlett pensaba, el cubo debía de contener un poco de agua, porque el suelo estaba húmedo y las manos se le deslizaron, provocando que siguiese sentada en el suelo.

Callem emitió una risa mientras se acercaba a ella.

—Estoy dispuesto incluso a traer las zanahorias yo mismo.

—Eres muy amable, pero no será necesario

—Permíteme que te ayude —le dijo a la vez que le ofrecía la mano.

Él la estaba hablando de una manera informal, que contrastaba con la cortesía que había mostrado antes. Pero Scarlett se lo tomó como algo bueno.

—Gracias.

Le agarró la mano y Callem tiró de ella con fuerza, consiguiendo que se levantara. Sin embargo, para sorpresa de Scarlett, no la soltó después. Al contrario, entrelazó sus dedos con los de ella y alzó las manos de ambos mientras se acercaba más a ella.

Scarlett frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que estás pidiendo, muchacha —respondió Callem mientras rodeaba las caderas de ella con el otro brazo—. Tu truco de damisela en apuros ha funcionado. Has logrado encender mi deseo.

Los ojos de Scarlett se abrieron como platos. Ella no podía comprender las palabras que le estaba diciendo. ¿Él estaba coqueteando con ella? Tenía que estar entendiéndolo mal.

—¿Estás intentando serle infiel a tu amada? —preguntó, completamente inmóvil por la impresión.

Callem emitió una risa carente de humor.

—¿Amada? —repitió con sarcasmo—. No tengo ninguna amada. ¿Quién te ha dicho esa vil mentira?

¿Él no amaba a Eara? No podía ser. Scarlett había visto cómo se miraban; había visto el amor y la adoración en los ojos de ambos. Eso no se podía fingir.

¿Tal vez se había equivocado? ¿Quizá Callem no correspondía los sentimientos de Eara?

—¿Ha sido Leonora? —preguntó Callem cuando Scarlett no contestó—. No le hagas caso.

Ella te ha mentido, pero no se lo tengas en cuenta. Eres nueva en la fortaleza y una mujer muy bella. Está celosa de ti.

¿Leonora? ¿Con cuántas mujeres estaba engañando aquel muchacho a su pobre doncella?

Aquellas palabras sirvieron para que Scarlett reaccionara.

—No sé de qué estás hablando. ¡Suéltame! —exigió Scarlett a la vez que apartaba su mano de la de Callem. Cuando se liberó, utilizó sus dos manos para empujar con fuerza el pecho de Callem, provocando que este la soltara.

El joven retrocedió un par de pasos. Frunció el ceño y la observó durante unos segundos en silencio, luciendo confundido.

—Entiendo —dijo al cabo de unos instantes, esbozando una sonrisa—. Me gustan los juegos —susurró con diversión—. Siempre y cuando ambos tengamos claro que va a terminar con tu espalda sobre el heno y yo dentro de ti.

Si Scarlett creía que Callem no podía sorprenderla más, estaba completamente equivocada.

—¡Eres un ser despreciable, un hombre vil! —exclamó Scarlett. No tendía a alzar la voz, pero, en esos momentos, estaba llena de ira—. ¡¿Cómo te atreves a hablarme de una manera tan soez?!

Callem alzó una ceja. Observó a la joven unos segundos con el rostro serio hasta que una idea apareció en su mente y chasqueó la lengua.

—¿Eres de las que necesita palabras dulces para yacer con un hombre? —le preguntó a Scarlett, pero no le dio tiempo a responder—. No soy ducho en ese menester, ¿tal vez tú puedas instruirme? —Callem avanzó con lentitud hacia ella. Al principio, sus pasos eran inseguros, pero como Scarlett no se movió, él se lo tomó como una buena señal. Cuando estuvo lo suficientemente cerca de ella, inclinó la cabeza con intención de besarla, pero Scarlett fue más rápida. Levantó la pierna y le dio un rodillazo en sus partes nobles.

Ella nunca antes había usado la violencia y se sorprendió a sí misma haciéndolo. Sin embargo, estaba tan furiosa con ese muchacho… No tanto por cómo le había faltado el respeto, sino por cómo estaba jugando con la pobre Eara. Su doncella no se merecía que la engañaran de esa forma.

Con un gemido de dolor, Callem se inclinó hacia delante, sujetándose sus partes inferiores. Su rostro estaba palido por el dolor y apretaba sus labios entre sí con fuerza.

Al principio, Scarlett no pudo evitar cierta satisfacción. Aquel muchacho se merecía un escarmiento. Sin embargo, cuando Callem siguió retorciéndose de dolor, Scarlett no pudo evitar dar un paso hacia él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, preocupada de haberle hecho un daño irreparable.

—Está perfectamente —respondió una voz familiar para Scarlett—. No así su orgullo. Lo habéis dañado irremediablemente. —Irwin se encontraba en la puerta del establo y observa la escena con una mezcla de ira y diversión.

Al escuchar la voz de su hermano, Callem logró erguirse, aunque su rostro seguía contraído por el dolor. Se giró como pudo para mirar a Irwin.

—Esta…

—Cuidado, hermano —siseó Irwin, interrumpiéndole—. Podría expulsarte del clan por intentar yacer con mi prometida.

—¿Prometida? —preguntó el joven, mirando a Scarlett de arriba abajo—. Ella luce como una sirviente. Y me ha intentado seducir.

Scarlett no se podía creer lo que estaba escuchando.

—No es verdad —dijo con indignación a la vez que colocaba sus brazos en jarras en una

actitud combativa que a Irwin le pareció muy atractiva—. Has sido tú el que me has faltado el respeto.

Cuando Irwin había aparecido en el establo había estado a punto de perder el control al ver a su hermano a punto de besar a su prometida, pero cuando esta se había defendido de una manera tan efectiva, le habían dado ganas de aplaudir. Y de cogerla en brazos y llevársela a su alcoba, pero eso último no lo reconocería en alto.

—Has usado tus artes maliciosas contra mí —contraatacó el joven, furioso—. ¿Quieres ponerme en contra de mi hermano? ¿Eso es lo que buscabas?

—Lothar, es suficiente. —La voz de Irwin rasgó el aire como un látigo, provocando que el joven se quedase inmóvil.

—¿Lothar? —preguntó Scarlett, confusa—. ¿Por qué me has dicho que te llamas Callem?

—Yo no te he dicho mi nombre —replicó Lothar, que a pesar de que no era mucho más joven que Scarlett, a ella le pareció un niño malcriado.

—Lo has hecho antes, cuando Eara nos ha presentado.

Irwin explotó en sonoras carcajadas al entender lo que había sucedido. Él debía estar molesto con su hermano, pero no podía hacerlo cuando la situación le parecía tan graciosa. Además, su prometida era más que capaz de defenderse a sí misma. Lo acababa de demostrar.

—Eara no nos ha presentado. Acabo de conocerte.

—Lothar, ve a buscar a Callem. Esperarme en el patio de armas. Yo llevaré los caballos. —Sin embargo, Lothar no se movió—. Hazlo antes de que cambie de idea y te castigue por la manera en la que has hablado a mi prometida —advirtió Irwin entre dientes.

Lothar le lanzó a Scarlett una mirada furiosa, pero salió del establo para seguir las órdenes de su hermano.

—¿Por qué Eara y él me han mentido? —susurró Scarlett, confundida—. Creí que podía confiar en ella.

Aunque Scarlett hablaba para sí misma, Irwin podía escucharla. Ella parecía tan triste que él no pudo seguir manteniéndola en la ignorancia.

Irwin había pensado en divertirse un poco más, pero, por alguna razón, los ojos verdes de la joven llenos de lágrimas no derramadas provocaron que un sentimiento poco agradable que no supo identificar se apoderara de él.

—Nadie os ha mentido, muchacha —dijo, llamando la atención de su prometida—. Lothar y Callem son gemelos.

—¿Gemelos? —repitió Scarlett con sorpresa. Arrugó la nariz y frunció el entrecejo—. ¿Vos lo habéis organizado? —cuestionó unos instantes después.

—¿Yo? —respondió Irwin con una pregunta. Por normal general, Irwin no se sorprendía por nada, pero su prometida parecía tener un don innato en ello, ya que había logrado hacerlo varias veces en menos de un día.

—No os hagáis el inocente. —Scarlett le señaló con el dedo—. Ahora todo tiene sentido. Pensabais sorprenderme en una situación comprometida para así obligarme a desposarme con vos. —Eso era algo de lo que su madre le había advertido en muchas ocasiones. Una dama no podía ser sorprendida en una actitud comprometida con un hombre; no sin consecuencias para ella.

Cualquier rasgo de diversión desapareció del rostro de Irwin.

—¿Creéis que soy la clase de hombre que necesita usar subterfugios para desposarse con una mujer? —preguntó, con sus ojos oscuros observándola con ferocidad—. Porque si es así, milady, he de advertiros que no me conocéis en absoluto.

Scarlett ni siquiera tuvo que pensar la respuesta.

—No, no lo creo.

Irwin esbozó una sonrisa satisfecha.

—No os equivocáis —dijo con severidad—. Y debo recordaros que vuestro rey y el mío me han otorgado el derecho a desposarme con vos.

—¿Y por qué no lo estáis ejerciendo? —indagó Scarlett.

En cuanto los labios de Irwin se curvaron en una sonrisa ladeada, ella fue consciente del error que había cometido. Acababa de caer en su trampa.

—¿Deseáis que lo haga? —le preguntó él con mordacidad, dando un paso hacia ella.

—Prometisteis que no tenía que desposarme con vos si no lo deseaba.

—Yo no dije eso, muchacha. Lo que os dije fue que os casaríais conmigo voluntariamente.

Irwin avanzó un par de pasos hacia ella, acortando la distancia que les separaba.

—¿No es lo mismo? —preguntó Scarlett, tragando saliva. La cercanía de Irwin le ponía nerviosa. No, no eran nervios, era otro sentimiento que no supo identificar.

—No, muchacha, no lo es. Nunca hago promesas que no soy capaz de cumplir.

Él le rodeó la cintura con el brazo, acercándola a él, tal como había hecho Lothar. Pero, esta vez, Scarlett no sintió asco o náuseas, a ella le agradaba su cercanía.

—¿Me obligaréis a desposarme voluntariamente con vos? ¿Sabéis que eso no es posible, verdad? —preguntó Scarlett, confundida y a la vez embriagada por el aroma de Irwin.

Solo llevaba un día en el clan y ella ya se había visto en una situación parecida junto a Irwin en varias ocasiones. Pero, lejos de sentirse intimidada, su cuerpo se estaba acostumbrando a la cercanía. Incluso hasta parecía anhelarla, ya que se relajó en sus brazos. Sorprendentemente, ella se sentía segura al lado de Irwin, como si su cuerpo lo reconociese.

Scarlett se preguntó si él lo estaba haciendo adrede. Sí, de alguna manera, él estaba jugando con ella.

Como si estuviese leyendo sus pensamientos, Irwin bajó la cabeza para mirarla a los ojos como respuesta. O tal vez, tan solo estaba intentando distraerla. Una estrategia que funcionó, porque cualquier duda o pensamiento que Scarlett estuviera manteniendo en la cabeza se evaporó en cuanto fijó su mirada en la del laird.

Scarlett observó el rostro bronceado por el sol de Irwin. Su piel era lisa a excepción de una pequeña cicatriz en su mejilla derecha que pasaba desapercibida si no mirabas como mucha atención, pero no era su piel lo que le resultaba extremadamente atrayente, sino la combinación de su boca con sus ojos.

Sus labios eran carnosos, pero eran sus ojos su rasgo más característico. Oscuros como la noche. Muchas personas tenían miedo de la oscuridad, pero a Scarlett siempre le había resultado atrayente. La noche escondía secretos y, según había descubierto alguna de las veces que se había escapado de su cama cuando el sol se había ocultado, algunos de ellos eran bellos. Como cuando había encontrado una cría de búho que se había caído del nido mientras su mamá iba en busca de comida. Scarlett había trepado por el escarpado árbol hasta que la había dejado de regreso junto a sus dos hermanos.

Dos noches después, aprovechando la noche despejada y que la luna llena reinaba en el cielo, había regresado para ver cómo dos búhos juntos volaban de regreso al nido después de ir de caza para alimentar a sus crías. Esa noche había descubierto que los búhos eran animales que vivían en pareja y formaban bonitas familias junto a sus crías. Los búhos eran animales nocturnos difíciles de ver durante el día. Ella esa noche aprendió una lección. Aprendió que a veces para ver la belleza había que enfrentarse a la oscuridad.

En esos momentos, mirando los profundos oscuros ojos del laird, ella se preguntó si detrás de la oscuridad que rodeaba a Irwin habría un alma bella, un alma digna de ser amada.

Irwin inclinó la cabeza y acercó sus labios a los de Scarlett. Él iba a besarla y su cuerpo estaba preparado para ello. Ella sintió que aquel beso sería diferente al único beso que se había dado con Burt. Un beso con Irwin lo cambiaría todo. Ella no podía hacerlo, no podía ser desleal a Burt.

Un relincho la sacó de la neblina de deseo en la que se encontraba envuelta. Rena, detrás de Irwin, la miraba como si estuviese pidiéndole permiso. Le costó unos segundos entender lo que su yegua le estaba intentando decir.

Irwin, ajeno a la interacción entre Scarlett y su yegua, le rodeó la cabeza con su mano a la vez que sus labios rozaban los de ella. O actuaba inmediatamente o no podría pararlo; no querría pararlo.

Levantó una de sus manos hacia Rena y esta estiró el hocico para morder la camisa de Irwin. El laird, al sentir que la yegua tiraba de él, se separó de Scarlett soltando una maldición. Momento que Scarlett aprovechó para salir corriendo.

—Soy un cazador experimentado y hábil. No podéis huir de mí, Joyita. Siempre os encontraré.

Las palabras de Irwin golpearon la espalda de Scarlett, pero no se detuvo. Ella tenía que encontrar la manera de escapar de él. Aunque, lo que estaba empezando a temer no era que él la encontrase cuando huyese, sino que no quisiese hacerlo.

Capítulo 9

Lo que más le gustaba a Irwin de las batallas era acechar a sus oponentes. La espera, la tensión y agotar a su enemigo.

La tela negra atada por un nudo detrás de su cabeza impedía que ni un solo rayo de sol se colase por ella, privándole de su visión, lo que para cualquier otro guerrero sería un fastidio para Irwin solo hacía que fuese más emocionante.

Los años que había vivido con Nimue le habían servido para aprender lecciones que jamás olvidaría; lecciones que le habían ayudado a ser el laird fuerte, poderoso y temido que era.

Entre otras, ella le había enseñado a ser funcional cuando se veía privado de uno de sus sentidos. Él no había tardado en darse cuenta de que el resto de los sentidos se potenciaban para contrarrestar la falta.

Ahora que no podía ver, Irwin podía escuchar con más agudeza cada uno de los sonidos a su alrededor: el ruido de sus botas contra el musgo húmedo bajo sus pies, el susurro suave del viento entre las hojas de los árboles y el canto de los pájaros. Incluso podía oír el agua del río fluir a los lejos.

El bosque era uno de los lugares favoritos de Irwin. El guerrero se deslizaba con habilidad entre los árboles. Él lo conocía como la palma de su mano. Al fin y al cabo, había vivido sus primeros años de vida en él.

Irwin disfrutaba cuando se veía obligado a pasar la noche a la intemperie, tal y como pasaba cuando tenía que desplazarse largas distancias o cuando se encontraba inmerso en una contienda. Él no se refugiaba en tiendas de campañas o en las casas de los campesinos, que por miedo o cortesía, le permitían pernoctar allí.

Irwin dormía en el frío suelo sin más compañía que una manta. Incluso, gracias también a Nimue, era capaz de aguantar las gélidas temperaturas de las Highlands sin necesidad de taparse. Ella le había enseñado a sobrevivir en el bosque, a encontrar todo lo que necesitaba allí.

Avanzó a paso lento, primero un paso y luego otro, sus botas resonando fuertemente contra el musgo. A pesar de que sus movimientos podían parecer descuidados, cada uno de ellos era perfectamente calculado. Él quería que sus presas se confiasen, que creyesen que no era consciente del escándalo que estaba montando.

Se detuvo durante un instante, inspirando profundamente una larga bocanada de aire, dejando que el aroma del bosque inundara sus sentidos; disfrutando de la naturaleza. O eso podía parecer a ojos ajenos, porque el objetivo de Irwin era completamente diferente.

Un casi inaudible sonido que provenía de las ramas del árbol bajo el que se encontraba provocó que los labios de Irwin se curvaran en una sonrisa.

Sin vacilar, Irwin estiró su brazo derecho y lanzó la daga que sostenía en su mano.

—¡Diablos, me has rasgado la piel!

Irwin se quitó la tela de los ojos mientras su hermano Lothar seguía blasfemando agarrado a duras penas a una de las ramas.

—Debería haberte cortado el muslo para que regreses cojeando a la fortaleza en vez de rozarte la piel. Has sido muy descuidado —le reprendió Irwin.

—Nunca comprenderé, como con los ojos cerrados, sin saber dónde me encuentro exactamente, tienes una puntería tan certera —farfulló Lothar a la vez que sacaba la daga del tronco donde se había quedado incrustada y descendía hacia el suelo.

Irwin era capaz de visualizar en su mente a sus presas, aunque no pudiese verlas. Él nunca

fallaba. Había clavado su daga en el corazón de un enemigo cuando unos árboles le impedían la visibilidad y su brazo sangraba por una herida abierta.

—¿He ganado? —preguntó Callem, saliendo de detrás de una roca, a unos metros de donde se encontraba Irwin. El joven alzó la mirada para observar a Lothar, que acaba de poner sus pies en la tierra. Cuando visualizó las gotas de sangre que goteaban el suelo, sonrió—. ¡He ganado! —repitió, alzando los brazos en señal de victoria.

—Este juego es estúpido —se quejó Lothar, con su habitual mal perder—. Ni siquiera sé por qué perdemos el tiempo en esto. Los guerreros no se esconden, atacan. —De mal humor, lanzó la daga, e Irwin, en un rápido movimiento, estiró la mano y agarró la daga, sosteniéndola por el pomo.

—Un buen guerrero no solo tiene que saber atacar, sino también cuándo hacerlo —puntualizó Irwin, guardándose la daga en la caña de su bota—. Y no es un juego, es un entrenamiento.

A pesar de que Lothar había escogido un mejor lugar para esconderse, había sido Callem quien había resultado saliendo victorioso. Porque Callem tenía una mayor paciencia que Lothar, que siempre acababa desesperándose con rapidez y cometiendo algún descuido.

Aquel era uno de los pocos entrenamientos que Callem disfrutaba, mientras que Lothar era un completo desastre.

Aunque físicamente los dos hermanos menores de Irwin parecían dos gotas de agua, no podían tener una personalidad más diferente.

—Tonterías —masculló Lothar.—. Este entrenamiento es para cobardes. —Miró a Callem —. Y yo no soy ningún cobarde. Prefiero una buena pelea.

—Y acabarás muerto si no sabes cuándo debes retirarte —le respondió Irwin.

—Tú nunca te rindes.

—Jamás —coincidió Irwin con una amplia sonrisa—, pero sé cuándo debo ser paciente. Retirarse y esperar al momento adecuado no es rendirse, es asegurarse de que sales vencedor. Si mueres, o lo que es peor, por tu culpa mueren hombres del clan, no importa si se gana esa batalla, porque no merecerá la pena.

Lothar asintió. Aunque Irwin sabía que esa enseñanza no había calado en él; nunca lo hacía. El gemelo era demasiado temerario para su propio bien. Aún era joven, tenía tiempo para aprender, pero no demasiado. La guerra con el clan MacNeill se había intensificado e Irwin necesitaba que sus hermanos estuviesen preparados para defender al clan si fuera necesario.

—Eres un pésimo perdedor —apuntó Callem con diversión, con un brillo burlón en sus ojos —. ¿Repetimos? —preguntó, mirando a Irwin—. Lothar ha perdido, así que le toca buscar a él.

Antes de que Irwin pudiese responder, el sonido de los cascos de un caballo aproximándose a ellos les interrumpió. Era Craig, su segundo al mando.

—¿Entrenando? —preguntó Craig cuando descendió de su caballo. Su mirada se centró en el brazo de Lothar.

—¿Te apuntas? —le preguntó Callem—. Le toca a Lothar.

Lothar resopló.

—¿No deberías taponarte la herida? —le preguntó Craig a Lothar. Este negó con la cabeza —. Si empeora y tenemos que cortarte el brazo, no vas a ser muy útil para el clan.

—Puedo defender al clan con una sola mano —replicó Lothar con su habitual soberbia.

—Solo ha sido un rasguño, pero Craig tiene razón —dijo Irwin—. Vete a la fortaleza a que la curandera te cure la herida. —La mirada de Irwin se posó en el otro gemelo—. Callem. ve con él.

Irwin se había asegurado de la herida de Lothar fuese superficial. No había riesgo de que su hermano contrajese fiebres o la herida se complicase, pero, a pesar de que las palabras de Craig fueron pronunciadas en un tono neutral, la forma en la que se curvaron sus labios y las arrugas que se formaban en las esquinas de sus ojos fueron suficiente para que Irwin descubriera que Craig no se había acercado al bosque por diversión.

Con el paso de los años, Irwin había aprendido a leer a su comandante en jefe. Él traía noticias. Malas noticias, y si no las había emitido delante de los gemelos, era porque no quería que las escuchasen.

—No es justo. Le toca a Lothar —se quejó Callem, apenado.

La mirada de Lothar se desvió de Craig a Irwin. Aunque se alegraba de que el entrenamiento se hubiera terminado, también se había percatado de que algo malo sucedía. Irwin era consciente de que a su hermano menor no le gustaba que le dejaran fuera, pero él era demasiado joven aún. Tenía mucho que aprender.

—Si tengo que repetirme, ambos vais a limpiar los establos durante un mes con la única ayuda de un cubo de agua y vuestras manos.

—No somos unos niños —comenzó Lothar, pero Callem le puso una mano en el hombro y señaló los caballos, que descansaban atados al tronco de unos árboles.

—Vamos, Lothar.

Lothar miró a Irwin, cuyo rostro era de piedra y dejaba claro que pensaba cumplir su amenaza y no estaba dispuesto a escuchar ninguna réplica. Con el ceño fruncido, Lothar terminó asintiendo. Los gemelos montaron en sus caballos y Craig aprovechó para atar al suyo junto al enorme semental negro de Irwin.

Cuando los gemelos desaparecieron, Craig observó a Irwin, quien no se había movido y un ápice.

—Escondite con daga —murmuró—. Recuerdo cuando aún me obligabas a participar a mí.

—Aún sigo haciéndolo —le recordó Irwin con una sonrisa—. Es más efectivo de lo que creéis. —Craig se encogió de hombros, sin molestarse en negar las palabras de su laird—. ¿Qué sucede? —preguntó Irwin, yendo directo al grano.

La expresión de Craig se endureció y las pocas dudas que Irwin tenía acerca de las malas noticias se despejaron.

—Rory —comenzó Craig, mencionando a uno de los guerreros del clan—, ha venido a la fortaleza en tu busca. Como no te ha encontrado, ha hablado conmigo. —Irwin arrugó el ceño—. Él y nuestros hombres han sufrido una emboscada. Hamish ha muerto y Gavin ha resultado herido. Entre los dos han traído el cuerpo de Hamish, pero Gavin estaba tan débil que, en cuanto han llegado a nuestras tierras, han tenido que hospedarse en la primera granja que han encontrado. Rory ha cabalgado hasta la fortaleza en busca de ayuda.

Irwin apretó sus manos en puños para intentar controlar su furia. Hamish tenía esposa y dos hijas. No debía haber muerto en una misión diplomática como aquella. Él les había mandado al clan de los Forges para asegurarse de que contaba con el apoyo de su laird en su guerra contra los MacNeill.

—¿La emboscada ha sido por el camino? —preguntó Irwin, a pesar de que conocía la respuesta. Sus hombres estaban preparados para no caer en una emboscada, nunca se hubiesen descuidado de esa manera mientras viajaban.

Craig sabía que la paciencia de Irwin pendía de un hilo. Cuando uno de sus hombres fallecía en una misión o en una contienda, Irwin se lo tomaba como algo personal. Y se vengaba con toda su furia.

—Ellos llegaron al clan Forges sin ningún tipo de incidencia. Les dejaron entrar en sus tierras y dos guerreros se ofrecieron a acompañarlos a la fortaleza. Hamish sentía que algo no iba bien, así se lo hizo saber entre susurros a Rory, pero este le quitó importancia. Hasta que, después de dos horas de camino, se detuvieron para comer. Cuando se tumbaron a descansar a la sombra de unos árboles, uno de los guerreros Forges se remangó la camisa y Hamish gritó una maldición. Él conocía a ese guerrero. No recordaba su rostro, pero sí la fea cicatriz que le recorría todo el brazo derecho.

—¿Un guerrero MacNeill?

Craig negó con la cabeza e Irwin sintió que todo su cuerpo explotaba en llamas por la ira.

Un guerrero Munro.

Irwin pateó una piedra que golpeó contra la copa del árbol en el que se encontraban los caballos, provocando que relincharan con fuerza. Gritó un par de maldiciones a la vez que luchaba por no perder el control.

Craig esperó a que su amigo se calmara para continuar.

—Les han atacado al darse cuenta de que les habían reconocido y han logrado huir. Hamish estaba muy malherido, por lo que no podían ir muy lejos. Por suerte, unos campesinos les han ayudado. La mujer es curandera, no ha podido hacer nada por Hamish, pero sí por Gavin. Le ha salvado la vida. Ellos les han contado que los Munro han atacado al clan. Han matado al laird y aquellos que se han negado a unirse a ellos.

Irwin no se podía creer lo que estaba escuchando.

—Hasta ahora los Munro solo atacaban clanes pequeños. Clanes abocados a su extinción —dijo Irwin—. Los Forges son un clan poderoso. ¿Cómo han logrado algo así?

—Con ayuda de los MacNeill.

—¿Tienes pruebas de eso? —inquirió Irwin. Que, a pesar de que sabía que el laird de los MacNeill era capaz de cualquier cosa, le había sorprendido.

—No tenemos pruebas.

—Pero tampoco dudas —terminó Irwin.

Craig asintió, confirmando las sospechas de Irwin.

—La mujer que les ha ayudado en tierras Forges tiene una hermana que está casada con un guerrero MacNeill. Ella ha reconocido a varios guerreros MacNeill que lucharon junto al laird Munro y sus hombres.

—Creía que Cleit MacNeill no podía ser más ruin, pero, sorprendentemente, se ha superado —dijo Irwin con una sonrisa ladeada que no auguraba nada bueno—. No solo está jugando sucio, sino que está yendo en contra del rey.

Craig asintió, porque lo sabía. El rey Guillermo mató con su propia espada a Ruaridh Munro cuando descubrió que conspiraba con nobles ingleses para asesinarle. Sus hombres se rebelaron, provocando que Guillermo les expulsase de sus tierras. Tierras que repartió entre los clanes cercanos. En aquel entonces, Brodie, el hijo de Ruaridh Munro, tan solo era un niño y se crio en el exilio. Cuando cumplió la edad suficiente para poder reclamar de regreso sus tierras, no solo no lo hizo, sino que formó su propio clan con hombres que seguían siendo fieles a su padre y a otros que habían sido expulsados de sus clanes. No reclamó esas tierras, pero lo que sí hizo fue apoderarse de aquellas que no oponían demasiada resistencia. En los últimos cuatro años había logrado apoderarse de varios clanes pequeños que apenas podían subsistir.

Guillermo no había actuado, probablemente porque esperaba que los clanes le solucionasen el problema antes de que llegase a su puerta.

Irwin había mantenido un ojo en ellos, pero había estado demasiado ocupado ganándose la

lealtad de sus hombres tras matar a su padre en un duelo, y en asegurarse que el clan Astruther no solo prevalecía en el tiempo, sino que se hacía más poderoso como para prestarles demasiada atención. Y ahora ese descuido le había salido muy caro.

—Lo que no comprendo es por qué Brodie se ha unido a Cleit MacNeill —dijo Craig—. Tu padre no se benefició de ninguna manera de la destrucción de los Munro. Y tú nunca has tomado ninguna represalia contra ellos.

Craig era un guerrero feroz que había disputado junto a Irwin batallas feroces y sangrientas, pero no poseía la audacia de Irwin. Aunque Craig había vivido en sus propias carnes la maldad humana, había límites que él no concebía qué se pasasen. En cambio, Irwin era más que capaz de imaginarse cualquier escenario por cruel que fuese.

—Brodie no solo busca venganza, busca poder. No quiere matar a Guillermo por matar a su padre, quiere ponerlo de rodillas, controlarlo. Y para eso necesita apoderarse de todos los clanes que pueda. Y el nuestro, es uno de los más poderosos.

—¿Cleit MacNeill es consciente de que cuando consiga lo que desea de él lo matará para quedarse con su clan?

—Lo es. —De eso, Irwin, no tenía ninguna duda. Cleit era un tramposo, cobarde y traicionero, pero no era un necio—. Brodie necesita lairds aliados. Por mucho que se apodere de los clanes y obligue a sus miembros a jurarle lealtad o morir, sabe que la mayoría le traicionarán en cuanto puedan. Por eso sigue reclutando hombres que han sido repudiados de sus clanes; hombres capaces de cualquier cosa por vengarse. Hombres que siempre le serán leales. Los entrenan para ser guerreros feroces y fieles a su causa. Y Cleit MacNeill espera que, una vez consiga matarnos a mí y a ti, pueda recuperar a su hija. Hija que quedaría viuda y pretenderá casarla con Brodie. —Craig apretó los dientes—. Nuestros guerreros morirían antes de unirse a los Munro, pero, tal vez le juren fidelidad y la cumplan si promete tratar bien a Nerys y a vuestro hijo. A cambio, Cleit le pedirá a Brodie que respete al clan MacNeill y sean aliados de por vida. Es un trato demasiado beneficioso para que Brodie lo rechace.

Craig no refutó ninguna de las palabras de su amigo, porque no podía. Cleit era capaz de algo tan vil y de mucho más. Había manipulado a su hermano Barday para ponerlo en su contra y había intentado enviar a Nerys a un convento para evitar que se casase con él. A ese hombre no le importaba el sufrimiento de su propia hija.

—Le prometí a Nerys que no mataría a su padre, pero es la única promesa que voy a incumplir —siseó Craig, conteniendo su ira a duras penas—. Y no va a tener una muerte rápida, va a sufrir. Voy a torturarlo durante días hasta que me suplique que lo mate, y aun así, no le concederé su petición.

—Le diremos a Nerys que lo he matado yo —le dijo Irwin. Craig fijó sus ojos en los de su laird—. Ella no tiene por qué saber que tú has terminado con la vida de su padre.

Craig asintió. Él no quería que Nerys sufriese.

—Tal vez debería contarle lo que hemos descubierto, y quizá ella…

—Aun así, te pedirá que no lo mates. Tu mujer es demasiado bondadosa para su propio bien.

Craig volvió a asentir.

—Quizá sea el momento de contarle al rey Guillermo el secreto que tu padre se llevó a la tumba —propuso Craig, provocando que Irwin frunciese el ceño—. Guillermo no puede hacer nada ahora mismo, pero con esa información…

—Los gemelos no están preparados —le interrumpió Irwin, sin alzar la voz, pero con una firmeza que no daba lugar a réplicas. A pesar de que sabía que estaban solos, Irwin miró

rápidamente a los lados para comprobar que nadie les estaba escuchando—. Y no voy a usarlos como moneda de cambio. Pelearemos esta guerra de cara, no con subterfugios.

Craig se esperaba esa respuesta. Él tampoco quería usar a los gemelos. Eran como hermanos pequeños para él. Pero el bienestar de Nerys siempre prevalecía por encima de cualquier cosa.

—No debí proponerlo —reconoció Craig con un suspiro—. Cuando se trata de mantener a salvo a Nerys soy capaz de cualquier cosa, pero jamás te pondría en peligro ni a ti o a tus hermanos. —Irwin asintió, porque lo sabía—. Hasta temo de no ser capaz de matar a Cleit cuando llegue el momento —admitió—. Temo que Nerys lo descubra y me odie. O, aún peor, temo que sufra. La amo.

—Amor —repitió Irwin. Una palabra que él tan poco comprendía pero que parecía ser tan importante para todos—. Cómo os gusta hablar de amor a todos. —A Craig, a Scarlett…—. ¿Qué tendrá que ver el amor con la venganza? ¿Por qué renunciar a tu venganza por amor?

—No hay nada que no estaría dispuesto a hacer por Nerys. Cuando te enamores, lo entenderás.

Irwin se rio.

—Nunca me voy a enamorar —respondió con convicción—. El amor es para hombres débiles.

Era un hecho para Irwin que las mujeres compensaban su falta de fuerza física con sus artes manipuladoras. Jugaban con los atributos que Dios les había dado para que los hombres ardiesen de deseo y sucumbiesen a sus caprichos. Él no pensaba caer en las garras de ninguna mujer.

Hasta ese momento, le había resultado sencillo seguir sus principios, pero Scarlett había resultado ser mucho más tentadora de lo que nunca se hubiese imaginado. Aun así, él no permitiría que ella lo manipulase a su antojo. Por mucho que esa mujer luciese como un ángel, Irwin bien sabía lo mucho que podían engañar las apariencias.

—¿Crees que soy un hombre débil? —le preguntó Craig, alzando una ceja. Aunque no sonaba furioso, más bien, escéptico.

—No —contestó Irwin con honestidad—. ¿Crees que soy tan estúpido como para nombrar comandante en jefe a un hombre que considero débil? Pero sí creo que Nerys te tiene comiendo de su mano. Haces cualquier cosa que ella desee.

—Siempre que no ponga en riesgo su vida y le haga feliz, sí —dijo Craig con una gran sonrisa, como si estuviese satisfecho de sí mismo.

—Nunca voy a permitir que una mujer tenga ese poder conmigo —respondió Irwin con seguridad.

Craig se encogió de hombros.

—¿Qué medidas vas a tomar respecto a Cleit MacNeill y Brodie Munro? —preguntó Craig reconduciendo el tema.

Irwin suspiró.

—Al diablo si lo sé.

—Casarte con Scarlett no solo te otorgaría la propiedad de Cursed Land, te daría un poder sobre Guillermo. Al aceptar vuestra boda y darte las tierras, la acepta a ella como hija bastarda. Si lo haces público, pasarías a ser su yerno, suficiente razón para mostrar su apoyo hacia ti sin que el resto de lairds le juzguen por tomar partido sin razón.

En esos momentos, Irwin veía más fácil ir él solo y desarmado a la guerra contra los MacNeill y los Munro y ganarla, que lograr que esa tozuda mujer se casase con él de buena gana. Si no estuviese tan ocupado con todos los problemas que le acechaban, él mismo iría hasta el castillo de los Claymore y mataría al barón por no haber educado a su hija adecuadamente. ¿Qué

joven noble esperaba un matrimonio por amor?

Craig miró a Irwin durante unos instantes y arqueó una ceja.

—¿Estoy en lo cierto si me aventuro a decir que no has logrado nada en tus intentos por convencerla?

—Scarlett hará lo que yo le mande. Ella me obedecerá. Aceptará ser mi esposa —dijo Irwin, intentando convencerse a sí mismo.

—¿Tú les has mandado cuidar de los cerdos? —preguntó Craig con una media sonrisa.

Irwin suspiró. Por supuesto que había sido informado de eso y de todo lo demás. Ella había recogido los huevos de las gallinas y hasta la habían visto reprendiendo a una cabra que se había alejado del resto. Esa mujer era un misterio para él.

—No hay nada malo en ello —dijo Irwin a la defensiva—. Hasta que no sea mi esposa, los sirvientes no la respetarán lo suficiente como para seguir sus órdenes, y algo debe hacer hasta que pueda encargarse del manejo de la fortaleza.

Craig apretó los labios para no estallar en carcajadas. Él era consciente de que Irwin no tenía ningún poder sobre esa mujer.

—¿Me estás diciendo que te ha pedido permiso y se lo has dado? —Craig se estaba divirtiendo, sacando de quicio a su amigo. Bromear le ayudaba a sacar un poco de la tensión que había acumulado durante la última hora.

—¿Estás buscando que te rete a un duelo? —le preguntó Irwin, enseñándole los dientes.

Craig se puso serio, no porque tuviese miedo a su amigo, sino porque no había tiempo para descargar la tensión en un duelo con espadas.

—Si no podemos contar con la ayuda de Guillermo, hay que buscar otra solución.

—Lo único que quiero de Guillermo es Cursed Land. No voy a ir corriendo donde él, como un niño débil, pidiéndole ayuda. —Craig abrió la boca para hablar, pero Irwin se lo impidió con un ademán de mano—. No voy a cambiar de opinión.

Craig asintió. Como segundo al mando, era su deber poner en la mesa todas las posibles opciones, pero tampoco estaba de acuerdo con pedir ayuda a Guillermo. Ayuda que no les saldría barata.

—Hay otra solución —comenzó, e Irwin le escuchó con atención—. Todos los clanes están preocupados por los avances de los Munro. Cuando se enteren de su unión con los MacNeill y sus planes de intentar apoderarse de un clan poderoso como el nuestro, van a ver el peligro que realmente representa para sus propios clanes. Propongo hablar con los clanes más poderosos y reunir en nuestras tierras a sus lairds con la intención de encontrar una solución que nos beneficie a todos. Una solución que haga retroceder a los Munro antes que su poder sea demasiado. Y con ello, parar a los MacNeill.

Irwin se tocó la barbilla, pensativo. No le gustaba la idea de tener que llegar a acuerdos con otros lairds; sobre todo, cuando era una necesidad para él. Pero si no hacía nada, ponía a su clan en peligro y no podía permitirlo. Él no era como su padre. No jugaría con la vida de sus hombres y sus familias para que su orgullo no sufriese ninguna mancha.

—Está bien —cedió Irwin finalmente con resignación—. Llévate a los hombres que necesites. Convence a los lairds, pero no supliques.

—Nunca suplicaría, pero yo no puedo ir. Tardaría semanas; sino un par de meses. Nerys dará a luz en unas pocas semanas.

Irwin no entendía la necesidad de Craig de estar presente en el parto de Nerys. Cuando Scarlett diese a luz a su hijo o hija, no regresaría al clan si se encontrara fuera, ni se quedaría en el clan por miedo a perdérselo. Aquello era el deber de la mujer, el suyo era protegerla a ella y a

los niños que le diese.

Claro que antes de que Scarlett se quedase embarazada, ella tenía que yacer con él. Irwin fantaseó con la joven tumbada en el lecho de él, con su cabello negro, suelto y desperdigado sobre las sábanas de lino. Él se imaginó deslizando la tela de satén de un camisón blanco con finos encajes por la piel desnuda de ella hasta que la prenda terminase sobre el suelo de sus aposentos.

—Irwin, ¿acaso estoy diciendo algo complicado de entender?

Irwin salió de la neblina de lujuria en la que se había visto envuelto y luchó por intentar recordar de qué estaban hablando.

—Mandaré más emisarios. Tú iras a los clanes, de los McGregor, los Campbell, los MacBean y los Cameron. No debería llevarte más de dos o tres semanas.

Craig suspiró pesadamente.

—Nerys se ha desmayado esta mañana. La comadrona me ha dicho que lleva varias semanas sintiendo mareos, pero le pidió que no me lo dijese. Le he obligado a quedarse en la cama. Si me marcho se levantará, no puedo arriesgarme a que se desmaye mientras pasea y se golpee contra una roca.

—No puedo dejar el clan y no puedo enviar a esos clanes a cualquiera. Sus lairds se lo tomarán como una ofensa y se negarán a venir.

—Envía a los gemelos —propuso Craig—. Han cumplido satisfactoriamente su última misión.

Irwin enarcó una ceja.

—Lothar no tiene la paciencia suficiente para una misión diplomática. Y Callem les intentará convencer para que nuestra represalia no sea bélica.

—Y la mezcla de ambos será suficiente para convencerlos. —Irwin volvió a enarcar una ceja—. Enviaremos a Donovan con ellos. Él será el verdadero emisario. Los gemelos lo único que tienen que hacer es mostrar su acuerdo con lo que él diga. Ellos te representan a ti.

Donovan era uno de sus guerreros más feroces, pero a la vez era un hombre cabal y paciente. Un buen emisario.

—Está bien, yo se lo comunico a Donovan —le dijo Irwin a Craig con una sonrisa ladeada —. Y tú a los gemelos —añadió a la vez que se dirigía a su caballo y le daba la espalda a su amigo.

Craig emitió una serie de maldiciones.

Donovan no estaría feliz de tener que lidiar con los gemelos, pero aceptaría las órdenes sin rechistar. No así los gemelos. Lothar odiaba a Donovan porque siempre le ganaba en los duelos y a Callem no le gustaba salir del clan; menos aún cuando acababan de llegar de otra misión.

Irwin no estaba de humor para tratar con sus hermanos. Además, él tenía algo de lo que encargarse. Iba a hablar con Scarlett, y esta vez iba a dejarle claro quién mandaba. Él era el laird y ella se convertiría en la señora del clan, pero también sería su esposa y, por lo tanto, le obedecería. Empezando por aceptar el matrimonio, y segundo, informándole de las actividades que iba a llevar a cabo durante el día.

Pero cuando llegó a la fortaleza no pudo ir en busca de Scarlett, ya que le notificaron que dos guerreros MacNeill habían sido capturados mientras realizaban una escaramuza en sus tierras.

La venganza ardía con fuego en su pecho, clamando por ser liberada. Irwin llevaba años ansiando vengarse de Cleit por lo que él y su padre le habían hecho a su madre. Irwin había conseguido terminar con la miserable vida de su padre. Había logrado encontrar en su interior la

fuerza suficiente para esperar el momento adecuado. Le había costado no sucumbir a la seductora promesa de satisfacción inmediata que la venganza le prometía, pero lo había logrado. Durante años, había soportado tener que obedecer a su padre cuando lo que deseaba era clavarle una daga en el corazón. Pero esa espera había tenido su recompensa, y ahora, era un laird legítimo; uno al que sus hombres respetaban.

Pero su venganza no estaría terminada hasta que Cleit MacNeill yaciese sobre su propia sangre.

Cleit iba a pagar por todo el daño y sufrimiento que había provocado a las personas que le importaban a Irwin.

El laird se dirigió hacia el lugar donde los prisioneros se encontraban con la idea de usarlos para enviar un mensaje a Cleit. Uno en el que le iba a dejar claro que conocía su trato con los Munro y que no se saldría con la suya.

Por el camino pasó por la cabaña de Hamish y vio a su mujer en el exterior, abrazada a sus hijas, llorando mientras Rory se encontraba a su lado consolándola. La ira y el odio bullían en su interior. Todos sus músculos clamaban venganza. Una venganza cruel y sanguinaria; una que no admitía pactos ni esperas.

Pero el sonido de una voz femenina provocó que tirase de las riendas de su caballo, obligándole a pararse. Scarlett se encontraba en la colina de pie junto a su yegua mientras Eara cabalgaba encima de la suya.

Scarlett le gritaba palabras de ánimo mientras aplaudía cuando Eara iba cogiendo confianza y animaba a su yegua a ir un poco más rápido.

La yegua de Scarlett relinchó, como si le estuviese pidiendo que la montase, y Scarlett esbozó una sonrisa que ilumino su cara. Irwin nunca había visto una sonrisa tan bonita.

Se quedó allí durante unos minutos, observando cómo Scarlett montaba en su yegua y alcanzaba a Eara. Él no podía dejar de mirarla.

Sus movimientos eran gráciles y seguros, como si el animal y ella fueran solo uno. El viento jugaba con los mechones sueltos de su cabello y acariciaba la piel de su rostro. Él sintió celos del viento, ya que quería ser él quien tocase la tersa y dulce piel de su prometida.

Eara dijo algo que él no logró escuchar y la risa cantarina de Scarlett resonó por la colina. Cada risa que Scarlett emitía era como una chispa de luz que se adentraba en su oscuro corazón. Poco a poco, Irwin sintió cómo la ira iba desapareciendo y su cuerpo se relajaba de nuevo.

Con una negación de cabeza, instó a su semental para que se moviese. El animal tardó unos segundos en seguir sus órdenes, ya que él también estaba observando a la joven.

Tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para ir en busca de los prisioneros y no ir junto a Scarlett. Se maldijo a sí mismo cuando se imaginó ocupando el lugar de Eara y acompañando a Scarlett en un paseo a caballo.

Aunque se encargó de los prisioneros, ellos nunca sabrían que la única razón por la que les había dejado vivos era porque su prometida, con la luz que irradiaba, le había hecho recuperar la calma y la cordura.

Capítulo 10

—Scarlett —le llamó una voz infantil.

—Shhh Eoin, tenéis que estar todos en silencio —susurró Scarlett.

Dos niñas, idénticas la una a la otra, con el cabello rubio recogido en dos trenzas, se colocaron un dedo en la boca, mirando al niño. Este arrugó la nariz, pero se mantuvo en silencio.

Scarlett silbó mientras observaba la rama del árbol frente a ella, en la que un pájaro con el plumaje blanco miraba hacia ella y los tres niños, que estaban de pie junto a ella. Scarlett estaba acostumbrada a ver pájaros como ese, pero con el plumaje marrón, por lo que este le sorprendió, ya que en Inglaterra nunca había visto uno. Aunque, en realidad, ella nunca había visitado otras parte de su país natal.

El pájaro inclinó la cabeza y contempló las migas de pan que la joven le ofrecía en su palma abierta. Scarlett le sonrió, animándole a acercarse. El pájaro, como respuesta, voló hasta una rama más baja.

—Pajarito bonito —murmuró Aila, provocando que su hermana Maisie le diera un golpe con el codo para mandarla callar.

Pero al animal le debía agradar la niña, porque la miró fijamente y volvió a ladear la cabeza.

—Estira el brazo —le pidió Scarlett a Aila. La niña obedeció y la joven le colocó las migas de pan en su pequeña mano—. Tienes que estar muy muy quieta.

La niña asintió a la vez que sonreía hacia el pájaro. Este, como si esa fuese su señal para confiar en ella, voló hacia ellos hasta que se posó en la mano abierta de la pequeña.

Eoin abrió la boca, pero Scarlett ladeó la cabeza hacia el niño y se llevó su dedo índice hasta sus labios, pidiéndole al niño que se quedara callado.

—Me haces cosquillas —le dijo Aila al pájaro, que había comenzado a comer las migas. El pájaro levantó la cabeza y la miró durante un segundo, para seguidamente continuar comiendo.

Todos se quedaron quietos y en silencio, observando la escena con interés. Cuando el animal terminó de comer las migas de pan, echó a volar, pero no regresó al árbol, sino que se posó en una pequeña piedra cerca de ellos.

Aila se acercó al pájaro y se puso de cuclillas para estar a su altura.

—¿Quieres ser mi amigo, Fin? —le preguntó la niña.

Como respuesta, el pájaro se posó en la cabeza de la niña, haciéndola reír. Y después, echó a volar, desapareciendo entre los árboles.

—Le has puesto un nombre muy feo —se quejó Eoin, cruzando los brazos delante de él, enfadado porque el pájaro no le hubiese hecho el menor caso.

—Yo no se lo he puesto —replicó Aila—. Me lo ha dicho él.

Eoin resopló.

—Eso no es verdad, los animales no hablan.

—Sí que lo hacen —le corrigió Aila—, ¿verdad, Scarlett?

Scarlett, quien observaba la discusión entre los dos niños con diversión, asintió.

—Solo hay que saber escuchar —respondió—. Un animal también querrá ser tu amigo, Eoin. Solo tienes que esperar a que te elija —le dijo Scarlett al niño a la vez que le removía el pelo.

—No quiero que sea un pájaro, quiero que sea un lobo.

—Un lobo te morderá —le advirtió Maisie.

Eoin negó con la cabeza.

—Los lobos también pueden ser nuestros amigos, ¿a qué sí, Scarlett?

—Por supuesto —contestó Scarlett con convicción. Ella nunca hacía distinciones entre animales; no le importaba lo feroces que pudiesen parecer—. Si eres merecedor de su amistad, él te aceptará.

—Lo seré —prometió Eoin con convicción.

Scarlett sonrió con dulzura. Ella estaba convencida de que ese niño travieso encontraría un mejor amigo en alguno de los animales que rondaban por la fortaleza o el bosque. Ella no sabía si sería un lobo, un pájaro, o tal vez un caballo; lo que sí sabía era que, cuando lo encontrase, sería su amigo más fiel, uno que nunca lo abandonaría. Uno al que no le importarían los errores que él cometiese, que siempre le perdonaría.

En las casi tres semanas que Scarlett llevaba en la fortaleza Astruther, se había sentido acogida y querida. No solo por los animales, algo que ella ya esperaba conseguir, sino por los miembros del clan. Los niños corrían a su alrededor, felices. Ellos la adoraban; especialmente, porque Scarlett siempre estaba rodeada de animales con los que ellos podían jugar. Scarlett les estaba enseñando a respetar a los animales y amarlos. Y lo que más le sorprendía era que sus madres estaban encantadas con que ella los entretuviese.

En el castillo de su padre el único niño que la seguía a todos lados era su hermano, los demás niños les miraban a la distancia, deseando que les enseñase a ordeñar una vaca o a dar de comer a los pájaros, pero sus madres no se lo permitían. Porque en el castillo de su padre ella era la hija del barón, y aunque la respetaban, Scarlett sabía que a sus espaldas ponían en duda su cordura.

Eso no sucedía en el clan Astruther. Puede que al principio algunos miembros alzasen una ceja cuando la veían hablando con una ardilla o curando el ala de un pájaro herido, pero ahora, le sonreían y se ofrecían a ayudarla. Ellos la aceptaban tal y como era.

Y eso era algo por lo que siempre estaría agradecida con los habitantes del clan Astruther.

—¡Aila, Maisie, es hora de la cena! —Una voz femenina interrumpió los pensamientos de Scarlett.

Era una mujer varios años mayor que ella. Llevaba su cabello negro recogido en un moño, y aunque una sonrisa adornaba su cara, sus ojos castaños reflejaban la tristeza que anidaba en su corazón. La pobre mujer había perdido a su marido hacía casi tres semanas. Scarlett estaba haciendo todo lo posible por ayudarla con las niñas de seis años. Las pobres nunca volverían a ver a su padre, algo que entristecía a Scarlett. Porque si de algo estaba ella agradecida a Dios, era de que había protegido a su padre durante las guerras que este había disputado.

—¡Mamá, mamá! —gritó Aila corriendo hacia la mujer—. He hecho un nuevo amigo. Se llama Fin y sus plumas son blancas —le contó con entusiasmo.

La mujer sonrió a su hija a la vez que se agachaba y le daba un beso en la mejilla.

—Tienes que invitarle a cenar a nuestra cabaña un día.

La niña negó con la cabeza. Su hermana Maisie corrió hacia su madre y esta se agachó para abrazarla.

—Le gusta estar al aire libre.

—Como a mí —añadió Eoin con orgullo.

La mujer sonrió con dulzura al niño.

—Tu madre te está buscando, Eoin. Es hora de cenar.

Eoin negó con la cabeza y cogió la mano de Scarlett.

—Me quiero quedar con Scarlett.

—Yo también —dijo Aila, dándose la vuelta para regresar con Scarlett. Estiró su brazo y

sostuvo la mano libre de la joven, entrelazando sus dedos con los de ella.

Maisie, que era la más tranquila y callada de los tres, se mantuvo en silencio, pero se acercó a Scarlett, dejando clara su postura.

La madre de las niñas suspiró.

—Ya es tarde. Los animales están preparándose para ir a dormir —dijo Scarlett. Con la barbilla señaló la copa del árbol hacia dónde varios pájaros se dirigían—. Los animales se despiertan en cuanto sale el sol. Tenéis que cenar e ir pronto a la cama para estar descansados, o mañana estaréis muy cansados para jugar con ellos.

Sin embargo, aquel razonamiento no pareció convencer a los niños.

—Yo nunca me canso —replicó Eoin, frunciendo el ceño.

—Pero yo no tengo tanta energía como vosotros y si me canso —dijo Scarlett, compartiendo una mirada cómplice con la madre de las niñas—. Voy a irme a descansar. —Los tres niños hicieron un mohín, pero antes de que alguno de ellos pudiera quejarse, añadió: —Además, mañana me tengo que levantar muy temprano para recoger los huevos de las gallinas. ¿Queréis acompañarme? —Aquello pareció distraer a los niños y los tres asintieron con entusiasmo. Satisfecha, Scarlett esbozó una gran sonrisa—. Muy bien, entonces debéis obedecer a vuestras madres.

Maisie estiró la cabeza y Scarlett se inclinó para que esta pudiese darle un beso en la mejilla. Aila imitó a su hermana, pero Eoin que, aunque solo tenía cuatro años, se consideraba mayor para esos gestos de cariño, solo miró a Scarlett.

Ella esbozó una afectuosa sonrisa y abrazó al pequeño. Los niños echaron a correr por el camino que llevaba a la hilera de cabañas en las que vivían.

—Os agradezco de corazón vuestra paciencia con mis hijas. Gracias a vos las niñas están menos tristes. Estoy intentando ser fuerte para ellas, pero… —La mujer apretó los labios para no echarse a llorar.

Scarlett estiró los brazos y agarró las manos de la mujer, apretándolas con las suyas en un gesto de cariño.

—Mairi, has llenado mi corazón de gozo con tus palabras. Para mí es un placer jugar con tus hijas. Ellas son un regalo del cielo. —Mairi asintió, conteniéndose para no derramar las lágrimas que se arremolinaban en sus ojos—. Eres una mujer fuerte, encontrarás en tu interior la fuerza necesaria para seguir adelante.

—Amaba a Hamish. Lo amo —se corrigió rápidamente—. Durante los últimos siete años he estado agradecida a Dios por haber podido desposarme con un hombre al que amaba con todo mi ser. Pero, desde su muerte, no estoy segura de si ha sido una bendición o una tortura.

—¿Te arrepientes de haberte casado por amor? —preguntó Scarlett, confundida.

—No, milady, por supuesto que no —respondió Mairi—. Aun sabiendo lo que el destino tenía preparado para nosotros, me casaría con él de nuevo. Un solo día a su lado merece la eternidad de tinieblas que me espera sin él.

Cuando Mairi se marchó tras sus hijas, Scarlett se preguntó si ella se sentiría tan desdichada si Burt falleciese. Era algo en lo que ella nunca había pensado.

Su corazón se rompería en mil pedazos si a Burt le pasaba algo, pero ¿su vida terminaría cuando lo hiciera la de Burt? Por más que ella incidía en ese pensamiento, no se imaginaba a sí misma sufriendo tanto como lo estaba haciendo Mairi, y eso le hizo sentirse egoísta.

—Estoy exhausta —dijo Nerys a la vez que se sentaba en el borde de la cama de sus

aposentos donde se encontraba.

—¿Cómo puedes estar exhausta si no has salido de tus aposentos en todo el día? —preguntó Eara, arrugando el ceño.

—Claro que lo estoy —le respondió Nerys—. Exhausta de estar acostada. Exhausta de no poder salir de mis aposentos —se quejó con mal humor a la vez que llevaba su mano derecha hasta su abultado vientre—. Necesito respirar aire libre, pero Craig ha ordenado que mi puerta esté vigilada constantemente. Estoy encinta, no indispuesta.

—Tu marido solo desea lo mejor para ti —intervino Scarlett, quien se encontraba de rodillas en el suelo revisando a Gatita, que estaba tumbada en el suelo con sus crías profundamente dormidas a su alrededor. Nerys lanzó un bufido al escuchar las palabras de Scarlett, pero esta no le prestó la menor atención—. En unos días podréis ir a cazar ratones juntos —le contó a Gatito, que le estaba lamiendo la cabeza a Gatita.

—Las cocinas están llenas de ratones, pero ellos no los cazan —masculló Eara con fastidio.

—Eso es extraño, ya que los gatos son grandes cazadores.

Scarlett se puso de pie y se sentó en una de las sillas.

—Nerys ha ordenado que se les alimente a diario. Así que ya no se molestan en cazar.

Nerys hizo oídos sordos al reproche de Eara, tan ocupada como estaba intentando levantarse de la cama. Finalmente, tras varios intentos fallidos, logró ponerse de pie, pero cuando estiró el brazo para coger la jarra de agua, se mareó. Preocupada por su amiga, Scarlett se levantó a toda prisa y la ayudó a volver a sentarse antes de que se cayese.

—Deberías quedarte en la cama hasta que el bebé llegue —le recomendó Scarlett con dulzura.

Nerys resopló.

—¿Y cuándo va a tener la bondad de llegar? La comadrona asegura que debería haberme puesto ya de parto.

Aunque Nerys trataba de mostrarse fuerte, Scarlett podía ver que la joven estaba muy asustada por la salud de su bebé.

—Las comadronas a veces se equivocan —le aseguró Scarlett mientras la ayudaba a tumbarse encima de la cama—. Darás a luz cuando el bebé esté preparado.

Nerys suspiró.

—Dios quiera que no se demore mucho. Craig no lo reconocerá nunca, pero está tan asustado por mí y el bebé que no duerme por las noches. Yace a mi lado, pero cada vez que me despierto, está con los ojos abiertos, mirándome. Temo que el cansancio le afecte a sus reflejos y termine herido durante el entrenamiento. O Dios no lo quiera, durante un enfrentamiento con un miembro de… —Nerys se quedó en silencio, dejando la frase incompleta. Aunque instantes más tarde, cambió de opinión, ya que añadió—: Un enemigo —lo dijo tan bajito que sonó como un susurro apenas perceptible, pero Scarlett lo escuchó.

Scarlett llevaba tres semanas en el clan. Tres semanas en las que había descubierto que el clan del padre de Nerys y los Astruther estaban en guerra. Scarlett desconocía las razones que habían llevado a los dos clanes a declararse la guerra, pero podía ver en el rostro de Nerys lo mucho que deseaba la paz.

A pesar de que Nerys evitaba hablar de su progenitor, Scarlett comenzaba a conocer a la joven. Durante el tiempo que llevaba en el clan, Nerys se había convertido en una amiga para ella. Todas las noches cenaban juntas en sus aposentos y conversaban durante horas.

Scarlett cogió la jarra de cerámica que se encontraba encima de una pequeña mesa redonda de madera y vertió un poco de agua en un vaso.

—Todo va a ir bien —le dijo a Nerys, acercándose a ella. Le tendió el vaso de agua que ella aceptó con una sonrisa temblorosa.

A pesar de que Nerys asintió antes de llevarse el vaso a los labios, Scarlett pudo ver la duda reflejada en sus ojos.

El golpe de unos nudillos contra la puerta interrumpió la conversación entre las dos muchachas. Una sirvienta abrió la puerta un instante después. Llevaba su cabello pelirrojo recogido en un moño desordenado y era bastante joven. Scarlett recordaba haberla visto en varias ocasiones, pero nunca habían intercambiado una sola palabra. Scarlett tenía la sensación de que la joven sirvienta era demasiado tímida, o tal vez, no era demasiado sociable, ya que aunque cuando pasaba a su lado la saludaba, siempre lo hacía con la mirada fija en el suelo y acelerando el paso, como si tratase de mantener el mínimo contacto posible.

—¿Sucede algo, Lia? —le preguntó Nerys a la joven sirvienta.

—Sí… no… —respondió dubitativa, como si no estuviese muy segura de cómo contestar—. El laird ha pedido que su prometida baje a cenar al gran salón con él.

Scarlett tragó saliva. Ella no hablaba con Irwin desde que Rena la había ayudado a deshacerse de él en el establo varias semanas atrás. Él había prometido perseguirla, pero la realidad era que le había permitido evitarlo. Aunque le costaba comprenderlo, se había sentido un poco decepcionada cuando Irwin no se había quejado de que ella cenase con Nerys, ni había vuelto a encontrarse con él por la fortaleza. Le había visto en la lejanía, pero él nunca había puesto su mirada en ella.

—Puedes decirle que va a cenar en mis aposentos —dijo Nerys, provocando que Lia abriese los ojos—. Estoy un poco indispuesta y necesito a mi amiga a mi lado.

Scarlett suspiró, aliviada. Ella no estaba preparada para hablar con Irwin, y a pesar de que no había compartido nada de lo que había sucedido en el último encuentro entre ambos con Nerys, esta se había dado cuenta de su incomodidad y había salido en su rescate.

Tampoco le había contado sobre su enamoramiento con Burt. No porque no confiara en ella, sino porque no quería cargarle con el peso de tener que mentir a su marido.

—¿Acaso no es mejor compañía tu esposo? —preguntó una voz varonil.

Craig entró en la estancia y se acercó a la cama para inclinarse y darle un beso a Nerys en los labios.

—Creí que no llegarías hasta tarde, como las últimas noches —le dijo Nerys, intentando que sonase como un reproche, aunque la forma en la que sus ojos brillaron y la amplia sonrisa que iluminó su rostro, la delataron.

—El cielo está despejado, no va a llover y hay luna llena. No es necesario que Irwin o yo patrullemos.

—¿No hay más peligro de incursiones sin lluvia y con la luz de la luna iluminando el sendero? —preguntó Scarlett.

Craig ladeó la cabeza para mirarla.

—Y es más fácil atraparlos si lo hacen. Irwin y yo somos buenos guerreros en la oscuridad y bajo la lluvia.

Scarlett no tenía duda alguna de que Irwin se movería bien en la oscuridad; todo en él era oscuro. Una oscuridad por la que, lejos de querer huir, no podía evitar sentirse atrapada.

—Lía, ve a avisar a Irwin de que su prometida no tardará en acompañarlo en la cena y asegúrate de que nos suban la nuestra —ordenó Craig, sin hacer caso del gesto de desacuerdo que se dibujó en la cara de su esposa.

La joven sirvienta asintió y salió a toda prisa de la estancia.

—Tengo que ayudarte a prepararte para la cena —dijo Eara, mirando de arriba a abajo a Scarlett.

—No es necesario, Eara —respondió Craig antes de que Scarlett pudiera hacerlo—. Scarlett ahora es una Astruther y los Astruther no tenemos esa odiosa manía de cambiarnos de ropa o acicalarnos por cualquier motivo trivial.

—Bañarte antes de la cena cuando has estado entrenando no sería perjudicial —replicó Nerys, colocándose una mano en la nariz.

Lejos de sentirse ofendido por las palabras de Nerys, Craig acarició la cabeza de su esposa con ternura y acercó su rostro al de ella, besándola. No fue un beso casto, sino un profundo que provocó que Eara emitiese un suspiro de asombro y Scarlett apartase la mirada de ellos.

—Os dejo, tengo que prepararme para la cena. No soy una Astruther y tampoco soy escocesa, así que seguiré las absurdas costumbres inglesas —dijo, aunque no obtuvo ninguna réplica, ya que el matrimonio seguía besándose.

Capítulo 11

Scarlett estaba nerviosa. No recordaba haberlo estado tanto nunca. Y también estaba enfadada, algo que Irwin parecía lograr en ella con mucha facilidad. Ni siquiera necesitaba que hablasen para que ella se sintiese así.

Al parecer, él ordenaba y ella tenía que acatar sus órdenes con premura.

Bajó las escaleras hacia el gran salón y un suspiro se escapó de sus labios cuando el último peldaño de piedra quedó atrás.

Scarlett llevaba un bonito vestido azul, fabricado con fina tela que nunca antes se había puesto. No sabía por qué había elegido ese momento para usarlo. Aunque, en realidad, no lo había escogido ella, sino Eara. Pero Scarlett no se lo había impedido. Se había engañado a sí misma diciéndose que no quería dañar el corazón de su amiga, ya que no iba a permitir que esta la peinara. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, se sentía bella con él, y por alguna extraña razón, quería que Irwin se sorprendiera.

Scarlett había recogido su cabello en moño trenzado. Un peinado que su madre siempre le decía que era elegante y sutil. Un peinado que una dama debía llevar si quería causar la impresión adecuada.

Cuando llegó al gran salón, todos los guerreros estaban sentados alrededor de diferentes largas mesas de maderas, pero la mirada de Scarlett estaba inmersa en la pequeña mesa de madera alejada del resto, donde Irwin estaba sentado, esperándola.

Irwin se levantó y movió una silla para que Scarlett se sentase. A pesar de que él se comportaba como un caballero, Scarlett solo tuvo que mirar su cara y la sonrisa irónica que se extendía en su rostro para darse cuenta de que no era así. Irwin era un guerrero feroz y un laird respetado, pero no era un caballero.

Y nunca lo sería. Él jamás sería como Burt.

—Ese peinado os favorece, milady —dijo Irwin mientras Scarlett ocupaba un asiento a su lado

—Gracias, laird —respondió Scarlett, agradecida de haberle hecho caso a su madre.

—Aunque me gustáis más con el pelo suelto. Os hace parecer más salvaje —le susurró Irwin al oído.

Scarlett sintió la sangre arder en sus mejillas. Y aunque al ver la sonrisa satisfecha dibujarse en los labios del laird se dio cuenta de que lo único que él seguramente buscaba con sus palabras descaradas era provocarla, Scarlett no pudo evitar que su mente evocara el recuerdo de su último encuentro juntos. Aquel en el que los labios de él casi se posaron sobre los de ella.

Scarlett inspiró profundamente, tratando de disipar aquel momento de su memoria. Con la barbilla alzada, no dejándose intimidar por Irwin, ladeó su cabeza hacia él.

—No estamos casados, no es decoroso que cenemos solos.

—No estamos solos.

Con una oscura ceja arqueada, Irwin señaló al resto de guerreros que se encontraban cerca de ellos, bebiendo cerveza y hablando en voz alta.

Aun así, Scarlett sentía como si ellos fuesen los dos únicos que se encontraban en el gran salón. Como si la distancia que les separaba del resto estuviese atravesada por un muro de piedra.

—Deberíamos sentarnos junto a ellos —insistió Scarlett, apuntando con su dedo índice a un par de huecos libres que había en una de las mesas.

Irwin negó con la cabeza.

—Esta es la mesa donde comemos la familia. Mis hermanos continúan fuera del clan y Craig está junto a su esposa en sus aposentos. Eso nos deja a nosotros dos, milady.

Scarlett cogió el vaso de agua que estaba frente a ella y le dio un sorbo. Por el rabillo del ojo vio a las sirvientas entrar en el gran salón con bandejas. Observó cómo en el centro de su mesa dejaban un plato con queso y rodajas de pan recién hecho.

—¿Cuándo regresan vuestros hermanos? —preguntó, cambiando el tema de la conversación a sabiendas de que no iba a lograr hacerle cambiar de idea. Y a la vez, ella era consciente de que su petición era absurda.

El gran salón estaba repleto de guerreros y sirvientes, pero Scarlett sentía como si Irwin y ella se encontrasen en su propio mundo; un mundo alejado del resto de los mortales. Para su sorpresa, no se sentía incómoda por ello; no lo hacía a pesar de que sabía la clase de hombre que era Irwin. Un hombre sin compasión, un hombre al que ella no le importaba, un hombre que no la merecía.

—¿A cuál de mis hermanos estáis esperando? —inquirió Irwin a la vez que cogía un trozo de queso con la mano y se lo metía en la boca, carente de ningún tipo de modales; tal y como los animales salvajes se comportaban. De una manera que sus padres considerarían reprochable, pero a ella le causaba interés.

—No estoy esperando a ninguno, laird. Solo estoy preocupada por el bienestar de sus hermanos, laird.

En realidad, era Eara la preocupada por Callem, ya que este apenas le había aportado dato alguno de adónde iban y el tiempo que estarían fuera. Scarlett quería recabar información para la tranquilidad de su doncella.

Scarlett, con más modales de los que Irwin había hecho acto, cogió un trozo de queso con una rebanada de pan y le dio un pequeño mordisco mientras mordía con la boca cerrada y sus ojos fijos en el laird, esperando una respuesta. Respuesta que tardó en llegar, porque Irwin parecía estar ocupado observando con mucha atención los movimientos de la boca de la joven. Scarlett vio como el laird tragaba saliva, y pensó que, tal vez, tenía restos de pan, por lo que se pasó la lengua por los labios y la comisura de la boca, lo que provocó que Irwin tragase saliva con fuerza.

—¿He hecho algo mal, laird? —preguntó Scarlett con preocupación.

Aunque a Irwin no parecía importarle los modales en la mesa. Como a ninguno de los guerreros, algo que Scarlett pudo comprobar cuando escudriñó con la mirada la estancia y vio cómo comían con las manos y hablaban con la boca llena de comida. Quizá, Irwin esperaba que su prometida se comportase como una dama.

Irwin movió la cabeza de un lado a otro, como si estuviese saliendo de alguna especie de trance.

—En absoluto, muchacha.

A pesar de sus palabras, Scarlett notó que algo le sucedía, pero si algo tenía claro desde que había llegado al clan Astruther, era que nunca lograría entender a ese hombre que tenía frente a ella.

Irwin Astruther era un misterio que ella jamás conseguiría resolver.

—¿No habéis tenido noticias de vuestros hermanos? —preguntó de nuevo. El rostro de Irwin se endureció y Scarlett supo que, si hasta ese momento no le había molestado algo de lo que ella había hecho o dicho, acababa de hacerlo—. ¿Mis palabras os han perturbado?

—Nada logra perturbarme, milady —respondió Irwin con una sonrisa ladeada y una soberbia que provocó que Scarlett entrecerrase los ojos—. Pero vuestro interés en mis hermanos

me tiene intrigado. ¿Es a Lothar a quien extrañáis?

—No os entiendo —dijo Scarlett, confusa.

—¿Quizá erré cuando creí que os estaba molestando en el establo? ¿Tal vez es deseo y lujuria lo que sentís por él?

Scarlett sintió cómo las mejillas se le enrojecían y la furia la dominaba. Una furia que nunca antes había sentido y que no sabía cómo controlar.

Respiró hondo varias veces hasta que logró calmarse, tal y como había escuchado a su madre aconsejarle a su padre en los momentos en los que este perdía la paciencia.

—Me estáis faltando al respeto insinuando que estoy deseosa de yacer con vuestro hermano. Os recuerdo que soy una dama y vuestra prometida y debéis tratarme como tal —dijo, en un tono bajo pero cortante.

Irwin arqueó una ceja y la miró con diversión.

—¿Cómo debo trataros, como una dama o como mi prometida?

Scarlett apretó sus labios con fuerza.

—Es lo mismo.

—Confiad en mí, no lo es —dijo él, estirando el brazo debajo de la mesa y posando la mano encima de su muslo, tapado por la tela del vestido.

Scarlett abrió los ojos, asombrada por el atrevimiento de ese hombre. A ella le habían enseñado cómo tenía que actuar en esa situación: gritar y pedir ayuda cuando se trataba de un hombre cualquiera; permitirlo cuando era su marido, y pedirle mesura y paciencia con una sonrisa si se trataba de su prometido. Ella abrió la boca para hacerlo, pero la cerró cuando Irwin comenzó a mover la mano y acariciarle el muslo. La tela separaba su piel de él, pero, así y todo, Scarlett lo sintió como algo íntimo; algo que debería estar reservado para realizar en la alcoba, y siempre que estuviesen casados.

Ella no estaba casada con Irwin y nunca lo estaría, pero, aun así, no hizo nada para apartar su mano de ella.

Algo en lo más profundo de su ser la impedía moverse.

—Sois más atrevida y salvaje de lo que vos misma queréis reconocer —susurró Irwin, quitando la mano de su muslo y cogiendo una copa de vino para llevársela a los labios.

Scarlett salió de la neblina en la que se encontraba inmersa y miró a Irwin con rabia, algo que a este le hizo sonreír satisfecho. Pero Scarlett no sentía rabia hacia él, lo sentía hacia sí misma por actuar de una forma que no era normal en ella.

De alguna manera, sintió que estaba traicionando a Burt.

—Quizá tengáis razón, laird —respondió con los labios apretados.

—Por supuesto que la tengo, muchacha. Pero, sé ser paciente cuando la situación lo requiere. —Irwin ladeó la cabeza hacia Scarlett y le guiñó un ojo—. Tendréis que esperar a que estemos casados para dar rienda a vuestra naturaleza.

Scarlett quería tirarle la jarra de agua en la cabeza, pero, de nuevo, las enseñanzas de su madre, esas que su naturaleza calmada le había hecho creer que nunca necesitaría, aparecieron en su cabeza.

—Cómo deseéis, milord —dijo Scarlett, tratando de controlar su voz. Una sonrisa satisfecha se dibujó en los labios de Irwin al escucharla, lo que provocó que una oleada de furia recorriese el cuerpo de Scarlett. A ella nunca le había molestado dar la razón a otra persona, aun a sabiendas de que no la tenía; ni tampoco le había perturbado que esa persona se alegrase de ello. No hasta ese momento—. Aunque habéis malinterpretado mal mis palabras. Lo que quería decir era que, tal vez, tengáis razón y desee a vuestro hermano. —En cuanto aquellas palabras se

escaparon de sus labios, se arrepintió de haberlas pronunciado. Ella no era una mentirosa, entonces, ¿por qué estaba actuando como tal?

Irwin la observaba, estupefacto. Por la forma en la que las aletas de su nariz se ancharon y sus manos agarraron la madera de la mesa con fuerza, Scarlett supo que estaba furioso. La ira del laird provocó una ola de satisfacción en ella. Aunque no era mayor que su arrepentimiento por su burda falacia.

Scarlett no era así. No importaba lo patán que fuera su prometido ni lo mucho que se mereciese ese escarmiento. El comportamiento de él no podía justificar el de ella. Por esa misma razón, Scarlett abrió la boca para disculparse. Podía jurar por Dios que esa era su intención.

—No deseo a vuestro hermano, pero tampoco os deseo a vos. Y nunca podréis hacerme cambiar de idea.

De lo primero estaba segura; de lo segundo, no tanto.

—¿Es un desafío lo que escucho? —preguntó Irwin, aparentemente más calmado. Pero Scarlett no se dejó engañar.

Scarlett fue a responderle, pero un sirviente dejando una gran bandeja encima de la mesa, la distrajo.

Scarlett no podía dejar de mirar hacia la bandeja de plata. Encima de ella se encontraba un cerdo asado, con cabeza y todo. Sus ojos abiertos sin vida provocaron que Scarlett se colocara la mano en la boca y comenzase a temblar.

—¡Rama! —gritó a la vez que se levantaba de su asiento.

Sintió que la bilis ascendía por su garganta, pero, así y todo, estiró la mano para tocar la piel cocinada del pobre animal.

Scarlett había estado jugando en el barreño con él y sus compañeros esa misma mañana. Giró la cabeza para mirar hacia otro lado, pero solo vio otro cerdo en la misma situación en una de las mesas. Apartó la mirada con rapidez, porque temía reconocer al cerdo, como le había pasado con Rama. Lo había reconocido porque, a pesar de estar cocinado, aún conservaba parte de la mancha de nacimiento con forma de rama en su pata.

La estancia se había quedado en silencio, aunque Scarlett escuchaba un ruido atronador que le martillaba el oído. Fue capaz de identificarlo como el sonido de los latidos de su corazón. Notó una mano que le agarró del hombro, pero ella no pudo seguir ni un segundo más allí. Se deshizo del agarre y salió corriendo del gran salón hacia el aire fresco del exterior.

A pesar de que comenzaba a oscurecer, como Craig le había asegurado, la luna reinaba en el cielo y no le resultaba difícil moverse por el camino empedrado que llevaba desde la fortaleza hasta la porqueriza. Aunque Scarlett apenas era consciente de adónde se estaba dirigiendo.

Cuando llegó al lugar, se encontró que el joven que se encargaba del cuidado de los cerdos y al que ella había considerado un buen hombre, salía de la porqueriza y cerraba la puerta tras él. El joven la observó con una ceja arqueada.

—¿Os sucede algo, milady?

—Moris, ¿os consideráis un buen cuidador de cerdos? —le preguntó Scarlett, haciendo un esfuerzo para controlar sus lágrimas.

El joven la miraba sin entender lo que estaba sucediendo, pero ella era la prometida de su laird y le debía respeto.

—Por supuesto, milady. Vos misma me habéis visto ejerciendo mi labor. Me iba a la cabaña que comparto con mis padres, pero les he dejado descansando y con agua y comida.

—No a todos. —Scarlett mordió su labio inferior con fuerza para contener las lágrimas que amenazaban con derramarse de sus ojos al recordar la grotesca imagen que había visto minutos

antes en el gran salón—. Rama —pronunció el nombre del cerdo con un hilo de voz—. Él… él…

—Milady, perdonadme, pero no logro comprenderos. —Moris se pasó una mano por su cabello pelirrojo, confundido. Cuando Scarlett no respondió, preguntó con preocupación—: ¿Os encontráis bien? ¿Necesitáis que avise a alguien?

Scarlett inspiró profundamente, tratando de contener sus sollozos. Alzó el brazo derecho y señaló a Moris con su dedo índice.

—Rama está muerto. Lo habéis matado.

Moris abrió la boca, sorprendido ante la acusación de Scarlett.

—No he sido yo —se defendió, indignado.

—Lo habéis permitido. Él estaba bajo vuestro cuidado.

—Moris, vete a casa.

Moris nunca antes se había sentido tan aliviado de escuchar la voz de su laird. A pesar de que no acababa de comprender la acusación de Scarlett, tampoco pensaba quedarse a averiguarlo. El joven movió su cabeza en un asentimiento rápido y salió corriendo.

—¡Es vuestra culpa! —Scarlett se giró para mirar a Irwin—. ¡Vos habéis permitido que ocurra semejante barbarie!

Irwin era incapaz de comprender a su prometida. No entendía por qué se había puesto de aquella manera en el gran salón, ni tampoco por qué ahora le acusaba de ser un bárbaro.

—Os juro, milady, que no os comprendo. Y estoy comenzando a perder la paciencia.

Scarlett cruzó sus brazos.

—¿Qué no comprendéis, laird? Habéis permitido que maten un cerdo y lo exhiban como si fuese un premio para los guerreros tras una ardua jornada de entrenamientos y trabajo.

Irwin abrió la boca, pero la cerró al ver que las lágrimas estaban comenzando a caer por las mejillas de la joven. Él iba a decirle que, en efecto, era un premio, ya que gracias al buen trabajo de sus guerreros y de los miembros del clan podían tener manjares tan suculentos en la mesa, pero sabía que no sería bien recibido por su prometida.

—Muchacha, criamos cerdos para comerlos. ¿No es así en el castillo de vuestro padre?

—Sí.

Scarlett limpió sus lágrimas con el dorso de su mano e Irwin, en un impulso, dio un paso hacia delante, sintiendo la necesidad de consolarla. Sin embargo, se detuvo a sí mismo antes de que la joven se diera cuenta de sus intenciones.

Irwin no sentía ni pena ni compasión por nadie. Él detestaba las lágrimas, porque eran señal de debilidad. Entonces, ¿por qué deseaba arroparla entre sus brazos?

—¿No cuidabais de los cerdos allí? —preguntó Irwin, esperando que la joven no se diera cuenta de los sentimientos que despertaba en él. De hacerlo, podría aprovecharse de ellos. Y él, al contrario de Craig, no era ningún bobo que se dejaba manipular por una mujer.

Scarlett movió su cabeza en un asentimiento. Ella sabía que los cerdos eran usados para alimentar las bocas hambrientas de los habitantes del castillo. Incluso algunos eran vendidos en el mercado que semanalmente tenía lugar en pueblo fuera de los muros. Ella conocía cuál era su destino cuando desaparecían, pero evitaba pensar en ello.

—Mi padre no permitía que se sirviesen los cerdos enteros. Es de bárbaros hacerlo.

Irwin no dijo nada. Él se imaginó que el progenitor de la muchacha había ordenado esa ridícula orden para no herir la sensibilidad de su hija y esa sobreprotección explicaba el comportamiento rebelde y soñador de Scarlett.

—No es de bárbaros. Aunque somos un clan poderoso y rico, son muchas las bocas que se alimentan del sustento que cazamos o criamos. No desperdiciamos comida. Vuestro padre ha

sido muy laxo con vos, yo no lo seré.

Scarlett entrecerró los ojos.

—¿Mataríais a uno de vuestros hombres, lo cocinaríais y pondríais su cuerpo encima de una bandeja?

Irwin resopló.

—Decís sandeces, muchacha.

—No lo hago. Vuestros guerreros son altos y fuertes, tienen carne de sobra para alimentar al clan.

—¡Por los clavos de cristo! —exclamó Irwin, perdiendo la paciencia—. Estáis comparando un cerdo con un hombre.

—No hay tanta diferencia, milord. A ambos les gusta comer sin ningún modal y retozarse en el barro.

—¿Retozarse en el barro?

—Ayer Eara y yo asistimos desde la colina al entrenamiento de la tarde —dijo Scarlett con suficiencia.

Irwin la miró sin comprender.

—Ayer llovió y el suelo estaba embarrado. Me tiré al suelo para enseñar a los guerreros jóvenes a defenderse si eran desarmados, empujados al suelo y su oponente estaba frente a ellos —murmuró Irwin, recordando los eventos de la tarde anterior. Sus ojos se entrecerraron al darse cuenta de lo que Scarlett estaba insinuando—. Me estáis comparando a mí con un cerdo —espetó con indignación.

Scarlett sonrió.

—Sois un hombre inteligente, laird. Vos mismo habéis llegado a la respuesta acertada.

Irwin no permitía que le hablasen de esa manera tan irrespetuosa, pero Scarlett era su prometida. Y por mucho que Irwin lo detestase, necesitaba ganarse el favor de Scarlett para que aceptase casarse con él. Si ella se negaba a que la boda tuviese lugar, todos los planes de Irwin se irían al traste. Recordó los consejos que su comandante en jefe, Craig, le había dado semanas atrás.

—Había escuchado de vos que erais una dama inglesa educada y sumisa.

—Y lo soy. E intento serlo con vos, pero me lo ponéis muy difícil.

—No soy yo, muchacha. Sois vos misma. Reconozco a una persona luchadora e inconformista cuando la veo. Y debo deciros que me agrada sumamente. No deseo a mi lado a una mujer incapaz de tomar sus propias decisiones, ni a una mujer que obedezca cualquier mandato.

—¿Queréis a vuestro lado a una mujer que os desobedezca?

Irwin fijó sus ojos oscuros en los de ella y se tomó unos segundos antes de responder a esa pregunta.

—Soy el laird, espero obediencia de mis hombres y miembros del clan, y por supuesto de mi mujer. Pero nunca he esperado obediencia ciega. He luchado para ganármela y lo he logrado, demostrando mi valía y que mis decisiones siempre son por el bien del clan. Si algún día hago algo intencionadamente o no que ponga en peligro a los miembros del clan, no espero que sigan obedeciéndome; no deben hacerlo. Lo que deben hacer es encontrar a un hombre leal y fuerte que me rete a un duelo y me mate.

Scarlett miró a Irwin con asombro. Ella no esperaba esa respuesta. Y quizá estaba siendo crédula, pero ella creyó cada palabra. Él prefería morir que fallar a su clan.

Irwin Astruther era un hombre íntegro. Y eso era algo que Scarlett valoraba.

—Pero no lo haréis —adivinó Scarlett, descruzando sus brazos—. No pondréis en peligro a los hombres de vuestro clan.

—Ni a vos —le respondió él—. Me ganaré vuestra obediencia.

—Os obedeceré mientras esté en el clan.

Irwin era consciente de que lo que ella quería decir era que, un día cercano, se marcharía. Pero él no iba a permitirlo. Ella se iba a casar con él. Aunque, por alguna razón, no tenía demasiada prisa en ir a la corte para terminar con ese trámite. Esa debía ser su única motivación: lograr las tierras de Cursed Land. No obstante, una parte de él se sentiría decepcionada si Scarlett sucumbiese a él con facilidad.

—No lo haréis, sois menos obediente de lo que creéis. —Scarlett fue a replicar, pero Irwin habló antes de que pudiera hacerlo—. Regresemos dentro.

—No —dijo la joven con firmeza.

—No es mi intención vanagloriarme de mis victorias, y menos de las que gano con tanta rapidez y facilidad, pero acabáis de desobedecerme —le recordó Irwin con sorna; aun así, cuando vio el rostro pálido de Scarlett, dio un par de pasos hacia ella.

—No puedo regresar… Yo no puedo… Rama era mi amigo, él… Yo… — Scarlett temblaba de arriba abajo e Irwin la sujetó por miedo a que se cayese.

—Scarlett, miradme —le exigió él; sin embargo, ella había cerrado los ojos y movía la cabeza como si estuviese intentando borrar una imagen de su mente—. Scarlett —la llamó, zarandeándola con cuidado para que ella reaccionase.

Scarlett abrió los ojos y lo miró. Lo que vio reflejado en los ojos claros de ella provocó que sintiese una punzada de un sentimiento que no reconoció en su estómago. Un sentimiento desagradable; uno que era mucho peor que una daga clavándose en su piel.

—Iré delante de vos y mandaré que retiren los cerdos. Os prometo que no volverán a servirse los cerdos enteros —dijo, soltándola y separándose de ella.

Scarlett asintió como agradecimiento. Tal vez, Irwin no era el guerrero sin sentimientos que ella había pensado. Tal vez, había más humanidad en él de la que dejaba entrever.

—No es mi deseo privar a los guerreros de su sustento de hoy. Necesitan estar alimentados para proteger al clan.

—No es vuestra responsabilidad preocuparos por ellos, milady —espetó Irwin, apretando los dientes.

Scarlett no comprendía qué había dicho para ofenderle, pero él había sido más considerado con ella de lo que ella esperaba, así que decidió no insistir.

—He perdido el apetito. Si no os importa, preferiría dar un paseo. —Irwin enarcó una ceja que Scarlett interpretó como preocupación por ella, ya que mientras hablaban, la noche había ganado la batalla al día—. El cielo está despejado y la luna ilumina el camino. No iré muy lejos, no debéis preocuparos por mí.

Irwin soltó una risa sin humor que ella no supo cómo interpretar.

—Os acompañaré.

—No es necesario, laird. Regresad al comedor.

—¿No solo incumplís vuestra promesa de obedecer mis órdenes, sino que me las dais vos a mí?

A pesar de las palabras, el tono de Irwin no era de enojo; más bien, parecía divertido.

—No era mi intención, la…

—Demos ese paseo entonces —dijo Irwin, impidiéndole terminar la frase y cortando cualquier tipo de queja que ella fuese a emitir.

Capítulo 12

Scarlett disfrutaba de la brisa nocturna acariciando su rostro mientras Irwin y ella recorrían un sendero serpenteante que atravesaba los campos ondulantes que ella había recorrido durante las semanas que llevaba en el clan. Pero, hasta ese momento, ella no los había disfrutado bajo la luz de la luna llena.

—Sus tierras son más bellas aún envueltas en la oscuridad de la noche —dijo Scarlett, rompiendo el silencio en el que habían estado inmersos. Aunque, a diferencia de con la mayoría de las personas, ella no se había sentido incómoda compartiendo el silencio con Irwin. Al contrario, había sentido la paz que se siente al comprender que la persona que va a tu lado disfruta de la tranquilidad del silencio tanto como tú.

—No hay belleza en la oscuridad, milady.

—Eso es incierto, milord —replicó ella—. La oscuridad esconde la belleza más deslumbrante, solo hay que saber buscarla.

—Lo único que vais a encontrar si os adentráis sola e indefensa en ella, es vuestra muerte. Los depredadores más crueles se esconden en ella —le advirtió Irwin.

Scarlett se detuvo y giró la cabeza hacia él.

El rostro del laird estaba bañado bajo la luz de la luna y su mirada se deslizó por los rasgos angulosos y marcados. Irwin poseía una belleza peligrosa; una hacia la que, sorprendentemente, se sentía intrigada. Y, aunque le costase reconocerlo en voz alta, también atraída.

—Si un depredador necesita de la falta de luz para ser peligroso, solo es un cobarde disfrazado de valiente. No temo a los cobardes.

—Bajo la luz del día, hay depredadores que se mueven en la oscuridad. Esos son los que debéis temer de verdad

Scarlett no comprendió el significado de las palabras de Irwin, pero no pudo preguntar porque el olor a humo la distrajo. Irwin había dejado de mirarla para fijar su atención en una luz tintineante entre los árboles frente a ellos. Cuando escucharon unas risas y el sonido de unos pasos aproximándose a ellos, en un rápido movimiento, Irwin la agarró de la cintura y la colocó detrás de él. Scarlett vio cómo Irwin sacaba una daga de la caña de su bota, listo para protegerla con su propia vida.

Un inconfundible olor a alcohol transportado por la brisa inundó las fosas nasales de Scarlett.

—Laird, no corro ningún peligro —dijo Scarlett, llegando a la conclusión de que ningún enemigo sería tan estúpido para encender lo que parecía una hoguera y beber con sus amigos.

—Manteneos en silencio —le respondió él cuando los pasos se acercaron unidos a unas voces masculinas.

Scarlett observó como Irwin levantaba la daga, dispuesto a matar a quien saliese al claro en el que se encontraban, y ella temió por la vida de los estúpidos hombres a los que se iban a encontrar.

Scarlett dio un paso a un lado, alejándose de Irwin. Este, al darse cuenta, le rodeó la cintura con la mano libre, acercándola a él para evitar que se pusiese en peligro.

—Sois demasiado testaruda para vuestro propio bien —masculló él entre dientes.

Scarlett suspiró.

—Milord, estamos dentro de los muros de vuestra fortaleza y es evidente que no son más

que miembros del clan divirtiéndose.

—Eso no lo sabéis. El peligro acecha en cualquier lugar. No podéis fiaros de las apariencias. Escondeos tras de mí.

Los ojos oscuros de Irwin se fijaron en los de ella. La ferocidad que vio en ellos le provocó que la piel se le erizase. Él estaba preparado para protegerla ferozmente de cualquier depredador. Sin embargo, en ese mismo instante, Scarlett se dio cuenta de que Irwin era el verdadero depredador; el depredador más peligroso de todos. Uno que no se detendría ante nada ni ante nadie para lograr sus deseos.

¿Podría Scarlett detenerlo? ¿Quería hacerlo?

Irwin se movió hacia un lado, tapándola de nuevo con su cuerpo cuando los pasos se aproximaron aún más a ellos. Sostuvo su daga con fuerza cuando una silueta salió de los árboles y fue a atacar a su enemigo. Pero este, sorprendido al ver el metal de la daga a pocos milímetros de su rostro, pegó un grito y retrocedió, chocándose con otro cuerpo que iba detrás de él y terminando ambos tumbados sobre la tierra.

—Ewen, Robert —Irwin reconoció a los dos jóvenes guerreros que lo miraban, desconcertados—, ¿qué hacéis en el bosque?

—Sabía que no erais capaces de andar a la pata coja —Un joven se acercó a ellos sosteniendo una cantimplora en la mano derecha—. Nadie tiene mejor equilibro que yo —señaló con una sonrisa orgullosa. Sonrisa que se borró de su rostro cuando sus ojos se fijaron en los de Irwin. Su postura cambió y se irguió, escondiendo la cantimplora detrás de su espalda, a pesar de que ya era demasiado tarde—. Laird —dijo, inclinando su cabeza.

Irwin resopló y guardó su daga en la caña de su bota.

—Haced el favor de regresar a vuestras cabañas. Mañana quiero veros en el campo de entrenamiento antes del amanecer. Y por vuestro bien, espero que no estéis ebrios.

Los tres jóvenes asintieron rápidamente.

Irwin se dio la vuelta y le hizo una señal a Scarlett para que lo acompañara.

—Regresemos.

—¿Veis cómo no había peligro alguno? —le señaló Scarlett con una sonrisa divertida cuando se alejaron de los tres muchachos.

Sin embargo, Irwin no estaba de humor para ninguna conversación, así que se limitó a responder con un gruñido. Scarlett entrecerró los ojos, pero decidió que había tenido suficientes disputas con Irwin desde que había llegado al clan. Ambos se mantuvieron en silencio durante el camino hasta que llegaron a las puertas de la fortaleza. Scarlett entró, pero Irwin, sin despedirse de ella, se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia el patio de armas. Cuando había dado un par de pasos, escuchó la voz de su prometida:

—Gracias por hacer que la noche mejore, milord.

Cuando se dio la vuelta, Scarlett había entrado en la fortaleza, dejándole perplejo. Esa muchacha siempre lograba sorprenderlo.

Un poco de la furia que sentía se disipó, pero no lo suficiente como para no soltar una maldición.

Él era un guerrero con un gran instinto que le había salvado la vida en inmensas situaciones, pero esa noche había realizado el más colosal de los ridículos. Hasta la misma Scarlett, sin ningún tipo de adiestramiento bélico, se había dado cuenta de que solo se trataba de unos estúpidos jóvenes festejando.

Irwin nunca había actuado de una manera tan impulsiva. Él analizaba bien su entorno y las posibilidades antes de actuar, pero esa noche, proteger a su prometida había sido su único

propósito. Aunque, al final, no había habido nada de lo que protegerla.

Sin embargo, eso no era cierto. Ella había corrido un peligro real. Irwin había estado a punto de despojarla de su ropa y hacerla suya bajo el cielo estrellado. Él nunca había sentido un deseo tan abrumador hacía una mujer. No era un hombre que se dejase llevar por la lujuria; él no estaba dispuesto a darles a las mujeres ni ese poder. Él yacía con ellas para satisfacer una necesidad física. Necesidad física que no había satisfecho desde que su prometida llegó al clan, por lo que él llegó a la conclusión de que haber desatendido esa necesidad era el problema. Por eso fue en busca de una de las viudas con las que él solía yacer, pero en cuanto entró en la cabaña de la mujer, fue consciente de que no sería capaz de hacerlo.

Salió de allí y se dirigió hacia sus aposentos para darse placer a sí mismo. Sobre su cama, Irwin cerró los ojos mientras se sujetaba su longitud. Él juró por Dios que lograría deshacerse de cualquier embrujo al que su prometida le tuviese inmerso. Él se sacudió con fuerza una y otra vez mientras se convencía de que esa muchacha insolente no tenía ningún efecto en él. E Irwin pensó que lo había conseguido. Hasta que Morfeo hizo acto de presencia y fueron los ojos verdes y la dulce sonrisa de Scarlett lo que dominó su sueño.

Capítulo 13

—¿Estas soñando conmigo?

Una voz masculina que Scarlett conocía muy bien provocó que abriese los ojos lentamente. El cielo azul la saludó con el sol acariciando su rostro, bronceando sus blancas mejillas. Scarlett se sentía en paz, aunque una extraña inquietud le revolvía el estómago, como si presintiera un peligro inminente. Pero no se dejó sucumbir por el miedo, no cuando su amado se encontraba junto a ella.

—Espero que sea así, ya que tú eres la estrella más luminosa en los míos —le dijo él con dulzura, sentándose a su lado en la hierba.

Scarlett se incorporó, sentándose también. Ella no había respondido, ya que estaba ocupada intentando recordar cómo había llegado allí. No necesitaba escudriñar el lugar para saber que se encontraba en la colina, en el castillo de su padre, ocupándose de las ovejas.

Como todos los domingos, después de la misa, se encargaba de las ovejas para que el pastor pudiese pasar la tarde con su familia.

—Tú también estás siempre en los míos —respondió con una sonrisa bobalicona, contemplando aquel rostro masculino que ella amaba.

Burt siempre le había parecido un hombre muy apuesto. Con su cabello castaño, sus ojos pardos y su rostro angelical, Burt poseía una belleza esculpida por los dioses. Y ella no era la única que sucumbía a sus encantos, ya que Scarlett podía ver cómo las jóvenes suspiraban a su alrededor. Sin embargo, esa tarde, ella anhelaba algo más. Una belleza más intensa, más terrenal, más oscura.

Scarlett movió la cabeza, intentando quitarse esa idea alocada de su cabeza. No comprendía de dónde habían salido esos pensamientos.

—Te he echado de menos, Scar —le dijo Burt, provocando que ella regresase a la realidad —. Todas las noches antes de acostarme le rezaba a Dios para que el día siguiente fuese el día en el que por fin pudiese ir en tu busca.

Scarlett le miró con confusión.

—Acabamos de vernos en misa. Nos vemos a diario, aunque sea en la lejanía. Aún no te has ido, Burt.

Burt frunció el ceño, pero como única respuesta le señaló el cuello. Ella se tocó el colgante que llevaba en el. Ella recordó que el colgante era de la madre de Burt y él se lo había regalado antes de irse.

Cuando volvió a mirar hacia donde Burt se encontraba, este había desaparecido, al igual que el sol. La noche había hecho acto de presencia, imponiendo su profunda oscuridad. Scarlett se levantó, confundida, pero no había miedo en su interior. Era como si la oscuridad fuese parte de ella, como si era donde ella perteneciese de verdad. Cualquier inquietud que había sentido momentos antes había desaparecido, convirtiéndose en una paz reconfortante.

Escuchó el sonido de unos pasos acercarse hasta dónde ella se encontraba. Sus ojos se habían adaptado a la oscuridad de una manera sorprendente, ya que aunque las nubes ocultaban la luna, ella era capaz de ver el sendero que le llevaba hasta el castillo de su padre. Echó a correr por el sendero cuando los pasos se intensificaron. Pero, por más que corría, el camino no llegaba a su fin. Scarlett era consciente de que algo no iba bien. El castillo de su padre no estaba tan lejos. Debería haber llegado ya a él. En cambio, lo único que había frente a ella era tierra y árboles.

Tuvo el impulso de parar, de descansar para poner sus ideas en orden, pero lo cierto era que no estaba cansada. Siguió corriendo, sus pies golpeando el suelo con fuerza a cada zancada impulsada por el deseo de escapar de la amenaza invisible que la perseguía. Pero, aunque corría, sabía que no podía huir, porque la oscuridad le atraía hacia ella de una manera inmisericorde, prometiéndole una nueva vida. Una vida llena de misterios, belleza y amor.

¿Amor? Ella ya había encontrado el amor en la luz del día. En los ojos claros de su amado.

Confundida, se detuvo abruptamente y llevó su mano derecha hasta su cuello para darse cuenta de que el colgante de Burt había desaparecido. Volvió a bajar la mano cuando escuchó los pasos que la perseguían; esta vez, más rápidos y con más fuerza. Scarlett quiso volver a correr, pero sus pies no le respondían. Por más que lo intentaba, seguía clavada en la tierra, en el mismo lugar. Miró hacia sus pies desnudos, descubriendo que nada los retenía. Era como si su mente quisiese moverse, pero su cuerpo se negase.

¿Qué estaba pasando?

Una sombra apareció frente a ella. A pesar de que no podía ver los rasgos de la misteriosa figura, pudo distinguir unos ojos oscuros. Tan negros como la oscuridad que les rodeaba.

—No puedes escapar de mí, Joyita. Siempre te encontraré.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Scarlett al escuchar aquellas palabras.

—¿Quién te ha dicho que quiero escaparme de ti? Quizá he dejado de huir; tal vez, ya no quiero escapar más y he decidido quedarme.

El inquietante sueño había provocado que Scarlett se despertase en mitad de la noche y después fuese incapaz de volver a dormirse. Ella se había pasado horas sujetando el collar que Burt le había regalado, pidiendo la fuerza suficiente para no desviarse del camino que Dios tenía preparado para ella. Porque ella no tenía ninguna duda de que Burt era su destino.

Se había acercado hasta la pequeña capilla que había dentro de los muros, y de rodillas, había rezado a Dios para que sus pensamientos impuros no la dominasen, para que nunca olvidase a la persona a la que había entregado su corazón.

Pero cuando cerró los ojos para rezar y la oscuridad se apoderó de ella, no fue el rostro amable de Burt el que vio, sino los rasgos duros de Irwin. Ella volvió a verse sucumbida por esa mirada oscura.

Salió de la capilla con una idea en mente. Ella necesitaba salir de la seguridad de los muros de la fortaleza, necesitaba ir a un lugar donde nada le recordase al laird de los Astruther.

Esa mañana, los campesinos del pueblo acudían a las inmediaciones de la fortaleza para el mercado que se estaba celebrando dentro de los muros. Scarlett aprovechó para escaparse junto a Rena. Se sentía mal por haber engañado a Eara haciéndola creer que no se encontraba bien e iba a quedarse el resto de la mañana en su alcoba.

Pero cualquier culpabilidad que pudiese haber llegado a sentir quedó completamente opacada por la sensación de libertad que se apoderó de ella en el momento en el que cruzó el puente levadizo. No iba a huir; no permitiría que sus padres tuviesen que vivir con la vergüenza de los actos de su hija, y aún menos con el temor de que le pudiese haber ocurrido algo.

Lo único que pretendía era disfrutar de un paseo en su yegua fuera de la seguridad de los muros y de las miradas indiscretas. Ella necesitaba estar a solas; o por lo menos, solo en compañía de Rena y de los animales que se fuese encontrando en el camino.

En cuanto llegaron a un claro, animó a Rena a que lo atravesara a galope. Cuando Rena estaba de buen humor, era muy rápida, y Scarlett disfrutó de la velocidad y del placer de sentir el viento en sus cabellos. Placer del que había tenido que renunciar las últimas semanas, ya que en el interior de los muros tenía que andar con cuidado de no chocarse con un niño o un adulto

despistado, por lo que siempre montaba con cuidado.

Scarlett dio rienda a su montura y la azuzó al tiempo que inclinaba la cabeza para pedirle a la yegua aún más velocidad. Esta obedeció, feliz de estar a solas con su dueña. Scarlett disfrutó de la sensación de libertad que siempre le albergaba en esos momentos. Ella sentía que era tan libre como los pájaros que volaban por encima de ella. La joven escuchó cómo el viento silbaba a su alrededor, agitando su cabello y la falda de su vestido.

Como siempre sucedía cuando cabalgaban juntas, Scarlett se sintió en sincronía con Rena. Ella estaba segura de que, en esos instantes, su corazón y el de su amiga de cuatro patas latían al unísono. Era como si las dos fueran solo una.

Scarlett había pensado que sería de esa manera con su amado. Que ambos serían solo uno. Pero ella nunca había llegado a sentir esa conexión tan estrecha con Burt. No le había dado importancia, ya que aunque se conocían desde hacía años, en pocas ocasiones habían tenido la oportunidad de estar solos. Y en esas ocasiones, Burt había mantenido la distancia con ella, como el caballero que era. En cambio, Irwin se acercaba a ella hasta un punto que rozaba lo indecoroso. Aunque nunca le había tocado de una manera lujuriosa, las manos de él habían rozado la piel de ella, y los rostros de ambos habían estado muy cerca uno del otro. Los labios de él habían estado a punto de juntarse con los de ella, y Scarlett no se había sentido tan escandalizada como debería.

Scarlett suspiró. Ni siquiera en campo abierto, fuera de los muros, lejos de la influencia de Irwin, era capaz de olvidarse de él. Ella temía que ese hombre hubiese logrado confundir su mente con algún juego perverso.

El canto de un pájaro la distrajo de sus pensamientos. Ella se dio cuenta de que habían dejado el claro para introducirse en el bosque. Eara le había hablado de los peligros de estar allí; sobre todo, con la guerra en la que los Astruther estaban inmersos. Scarlett sabía que debía dar la vuelta y regresar a la fortaleza, pero no lo hizo, ya que aún no estaba preparada.

Su mente seguía confusa y la belleza y tranquilidad del bosque le ayudarían a despejarla. El aroma terroso del musgo y tierra impregnaban el aire y el susurro del viento contra las hojas la invitó a perderse en el encanto atemporal que ofrecía.

Aquellos árboles que se erguían vigorosos, ajenos a su presencia, estaban allí mucho antes de que ella naciese; incluso sus padres o sus abuelos. A ella aquello siempre le había resultado apasionante. Como amante de la naturaleza, Scarlett se preguntaba cuantos secretos esconderían esos árboles. Cuánto habrían visto esos árboles por cuyas ramas se filtraba el sol de la mañana. Habrían sido testigos mudos de la barbarie humana, pero también de amantes furtivos que se amaban bajo la sombra de las copas, o de actos bondadosos como un guerrero que encontraba a una niña perdida que se acurrucaba contra el tronco presa del frío y el hambre.

La mente fantasiosa de Scarlett vagaba con libertad y abandono, imaginándose cualquier situación que hubiese podido suceder allí. Rena linchó, sacando a Scarlett de su ensoñación.

La yegua ladeaba la cabeza en un intento fallido de mirarla. Pero no hacía falta, porque Scarlett la conocía bien como para saber cuál era su deseo.

—Está bien, descansaremos un rato.

Descendió de la yegua. No la ató, ya que sabía que Rena nunca la abandonaría y Scarlett evitaba atar a los animales siempre que no fuese por su propio bien. Incluso había convencido a Neil para que la mantuviese suelta.

Scarlett se sentó en una piedra plana, disfrutando de la sensación de paz y serenidad que la envolvía. Por unos instantes, allí en medio del bosque, logró olvidarse de todos sus problemas, y de alguna manera, regresó a su niñez, cuando sus únicas preocupaciones eran que sus niñeras le

permitiesen estar todo el tiempo posible al aire libre.

La naturaleza para Scarlett era su lugar seguro. Le aportaba consuelo cuando lo necesitaba y serenidad cuando tenía que relajar su mente. Y en ese bosque no era menos.

Ella sentía que el bosque la había acogido con las manos abiertas. Respiró hondo, disfrutando del aire, y observó la majestuosidad del entorno que la rodeaba.

—La naturaleza siempre elige sabiamente. —Scarlett siguió el sonido de la voz a la vez que se levantaba de la piedra, sobresaltada.

Entre dos árboles divisó una figura envuelta en una capa roja. Parecía una mujer, a tenor de su baja estatura y su voz. La voz de una persona mayor, o por lo menos, ajada por la vida.

—¿Quién sois? —le preguntó Scarlett, con miedo a moverse. Miró hacia Rena, pero esta estaba pastando tranquilamente, ajena a la extraña que había interrumpido su remanso de paz.

—Nunca se equivoca —continuó la mujer, sin responder a la pregunta de Scarlett. Ella entrecerró los ojos para intentar ver el rostro de la mujer, pero se dio cuenta de que tenía la cabeza tapada con la capucha—. La naturaleza te ha dotado con el don de restaurar el equilibrio y la armonía. ¿Eres digna de un don tan poderoso?

Scarlett pensó que se trataba de una pobre mujer que había perdido la cordura y vagaba sola por el bosque. Sintió pena por ella.

—¿Tenéis hambre? —le preguntó. Como la mujer no respondió, ella se dirigió hasta yegua y sacó de las alforjas un trozo de pan de centeno y dos rodajas de queso envueltas en un pañuelo de lino. Aunque ella iba a regresar para el almuerzo para evitar que Eara se preocupase por ella, había cogido aquellas provisiones por si sufría algún incidente.

La mujer no respondió, pero tampoco se movió. Scarlett, con una sonrisa en el rostro, dio varios pasos hacia ella. La mujer retrocedió un par de pasos y Scarlett se detuvo. Sin quitar la sonrisa de la cara para no asustar a la pobre mujer, extendió el brazo, ofreciéndole el trapo de lino. Como la mujer no hizo ademán de cogerlo, la joven lo dejó en el suelo.

—Es para vos. Contiene queso fresco y una hogaza de pan de centeno recién hecho. Calmará vuestro estómago. ¿Vivís en el bosque? —le preguntó en un intento de entablar una conversación con ella. Pero la mujer continuó en silencio y Scarlett temió que se marchase sin coger la comida—. Está bien, os voy a dar la espalda. Voy a atender a mi yegua, podéis coger la comida. Os prometo que no corréis ningún peligro.

Scarlett se giró y fue adonde Rena se encontraba, que había terminado de pastar y se había tumbado en el suelo. Se agachó frente a ella y le acarició la cabeza mientras la yegua cerraba los ojos.

Escuchó unos pasos y pensó que, por fin, la mujer había decidido coger el presente que ella le había entregado.

—Me gustaría que vinieseis conmigo a la fortaleza Astruther—dijo, sin atreverse a levantar la mirada para no asustarla—. Puedo pedir a la cocinera que os prepare un almuerzo más variado. Os buscaré un cómodo lecho para que descanséis.

—Vuestro lecho será de mi agrado, sin duda. Sobre todo si vos os encontráis en él. —Una profunda voz masculina que conocía bien provocó que se sobresaltase.

Rena emitió un relincho de queja y giró la cabeza para mirar al laird, dispuesta atacarle por asustar a Scarlett, pero cuando vio al enorme semental encima del que Irwin iba montado, la yegua se transformó. Ladeó la cabeza y Scarlett juraría que le vio batir las pestañas. El semental, con los ojos tan oscuros como los de su dueño, miró a la yegua con intensidad.

—¿Estás enamorada de él? —le preguntó Scarlett a su yegua, con la sorpresa inundando su voz. Rena emitió un relincho, pidiéndole a su dueña que bajara la voz, y Scarlett esbozó una

sonrisa—. Discúlpame, estoy siendo indiscreta —susurró para que tan solo Rena pudiese escucharla—. Debí darme cuenta cuando entré al establo el otro día y te vi conversando con él.

Irwin parpadeó, incrédulo.

—¿Milady?

—¿Le has dicho lo que sientes? —le preguntó Scarlett a su yegua, ignorando a Irwin. A pesar de que había bajado la voz, Irwin logró escuchar las palabras de la joven. Y también su corcel, que para sorpresa del laird, pese a que su mirada estaba fija en la hierba, sus orejas estaban erizadas, como si estuviese muy interesado en la conversación.

Con un suspiro de resignación, Irwin se pasó la mano por la cara y se bajó de su caballo. Lo ató alrededor del tronco de un árbol y esperó con paciencia a que la muchacha le prestase atención. Pero aquello no sucedió con premura, ya que Scarlett estaba ocupada hablando con Rena.

De repente, la joven aplaudió, entusiasmada, y para estupefacción de Irwin, pasó por delante de él, como si no estuviera allí, y abrazó a su semental. Lo que le pareció aún más sorprendente fue que su semental, un feroz caballo de guerra que no permitía que ningún extraño se acercara a él, no apartó a la muchacha. Es más, parecía encantando con las atenciones de la joven.

—Felicidades, Rown. Rena y tú vais a ser muy felices. —Scarlett le dio un beso en la cabeza al caballo—. Sé que no es asunto mío —dijo, con sus mejillas coloreándose de rojo—, pero si queréis tener un portrillo o una potrilla, en dos seman…

—Muchacha, ¡¿habéis perdido la cordura?! —exclamó Irwin, incapaz de contenerse durante más tiempo.

Scarlett giró la cabeza para mirar a Irwin, recordando que estaba allí. Cuando hablaba con los animales, se olvidaba de los humanos presentes.

—Disculpadme, milord —dijo Scarlett—. Necesito que me deis unos minutos —pidió—, ya que debo aclarar algo con Rena y Rown. —Irwin enarcó una ceja y Scarlett miró a su yegua, como si estuviera pidiéndole permiso. ¿Para qué? Irwin no tenía ni la más remota idea—. Rena entra en celo en dos semanas. Si ellos desean ser padres, quizá este año sea el momento adecuado para que lo intenten.

Irwin lanzó un gruñido más propio de un animal que de un ser humano.

—Muchacha, os prometo que estoy intentando ser comprensivo con vos —masculló entre dientes, con los labios apretados—. Pero, en estos momentos, tengo la certeza de que os estáis riendo de mí. —Esa era la única explicación coherente que el laird encontraba al comportamiento de su prometida.

Scarlett arrugó el ceño, confundida.

—¿Por qué pensáis tal cosa?

—Muchacha, ¿de verdad creéis que vuestra yegua y mi corcel están enamorados?

—Por supuesto que lo creo —afirmó con seguridad—. Miradlos. —Scarlett señaló a Rena y Rown. La yegua se había acercado al semental y le acariciaba la cabeza con la suya en un gesto de cariño.

Irwin no estaba seguro de lo que estaba viendo, ni sabía cómo responder a Scarlett. Si él no creía en el amor entre humanos, aún menos entre animales, pero esa era una discusión que no iba a tener de nuevo con ella.

—Rown no va a aparearse con Rena. Es un caballo de guerra al que apareo con yeguas seleccionadas cuidadosamente por mí. La yegua debe tener las características necesarias para que nazcan potrillos que se conviertan en caballos de guerra.

—¿Y qué características son esas?

—Fuerza, agilidad, resistencia y temperamento.

—Características que Rena cumple. —Scarlett sonrió con suficiencia—. Aún no se ha apareado. Será una madre primeriza, pero lo hará bien. Yo la ayudaré en el parto.

Irwin abrió la boca, pero al ver a los dos caballos mirándole, la cerró. Quizá él también había perdido la cordura, porque juraría por Dios que los animales estaban esperando su respuesta.

—Que una dama como vos sepa sobre la monta de caballos es algo inusual —dijo Irwin, cambiando de tema.

—Llevo ayudando a criar caballos desde que tenía siete años.

—¿Y vuestro padre lo aprobaba?

—Puedo ser muy convincente cuando me lo propongo.

Por desgracia, Irwin no podía negar las palabras de Scarlett. Él mismo había descubierto lo ciertas que podían llegar a ser.

—Vuestro padre os ha consentido demasiado. Yo no cometeré el mismo error —le prometió Irwin. La joven no iba a hacer con él lo que quisiese—. No teníais permiso para abandonar los muros, muchacha —le recordó con el ceño fruncido.

Scarlett suspiró, pero terminó asintiendo con la cabeza, dándole la razón.

—Necesitaba alejarme del bullicio —explicó. Aunque lo que ella había necesitado era alejarse de él, pero eso no se lo dijo.

Al parecer, Irwin no se equivocaba y siempre la encontraba. No podía huir de él.

«¿Quién te ha dicho que quiero escaparme de ti? Quizá he dejado de huir; tal vez, ya no quiero escapar más y he decidido quedarme».

Las palabras que había pronunciado en su sueño se repitieron en su cabeza.

¿Había dejado de luchar? ¿Había aceptado su destino junto al laird?

No, ella jamás se rendiría. Su destino estaba a lado de Burt y ella batallaría hasta su último aliento para lograrlo.

Sin embargo, ahora que se encontraba frente a Irwin, su determinación flaqueaba. Ella nunca se rendía; era una luchadora, pero no estaba segura de si estaba luchando en el bando que realmente deseaba.

—Y decidisteis desobedecer mis órdenes una vez más y poner en peligro vuestra integridad física y la de los guerreros que custodiaban el puente levadizo. —La voz de Irwin devolvió a Scarlett a la realidad.

—No he puesto en peligro la integridad física de ningún guardia —replicó Scarlett—. He aprovechado un despiste por su parte para salir. Nunca ejercería violencia física contra ellos.

Irwin esbozó una sonrisa peligrosa que le hizo darse cuenta a Scarlett que había cometido un error.

—Vos no, pero yo sí.

—¿Vais a castigarlos?

—Por supuesto, milady.

Scarlett avanzó un paso, acercándose a Irwin. Ella se consideraba a sí misma una joven cauta, que tendía a pensar en las consecuencias de sus actos. Sin embargo, en esta ocasión, no lo había hecho. Y lo último que deseaba era que otros sufriesen por culpa de sus errores.

—No lo hagáis, castigadme a mí.

Irwin observó a la joven en silencio, sin ningún tipo de emoción en su rostro. Aunque Scarlett comenzaba a conocer al laird, y por la forma en la que se estrechaban sus ojos y sus

labios apretados, podía ver que estaba furioso.

—¿Alguna vez vuestros padres os castigaron por una transgresión?

—Sí —contestó Scarlett con honestidad—. Mis padres me aman y son buenos conmigo y con mi hermano —añadió, sintiendo que necesitaba explicarlo para que Irwin no malinterpretara sus siguientes palabras—. No era una niña traviesa, pero sí muy curiosa. Así que, alguna vez, se vieron obligados a castigarme sin poder visitar a los animales o encerrandome en mi alcoba —confesó.

—Castigos que no tuvieron ningún efecto en vos, como muestra la evidencia —manifestó Irwin, señalando con la mano el lugar que les rodeaba. Scarlett no le contradijo, porque tenía parte de razón. Ella no era tan alocada como de niña, pero seguía necesitando una libertad que una dama como ella raras veces obtenía—. Ya no sois una niña y yo no cometeré el mismo error que vuestros padres. No os castigaré a vos, pero sí a aquellos que permitan de forma voluntaria o no vuestras transgresiones.

—No estáis siendo justo, laird —se quejó Scarlett, cruzando sus brazos.

—Mis guerreros deben asegurarse de que no entra nadie que suponga un peligro y que no sale nadie que no tiene permiso para hacerlo. Son merecedores del castigo que van a recibir. —Scarlett negó con la cabeza, mostrando su disconformidad, pero se mantuvo en silencio. Sabía que su padre, quien era un hombre justo, también castigaría a sus hombres si cometiesen un error de seguridad como aquel—. Tal vez para que el castigo fuese más efectivo debería obligaros a presenciarlo. De esa manera, os los pensaríais antes de desobedecer mis órdenes de nuevo.

Los pelos del brazo de Scarlett se erizaron ante la amenaza, pero pronto recuperó la calma. Irwin buscaba intimidarla, pero él no lo conseguiría.

Scarlett alzó la barbilla y miró a Irwin con una seguridad que no sentía.

—Hacedlo, milord. Demostradme lo cruel que podéis ser. Obligadme a odiaros.

Irwin entrecerró los ojos.

—No creo que sepáis lo que es el odio, muchacha. Os habéis criado protegida de los horrores del mundo. Vais a ser mi esposa, no es odio lo que debéis sentir por mí.

—Tampoco amor —dijo ella en un tono de voz bajo.

—No.

—¿Y entonces, qué debo sentir por vos, laird?

Lujuria.

La palabra estuvo a punto de salir de los labios de Irwin, pero él fue capaz de controlarse. La joven era inocente, él la asustaría. Ella nunca había yacido con un hombre, no se daba cuenta del poder que ejercía sobre su cuerpo.

—Regresemos a la fortaleza —dijo con la voz ronca—. He desatendido mis obligaciones por vuestra culpa —le recriminó, más enfadado consigo mismo que con su prometida. ¿Qué tenía aquella mujer que le hacía perder la cordura?

Scarlett iba a replicarle que ella no se lo había pedido cuando se dio cuenta de que se había olvidado por completo de la mujer que estaba con ella antes de que Irwin llegara. Giró la cabeza hacia dónde está se había encontrado minutos atrás, pero no había ni rastro de ella. Lo que sí atisbó fue el pañuelo de lino sobre la hierba, en el mismo lugar que lo había dejado. Dio varios pasos y lo recogió. El queso y el pan se encontraban dentro; la mujer no los había cogido.

—La habéis asustado —masculló Scarlett.

Irwin la miró, confundido.

—¿A quién?

—A la mujer con la que estaba hablando cuando habéis llegado. Ella parecía no tener hogar.

Los ojos de Irwin brillaron con un sentimiento que Scarlett no supo reconocer al escuchar sus palabras. Incluso llegó a atisbar una sonrisa en los labios del laird, pero pronto fue sustituida por una mueca tensa.

—¿Estabais invitando a una desconocida sin hogar a mi clan? ¿Era una mujer con quien hablabais?

—¿Pensabais que estaba invitando a viajar conmigo hasta el clan a un hombre? —preguntó Scarlett, escandalizada. ¿Acaso él no la había visto?—. Eso sería indecoroso.

—Pensaba que hablabais con un conejo, una ardilla, o Dios sabe con qué.

—Era una mujer. Y por vuestra culpa no se ha llevado la comida que le he ofrecido y se ha marchado. Estoy preocupada. Ella parecía haber perdido la cordura.

Irwin resopló.

—¿Acaso sois consciente del peligro que habéis corrido? Una mujer enajenada y sin hogar podría haberos robado o matado.

—Qué tontería —respondió Scarlett, haciendo un ademán con la mano a la vez que se acercaba a Rena para guardar la comida en las alforjas—. No era un hombre fuerte y vestido con harapos, tan solo era una pobre mujer mayor.

Irwin apretó sus labios para no soltar una maldición. Aquella muchacha era demasiado confiada para su propio bien.

—Acompañadme —le ordenó.

Capítulo 14

Rena seguía a Rown, mientras Scarlett, montada en ella, se preguntaba adónde la llevaba Irwin. Él se había adentrado en el bosque, alejándose aún más de la fortaleza. Scarlett no sentía temor, pero sí curiosidad.

Cuando el laird bajó de su corcel y se acercó a ella para ayudarla a descender de su yegua, tal era su expectación, que bajó de un brinco sin poner el pie en el estribo. Irwin la contempló en silencio y ella enrojeció al darse cuenta de lo que había hecho.

—Os ruego disculpéis mi falta de modales, milord.

—¿Por qué os estáis disculpando?

—Debí esperar en el lomo de Rena a que vos me ayudaseis a bajar.

—¿Por qué haríais tal cosa cuando es obvio que sois capaz de arreglároslas por vos misma?

Scarlett se mordió el labio inferior, pensativa. Cuando volvió a mirar a Irwin, se dio cuenta de que él estaba observando su labio, por lo que lo soltó, preocupada de haber vuelto a hacer algo inadecuado.

—Es lo que una dama debería hacer. —Scarlett repitió la frase que siempre decía su madre.

—¿Hacerle creer al hombre que es una inútil? —le preguntó Irwin. No había condescendencia en su voz ni reproche, solo estaba constatando un hecho. Uno con el que Scarlett estaba completamente de acuerdo. Nunca había comprendido por qué debía actuar como una damisela en apuros cuando no lo era.

Pero ella llevaba clavado en hierro las enseñanzas de su madre. Las mismas que Burt había elogiado. A Burt le gustaba que se comportase como la dama que era; igual que él, incluso antes de ser armado caballero, se comportaba como uno. Burt era el caballero más caballeresco que Scarlett conocía y eso había sido de su agrado. Hasta ahora.

—No, laird. No hay engaño. Una dama debe actuar de una manera femenina y recatada. Debemos dejar que sea el caballero quien nos ayude a bajar del caballo para hacerlo de una manera grácil y delicada.

Irwin entornó los ojos.

—Habéis descendido del caballo de una manera hábil y rápida. Son dos rasgos que valoro mucho más. Si estuviésemos en peligro, os hubiesen sido muy útiles.

De nuevo, ella estaba de acuerdo con él. Scarlett había visto a damas tener problemas para descender de su caballo, acostumbradas a que siempre las ayudasen. Para ella, algunas de las enseñanzas de su madre la convertían en una mujer débil, dependiente del hombre, algo que ella nunca había deseado.

Sin embargo, debía aprender de su madre. Ella debía seguir los mandatos de sus progenitores. Así era como la habían educado.

—Vos sois un hombre muy diferente a los que he conocido hasta ahora —confesó Scarlett, provocando que Irwin enarcase una ceja—. No esperáis que me comporte como una dama.

—Estáis acostumbrada a hombres cuyo orgullo les impide reconocer que una mujer es capaz de valerse por sí misma —dijo Irwin con suficiencia—. Yo no soy esa clase de hombre. Mi orgullo no se ve resentido por reconocer que sois una buena jinete.

Scarlett sonrió, agradecida por el elogio con el que Irwin le había obsequiado.

—Gracias, milord —le agradeció—. ¿Por qué nos hemos parado aquí? —indagó, mirando a su alrededor con curiosidad.

—Seguidme —se limitó a decir Irwin.

Sabiendo que esa era toda la información que iba a obtener de momento, Scarlett caminó detrás del laird. Anduvieron unos pasos hasta que llegaron a un estanque. Irwin le hizo un gesto con la mano para que se acercase a la orilla junto a él. Scarlett observó la tranquilidad del agua cristalina. Atisbó a un conjunto de peces de color oscuro que nadaban libremente en su propio mundo, ajenos a lo que sucedía en el exterior.

Vio acercarse hacia ellos un pez más pequeño, de colores brillantes, que llamó poderosamente su atención.

—Es precioso —le susurró a Irwin para evitar asustar a los peces.

Scarlett observó cómo el precioso y pequeño pez se acercaba a los otros, que apenas le prestaron ninguna atención. Aun así, Scarlett sintió temor por el pobre e indefenso pez. Tuvo miedo de que los otros, al ser más grandes y de la misma especie, pudiesen unirse contra él. Scarlett bien sabía lo cruel que podía ser la naturaleza a veces. Pero, para su total estupefacción, el pez pequeño atacó a uno de los peces más grandes, matándolo en el acto. Los otros peces comenzaron a nadar a toda prisa en dirección contraria, alejándose del pez pequeño.

Una exhalación de asombro se escapó de los labios de Scarlett.

—La mayor parte de las veces, lo más bello y frágil a la vista es lo más peligroso. —La voz de Irwin provocó que Scarlett ladease la cabeza para mirarlo. Los ojos del laird estaban ahora sobre ella—. Nunca debéis suponer que alguien no es peligroso solo por su apariencia.

Entonces, Scarlett lo comprendió. Aquella escena no había sido fruto de la casualidad. Las semanas que llevaba en el clan deberían haber sido suficientes para saber que ninguno de los actos de Irwin eran genuinos.

—¿Me habéis traído hasta aquí para enseñarme esa lección?

—Eso creía.

—¿Creíais?

—Ahora creo que es una lección que me vendría bien recordar a mí —dijo Irwin, con una mueca extraña adornando sus labios—. Sois peligrosa, milady.

—¿Yo?

Irwin extendió el brazo y tomó un mechón de pelo entre los dedos para colocarlo detrás de la oreja. Fue un movimiento cuidadoso, casi delicado. Después, con la palma de la mano, acarició la piel de su mejilla con dulzura. Una que Scarlett jamás pensó que tendría.

¿Detrás de capas de brusquedad y ferocidad se escondería un hombre tierno?

—La más peligrosa de todas, milady. Me tentáis con vuestra belleza

—No es mi intención hacerlo.

—Y eso os convierte en más peligrosa aún.

Scarlett no entendía ni una palabra de lo que él le estaba diciendo, pero cuando rompió la distancia que les separaba y colocó su mano tras la cabeza de ella, no se lo impidió. Tampoco cuando le vio inclinar la cabeza y sus labios se acercaron a los de ella. Ella sabía que debía separarse, pero no lo hizo. No cuando la atracción que sentía era tan fuerte. Ella quería saber a qué sabían esos labios.

Irwin la besó con intensidad. No había suavidad alguna en el beso, ni tampoco en la manera en la que la sostenía, sujetando su cabeza, impidiéndole que pudiese separarse, aunque tampoco deseaba hacerlo, ya que estaba inmersa en el torbellino que se había desatado en su interior. Ella sintió calor en lugares muy alejados de su boca mientras él unía su lengua a la de ella. A ella nunca se le había ocurrido que la lengua tuviese otra función que no fuese emitir palabras. Ahora que sabía lo que una lengua podía hacer, nunca la vería de la misma manera. Irwin era un maestro consumado que le enseñó a la lengua de Scarlett a seguirle el ritmo. Un ritmo al

principio lento, pero que pronto mudó en uno demoníaco. Sin ser consciente de lo que hacía, Scarlett rodeó con sus brazos el cuello de Irwin, uniéndolo más a ella. Ella anhelaba esa conexión; convertirse en solo uno. Ella tuvo la imperiosa necesidad de tocar el corazón de Irwin para ver si iba al mismo ritmo que el suyo, pero se contuvo, o más bien, él la distrajo colocando su mano libre en el trasero de la muchacha. Aquel movimiento debería haber sido su señal para detener el beso, pero no quería. Ella no quería que terminase nunca. Deseaba perderse en las sensaciones que aquella boca le estaba provocando. Pero todo lo bueno tiene un final, aunque no fue ninguno de los dos el que lo provocó, sino un carraspeo.

Se separaron y giraron sus cabezas para ver a un hombre de pie, en el suelo, junto a su caballo, observándolos. Fue a abrir la boca, pero Irwin se le adelantó.

—Más os vale tener una buena excusa —espetó el laird con voz letal.

El hombre palideció y Scarlett se pasó una mano por su mejilla enrojecida por una mezcla de vergüenza y lujuria.

La joven, que aún se encontraba en la neblina de placer que acaba de experimentar, solo atisbó a escuchar algo sobre el regreso de los gemelos junto a otros lairds. Se esforzó por prestar atención a la conversación, aunque le costó debido a que todavía sentía un cosquilleo en la punta de los dedos de su piel y la sensación de los labios de Irwin en los suyos.

—¿Cuándo se estima que lleguen? —le escuchó preguntar a Irwin.

—En unos días, laird. Desconozco los detalles, el mensajero ha hablado con el comandante en jefe.

—¿Por qué no ha venido Craig a avisarme?

—Iba a hacerlo, pero su mujer se ha puesto de parto.

Estas palabras fueron lo que Scarlett necesitó para regresar a la realidad.

—Le prometí que asistiría a su parto —dijo Scarlett.

—No es necesario, milady —ella miró a Irwin, pero este no había abierto la boca. El guerrero, al que ella había visto alguna vez por la fortaleza pero del que no conocía su nombre, la miraba—. La comadrona, tres sirvientas y su marido se encuentran con ella. Solo estorbaría.

Scarlett vio por el rabillo del ojo cómo Irwin apretaba las manos en puños. Estaba enfadado con el guerrero. El hombre solo la miraba a ella, por lo que no se había dado cuenta de que el laird estaba preparándose para defenderla. Ella esperó el estallido de furia, pero no llegó. Entonces, recordó las palabras que Irwin le había dicho cuando ella se bajó del caballo sola y se disculpó por hacerlo.

Olvidando las enseñanzas de su madre, fijó sus ojos en el guerrero.

—Os agradezco vuestro interés, pero no sois el indicado para ordenarme qué debo hacer. Iré a la alcoba de mi amiga y le ofreceré mi ayuda. Sí, como vos decís estorbo, me iré.

El guerrero miró entre Irwin y Scarlett, dándose cuenta de que había metido la pata.

—Milady, yo…

—Rulf, si lo que va a salir de vuestra boca no son las disculpas que mi prometida se merece por vuestra falta de juicio, os aconsejo que mantengáis la boca cerrada o yo mismo os la cerraré con un puñetazo —siseó Irwin, provocando que el hombre tragase saliva.

—Disculpadme, milady, no era mi intención molestaros —se disculpó Rulf con rapidez.

Scarlett hizo un gesto con su mano, aceptando las disculpas del guerrero. Este, tras despedirse de ambos, se montó en su caballo para regresar de nuevo a la fortaleza.

Scarlett ladeó la cabeza para ver cómo Irwin la miraba con el orgullo bañando sus facciones. Un orgullo dirigido a ella. Scarlett sintió que la felicidad le embriagaba. Ella le sonrió y dio un par de pasos para acercarse a él. Quería sentir esos labios de nuevo sobre los suyos. Le

vio tragar saliva y algo oscuro pasó por el rostro de él. Desapareció tan rápido como apareció, pero ella pudo verlo.

—Debemos regresar, milady. Yo tengo una cumbre que preparar y vos una amiga a la que acompañar en su parto —le dijo antes que ella pudiese acercarse lo suficiente.

Scarlett asintió. Él tenía razón. Nerys la necesitaba, pero aun sabiéndolo y aunque quería estar junto a ella, en lo único en lo que podía pensar era en besar a ese feroz, temible y atractivo hombre. Ese hombre que la había besado de una manera tan hambrienta, tan salvaje y animal que le había hecho olvidar cualquier otra cosa. Incluso a Burt, como cayó en la cuenta horas después, cuando Nerys dio a luz a una preciosa niña.

Aunque eso no era lo peor. Lo peor era que ella no se sentía culpable; no sentía que hubiese hecho nada malo. Era como si su verdadero destino, lo que había nacido para hacer, era besar a Irwin.

Tal y como predijo, ese beso lo había cambiado todo.

Capítulo 15

—Solo tienes seis días y vivo con el temor de que le suceda algo malo —dijo Nerys mientras acunaba a su preciosa hija.

Scarlett estiró la mano para acariciar los cuatro pelos pelirrojos de la pequeña.

—Es preciosa. Se parece a ti y tiene el pelo de su padre —respondió Scarlett, mirando la carita de la niña, que cerró los ojos, agotada después de una rabieta.

—El pelo no es lo único que ha heredado de él. —Nerys hizo una mueca mientras se sentaba en una silla con su pequeña en brazos—. También su carácter irascible.

Scarlett se rio.

—Los bebes lloran, es lo normal —la consoló, como si fuese una experta en el tema. Aunque, en realidad, no sabía demasiado de bebés, pero quería tranquilizar a la madre primeriza —. Es una bebé adorable.

—Sí que lo es. —Nerys miró con orgullo a su hija—. Dar a luz ha sido una experiencia menos mala de lo que me imaginaba. Apenas he pasado dolor.

Scarlett se apoyó contra la pared y se mordió el labio inferior para no recordarle a Nerys los gritos que profirió durante el parto de su pequeña. Como tampoco las injurias que salieron por su boca; la mayoría, hacia su marido.

Nerys miró el rostro de su amiga y suspiró.

—Tienes razón —reconoció segundos después, pese a que Scarlett no había pronunciado ni una sola palabra—. Me dolió como el infierno. Y si no hubiese estado encamada, le hubiese cortado a Craig sus partes viriles para evitar que pudiese volver a dejarme embarazada —añadió, provocando que Scarlett soltase una carcajada—. Pero ahora que tengo en brazos a mi pequeña Seelie, sé que volvería a dar a luz una y mil veces.

Nerys le había propuesto a Craig ponerle el nombre de su hermana fallecida en cuanto la pequeña había llegado al mundo. Scarlett se encontraba allí en ese momento y pudo ver como Craig, un guerrero instruido en el arte de la guerra, se tocaba los ojos para evitar que la emoción lo superase. La verdad era que a Scarlett le había sorprendido que Craig no solo asistiese al parto, sino que se pasase las seis horas que había durado agarrando la mano de su esposa. Ella nunca había escuchado que un hombre hiciese algo así, ya que lo normal era que esperasen fuera. Pero Scarlett deseaba lo mismo cuando diese a luz.

Por un instante, se imaginó al padre de su futuro hijo sujetándole la mano, pero no fue la cara de Burt la que apareció en su mente, sino la de Irwin.

—Irwin… —pronunció el nombre en alto antes de darse cuenta de que lo había hecho—. ¿Conoce a Seelie? —preguntó con rapidez, pero Nerys, que era una mujer mus perspicaz, la miró fijamente con una ceja arqueada.

—Craig se la presentó ayer —respondió Nerys al cabo de unos instantes—. ¿Irwin y tú tenéis fecha de boda? —indagó cuando Scarlett ya pensaba que había logrado despistar su atención—. Mi hija necesita una confidente con la que realizar travesuras y que guarde todos sus secretos. —Nerys esbozó una sonrisa amable—. Sé que no deseabas casarte con Irwin, pero he notado que algo ha cambiado. ¿Me equivoco?

Scarlett tosió con fuerza. Miró de reojo la puerta cerrada de la alcoba de Nerys en la que se encontraban. Quería huir para no enfrentarse a esa conversación que tildaba de incómoda antes de empezar, pero no lo hizo. Si Nerys se había dado cuenta, era porque era algo obvio. Ella no había vuelto a hablar con Irwin desde que se besaron, ya que había estado ocupada ayudando a

Nerys los primeros tres días, y esos últimos tres, la fortaleza se había visto invadida por invitados a la cumbre que iba a tener lugar allí.

Scarlett no tenía la menor idea de los pormenores que se iban a discutir allí, pero estaba segura de que era algo de vital importancia, teniendo en cuentas las medidas de seguridad que se habían tomado, y de los laird de clanes importantes que le habían informado que habían acudido.

—Hay algo que no te he contado —comenzó, a la vez que se frotaba las manos con nerviosismo—. No deseaba casarme con Irwin porque ya estaba enamorada.

—¿Ya no lo estás?

Al escuchar la pregunta de Nerys, Scarlett se dio cuenta de que había hablado en pasado.

Ella había soñado despierta los últimos días, con los labios de Irwin, con las manos de él acariciando su piel, incluso con esos ojos oscuros que le llevaban a la locura, pero no se había planteado que, tal vez, esos pensamientos significaban que su amor por Burt había menguado, o quizá, que nunca había sido lo suficientemente fuerte.

—Hace más de dos años que no le veo. Pensaba que la distancia no podía romper un amor desinteresado, puro e intenso. Pero quizá estaba equivocada.

—No lo estabas —dijo Nerys a la vez que se levantaba y dejaba a su pequeña en la cuna. La niña emitió un pequeño gemido que provocó que las dos mujeres se quedasen petrificadas, pero movió la cabeza y continuó durmiendo plácidamente—. Si ya no estás segura de lo que sientes, tal vez nunca fue tan intenso como pensabas.

—Irwin me besó —reconoció Scarlett—. Burt me besó en una sola ocasión el día que tuvo que marcharse, pero su beso…

—No te hizo sentir lo mismo que el de Irwin —terminó Nerys por ella. Scarlett asintió. Nerys estiró sus brazos para que Scarlett cogiese sus manos—. He llegado a apreciar a Irwin —admitió, apretando las manos de la joven—, pero no estoy segura de que sea capaz de amar. Ni siquiera sé si tiene un corazón para hacerlo.

—Todos tenemos la capacidad de amar —dijo Scarlett con convicción—. Irwin tiene corazón, y uno grande. —Nerys la miró con incredulidad—. No lo muestra a menudo, pero yo lo he visto. Él tiene maneras hoscas y rudas, pero ha sido generoso y considerado conmigo.

Nerys suspiró.

—Scarlett, nadie mejor que yo sabe que el corazón no se puede controlar, pero Irwin no es un hombre del que debas enamorarte.

—No estoy enamorada de él —negó Scarlett, aunque su convicción no era la que debería. Soltó las manos de Nerys y se acercó a la cuna para mirar a la bebé. Con cuidado, le acarició la mejilla regordeta—. No puedo estar enamorada de él.

—Me temo que, tal vez, sea tarde para luchar contra ello —susurró Nerys tras ella.

Aunque no era una pregunta, Scarlett sentía que debía dar una respuesta, pero no tenía una. ¿Cómo tenerla cuando todo era tan confuso?

—Nerys…

La puerta de la alcoba se abrió y Lia apareció tras ella, interrumpiendo la conversación entre las dos mujeres. La joven sirvienta se quedó paralizada al ver a Scarlett allí.

—¿Sucede algo, Lia? —le preguntó Nerys con preocupación.

La sirvienta no le respondió, ya que tenía sus ojos fijos en Scarlett.

—Todo es por vuestra culpa.

Scarlett miró a Lía con confusión. La joven parecía estar furiosa con ella, pero Scarlett no podía entender el motivo, porque apenas habían cruzado unas pocas palabras con la joven desde que había llegado al clan.

Asustada por el ruido de la puerta y el tono de voz airado de Lía, Seelie emitió un sollozo. Nerys sostuvo con cuidado a su hija para acunarla en sus brazos. Nerys fue a reprocharle a Lía sus malos modales, pero Scarlett le hizo un gesto con su mano, impidiéndoselo.

—¿A qué os referís?

—Eara tiene un problema.

Aquella información no sorprendió a Scarlett, ya que, en los últimos días, había notado un comportamiento extraño en su doncella. Eara lucía decaída y apenas hablaba. Sin embargo, cuando le había preguntado si le pasaba algo, Eara le había asegurado que se encontraba bien. A pesar de que sabía que Eara mentía, a Scarlett no le gustaba insistir, y mucho menos obligar a otra persona a contarle sus secretos.

—¿Qué le sucede?

—Por vuestra culpa —repitió Lia, recalcando aquellas palabras—, el laird —pese al estado de incertidumbre en el que se encontraba, a Scarlett no se le pasó desapercibido que la joven sirvienta no se refería a Irwin como su laird—, la ha castigado sin las monedas de las próximas cuatro semanas. Ella necesita esas monedas para ayudar a su familia.

—¿Por mi culpa? —preguntó Scarlett, sin entender nada.

—Fuisteis al bosque sin permiso. Él había ordenado a Eara manteneros vigilada y avisarle de cualquier cambio.

La culpa invadió el cuerpo de Scarlett. Ella había mentido a Eara, diciéndole que pasaría la mañana en sus aposentos para poder marcharse al bosque. Y Eara se había fiado de sus palabras.

Aunque pronto, la culpa fue sustituida por la ira. Escuchó a Nerys decir algo, pero no le prestó atención, tan centrada como estaba en su misión. Pasó por delante de Lía y bajó las escaleras hasta el gran salón. Encontrar a Irwin no era algo sencillo en un día normal, pero era aún más complicado cuando la fortaleza estaba llena de forasteros que habían acudido a la cumbre.

Para su sorpresa, el gran salón estaba vacío, a excepción de Alpin, que la miró desde su lugar frente a la chimenea. Desde el nacimiento del bebé de Nerys y Craig, Gatito, Gatita y los gatitos, dormían junto a él, pero esa mañana no se encontraban allí. A ella no le sorprendió, ya que en cuanto la fortaleza se llenó de forasteros, los gatos escondieron a sus crías en la despensa. A Scarlett nunca dejaría de fascinarles el instinto protector de los animales hacia sus crías. Esos gatos eran una familia unida y feliz. Una familia como la que ella tenía con sus padres y su hermano, y como la que había deseado tener con Burt. Una futura familia que ella había estado a punto de sacrificar por un beso. Pero qué beso. Un beso que le había hecho sentirse viva, que le había hecho dado cuenta que había vivido toda su vida en un letargo.

Sacudió la cabeza para quitarse esos pensamientos. Pero, por más que lo intentaba, no podía, por eso necesitaba encontrar a Irwin. La ira había disminuido y ahora estaba segura de que todo se trataba de un malentendido. Uno que arreglaría en cuanto hablase con Irwin.

Se puso de cuclillas y estiró la cabeza para acariciar el pelaje de Alpin. Este se lo permitió, y hasta emitió unos suaves sonidos de placer.

—¿Sabes dónde está Irwin? —le preguntó al perro, que ladeó la cabeza. El enorme perro se levantó y Scarlett se puso de pie. A paso lento pero seguro, atravesó el gran salón hasta pararse frente a una puerta de madera protegida por herrajes de hierro forjado—. ¿Irwin se encuentra tras la puerta?

Antes de que el perro pudiese realizar cualquier gesto que le diese una respuesta, la puerta se abrió y un guerrero salió de ella. Sin que el guerrero se percatase, Scarlett entró dentro, seguida por Alpin.

Como bien se imaginaba, Irwin se encontraba allí. Aunque no estaba solo, uno de los gemelos se encontraba con él. Al principio, Scarlett pensó que se trataba de Callem, pero cuando vio la sonrisa maliciosa que iluminó las facciones del joven, obtuvo su respuesta.

—¿En qué puedo ayudaros, muchacha? —le preguntó Irwin con una sonrisa, apoyando su mano en la mesa encima de la cual había varios mapas.

—En sus modales —respondió Lothar con un bufido—. Se os ha olvidado tocar la puerta —dijo, mirando a Scarlett con condescendencia.

Para Scarlett era obvio que Lothar estaba enfadado con ella. Probablemente por la patada que le había dado semanas antes. El gemelo era de esos hombres cuyo orgullo se veía afectado cuando una mujer mostraba altas cualidades.

—Vuestra opinión no es de mi interés —le respondió a Lothar, provocando que este entrecerrase los ojos—. Si me disculpáis, es mi deseo hablar a solas con vuestro hermano.

—Una inglesa no… —comenzó Lothar, pero Irwin hizo un ademán con su mano, acallándolo.

—Era una inglesa, ahora es una Astruther y mi prometida. Tu futura cuñada, la futura señora del clan. Trátala como tal.

—¿Quieres que obedezca a una mujer? —le preguntó Lothar a Irwin.

—Te ordenó que la obedezcas a ella —le respondió Irwin, dejando perplejo a su hermano y a Scarlett.

El gemelo fue a rebatir, pero algo en el rostro de Irwin le hizo cambiar de opinión. Salió de la estancia, cerrando con fuerza la puerta a su paso.

Scarlett sentía una sensación agradable en su estómago, una que había sido provocada debido a que Irwin la había vuelto a defender. No lo había hecho como si ella fuese una dama en apuros, como harían otros hombres; él se había limitado a darle el lugar que le pertenecía.

—Milady, ¿en qué puedo ayudaros? —volvió a preguntarle Irwin, y ella se mordió el labio inferior. Vio cómo la mirada de él pasaba de curiosa a lujuriosa mientras observaba su labio.

Scarlett dejó de morder su labio inferior mientras pensaba en sus siguientes palabras. Observó al laird; la mirada lujuriosa de este había mudado a otra que ella identificó como cariñosa. Scarlett se enfadó consigo misma al caer en la cuenta de que, tal vez, se había precipitado. Ella había tomado las palabras de Lía como verídicas sin molestarse en contrastarlas con Eara. No creía que la joven sirvienta mintiese, pero, probablemente, todo se trataba de un malentendido. Ese hombre que tenía delante de ella no era capaz de un acto tan cruel.

—Disculpadme, laird —comenzó, sin saber cómo continuar. Le invadía el temor de que él creyese que ella siempre pensaba lo peor de él.

—¿Algo os aflige, muchacha? ¿Os han hecho daño? —preguntó Irwin con preocupación.

A Scarlett no se le pasó desapercibido que el laird parecía dispuesto a salir en busca de venganza en su nombre y terminar con aquellos que la hubiesen dañado.

—No os enojéis conmigo, milord —dijo, tomando la decisión de ser sincera, tal y como ella era—. He escuchado el rumor —continuó sin dar el nombre de Lia para no meterla problemas—, que habéis castigado a Eara sin las monedas que le corresponden las próximas semanas. Hice caso sin…

—No es un rumor, muchacha. Es la realidad —le interrumpió Irwin sin un ápice de remordimiento en su voz.

—¡¿Cómo se os ocurre hacer tal cosa?! ¡¿Es qué no sois consciente de que Eara tiene una familia a la que alimentar?! ¿Una familia que necesita esas monedas?

—Ella cometió un error no asegurándose de que os encontrabais donde debíais. Debe

aceptar su castigo con resignación cristiana. —Las últimas dos palabras las dijo con burla.

Durante todo el tiempo que llevaba en el clan Astruther, Scarlett no había visto a Irwin acercase a la pequeña capilla; incluso el padre Ross, el sacerdote del clan, palidecía cuando ella nombraba al laird.

—¿Estáis burlándoos de Dios? —preguntó Scarlett, escandalizada—. Podéis ir al infierno por ello.

Irwin se rio.

—Me quemaré en el infierno el resto de la eternidad, muchacha, pero no por esa razón.

Scarlett respiró hondo. Ella tenía que calmarse y ceñirse a lo importante. No podía verse en inmersa en una batalla dialéctica con Irwin; no cuando Eara estaba siendo castigada por su culpa.

El recuerdo de la conversación que habían tenido en el bosque regresó a ella. Había estado tan ensimismada recordando el beso, que se había olvidado del resto de la conversación.

—No le estáis castigando solo a ella, me estáis castigando a mí.

—Ya os lo advertí, muchacha. La culpa hará que os lo penséis dos veces antes de volver a salir de los muros sin permiso.

—Sois detestable, laird.

—Tened cuidado con vuestras palabras, muchacha —le advirtió Irwin con un tono de voz bajo.

—Confiad en mí, las estoy teniendo —espetó Scarlett llena de furia—. Entregadle las monedas de parte de la dote que mi padre os dio por mí.

Irwin frunció el ceño, como si no supiese de qué estaba hablando. Ella malinterpretó su gesto.

—No voy a casarme con vos, pero podéis quedaros con el resto de la dote. Le diré a mi padre que me la entregasteis a mí y me la robaron unos bandidos.

Irwin venció la distancia que los separaba y Scarlett dio varios pasos hacia atrás hasta que su espalda tocó la pared. Irwin colocó sus brazos a ambos lados del cuerpo de Scarlett, atrapándola en una mazmorra de músculos.

—Vais a casaros conmigo.

—No, no voy a hacerlo. No voy a casarme con nadie —dijo Scarlett, provocando que Irwin frunciese el ceño.

Ella tragó saliva, no entendía de dónde habían salido esas palabras, pero, en ese momento, tuvo la certeza de que tampoco deseaba casarse con Burt. Ella no podía negar la atracción que sentía hacia el laird Astruther, y casarse con Burt no sería justo para él.

—Con nadie que no sea yo —replicó Irwin—. Soy el único hombre que os va a tocar —dijo, separándose de ella, pero estirando la mano para acariciar su mejilla—. Seré vuestro primero y el último.

Ella sintió cómo un escalofrío le recorría la piel.

—Levantarle el castigo a Eara. Demostrad que tenéis corazón.

—No soy un hombre al que podáis manipular, muchacha. Eara cumplirá su castigo y vos aprenderéis la lección.

Irwin unió sus labios a los de ella, y por unos instantes, Scarlett se dejó sumergir en el deseo y placer que sus labios le provocaron. Cerró los ojos, disfrutando de las sensaciones que ese hombre le hacía sentir, pero las palabras de él se filtraron en su mente. Ella no podía permitir que Irwin se saliese con la suya.

Haciendo acopio de todo su autocontrol, le mordió el labio inferior con fuerza. Con tanta fuerza que, cuando Irwin se separó de ella con una maldición, notó como una gota de sangre le

recorría la barbilla.

—No quiero volver a veros —espetó Scarlett a la vez que se giraba.

Irwin la agarró del brazo, impidiéndole la huida.

—Entonces cerrad los ojos, milady, porque os aseguro que vais a verme el resto de vuestra vida.

—Soltadme —exigió Scarlett.

Irwin no lo hizo, pero un gruñido provocó que ambos mirasen hacia el suelo. Alpin, del que los dos se habían olvidado, se encontraba junto a Scarlett, gruñendo a Irwin.

—Animal ingrato, ¿has olvidado quién te ha criado? —le reprochó al perro, quien como respuesta, le gruñó, enseñándole los dientes, dispuesto a atacar a Irwin si no la soltaba.

—No, Alpin, no lo hagas —le pidió Scarlett con temor.

Aunque su preocupación se disipó cuando vio que Irwin no miraba al perro con ira, le miraba con sus ojos brillando con humor. Soltó el brazo de Scarlett, momento que esta aprovechó para girarse e ir hacia la puerta.

—Aún enojada conmigo me deseáis, Joyita —le dijo Irwin cuando Scarlett salía por la puerta junto a Alpin.

Scarlett no se detuvo ni respondió, porque, en lo más profundo de su ser, sabía que él había dicho una gran verdad.

Capítulo 16

Irwin Astruther era conocido por ser un laird implacable y feroz. Algunos incluso llegaban a afirmar que era bárbaro y sanguinario.

Pero nadie lo conocía por ser hospitalario.

Y es que a Irwin no le gustaban las visitas. No le agradaba que los extraños se paseasen por su clan y metiesen las narices en sus asuntos. Peculiaridad que compartía con la gran mayor parte de personas que pertenecían a su clan.

Sin embargo, incluso un laird como Irwin tenía que ceder a veces.

Debido a la cumbre que había convocado para reunirse con otros lairds, sus tierras habían sido invadidas por forasteros.

Irwin había decidido realizarla en una de las salas de la torre norte, lejos de los sirvientes y los habitantes de la fortaleza. El tema que iba a tratar era de vital importancia y no se podían permitir interrupciones.

Aunque a Irwin le costaba concentrarse, ya que su mente regresaba una y otra vez a esa misma mañana, cuando Scarlett lo había rechazado. En realidad, ella se había derretido en sus brazos ante de recordar que no se había salido con la suya y morderle el labio.

Su prometida había demostrado ser una mujer más belicosa de lo que ella quería reconocer. No se quedaba quieta ante las injusticias y luchaba con uñas y dientes por lo que ella consideraba justicia. Scarlett había resultado ser una mujer mucho más interesante de lo que él se había esperado.

Y eso estaba empezando a ser un problema.

—¿Estamos esperando una señal divina para comenzar? —demandó Ewan. El laird del clan MacGregor se encontraba apoyado contra la pared, con sus brazos colocados sobre su pecho.

Aparte de Irwin, era el único de los presentes que no estaba sentado en una de las cómodas sillas tapizadas de color carmesí que rodeaban una gran mesa de roble macizo que los sirvientes habían pulido hasta que brillase.

Irwin avanzó un par de pasos por el suelo cubierto por una alfombra persa exquisitamente tejida que su padre había comprado a un comerciante.

Era la primera vez que desde la muerte de su progenitor que usaba aquella sala. A su padre le había gustado demostrar a sus invitados el lujo del que se rodeaba. Pero, para Irwin, todo aquello era innecesario. Su padre se había gastado monedas con las que podía ayudar a los miembros del clan en lujos que no necesitaba y lo único que aportaban era validar su vanidad. Aunque, ¿qué otra cosa podía haber esperado de un hombre como su padre? Ese bastardo no se había preocupado de otro que no fuera él mismo durante toda su miserable vida.

Irwin había planeado vender todo aquello, o incluso quemarlo, pero no había tenido la oportunidad de hacerlo.

Se acercó a la mesa y se inclinó para apoyar sus manos en la madera.

—No será Dios el que nos ayude, sino nuestra capacidad con la espada —replicó Irwin con mordacidad—. Los Munro no se detendrán ante nada. Intentarán aniquilar uno por uno nuestros clanes.

—Brodie Munro es un bastardo peligroso —concordó Kendrick Cameron con los labios apretados—. Aunque he de reconocer que nunca creía que viviría para ver el día en el que Irwin Astruther pidiese ayuda.

Irwin se enderezó y miró al laird Cameron con una sonrisa peligrosa. Craig, que acababa de

entrar por la puerta, carraspeó, provocando que Irwin ladease la cabeza para mirar a su comandante en jefe.

—Perdonad mi tardanza, he tenido que atender unos asuntos.

Irwin era conocedor de que la única razón por la cual Craig había hablado era porque se había dado cuenta de que él estaba a un paso de golpear a Kendrick.

—No es ayuda lo que os estoy pidiendo, sino colaboración.

Kendrick le respondió con una sonrisa socarrona. Una que provocó que Irwin apretase las manos con fuerza.

—No mientas, Astruther —reprochó Camden Makgill—. No te preocupan los Munro, sino tu vendetta contra Cleit MacNeill.

Irwin se encogió de hombros, sin molestarse en negar aquella acusación.

—¿Y por qué una cosa no es compatible con la otra? —preguntó Irwin con sarcasmo, aunque no le dio tiempo a Camden a responder. Irwin no comprendía que hacía aquel joven allí, cuando quien tenía que haber acudido era su progenitor y el laird del clan. Sin embargo, Bernard Makgill había preferido enviar a su hijo que pasar tan siquiera unos pocos minutos a su lado. Si no fuera porque necesitaba su colaboración, Irwin hubiera enviado a ese viejo tozudo al diablo —. Lo único que necesitaba de tu padre era acceso por sus tierras y eso lo he conseguido gracias a tus pocas cualidades en la lucha —le provocó Irwin, recordando el duelo que Camden había tenido con Lothar meses atrás.

Un duelo orquestado por Irwin. Si Lothar perdía, Irwin le entregaba al padre de Camden la aldea de Ronspid junto a sus tierras. Aldea que el abuelo de Irwin le ganó al de Camden en un duelo muchos años atrás.

Lothar había salido ganador, por lo que ahora los miembros del clan Astruther podían entrar por las tierras Makgill, que colindaban con las suyas, sin necesidad de perder varios días de viaje. Aunque a Irwin no le gustaba tener que soportar la vigilancia de los guerreros Makgill, por lo que estaba deseando ser el dueño de Cursed Land.

La posesión de esas tierras no solo le daría ganancias, sino también una ruta segura. Pero para eso necesitaba que Scarlett aceptase ser su esposa, algo a lo que seguía negándose. La parte racional de él quería que ella aceptase; la irracional, quería que siguiese negándose solo para disfrutar de la emoción de la persecución.

Scarlett le deseaba, pero esa naturaleza suya orgullosa y tozuda le impedía reconocerlo. Él sabía que había algo que la frenaba y no creía que fuese por la educación conservadora que recibían todas las damas. Su prometida era un alma libre, igual que los animales que ella tanto adoraba. Pero ella guardaba un secreto, Nimue le había enseñado a ser un hombre muy observador y algo así no se le pasaba desapercibido. Con otra mujer no le hubiese importado lo más mínimo, se hubiese limitado a encontrar la manera de lograr de ella lo que deseaba, pero a Scarlett quería descifrarla, descubrir todo lo que escondía. Incluido su cuerpo. Ese que él se había imaginado las últimas noches. Ese que estaba seguro de que le haría tocar el cielo y a la vez el infierno.

—Astruther, ¿os estoy aburriendo?

La voz de Alisdair Campbell le sacó de su ensoñación. Él se golpeó la cabeza a sí mismo mentalmente. Esa mujer jugaba con su mente incluso cuando no se encontraba en la misma habitación que él.

No respondió, ya que ni siquiera era consciente de que Alisdair había comenzado a hablar. El laird se tomó la falta de respuesta de Irwin como una señal para continuar con su discurso. Uno, que como era costumbre en Alisdair, era conciliador. Uno con el que quería evitar una

guerra. Pero era algo inevitable. E Irwin conocía lo suficiente a Alisdair como para saber que, aunque siempre abogaba por la paz, era un guerrero feroz.

Tras varias horas de reunión decidieron darla por terminada por ese día.

—Parece que todo va por buen camino —dijo Craig cuando todos se marcharon y se quedaron solos.

—Todo irá bien cuando se marchen del clan —masculló Irwin, sentándose en la silla que había ocupado Alisdair Campbell minutos antes—. No me gusta que acampen a sus anchas por mis tierras.

—Solo es un formalismo. —A pesar de sus palabras, Craig estaba deseando que se fueran tanto como Irwin. Sin embargo, le gustara o no, necesitaban el favor de los demás lairds—. Todos están de acuerdo en detener a los Munro antes de que sean imparables. Brodie —dijo, refiriéndose al líder de los Munro— es inteligente, sabe que no podrá ganar contra nosotros si nos unimos. No volverá a atacarnos y Cleit MacNeill estará atado de pies y manos.

Irwin asintió. Ese era el plan. Los lairds que habían acudido a la cumbre aceptarían sus condiciones. Simplemente, tenía que reunirse unos cuantos días con ellos para que sintiesen que tenían elección, pero no la tenían. Si alguien podía evitar la debacle de los clanes, ese era el clan Astruther. Le necesitaban mucho más que él a ellos. Y todos los que habían acudido a aquella reunión lo sabían.

—Espero que no sean demasiado tozudos y acepten mis condiciones en un par de días. Odiaría que la cumbre dure semanas.

—¿Y por eso los vas a alimentar solo con frutas y verduras? ¿Es una especie de técnica para que acepten y se marchen lo más rápido posible?

Irwin resopló al darse cuenta la dirección que estaba tomando aquella conversación.

—La cocinera es quién decide la comida. Sabes muy bien que nunca tomo una decisión respecto a ello.

—Estás en lo cierto, amigo. Pero te recuerdo que has prohibido que se mate a cualquier animal que criamos que Scarlett cuide. Lo que nos deja básicamente con lo que nuestros guerreros cazan. Y últimamente, debido a la cumbre, los has mantenido vigilando tus tierras, por lo que la caza es escasa. La cocinera no está muy contenta contigo en estos momentos.

—Me importa un diablo lo contenta o no que esté —espetó Irwin, sin negar las palabras que había dicho Craig, porque eran verídicas.

Él había visto el sufrimiento de Scarlett por los cerdos muertos y no iba a permitir que volviese a sufrir de esa manera. Era una locura, ya que aunque ellos criaban animales para venderlos, también lo hacían para alimentarse. Sin embargo, Irwin prefería morir de inanición que volver a ver a su prometida con ese pesar.

Maldita sea, aquella muchacha le estaba haciendo perder la cordura.

—Si no te conociese, pensaría que la muchacha te está ablandando —dijo Craig con una sonrisa que Irwin quiso borrar de un guantazo.

—Yo nunca me ablando —explotó Irwin, levantándose para agarrar a Craig de la camisa y estamparlo contra la pared—. No soy tan débil como tú.

Craig alzó sus manos en señal de paz.

—Si es un truco para casarte con ella, espero que funcione rápido o te vas a ver en medio de una insurrección. A los guerreros les gusta la carne.

Irwin entrecerró los ojos al ver la sonrisa de Craig. Estaba tratando de provocarlo y lo estaba consiguiendo. Lo soltó, retrocediendo un paso. Irwin no caía en provocaciones tan banales como aquella. Él era quien las iniciaba.

Sin embargo, todo lo relacionado con Scarlett le hacía perder la cabeza.

Sin pronunciar una sola palabra, se giró y salió por la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Craig.

—A cazar —respondió Irwin sin darse la vuelta—. Si quieren carne, yo mismo la conseguiré.

Craig explotó en carcajadas en cuanto la puerta se cerró con fuerza. Su amigo no lo reconocería; seguramente, ni siquiera era consciente de ello, pero se estaba enamorando de la muchacha.

Capítulo 17

—¿Quién te lo ha contado? —preguntó Eara, moviéndose de un lado a otro con nerviosismo—. ¿Ha sido, Lia, verdad? —Ella misma respondió a su propia pregunta antes de que Scarlett pudiese hacerlo—. Le pedí que no dijera nada, pero ella…

—Eara, tranquila. —Scarlett se acercó a la joven y agarró sus manos—. Lia ha hecho lo que debía. Tan solo quería ayudarte.

Después de su breve encuentro con Irwin, Scarlett había ido a hablar con Eara. La encontró en la lavandería lavando un vestido de Scarlett.

—Lia no debería haberte contado nada —insistió Eara con un suspiro.

—Ella se preocupa por ti. —A pesar de las formas hoscas de Lia, Scarlett sabía que sus intenciones habían sido nobles—. Te debo una disculpa, Eara. Siento mucho haberte mentido. Necesitaba despejarme y no quería que te vieras envuelta en mis problemas. Al final, he conseguido todo lo contrario.

Eara sacudió la cabeza a la vez que desenredaba sus manos de las de Scarlett.

—No necesitas disculparte. Lo entiendo.

Scarlett pudo ver en los ojos de su doncella que sus palabras eran genuinas. No había rencor ni furia en su mirada.

—Pienso remendar mis errores. Conseguiré que Irwin te devuelva las monedas.

La expresión de Eara cambió en cuanto escuchó a Scarlett.

—¡No! —exclamó horrorizada, alzando la voz. En cuanto se dio cuenta de que había hablado más alto de lo debido, miró a su alrededor, asegurándose de que estaban solas—. Te agradezco tus buenas intenciones, Scarlett. De verdad que lo hago. Pero no necesito que hagas nada. El castigo de nuestro laird ha sido justo.

Scarlett arrugó la nariz ante las últimas palabras de Eara. ¿Justo? Irwin no estaba impartiendo justicia, tan solo trataba de castigarla a ella a través de su doncella. Y eso era algo que Scarlett no permitiría.

—No voy a permitir que tú y tu familia paséis penurias. No hay nada que debas temer, tan solo pienso devolverte lo que es tuyo —le prometió Scarlett, aunque ciertamente no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Eara abrió la boca, dispuesta a tratar de convencer a Scarlett de que no hiciera nada, pero unos pasos firmes aproximándose a ellas provocó que Eara apretara los labios con fuerza sin pronunciar una sola palabra y ladease la cabeza, inquieta.

—¿Eara? —La voz de Callem hizo que Eara se relajara y la mueca extraña que se dibujaba en su rostro se transformara en una sonrisa temblorosa—. Hola —los ojos de Callem se detuvieron en Scarlett y miró a ambas mujeres durante un instante—, no sabía que estabais ocupadas. No pretendía molestaros.

—Hola, Callem —le saludó Scarlett. Sintió que Eara agarraba su muñeca, y cuando ladeó la cabeza para mirar a su doncella, vio la petición silenciosa en sus ojos. Callem desconocía el agravio que Irwin había cometido contra ella, y Eara, queriendo evitar una pelea entre los dos hermanos, no quería que lo descubriese. Scarlett esbozó una sonrisa con la que esperaba tranquilizar a Eara y volvió a centrar su atención en Callem, quien las observaba confundido—. Vos nunca molestáis. No os preocupéis, ya me iba.

Eara fue a detenerla, pero Scarlett se deshizo de su agarre y se despidió de la joven pareja saliendo al patio de armas para dirigirse hacia el interior de la fortaleza. Antes de darse cuenta de

lo que estaba haciendo, Scarlett vagó por los pasillos de la fortaleza sin rumbo. En su cabeza se repetía la promesa que le había hecho a Eara. No sabía cómo iba a cumplirla, pero ella conseguiría que Irwin le devolviera las monedas que le pertenecían. Por la conversación que había mantenido con Irwin, él no parecía estar muy dispuesto a retractarse.

Entonces, ¿qué iba a hacer?

Porque no iba a darse por vencida. No sabía cómo, pero tenía claro que Eara recibiría las monedas por su trabajo, aunque ella misma tuviese que robárselas a Irwin.

Scarlett se detuvo, petrificada, cuando esa idea se materializó en su mente. Ella no era una ladrona; hacía unas semanas una idea como esa ni siquiera se le hubiese pasado por sus pensamientos, por muy injusta que le hubiese parecido la situación. Pero, en esos momentos, le pareció la mejor y única solución.

Antes de darse cuenta, se encontraba frente a la recámara del laird. El pasillo estaba prácticamente vacío, ya que, en esos instantes, la cumbre estaba teniendo lugar en la torre norte y los sirvientes estaban atareados preparando el gran salón para la cena. Aun así, Scarlett miró de un lado a otro para asegurarse de que nadie la veía.

El corazón le latía a toda velocidad. Sabía que estaba haciendo lo correcto. Mientras abría la puerta, tuvo la certeza de que ella nunca se hubiese atrevido a hacer algo así en el castillo de su padre aun sabiendo que el castigo, si fuese descubierta, sería menor.

Vivir en el clan Astruther la había liberado de algunas de las inhibiciones que su educación le había provocado.

La justicia estaba reservada para ser ejecutada por los hombres. Las mujeres no tenían ese derecho. Así era como la habían educado. Pero ella no iba a permitir que Eara sufriese las consecuencias de sus acciones. Irwin quería que ella aprendiese una lección. Podía estar orgulloso entonces, porque lo había logrado. Scarlett acababa de aprender que, con hombres como él, ella tenía que tomarse la justicia por su mano.

Cerró la puerta tras ella con cuidado. El crujido de la madera bajo sus pies provocó que contuviese el aliento. Era imposible que la escuchasen desde fuera, pero el temor de ser descubierta la paralizó, aunque pronto mudó en algo muy diferente. La emoción de lo prohibido la embriagó.

Era como si estar en un lugar que no debería la hubiese transformado, infundiendo en su cuerpo una energía que nunca antes había sentido. Ella era una joven curiosa, pero nunca se había saltado las reglas de aquella manera.

Scarlett sintió que, por fin, estaba dando el paso definitivo. El paso que la llevaba fuera de los límites de lo seguro. Ella había comenzado ese camino cuando permitió que Irwin la besase, pero esa mañana estaba sobrepasando la línea. Se sintió libre, como si por fin pudiese ser ella misma.

Una mujer valiente capaz de morder al laird para demostrarle su descontento, pero, sobre todo, una mujer capaz de superar sus miedos.

Escudriñó la estancia en busca de monedas. No estaba del todo segura de que Irwin guardase algunas allí, pero su padre lo hacía, por lo que tenía la esperanza de que él también.

A pesar de tener una misión en mente, el olor de Irwin flotaba en el ambiente, provocando que ella inspirase con fuerza. Sintió cómo entraba en su interior y se apoderaba de su cuerpo. Ese olor tan característico; un olor a guerrero y masculinidad que se había convertido en su preferido.

Entonces, ella fue consciente de que estaba traspasando la privacidad de Irwin. Ella se había colado en su alcoba, la habitación que también se convertiría en suya si se casase con él.

Observó la imponente cama con colgaduras con los colores de los Astruther que reinaba en

la estancia. Estaba franqueada por dos mesas de madera tallada con delicadeza y cuidado. Ella observó las mantas y se imaginó dentro de ellas con el camisón blanco que su madre había mandado tejer para su noche de bodas. Ella había llevado consigo esa prenda para no entristecer a su madre, pero no había tenido intención de usarla. Sin embargo, ahora, se imaginaba a Irwin con los ojos brillando con lujuria al verla con él.

Sacudió la cabeza para quitarse esa imagen de la cabeza. No entendía que era lo que le estaba sucediendo. Irwin era un hombre odioso; ella no podía desearle, pero lo hacía. Y lo que era peor, ella temía estar enamorándose de él.

Tragó saliva y se centró de nuevo en la misión que la había llevado hasta allí. Hacía calor a pesar de que la chimenea de piedra estaba apagada y las brasas frías. Notó que una gota de sudor le recorría la mejilla. Se la secó con la mano y su mirada se fijó en el baúl al pie de la cama.

Se acercó y abrió los cuatro cierres y levantó la pesada tapa. Ella creyó que el baúl estaría a rebosar de objetos valiosos, pero lo único que encontró fueron dos pantalones, dos camisas, y un kilt.

Suspiró, derrotada, pero cuando lo iba a cerrar de nuevo, un objeto que sobresalía debajo de una de las camisas llamó su atención. Lo sostuvo con cuidado para darse cuenta de que se trataba de una pequeña pieza tallada en madera. En el centro, una espiral entrelazada de símbolos que no supo identificar, formaban un patrón intricado que se extendía hacia los bordes. Tocó el cordón negro con su dedo pulgar y tuvo el impulso de colgárselo por el cuello, pero se contuvo. No solo porque no le pertenecía, sino porque ella ya llevaba el collar que Burt le había entregado. A diferencia del colgante de Burt, aquella era una pieza sin valor, sin piedras valiosas ni brillantes. Sin embargo, era el objeto más precioso que Scarlett había visto en toda su existencia.

Lo guardó de nuevo debajo de la camisa y cerró el baúl. Se incorporó y se quitó el collar de Burt. No se sentía digna de seguir llevándolo. No cuando ella había roto la promesa que le había hecho a él: se había besado con otro hombre, y a pesar de las circunstancias, deseaba volver a hacerlo.

No podía seguir negándoselo a sí misma. Ella deseaba a Irwin Astruther.

Sujetó el collar en su mano izquierda y cerró el puño sobre él. Durante un instante, sintió como si el objeto de madera le quemase la piel. Como si la joya la estuviese castigando por su aptitud desvergonzada y desleal. En cuanto volviese a reencontrarse con Burt, sería honesta con él. A pesar de que sabía que rompería su corazón, Burt se merecía que fuese sincero con él. Una parte de ella quería pensar que Burt la perdonaría y que sus sentimientos hacia él regresarían con más fuerza en cuanto lo viera, pero en lo más hondo de ella tenía la intuición de que no sería así.

Iba a salir de la alcoba, derrotada, cuando se fijó en un pequeño cofre que descansaba encima de la chimenea. Lo cogió, y al ver que tenía una pequeña cerradura, arrugó la nariz. Aun así, intentó abrir la tapa. Para su sorpresa, no estaba cerrado con llave, y dentro había un puñado de monedas brillantes y relucientes. Cogió las que consideró justo pago para Eara, y junto al collar de Burt, se lo guardó en el pequeño saquito que llevaba sujeto en su cinturón.

Cerró el cofre y lo dejó de nuevo en su lugar. Salió de la habitación con la intención de regresar a su alcoba para esconder las monedas hasta que llegase el momento adecuado de entregárselas a Eara.

Pero solo había dado unos pasos cuando escuchó una voz de hombre seguida de una de mujer. Se escondió detrás de una de las gruesas cortinas de terciopelo oscuro que colgaban pesadamente de los altos ventanales para evitar ser vista y tener que responder a preguntas comprometidas.

—No te debo ninguna explicación, Lia —espetó una voz masculina.

El pulso de Scarlett se aceleró cuando sintió unos pasos aproximándose hasta dónde ella se encontraba y deteniéndose frente a ella. Se pegó a la pared todo lo que pudo y cerró los ojos con fuerza, rezando para que no la descubriesen.

—Y no te la he pedido, Lothar. Tan solo te he preguntado por qué vas a yacer de nuevo con Leonora cuando acabas de reconocerme que te agobia su insistencia.

Scarlett abrió los ojos al identificar a las dos personas que estaban a unos escasos pasos de distancia de ella. ¿Qué hacían Lia y Lothar en la alcoba de Irwin? ¿Solos? ¿Por qué ella le hablaba con tanta confianza? ¿ Y por qué se lo permitía él?

—Porque sabe cómo complacerme en la cama —respondió Lothar. Aunque el joven hablaba con un tono de voz alto y seguro, no había esa parte de burla ni egocentrismo del que hacía gala la mayor parte de las veces. Lo que le hizo pensar a Scarlett que sentía cierto aprecio por la joven sirvienta, algo que no hubiese esperado en Lothar.

—¿Y eso es suficiente?

—Confía en mí, lo es. —Scarlett tuvo que contener el resoplido que amenazaba con escaparse de sus labios—. No debes preocuparte por Leonora. He sido claro en mis intenciones.

—No es ella quien me preocupa. Me preocupas tú. ¿No te mereces una mujer que te desee por algo más que por ser el hermano del laird?

—Me desean por mis habilidades en la cama. Soy capaz de darle tanto placer a una mujer que se olvide hasta de su nombre.

—Eres un disoluto.

Scarlett abrió los ojos ante la manera en la que Lia habló a Lothar. Este había demostrado ser un joven consentido que no aguantaba la mínima crítica, pero, para su sorpresa, no parecía enfadado. Al contrario, soltó una carcajada.

—No lo escondo —reconoció él—. No te aflijas por mí, sé lo que hago.

Scarlett escuchó cómo Lia chasqueaba la lengua. Seguramente, mostrando su desacuerdo ante las palabras de Lothar.

—¿Crees que podrías lograr que la cocinera me prepare un estofado de carne? —le preguntó Lothar—. Desde que he regresado solo me han servido frutas, queso y verduras cocidas. Se ha vuelto vaga.

—No es vaga. El laird ha restringido la matanza de los animales que se crían dentro de los muros. Hace lo que puede con lo que tiene.

—¿Y por qué mi hermano haría eso?

Una exhalación de sorpresa se escapó de los labios de Scarlett. Desde el incidente de Rama ella se había dado cuenta de que los animales que cuidaba no desaparecían ni eran vendidos, pero no le había dado más vueltas a ese pensamiento.

¿Irwin lo estaba haciendo por ella? No podía ser. Él no podía haber tenido un gesto tan humano y bonito; incluso, se atrevería a decir, romántico. No cuando él había hecho algo tan horrible como castigar a Eara sin monedas para enseñarle a ella una lección.

Así y todo, sintió cómo las monedas pesaban en su saquito. La culpa la invadió. Ahora que había consumado la acción, se había dado cuenta de que, tal vez, debería haber intentado otros métodos antes de dejarse llevar por el más drástico. Y también fue consciente de que no había sido la necesidad de impartir justicia, sino la sed de venganza. Una venganza contra Irwin por provocar sentimientos en ella. Sentimientos que le habían hecho dudar de que lo sentía por Burt. Sentimientos que habían puesto su vida del revés. Ella estaba muy confundida. Confundida con ella misma y con Irwin.

¿Qué clase de hombre era el laird? ¿Uno despiadado o uno misericordioso?

Las cortinas se abrieron de par en par, dejándola al descubierto. Scarlett había estado tan ensimismada en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que las voces se habían desvanecido.

Lia se encontraba frente a ella con el ceño fruncido. No había rastro de Lothar por ningún lado.

—Se ha ido a su alcoba —dijo, respondiendo a la pregunta no formulada de Scarlett—. No se ha percatado de vuestra presencia. ¿Estabais espiándome?

La sirvienta hervía de ira. No había ni un ápice de respeto hacia ella y su posición más privilegiada en su voz. Pero a Scarlett eso era lo que menos le importaba.

—No estaba espiándoos.

Lia arrugó el ceño.

—Entonces, ¿por qué os habéis escondido?

Scarlett tragó saliva a la vez que luchaba por el impulso de no tocar el saquito con su mano para asegurarse de que las monedas seguían allí.

—Me ha parecido ver un ratón, lo he seguido para cogerlo y llevarlo fuera. Si alguien lo ve dentro de la fortaleza, lo matará —mintió, diciendo la primera excusa que pasó por su mente—. No hay ninguna razón para que yo estuviese en este pasillo. Quería evitar que me preguntasen que hacía aquí y poner en riesgo la vida del ratón.

Scarlett sabía que era una excusa tonta. Ella amaba a todos los animales sin distinción, pero también respetaba la ley animal. Ella sabía que los gatos cazaban a los ratones menos astutos y estaba bien con ello. Pocos ratones sobrevivían en la fortaleza ahora que Gatita estaba recuperada, por mucho que Eara pensase que no era así. Aunque tenía la sensación de que los cazaban más por divertimento que por hambre.

Pero a Lia debió parecerle un argumento convincente, porque asintió.

—No he visto ningún ratón. Probablemente, habrá escapado —dijo como si intentase darle esperanzas.

Scarlett esbozó una sonrisa temblorosa.

—Es probable.

—¿Dónde está Eara? —le preguntó Lia, sorprendida de que no se encontrase cerca de ella.

—Eara necesitaba un tiempo para ella misma.

Lia se mordió el labio inferior.

—Siento haberos increpado antes. No era mi intención ofenderos, pero Eara se portó muy bien conmigo cuando llegué por primera vez a la fortaleza hace seis meses. Ella me ayudó a integrarme cuando no tenía ninguna razón para hacerlo. Ella… —Lia se interrumpió a sí misma, como si estuviese pensando las palabras adecuadas que decir a continuación—. Estoy huyendo de un pasado que me atormenta y Eara me ha ayudado sin hacer preguntas.

Scarlett miró con compasión a la muchacha. No tendría más diecisiete años.

—No os preocupéis, habéis hecho lo correcto. Vuestras intenciones eran nobles y es lo único que importa. —Al menos, a ella—. Eara no se va a quedar sin sus monedas, eso os lo aseguro —le dijo Scarlett recuperando la determinación. No podía contarle a Lia cómo había logrado esas monedas, como tampoco se lo confesaría a Eara, ya que no deseaba convertirlas en sus cómplices.

Lia esbozó una sonrisa.

—Sois una mujer muy justa. Seréis una buena señora del clan.

Scarlett sintió que eso podía ser cierto. Como señora del clan tendría cierto poder para poder solucionar aquellos errores que Irwin cometiese. Él era un buen guerrero, un laird que se

aseguraba que el clan fuese próspero y sus miembros no sufriesen carencias. Y ella podría encargarse del funcionamiento de la fortaleza, de que los empleados fuesen recompensados adecuadamente por su trabajo. Por primera vez, se visualizó a sí misma ejerciendo la labor que su madre realizaba en el castillo Claymore. Y por primera vez, no le resultó una condena en vida. Al contrario, le pareció una labor que ella podría realizar con alegría. Porque se sintió en casa.

A pesar de ello, ella no asintió como respuesta ni le agradeció sus palabras a Lia. Porque, en ese momento, sus pensamientos eran confusos y contradictorios respecto a Irwin.

Su instinto le gritaba que le preguntase por Lothar. Era la primera vez que veía al gemelo hablar amigablemente con una mujer, pero no lo hizo. Era evidente que Lia no deseaba hablar de él.

—Creo que me iré a descansar a mi alcoba.

—¿Descansar? Es temprano. ¿Estáis enferma? —le preguntó Lia con preocupación—. ¿Queréis que vaya a buscar a Eara?

Scarlett negó con la cabeza. Ella quería ir a su alcoba para esconder las monedas, pero no quería molestar a Eara.

—Estoy bien —respondió, tratando de no parecer nerviosa ni que ocultaba algo. Nunca había sido una buena mentirosa, así que no sería una tarea fácil para ella—. Tenéis razón, es temprano aún —dijo, cambiando de opinión—. Además, hace un buen día para dar un paseo. ¿Me acompañáis?

Lia miró por la ventana, arrugando el ceño al ver las nubes negras tapando el cielo. Aunque, para fortuna de Scarlett, se encogió de hombros y, si sospechó algo, no hizo ningún comentario.

—Me encantaría acompañaros, pero tengo que ir a hablar con la cocinera. Y después, tengo varias labores que realizar. Debido a la cumbre hay mucho trabajo que hacer.

Scarlett ocultó la sonrisa que se dibujaba en sus labios, porque esa era exactamente la respuesta que esperaba.

—Por supuesto, no quiero interponerme en vuestras labores. Si no os importa, os acompaño a la cocina.

Lia asintió y ambas bajaron las escaleras. La fortaleza estaba tranquila. La mayor parte de los invitados dormían en tiendas de campaña que se habían instalado por los alrededores de la fortaleza y comían en el exterior, en las mesas que se habían sacado para la ocasión. Siempre que el tiempo lo permitiese.

Pero el exterior era un completo caos, y más para Scarlett, que le gustaba la tranquilidad.

Cruzaron el gran salón. Había tres hombres allí. Por los colores de sus kilts de diferentes clanes, guerreros que habían acompañado a sus lairds a la cumbre y se encontraban descansando mientras sus líderes estaban reunidos.

Lia aceleró el paso y bajó la cabeza, como si quisiese que ellos no se dieran cuenta de su presencia. Pero Scarlett los miró. Estaban sentados en un banco de madera dando buen uso a una jarra de cerveza que descansaba sobre una mesa.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó uno de ellos. Un joven con el pelo rubio, mirando a Lia, provocando que esta pegase un salto.

La sirvienta se detuvo, negó con la cabeza, pero no miró al joven a la cara.

El guerrero se levantó de su asiento. Lia movía las manos con nerviosismo y Scarlett se dio cuenta de que estaba aterrorizada.

—Me resultáis familiar, aunque no recuerdo de qué —dijo el joven, haciendo el ademán de acercarse a ellas.

—¿Necesitáis que os ayudemos en algo más? —le preguntó Scarlett al joven con una

sonrisa dibujada en su boca y cortando su avance.

El joven la miró y sus ojos se ancharon al ser consciente de quién era ella. Ese día, Scarlett se había puesto el vestido que Eara le había confeccionado. No era demasiado lujoso, pero sí era evidente que no era una sirvienta.

—No, milady.

—¿Sois la prometida del laird Astruther? —le preguntó otro de los guerreros.

—Así es, milord. Y si no podemos ayudaros en nada más, os dejamos para que continuéis con vuestras ocupaciones. Imaginó que vuestros lairds os habrán encomendado alguna tarea y no queremos impedir que podáis realizarla.

Lo dijo con cordialidad y con una sonrisa dulce en su cara, pero el mensaje era claro: si seguían holgazaneando, ella se lo diría a Irwin.

Los guerreros que continuaban sentados se levantaron, y con un movimiento de cabeza, se despidieron de ellas. El otro joven ladeó la cabeza para poder mirar mejor a Lia, pero esta se tapaba la cara con el pelo con aparente vergüenza.

Scarlett carraspeó y miró al joven. Este se disculpó y se marchó, dejándolas solas.

—Gracias, yo… —comenzó Lia.

—No es necesario que me contéis nada —le interrumpió Scarlett. La misma Lia le había confesado estar huyendo de un pasado complicado y Scarlett no pensaba exigirle que le diera una explicación para la que la joven no se sentía preparada—, pero será mejor que os mantengáis lo más oculta posible mientras dure la cumbre. Le diré a Jocelyn —nombró a la encargada de las sirvientas—, que necesito que me tejáis con urgencia unos vestidos. Ninguno de los invitados entrará en el cuarto de costura, pero si no os sentís segura allí, podéis ir al pueblo. No necesito ningún vestido.

Sin mediar palabra, Lia la abrazó.

—Sois una bendición. El laird Astruther es muy afortunado.

Ella tocó las monedas que escondía en su saquito. No estaba segura de que Irwin fuese a pensar lo mismo.

Capítulo 18

Scarlett fue en busca de Jocelyn. La encontró en las habitaciones situadas detrás de la fortaleza, donde dormían las sirvientas. Jocelyn aceptó prescindir de Eara, sin ningún tipo de queja, aunque Scarlett se dio cuenta de que no le agradaba la idea. Probablemente, porque con la cantidad de trabajo que había no podía prescindir de una de las sirvientas.

Scarlett se ofreció a ayudar a servir las comidas y a limpiar, pero se retractó cuando la mujer se quedó mirándola como si estuviese a punto de sufrir un colapso. Así que cambió de técnica y le propuso ayudarla a buscar nuevas sirvientas, algo que sí fue del agrado de Jocelyn.

Regresó al patio de armas con su mente ocupada en esconder las monedas cuando sintió que trastabillaba con algo. Gracias a sus rápidos reflejos consiguió mantener el equilibrio y no caer de bruces al suelo. Bajó su mirada hasta el suelo para observar el causante de su casi caída y se agachó para coger una naranja entre sus manos. ¿Qué hacía una naranja en el patio de armas?

—¡Más os vale pagarme todo lo que me debéis! ¡¿Qué voy a hacer ahora?! —gritó una voz masculina que Scarlett desconocía.

Un hombre de mediana edad se encontraba en medio del patio de armas. A pesar de que Scarlett estaba comenzando a familiarizarse con algunos rostros del clan, de la misma manera que le sucedía con la mayoría, era un desconocido para ella.

—¡¿Por qué debería yo pagaros nada?! —replicó otra voz. Una mujer a la que Scarlett no había visto nunca tenía los brazos en jarras. Al observar con más detenimiento su rostro, Scarlett se dio cuenta de que era joven; unos pocos años más que ella. Sus ojos verdes brillaban con ira apenas contenida.

A pesar de que el hombre le sacaba dos cabezas a la joven, esta no parecía intimidada por él.

—Porque vos habéis sido la causante —respondió el hombre, señalando el suelo, que estaba cubierto de decenas de naranjas. A su lado, una caja de madera yacía en el suelo, dada la vuelta.

La joven se rio.

—¡¿Has escuchado eso, Maela?! —La joven ladeó su cabeza para mirar a otra chica, que se encontraba a unos pasos de ella. Scarlett tampoco recordaba haberla visto antes y debía tener una edad parecida a la otra joven. Era menuda, aunque un poco más alta que su acompañante. Llevaba su largo cabello castaño recogido en una trenza, pero lo que más le llamó la atención a Scarlett fueron sus ojos: el derecho de color verde oliva y el izquierdo de color azul cristalino. A su lado, agarrando su mano, se encontraba un niño que no debería tener más de dos años—. ¡Pretende echarme la culpa de su torpeza!

—¡Torpeza! —bramó el hombre—. ¡Habéis sido vos quien os habéis chocado contra mí! ¡Si no fuera por vuestra culpa, no habría perdido toda mi mercancía!

La joven entornó los ojos.

—¿No creéis que estáis exagerando? —preguntó la chica que Scarlett identificó como Maela—. No habéis perdido toda vuestra mercancía, tan solo hay que volver a ponerla sobre la caja. Podemos ayudaros a recoger…

—Yo no pienso recoger ninguna naranja —se negó la joven, cruzándose de brazos. No cuando ha sido este hombre altanero el que se ha chocado conmigo. Él es quien debería pedirme disculpas a mí.

El rostro del hombre se puso rojo de la furia.

—Vos sois la que ibais despistada y no me habéis visto. No voy a disculparme con vos. Las

naranjas se han estropeado al chocar contra el suelo. —El hombre señaló una naranja que se había rajado al golpear el filo de una pequeña piedra y manchaba el suelo del patio con un líquido naranja.

—Eso es porque la calidad de vuestras naranjas es deplorable —replicó la joven a la vez que pisaba una con su pie, provocando que saltase líquido por todos lados—. ¿Veis?

El hombre la miraba, anonadado. Pero antes de que pudiese abrir la boca, un niño, que se encontraba a unos pasos de las dos jóvenes y el hombre, se rio con fuerza. Scarlett observó al pequeño con ternura, quien no debía tener más de cinco años. Su cabello era rubio y tenía un rostro angelical.

—¡Yo también quiero jugar, tía Catherine! —exclamó el niño con entusiasmo, comenzando a pisar las naranjas que estaban desperdigadas por el suelo.

—¡Stephen, no! —gritó Maela para acercarse al niño, pero el pequeño era más rápido.

—Pisa con más fuerza Stephen —le animó Catherine, aplaudiendo.

Scarlett tuvo que morder su labio inferior para no echarse a reír. Aquello era lo más surrealista que había visto en mucho tiempo.

—¡¿Qué diablos estáis haciendo?! ¡Estáis arruinando mi mercancía! —bramó el hombre.

Con una mirada de disculpa, Maela logró estirar su brazo, sostener a Stephen y así poder detenerlo. El otro niño, que seguía con su mano entrelazada con la de Maela con fuerza, observaba la escena con una expresión seria.

—Convertir vuestros deseos en realidad —respondió Catherine con una sonrisa orgullosa —. Deseabais que vuestra mercancía estuviese estropeada y mi sobrino ha cumplido vuestro deseo. Deberíais agradecérselo.

Maela cerró los ojos y suspiró.

El hombre agitó sus brazos, furioso.

—¡Pienso asegurarme de que el laird Astruther os despoje de todas vuestras pertenencias! Voy a…

—Espero que vuestra siguiente palabra sea callarme. Me estáis dando dolor de cabeza —interrumpió Catherine, resoplando.

Sin poder aguantar más, Scarlett se echó a reír. Ella había intentado mantenerse al margen de la escena. De verdad que lo había intentado.

El hombre fijó su mirada en ella, entrecerrando los ojos.

—¿Os hace gracia? ¿Acaso sois tan insolente como ella?

La sonrisa de Scarlett se desvaneció y fue sustituida por una mueca seria. Aunque no podía enfadarse con el hombre. No cuando Stephen había conseguido liberarse del agarre de Maela y continuaba gritando y saltando por todo el patio, mientras Maela, sin éxito, lo perseguía.

Catherine se agachó para coger la única naranja que había sobrevivido y se la entregó al niño más pequeño, que la sujetó con sus manos y se la llevó a la nariz para olerla.

—No era mi intención molestaros —dijo Scarlett dando un paso hacia el hombre—. Dirigíos a la cocina y pedid las monedas que os corresponden por entregar las naranjas. —El hombre fue a abrir la boca, pero ella se lo impidió—. Decidles que os envía la prometida del laird.

La expresión del hombre cambió en cuanto escuchó las últimas palabras.

—Milady —dijo el hombre, inclinando la cabeza como gesto de respeto—, no os había reconocido. Os pido disculpas.

Scarlett esbozó una sonrisa.

—No hay de qué disculparse. Id a la cocina.

Con un asentimiento rápido, el hombre se dirigió al interior de la fortaleza, dejando el desastre de las naranjas tras él.

—No hay ninguna razón para pagarle a ese maleducado —farfulló Catherine.

—Catherine —le regañó Maela mientras se acercaba hacia Scarlett, con Stephen en brazos. El pequeño agitaba sus brazos y piernas en el aire mientras se reía—. Mi nombre es Maela, soy la mujer del laird Alisdair Campbell—. Y estos son nuestros hijos, Stephen —dejó al niño en el suelo—, y Kade —señaló al otro niño más pequeño, que seguía al lado de Catherine, sosteniendo con sus dos pequeñas manos la naranja.

—Es un placer para mí conoceros. Tienes unos hijos preciosos.

—Lo son.

—¿Sois inglesa? —le preguntó la castaña a Scarlett, interrumpiendo la conversación.

—Y ella es Catherine, la mujer del laird Ewan McGregor —dijo Maela con una sonrisa.

—Soy más que capaz de presentarme —se quejó Catherine.

—Y, aun así, no lo has hecho —le reprochó Maela.

Scarlett se mordió el labio inferior para no volver a reírse a carcajadas.

Catherine negó con la cabeza.

—Estas escocesas siempre tienen que tener la última palabra.

—Soy inglesa, sí —respondió Scarlett mientras por el rabillo de ojo veía cómo Maela se tapaba la boca con la mano libre.

Catherine frunció el ceño.

—¿Y os vais a casar con Irwin Astruther?

—Vos también estáis casada con un laird de las Highlands.

Catherine se rio.

—Mi marido es un hombre tozudo, orgulloso, que grita mucho y siempre quiere tener la razón. —Aunque Scarlett acababa de conocerla, tenía la sensación de que se estaba describiendo a sí misma—. Y aun con más defectos que virtudes, lo amo.

—Ewan tiene una gran virtud, Catherine —le recordó Maela—. Es un hombre muy paciente.

—Paciencia la que yo tengo que tener con él —replicó Catherine, poniendo sus brazos en jarras.

—¿Me he equivocado si he llegado a la conclusión de que vos también sois inglesa?— preguntó Scarlett, provocando que Catherine ladease la cabeza hacia ella y frunciese el ceño, como si se hubiese olvidado de su presencia.

—Según mi marido soy escocesa, pero sí, nací en Inglaterra. Estoy deseando volver para visitar a mi padre y a mi hermano, pero no quiero separarme de mis hijos, y son pequeños para un viaje tan largo.

—¿Dónde están ellos? —inquirió Scarlett, escudriñando el patio de armas sin verlos.

—Se han quedado en el clan. Necesitaban un descanso de sus padres.

—Entiendo… —murmuró Scarlett, sin saber qué decir ante aquella respuesta. Porque ¿desde cuándo unos niños pequeños necesitaban un descanso de sus padres?

—No me juzguéis —dijo Catherine, airada—. Pronto os quedareis embarazada y tendréis un hijo de un laird de las Highlands. Creedme cuando os digo que amaréis a vuestros hijos por encima de vuestra vida, pero, de vez en cuando, necesitaréis un descanso para no ahogarlos en el río. Mis hijos tienen el carácter de su padre. Ninguno de los dos ha heredado mi carácter afable.

—Tal vez el tercero —añadió Maela en un tono de voz serio que a Scarlett le pareció digno de elogiar.

Catherine le había resultado una mujer curiosa. Una con la que ella podía llevarse bien, pero, desde luego, su carácter no era afable. Ella sentía pena de ese pobre laird que estaba casado con ella.

—No os juzgo, lady Catherine —le dijo Scarlett—. Espero algún día poder conocer a vuestros hijos. Me encantaría jugar con ellos.

Catherine suspiró.

—No sabéis lo que estáis pidiendo.

—Estoy segura de que son unos niños fabulosos, lady Catherine.

—Lo son —afirmó Catherine con una sonrisa orgullosa dibujándose en sus labios—. ¿Sabes qué? —preguntó, pero sin darle tiempo a Scarlett a responder—. Acabo de decidir que vamos a ser grandes amigas. Llámame Catherine.

Scarlett sonrió. Catherine ni siquiera le había pedido su opinión sobre lo de ser amigas, ella le había ordenado serlo.

La conversación entre ambas jóvenes fue interrumpida por Stephen, quien le había arrebatado la naranja a su hermano, para luego tirársela, golpeándole la mejilla. El niño pequeño miró la naranja que ahora estaba en el suelo y se tocó la mejilla con la mano durante un segundo, pero no emitió ningún sonido.

—¡Stephen, eso no se hace! —le riñó Maela, acercándose a ambos niños.

Stephen miró a su madre, confundido.

—Se la he lanzado para que la recoja, pero no lo ha hecho.

—Solo tiene dos años, Stephen. Es muy pequeño para atrapar la naranja si se la lanzas fuerte.

—Se la he lanzado despacio, pero no ha hecho además de cogerla —dijo el niño con actitud combativa y con el mismo gesto que se reflejaba en la cara de Catherine cuando se enfadaba.

Scarlett se dio cuenta de que ese niño tenía el mismo color de ojos y gestos en el rostro que Catherine, pero no le encontró ningún parecido a su madre.

—Aun así, podías haberle hecho mucho daño. Tú eres su hermano mayor, tienes que protegerlo.

Los ojos de Stephen se llenaron de preocupación. Se acercó a su hermano y bajó un poco la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó con su voz infantil.

El pequeño miró a su hermano fijamente.

—No.

Eso es todo lo que contestó con un tono de voz claro. Scarlett no supo si el motivo de esta escueta respuesta fue porque el niño no sabía decir más palabras, o porque no tenía nada más que decir.

—Demos un paseo. Los niños están aburridos, aquí no hay nada más que hacer —propuso Catherine, aunque Scarlett tenía la sensación de que era ella la que se estaba aburriendo. Stephen emitió un grito de alegría como respuesta—. Acompáñanos, Scarlett.

Scarlett esbozó una sonrisa.

—Me encantaría, pero voy a encargarme de que se limpie el patio. No quiero que nadie se resbale.

—Tonterías —masculló Catherine, haciendo un ademán con su mano—. Las mujeres y los niños somos lo suficientemente listos para no resbalarnos. Y si un hombre se cae, su orgullo se verá afectado, algo que me alegraría el día, y no puedo privarme de ese placer. Te vienes con nosotros.

Scarlett abrió la boca para hablar, pero, esta vez, fue Maela quien se lo impidió.

—Confía en mí, cuando Catherine decide algo, es mejor aceptar que se va a salir con la suya. Te ahorra tiempo y dolores de cabeza.

—Así es —afirmó Catherine, tomándose las palabras de Maela como un cumplido—. Seguidme, yo os llevo.

Antes de que alguna de las dos jóvenes pudiera responder, Catherine cogió la mano de Stephen y comenzó a andar.

—Adelántate, si le dejas liderar a ella, vamos a dar vueltas por el mismo lugar durante horas —le susurró Maela a Scarlett.

—No te preocupes, es imposible perderse —respondió Scarlett, haciendo un gesto con su mano.

Maela suspiró.

—Si alguien es capaz de hacerlo, esa es Catherine.

Capítulo 19

Scarlett no tardó en darse cuenta de que Maela no solo no exageraba, sino que era aún peor. Catherine no solo se perdía una y otra vez, sino que, además, se negaba a aceptar que lo hacía.

En un momento dado había dado vueltas alrededor de un conjunto de cabañas en el borde de la colina. Dos mujeres que cosían sentadas en un banco de madera las habían observado con estupefacción cuando pasaron junto a ellas por quinta vez.

Scarlett había intentado darle indicaciones, pero Catherine se había negado, asegurando que sabía cómo llegar al río, ya que esa misma mañana había estado junto a su marido. A pesar de que pasaron varias veces por el camino que llevaba al río, Catherine no lo tomó en ninguna de ellas, girando hacia la derecha una y otra vez.

Scarlett optó por seguirle la corriente. En realidad, a ella no le importaba, ya que se estaba divirtiendo. Las dos jóvenes eran muy amables y conversaban con ella con jovialidad.

Aunque, al final, Scarlett se apiadó del pequeño Kade, quien seguía los pasos de su madre agarrado de su mano y que bostezó, probablemente, del cansancio.

—Habrá muchas mujeres en el río lavando la ropa. Mejor vamos al estanque. Nunca hay nadie y es un lugar muy bonito —propuso Scarlett.

—Me parece una gran idea —dijo Maela antes de que Catherine pudiese emitir ninguna queja—. Por favor, llévanos hasta allí. —En su tono había una pizca de súplica que Catherine notó, ya que resopló y masculló unas palabras que sonaba como «estábamos a punto de llegar al río».

Scarlett cambió el rumbo y les guio hasta la arboleda. Aquel lugar fue del agrado de Stephen, quien inmediatamente corrió hasta un árbol muy alto.

—Cuidado, Stephen —le advirtió Maela a su hijo mayor cuando le vio intentando trepar por el tronco—. Te vas a caer.

—Tía Catherine, ¿me ayudas? —le pidió Stephen, ignorando las advertencias de su madre.

—Por supuesto —respondió Catherine con gran alegría—. A tu edad yo ya trepaba hasta las ramas más altas de los árboles.

—¿Hasta las que parece que tocan el cielo?

Catherine esbozó una sonrisa orgullosa.

—Sí.

—¿Podemos, tía Catherine? ¿Podemos?

Stephen dio saltitos sobre sí mismo a la vez que estiraba su cuello para observar el alto árbol con fascinación.

—Claro, el paisaje es más bonito desde las alturas. Ve delante de mí. Yo…

—He visto un conejo —dijo Maela, provocando que Stephen se olvidase del árbol para prestarle atención a su madre.

—¿Dónde? —preguntó Stephen con emoción.

Scarlett sonrió al darse cuenta de la táctica de Maela. Era más que evidente que no había visto ningún conejo. Tan solo estaba tratando de desviar la atención de Stephen, algo que, por la manera en la que el niño miraba hacia todos los lados con entusiasmo, había logrado.

—Creo que ha echado a correr hacia el estanque —respondió Maela, señalando a un punto fijo a su alrededor—. Igual está allí.

—A los conejos no les gusta el agua. —Stephen arrugó el ceño y ladeó su cabeza para

volver a mirar a Catherine—. Tía, ¿subimos?

Scarlett vio cómo el rostro de Maela se mudaba a temor, y aunque a ella también le gustaba trepar por los árboles y no veía peligro en ello, recordó el miedo de su madre cuando ella trepaba de pequeña y su súplica silenciosa cuando comenzó a enseñar a su hermano.

—El agua de este estanque si les gusta —añadió Scarlett, llamando la atención del niño—. Van allí a beber porque nunca hay nadie. Siempre que voy hay conejos allí bebiendo agua. Si no hacemos ruido, podemos observarlos. Puede que, incluso, alguno nos deje tocarle.

Aquellas palabras parecieron convencer de nuevo a Stephen.

—Otro día trepamos, tía Catherine. Ahora tenemos que ir al estanque.

Stephen comenzó a correr delante de ellas, siguiendo el camino que él creía que dirigía hacia el estanque.

Maela ladeó la cabeza hacia Scarlett y movió sus labios, pronunciado un gracias silencioso. Scarlett esbozó una sonrisa.

—Mi hijo es más pequeño que Stephen y ya trepa con soltura —dijo Catherine—. No iba a permitir que se haga daño. Daría mi vida por Stephen.

—Lo sé, pero me cuesta ver a mis hijos en situaciones de peligro —reconoció Maela con un suspiro—. Sé que debo permitir que se caigan para que aprendan a levantarse o a no cometer de nuevo ese error, pero si pudiese, los mantendría encerrados en una habitación donde nada ni nadie pudiese hacerles daño.

—Si alguien quiere hacerles daño encontrará la manera, Maela —Por la expresión seria de Catherine y el brillo en los ojos de Maela, Scarlett tuvo la sensación de que no era la primera vez que mantenían esa conversación. Scarlett se preguntó si los hijos de Maela habían estado en riesgo en el pasado—. Lo que debes hacer es enseñarles a saber defenderse.

Maela asintió.

—Tienes razón, pero empezaré mañana.

Catherine suspiró, sin embargo, para sorpresa de Scarlett, abrazó a Maela.

—Dondequiera que esté mi hermana, ella está feliz de que tú estés cuidando de su hijo. Eres la madre perfecta para él.

Scarlett observó con confusión la interacción entre ambas jóvenes. ¿Maela no había dado a luz a Stephen? Sin embargo, aunque tenía curiosidad por saber la historia completa, decidió no preguntar. Al fin y al cabo, acababa de conocerlas y no era de su incumbencia.

Ladeó la cabeza para centrar su atención en Kade. El pequeño se había soltado de la mano de su madre y se encontraba de cuclillas, mirando hacia la hierba, contemplando fijamente una margarita.

Scarlett dio un par de pasos hasta donde estaba el niño.

—¿Quieres que la arranque?

Sin embargo, el pequeño no respondió, tan concentrado como estaba observando la flor.

—A Kade no le gusta arrancar las flores, pero se puede pasar las horas mirándolas —le explicó Maela.

—Eso es muy tierno. —Scarlett esbozó una sonrisa y se puso de cuclillas para ponerse a la altura del niño—. Kade, ¿te gustan las margaritas?

Esta vez, consiguió captar la atención del pequeño, quien alzó la mirada para fijarla en ella. Su ojo derecho era de color azul cristalino, mientras que su ojo izquierdo era de color verde. Una peculiaridad que compartía con su madre y que a Scarlett le pareció muy bella. Una de esas bellezas que la naturaleza, a veces, les otorgaba a las personas.

—Sí —contestó Kade con un monosílabo, de la misma manera que había hecho con su

hermano antes.

—¿Sabías que las margaritas también pueden ser de color rosa?

Kade negó con la cabeza.

—Yo no las había visto hasta que llegue al clan Astruther. Alrededor del estanque hay varias. ¿Quieres verlas?

—Sí.

Scarlett esbozó una sonrisa.

—Entonces, vamos.

Scarlett estiró su brazo y ofreció su mano al niño, dubitativa de sí este iba a aceptar o no su gesto. Kade parecía bastante más reservado que su hermano Stephen. Sin embargo, Kade estiró su mano con decisión y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Es un niño muy bueno —le dijo Scarlett a Maela.

—Por supuesto que lo es —le respondió Maela en un tono un poco más rotundo de lo que era necesario.

Aunque a Scarlett le pareció extraño, lo dejó pasar. A ella, a veces, le costaba entender las reacciones de las personas.

—¡Mamá, tía Catherine, daros prisa! —gritó Stephen.

Catherine fue tras él, pero Maela solo suspiró.

—Es un niño encantador —dijo Scarlett, mientras comenzaba a andar con Kade del brazo.

—Son tan diferentes… Stephen es tan dinámico y rebelde —dijo Maela mientras les seguía —, mientras que Kade es tan calmado y serio. A veces, pienso que ni siquiera es un niño. Nunca ha tenido una rabieta y raras veces llora.

—Y lo dices como una queja —replicó Catherine a la vez que sujetaba a Stephen por la camisa para obligarlo a pararse—. Los míos tiene una rabieta un día sí y otro también. Aunque no es culpa de ellos, sino de su padre.

Scarlett pensó que el marido de Catherine debía estar cerca de la canonización.

Maela se rio.

Por un instante, Scarlett envidió a Catherine y a Maela. Ellas se veían tan felices con sus hijos… Y por un instante, ella se vio en aquel mismo lugar, llevando de la mano a un pequeño con el pelo oscuro mientras Irwin le agarraba la otra mano. Ella se imaginó a los tres paseando hacia el estanque. Disfrutando de la naturaleza junto a su pequeño.

Scarlett se detuvo de golpe al darse cuenta del derrotero que estaban llevando sus pensamientos. El pequeño Kade trastrabilló, y si no le llega a llevar bien sujeto, se hubiese caído.

—Perdona, cariño. Me he distraído.

El niño se encogió de hombros.

—¿Dónde está Stephen? —preguntó Maela, sacando a Scarlett de sus pensamientos.

—Le he dejado en el suelo hace un segundo. Me he girado para mirar a un pájaro que ha pasado volando. ¿Cómo ha podido desaparecer tan rápido? —preguntó Catherine, confundida.

—Seguro que está cerca —dijo Scarlett, tratando de tranquilizar a ambas jóvenes—. Los niños se distraen con facilidad y se pierden. Pasa todo el tiempo. No sabéis la de veces que he tenido que ir en busca de mi hermano.

Maela asintió a la vez que cogía a Kade en brazos para poder ir más rápido.

Las tres jóvenes comenzaron a caminar por la arboleda, en busca del pequeño. No tardaron en encontrarlo. El pequeño estaba escondido detrás de una maleza, mirando un punto fijo con atención. Pero pronto se dieron cuenta de que no estaba solo.

Una mujer se encontraba al lado de Stephen, con su brazo extendido y una preciosa

mariposa azul sobre la palma de su mano. El pequeño observaba la mariposa con fascinación.

La mujer le hizo un gesto a Stephen y este extendió su mano, imitando los movimientos de la mujer, logrando que la mariposa saltase a la palma de Stephen.

—¡Stephen! —le llamó Maela, alarmada.

La mujer ladeó la cabeza para mirar a las jóvenes. Scarlett pudo ver que era una mujer de edad avanzada, con un bello rostro y un cabello largo y claro, casi blanco. Sus ojos eran azules, los más claros que Scarlett había visto nunca. En su cabello llevaba una bonita corona de flores y Scarlett no pudo evitar pensar que parecía una ninfa. Iba vestida con una capa roja y la capucha caía sobre sus hombros. No se había cubierto con ella.

A simple vista parecía una mujer mayor, una adorable anciana. Pero había algo extraño en ella. Algo que a Scarlett le provocó un escalofrío. Ella no podía decir qué era.

Por la forma en la que Maela volvió a llamar a su hijo, Scarlett se dio cuenta de que no era la única que tenía esa sensación.

Sin embargo, su hijo estaba fascinado con la mariposa. Maela se acercó a su hijo y tiró de su mano, la contraria a la que sostenía a la mariposa, logrando que la mariposa volase.

—No puedes evitar que se convierta en quién está destinado a ser —dijo la mujer, pero no miraba a Stephen, sino a Kade, quien la observaba desde los brazos de su madre.

Al escuchar la voz, Scarlett casi estuvo a punto de tropezarse con una pequeña piedra. Ella la había escuchado antes. Entonces, recordó a la mujer con la capa roja que se había encontrado en el bosque.

Era ella.

—Vos qué sabéis —replicó Maela con voz queda.

—Solo el amor de una mujer podrá salvarlo. El amor nos salvará a todos.

Scarlett emitió un grito ahogado cuando vio cómo los ojos de la mujer cambian de azul a un profundo negro. Un color que le recordó al de los ojos de Irwin.

Scarlett cerró los ojos con fuerza, pensando que se lo estaba imaginando, pero cuando los abrió, la mujer ya no estaba allí.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Catherine.

—Le ha dado miedo el lobo —respondió Kade, señalando un punto delante de él, con una voz infantil, pero pronunciando las palabras despacio y claras.

Maela y Catherine siguieron con la mirada la dirección que Kade apuntaba con su dedo índice. Ambas abrieron los ojos, como si estuviesen viendo algo. Sin embargo, a pesar de que Scarlett trató de visualizar la figura de un lobo entre el hueco vacío entre los dos árboles a lo lejos que Kade señalaba, no lo consiguió.

—Será mejor que regresemos —musitó Catherine al cabo de unos segundos.

—No, quiero ir al estanque —se quejó Stephen, cruzando sus brazos.

—Hoy no, Stephen —dijo Maela con severidad.

Stephen parecía estar a punto de tener una rabieta, pero debió ver algo en la expresión de Maela que le hizo cambiar de opinión, porque movió su cabeza en un asentimiento y avanzó un par de pasos hasta colocarse a su lado.

—Podemos venir otro día —propuso Scarlett mientras comenzaba a caminar en dirección a la fortaleza y los demás la seguían.

Sin embargo, no recibió respuesta alguna. Como ninguno de los presentes pronunció palabra alguna hasta que el edificio de la fortaleza se presentó frente a ellos.

Capítulo 20

Scarlett acompañó a Maela y a Catherine hasta sus tiendas de campaña, pero ella no se adentró al interior de la fortaleza como era su intención. Sus pies la llevaron hacia el estanque.

Siguió el mismo camino que había hecho con Maela y Catherine, traspasando la arboleda y buscando a la anciana, pero sin lograr encontrarla. No podía dejar de pensar en ella y en los dos encuentros que habían tenido. Sin duda alguna, era la misma mujer que había visto en el bosque días atrás.

Scarlett había llegado a la conclusión de que era una mujer enferma cuyas palabras eran fruto de un delirio. Tenía que serlo, ya que era la única explicación plausible.

Lo que se preguntaba era cómo había logrado traspasar la seguridad de los muros; más cuando esta se había intensificado debido a la llegada de los miembros de otros clanes. Aunque también la anciana podría haber aprovechado la llegada de los invitados para entrar sin llamar la atención.

A fin de cuentas, a simple vista, parecía una anciana indefensa.

Pero no lo es.

Las palabras se materializaron en la mente de Scarlett. Aquella anciana era peligrosa. De alguna manera, ella estaba segura de ello. Aunque no creía que la fuese a hacer daño. No, ella podía haber intentado dañarlas y no lo había hecho.

Scarlett se tumbó en el césped junto al estanque, con su mirada fija en el cielo azul. Ella observó las nubes que, movidas por el viento, recorrían el cielo. Solía jugar con su hermano a imaginarse formas de animales en ellas. Aquel le resultaba un juego divertido; sobre todo, porque su hermano era muy imaginativo. Ella también solía serlo, pero, en ese momento, no fue capaz de darle forma a ninguna nube. Hasta que una llamó su atención. Tenía forma de rostro humano. Un rostro que ella reconoció inmediatamente. Podía ver la barbilla cincelada, la nariz un poco grande, pero que concordaba con ese rostro alargado. Irwin, ella estaba viendo a Irwin.

Scarlett suspiró. Todo le recordaba a él. No importaba que a veces quisiese golpearlo en su dura cabeza, ella parecía estar obsesionada con él. No, obsesionada no era la palabra correcta, sino enamorada. Era estúpido seguir negándolo.

Ella se había enamorado de Irwin Astruther.

No había sido un amor que se había ido fraguando poco a poco. Un amor que había comenzado como una amistad. Un amor que podía confundirse. Porque, cada vez tenía más claro que ella había confundido sus sentimientos con Burt.

Ahora que sabía lo que era el verdadero amor, se había dado cuenta de que no había estado enamorada. La forma en la que su cuerpo reaccionaba cada vez que Irwin estaba cerca, la manera en que su corazón se aceleraba cuando lo veía, y ese beso que habían compartido… No, Scarlett nunca antes había sentido algo así.

Scarlett se incorporó, sentándose. Tenía que ponerse en contacto con Burt. Ella tenía que hacerle saber de alguna manera que ya no podían estar juntos. No importaba cómo terminasen las cosas con Irwin, ella no podía seguir fallando a Burt.

Él no se lo merecía.

La única idea que se le ocurrió era enviar una carta a Lennox, el campesino que vivía dentro de los muros del castillo Claymore, a quien Burt le mandaba las cartas para ella. No sabía si el hombre sabía cómo ponerse en contacto con Burt, pero tenía que intentarlo.

El problema era que ella era una mujer y no sería bien recibido que enviase misivas a un

hombre. Podría malinterpretarse la situación y generar sospechas. Así que, decidido enviársela a la esposa de Lennox, Penny. Sí, eso haría. Ella le pediría a un mensajero del clan que llevase la carta a Penny.

Si le hacían alguna pregunta, diría que era una vieja amiga.

—Muchacha, ¿qué hacéis aquí tan sola?

Ella no se giró. No necesitaba hacerlo para saber que el dueño de sus pensamientos estaba detrás de ella. Reconocería aquella voz hasta en el mismísimo infierno.

—No estoy sola. Estoy rodeaba de amigos —respondió, señalando hacia los peces del estanque, los pájaros que volaban por el cielo, y una ardilla que trepaba por un árbol.

Irwin sonrió. Scarlett no podía verlo, pero estaba convencida de que los labios de Irwin estaban estirados en una sonrisa mordaz.

—Tenéis razón, los animales son una compañía mucho más agradable que los humanos.

Scarlett escuchó cómo Irwin se sentaba junto a ella. No ladeó la cabeza para mirarlo, con sus ojos fijos en el estanque. No quería hacerlo porque sabía que no podría resistirse a él.

Pero ella ya debería saber que Irwin no le permitiría esa misericordia.

Estiró el brazo y colocó un dedo en la barbilla de ella, moviéndola y levantándola para que le mirase.

—¿Seguís enojada conmigo?

Scarlett centró su mirada en la de él. ¿Era arrepentimiento lo que veía en esos ojos? No, eso no era posible. Irwin había demostrado ser un hombre que no se arrepentía de nada. Un hombre seguro con sus decisiones.

—¿Acaso os importa, laird? ¿Acaso son más importantes mis sentimientos que la lección que vos debéis darme? —preguntó con furia. Pero no era ira hacia él, sino hacia sí misma por haberse enamorado de él.

Irwin le soltó la barbilla y se pasó una mano por la cara.

—Por los diablos de cristo, muchacha, me estáis volviendo loco.

—¿Yo os estoy volviendo loco?

—No debería importarme si estáis enojada conmigo o no. Eso no debería ser una preocupación para mí. Estoy liderando una cumbre, una donde se están tratando asuntos de vital importancia para el futuro del clan, pero estoy aquí junto a vos, preguntándome qué puedo hacer para que no me odiéis.

Scarlett lo miró, intentando entender si estaba jugando con ella. Quizá era demasiado crédula para su propio bien, pero las palabras de Irwin parecían genuinas. No, su prometido podía ser un brusco y un insensible; sin embargo, le había demostrado no ser un mentiroso.

Él estaba diciendo la verdad. Él se preocupaba por ella.

—No os odio, milord. Nunca podría hacerlo.

—Deberíais hacerlo. —A pesar de sus palabras, Scarlett vio el alivio brillando en los ojos de Irwin—. No soy un buen hombre.

Scarlett esbozó una sonrisa a la vez que negaba con la cabeza.

—Lo sois, solo que lo ocultáis al mundo. Yo puedo verlo. Lo he visto.

En un impulso, Scarlett rodeó el cuello de Irwin con sus brazos y unió sus labios a los de él. Pero su iniciativa duró solo unos segundos, los que tardó Irwin en hacerse cargo del beso.

La besó con tal vehemencia que le quitó el aliento. Ella lo había comenzado como un beso tierno como agradecimiento por sus palabras, como demostración de que ella nunca lo odiaría, pero, al final, resultó un beso abrasador. El ardor del beso apasionado hizo que sus mejillas se tiñesen de rojo y todo su cuerpo ardiese en llamas. Era como si él acabase de encender en su

boca una chispa que iba cogiendo fuerza y arrasando todo su cuerpo.

El beso consumió todas sus fuerzas, por lo que cuando él lo rompió, ella no se movió ni un ápice. Ni siquiera era capaz de abrir la boca.

—¿Tenéis hambre, milady? —le preguntó él, señalizando un saco a su lado que ella no había visto.

—Scarlett, llamadme Scarlett —le pidió.

No era una petición al uso, ya que él era un hombre y ella una mujer y no estaban casados. Pero después de ese beso, el segundo que compartían, ella necesitaba cordialidad y cercanía.

—¿Tienes hambre, Scarlett? —repitió Irwin con una sonrisa, aparentemente complacido con su petición.

—Sí, gracias.

Con gráciles movimientos, Irwin sacó del saco una manta que estiró en el suelo, sobre la que colocó unas rodajas de pan, queso, miel, y dos manzanas.

Scarlett no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba. Se había saltado el almuerzo y la preocupación le había quitado el hambre, pero con Irwin a su lado, el estómago había regresado a la vida y rugía como protesta.

—¿Querías comer solo? —le preguntó Scarlett.

Irwin arrugó el ceño.

—¿Por qué querría eso?

—Has venido a hacer un pícnic al estanque. —Cuando Irwin arqueó una ceja, Scarlett se dio cuenta de su error—. Oh, estás esperando a alguien —dijo, intentando no mostrar su decepción.

Evidentemente, Irwin yacía con mujeres. Aunque ellos se casasen, eso no cambiaría. La mayor parte de los hombres lo hacían. Ella se había enterado que su padre yacía con otras cuando estaba fuera del castillo en una guerra. Lo había escuchado de casualidad, cuando dos mujeres increpaban a otra por tener la desfachatez de acudir a trabajar al castillo cuando había yacido con el barón en el campamento.

Scarlett se lo contó a su madre, preocupada, pero esta le quitó importancia. Ella le dijo que los hombres necesitaban desahogarse cuando su mujer no estaba con ellos. Sobre todo, antes de una batalla.

Ella nunca había hablado de eso con Burt. No había tenido esa necesidad, pero sí la tenía con Irwin. Porque ella no podía aceptar que Irwin yaciera con otras mujeres una vez casados. La sola idea de pensarlo le rompía el corazón.

—¿Si nos casásemos yacerías con otras cuando estés en una batalla?

Irwin la observó en silencio durante unos segundos que a Scarlett se le hicieron eternos. La contempló con intensidad, como si estuviera buscando algo en su rostro. ¿El qué? Scarlett no tenía ni la menor idea.

—Me alaga que me consideréis capaz de tal hazaña —se pasó la lengua por los labios, haciendo una pequeña pausa—, pero no lo soy. Cuando estoy encima de mi caballo de guerra con la espada alzada mirando a mis contrincantes no puedo centrarme en darle placer a una mujer.

Scarlett se puso roja de los pies a la cabeza.

—No me refería a eso y lo sabes.

—Nunca te deshonraría de esa manera, muchacha. Una vez casados, tú serás la única mujer con la que yazca. Y espero ser el único hombre con el estés.

—Seré fiel a mi marido —dijo Scarlett, sin especificar quién sería ese marido.

Si Irwin se dio cuenta, no lo demostró.

—Si un hombre te toca, lo mataré.

Scarlett entrecerró los ojos a la vez que echaba miel en una rebanada de pan y se la llevaba a la boca.

—Otra de tus lecciones. Mis actos tienen consecuencias para otros.

—No, es una advertencia para el resto de hombres. Eres mía, de nadie más. Y si un hombre no respeta eso, le clavaré mi espada en el corazón.

Scarlett no se atrevió a dar otro mordisco a la rebanada por miedo a atragantarse. Ella debería hacer sentido enojo. No era un objeto, no era propiedad de nadie, pero lo cierto era que la posesividad con la que Irwin hablaba de ella, le gustó. Ella sintió que él tenía razón, que era suya. En cuerpo y alma, tan aterrador como podía resultarle.

De la misma manera que él era de ella.

—¿Y hasta que nos casemos yaceréis con quién os plazca?

Irwin esbozo una gran sonrisa. Una sonrisa que le hizo parecer humano.

—No, muchacha. No lo haré.

—¿Y cuál era tu intención con la mujer por la que habéis traído el saco con comida? —cuestionó Scarlett frunciendo el ceño—. ¿Y dónde está ella? —preguntó, mirando de un lado para otro, sin encontrar a nadie.

—No pierdas el tiempo buscando a una joven que no existe —respondió Irwin en tono divertido soltando una carcajada—. Lo he traído para ti. Uno de mis guerreros te ha visto aquí sentada mientras hacía su guardia. He pensando que, aunque necesitabas estar sola, también estarías hambrienta.

¿Él había hecho eso por ella?

Irwin Astruther era mucho mejor hombre de lo que él quería creer y ella se lo demostraría.

—Estabas en lo cierto —contestó con una gran sonrisa. Scarlett se inclinó hacia Irwin para darle un beso en la mejilla. Fue fugaz e hizo que Irwin arrugase la nariz ante el gesto cariñoso, pero no dijo nada—. Gracias, Irwin.

Ellos siguieron conversando de temas triviales mientras comían: el cuidado de animales o el comienzo cercano del verano. Scarlett descubrió que Irwin era un hombre con el que se podía hablar de cualquier tema, y que se interesaba por cualquier cosa que ella le contase, algo que le sucedía con muy poca frecuencia. Él no mencionó la boda ni la fecha. Y ella se lo agradeció, ya que antes de tomar una decisión al respecto, tenía que comunicarse con Burt.

Se comió dos rebanadas más de pan con miel y dos trozos de queso. Cuando terminó, estaba llena; tanto, que se tumbó para descansar. Sintió cómo los párpados se le cerraban. Luchó para abrirlos, pero le resultaba complicado.

—Duerme, Joyita, nadie te hará daño mientras yo esté a tu lado —le susurró Irwin mientras acariciaba su cabello.

Scarlett sabía que Irwin no mentía. Él le había demostrado que la protegería de cualquier persona que intentara dañarla. Pero ¿podría protegerla de él mismo?

Scarlett conocía la respuesta a esa pregunta, y aun así, cuando Morfeo la visitó, ella se quedó dormida en la hierba.

Porque, pese a todo, ella se sentía segura al lado de Irwin.

El suave murmullo del viento contra los árboles la despertó y el fresco aroma de la hierba se filtró por sus fosas nasales. Abrió los ojos despacio, percibiendo los tonos cálidos del atardecer que pintaban el cielo con tonos dorados y naranjas.

Sonrió, feliz de poder disfrutar de un atardecer tan bonito, y tan relajada como hacía tiempo que no lo estaba. Probablemente, tan solo había dormido unas pocas horas, pero no recordaba la vez que una siesta le hubiese sentado tan bien.

—Estaba temiendo que durmieses el resto de la noche y tener que llevarte en brazos a la fortaleza.

Una voz masculina provocó que Scarlett se incorporase. Irwin se encontraba a su lado, observándola con una sonrisa suave dibujada en sus labios. Era una de las pocas veces que veía a Irwin tan calmado. Le gustaba esa faceta de él.

—Tenías que haberme despertado. No era consciente de lo cansada que estaba.

—No me atrevería. Ya he descubierto de lo que eres capaz cuando alguien te molesta.

Scarlett se limitó a sonreír.

—Deberíamos regresar.

Scarlett se puso de pie y sacudió la falda de su vestido. A pesar de que le gustaba disfrutar de la compañía de Irwin, estaba convencida de que los habitantes del clan echarían de menos su presencia; especialmente, la de su laird.

Irwin asintió, pero cuando iba a levantarse, se detuvo, con su mirada fija en un punto de la hierba.

—Se te ha caído el saquito —dijo, estirando el brazo para coger el saco, que debía haberse soltado de su cinturón mientras dormía.

Scarlett abrió los ojos de golpe.

—Yo me encargo —respondió, pero no le dio tiempo ni a intentarlo, porque Irwin ya tenía el saco en su mano.

La expresión calmada de Irwin fue sustituida por un ceño fruncido. Sus ojos negros escrutaron el rostro de Scarlett.

—¿Qué llevas dentro que pesa tanto?

Scarlett se irguió y tragó saliva, tratando de mantenerse serena. Si Irwin descubría el contenido del saco, estaría perdida. No sabía cómo salir de aquel embrollo.

—No es de tu incumbencia —espetó, estirando el brazo para intentar quitarle el saquito y bajando la cabeza para evitar mirar a los ojos a Irwin. La vergüenza de haberle robado la embargaba.

Irwin se levantó con el saquito en su mano, impidiendo que Scarlett pudiese quitárselo. Lo abrió y una vena parpadeó en su cuello al ver el contenido.

—¿Qué es esto? —preguntó, aunque no le dio tiempo a Scarlett a responder—. Explícate —le ordenó con voz mortal.

—Yo… —comenzó Scarlett, haciendo una pausa para inhalar una respiración profunda. En el fondo, era consciente de que lo mínimo que Irwin se merecía era una explicación. Aunque sabía que había actuado erróneamente tomándose la justicia por su mano y robándole las monedas a Irwin, no se arrepentía. No lo hacía porque Eara no se merecía pagar las consecuencias de sus actos—. Creí que estaba haciendo lo correcto, y aún lo creo —dijo sin titubear, alzando la barbilla para mirarlo a los ojos.

—¿Lo crees? —repitió Irwin con furia.

Hasta ese instante, Scarlett creía que los ojos de Irwin no podían oscurecerse más. Él avanzó un paso hacia delante e, inconscientemente, Scarlett retrocedió otro. Él no estaba caminando, la estaba acechando. Como un depredador en una lenta pero inevitable persecución a su presa.

¿Eso era lo que ella era, una presa?

No, puede que cuando llegó al clan semanas atrás lo hubiera sido, pero ya no lo era. Ella no quería escapar de Irwin. Su corazón no le permitiría hacerlo.

Tan concentrada estaba en sus pensamientos, que Scarlett no se dio cuenta de que sus pies se habían movido de manera inconsciente hacia atrás hasta que su espalda golpeó contra el tronco del árbol que daba sobre en el claro. Irwin apoyó una de sus manos sobre el tronco, a un lado de ella, mientras que con la otra agitaba el saquito que sujetaba.

—¿Acaso no he sido claro cuando he dicho que eres mía?

Aquellas palabras sorprendieron a Scarlett. Parpadeó, confusa.

—¿Qué quieres decir?

Irwin apartó la mano que apoyaba sobre el tronco para sacar un objeto del saquito. No eran las monedas que Scarlett había esperado, sino un colgante.

El colgante que Burt le había regalado años atrás. El mismo que ella había llevado en su cuello hasta hacía unos días, cuando lo había guardado en el saco porque no se sentía digna de seguir llevándolo colgado en su cuello.

Scarlett observó la piedra roja que colgaba delante de ella durante unos instantes antes de centrar sus ojos en los de Irwin.

—Dame el nombre del hombre que te lo ha regalado —exigió él con furia.

Scarlett mordió su labio inferior, sin saber qué hacer. Ella no podía contarle a Irwin de la existencia de Burt. Si lo hacía, Burt podría terminar metiéndose en problemas por su culpa. Bastante daño ya le haría cuando descubriese que había roto la promesa de esperarlo.

—No me lo ha regalado ningún hombre. —A pesar de que Scarlett aborrecía tener que mentir a Irwin, no le quedaba otra opción—. Me lo ha regalado mi madre —dijo, rezando mentalmente para que Irwin se creyera aquella falacia.

Irwin frunció el ceño.

—¿Tu madre te ha regalado un collar con una piedra que simboliza el amor entre un hombre y una mujer?

Scarlett tragó saliva. Ella no tenía la menor idea de que aquella piedra rojiza tenía ese significado, ni tampoco sabía cómo Irwin sabía algo así. Para ella, solo era una joya brillante. Nunca le habían interesado mucho las piedras preciosas.

—No lo sé, tal vez fue un regalo que le hizo mi padre y ella desconoce el significado.

—¿Y por qué la escondes? —cuestionó Irwin, tirando el collar y el saco al suelo, para colocar una de sus manos contra el tronco.

Scarlett quiso agacharse para recoger el colgante y recriminarle a Irwin su actitud, pero sabía que aquello solo aumentaría sus sospechas.

—La he llevado puesta hasta hoy, debajo de los vestidos, pero se me ha soltado y…

Scarlett no pudo seguir hablando, porque Irwin unió los labios de él a los de ella. Esta vez, el beso fue diferente. Ella fue muy consciente de ello. Aquel beso era salvaje, la lengua de él recorría todos los recovecos de su boca. Aquel no era un beso de pasión, ni lujuria, era un beso con el que la estaba reclamando, como si quisiese borrar el recuerdo de cualquier otro hombre.

Ella gimió en su boca y él pasó una mano por la espalda de ella para que ella rodease su cintura con las piernas para llevarla hasta la manta que yacía limpia sobre la hierba. Con cuidado, se arrodilló sobre la manta, tumbando a Scarlett sobre ella.

—Eres una mentirosa muy poco capaz, Joyita —la acusó Irwin, mirándola desde arriba—. Vas a decirme por qué un hombre te regaló ese collar.

—No hay ningún hombre, Irwin.

Scarlett se sentó en la manta. Ella no quería mentirle, pero sintió que necesitaba proteger a

Burt,

Irwin esbozó una sonrisa peligrosa. Se sentó junto a ella y la miró a los ojos.

—¿Debo buscarlo a él y preguntárselo? Confía en mí, lo encontraré.

Scarlett no tenía ninguna duda de que Irwin no mentía. Pasó la lengua por sus labios mientras sopesaba sus opciones y suspiró.

—Es alguien de mi pasado —confesó al fin, evitando decir el nombre de Burt—. Creí que estaba enamorada de él, pero no lo estoy. Confundí la amistad con amor.

Una emoción que Scarlett no fue capaz de identificar cruzó el rostro de Irwin, pero desapareció tan rápido como apareció.

—Vas a olvidar a ese hombre —susurró Irwin—. Por los clavos de cristo que vas a hacerlo.

Scarlett pensaba que se lo estaba ordenando, pero se dio cuenta de que estaba hablando para él mismo. Volvió a unir sus labios a los de ella, aunque, esta vez, el beso fue el preludio de algo más. Antes de darse cuenta, él le había quitado el vestido y ella estaba solo cubierta por la camisola.

Irwin estiró los brazos acariciando sus pechos por encima de la fina tela. A Scarlett nunca le habían tocado de una manera tan íntima. Dejándose llevar por la pasión, inclinó la cabeza para dejar un reguero de besos en el cuello de Irwin.

Aunque Scarlett no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo, su cuerpo sí parecía saberlo. Porque antes de ser consciente de lo que hacía, desató la camisa de Irwin, tirándola al suelo. Él no llevaba su kilt, sino sus pantalones negros. Ella fue a desabrochárselos, pero él se le adelantó.

Irwin se levantó de un salto. Con movimientos rápidos y casi desesperados, se quitó las botas y después el pantalón.

Scarlett observó a Irwin como Dios le trajo al mundo. Era la primera vez que veía un hombre desnudo y no pudo ocultar su asombro. Nunca había visto un ser tan maravilloso como lo era el laird.

—¿Debo desnudarme yo también? —preguntó Scarlett con timidez al ver que él no se movía.

—Déjame hacerlo a mí.

A pesar de sus palabras, Irwin permaneció inmóvil y Scarlett se dio cuenta de que estaba esperando su permiso. Asintió lentamente con la cabeza e Irwin se acercó a ella. Se arrodilló sobre la manta para quedar a su altura y la desnudó lentamente. Sus dedos recorrieron la piel de ella con delicadeza, casi con adoración. Él puso sus manos sobre los hombros de ella y la empujó con suavidad, tumbándola sobre la manta para colocarse encima de ella.

Irwin esparció besos por las mejillas de Scarlett hasta llegar a su cuello. La lengua de él recorrió su piel, provocando que un gemido se escapase de los labios de la joven.

—¿No te gusta, Joyita?

—No seas presuntuoso —respondió Scarlett con la voz ahogada—, sabes que sí. —Estiró sus brazos para acercar más el cuerpo de él al de ella. A pesar de estar prácticamente pegados, Scarlett sentía que no era suficiente.

—Eres preciosa. La mujer más bella y encantadora que jamás he conocido.

—Tú también eres muy hermoso.

Como respuesta, Irwin la besó y ella le correspondió con ansia animal, devorando los labios de él. Scarlett había perdido cualquier timidez que pudiese haber sentido y se volvió audaz. Estiró su brazo entre ellos y pellizcó uno de los pezones del laird.

Este gimió en la boca de Scarlett.

—Tu sabor es muy dulce —susurró Irwin contra los labios de ella, rompiendo el beso—. Me resulta muy difícil resistirme a él.

—No lo hagas, no te resistas.

Irwin la miró con intensidad durante unos instantes, como si no estuviera convencido de haber escuchado las palabras con claridad.

—¿Estás segura? —preguntó.

Scarlett se había convertido en una necesidad para Irwin. No había nada más que anhelase en el mundo que yacer con ella, pero no quería que ella se arrepintiese. Quería que ella estuviera segura.

—Sí —contestó Scarlett sin una pizca de duda—. Nunca he estado más segura en toda mi existencia.

Irwin unió sus labios a los de ella. Él quería reclamarla, hacerle olvidar al hombre que le había regalado ese collar. Scarlett era su prometida e iba a ser su mujer.

Suya. De nadie más.

Iba a borrar cualquier rastro de aquel hombre de su memoria.

—Te prometo que seré cuidadoso.

Scarlett movió su cabeza en un asentimiento, porque sabía que lo sería. Ella sintió cómo él le dirigía una última mirada, como si quisiese encontrar cualquier atisbo de arrepentimiento en ella.

Sin embargo, pasase lo que pasase entre ellos, Scarlett jamás se arrepentiría. Porque ella estaba enamorada de ese hombre y deseaba que fuese él quien yaciese con ella.

Irwin le separó los muslos y la punta de su virilidad entró en su interior. Poco a poco, se adentró en ella. Con una lentitud que a Scarlett le pareció desesperante. En un movimiento impulsivo, sujetó el trasero de Irwin y empujó con fuerza, incitándole a penetrarla más hondo, provocando que un pequeño grito de dolor se escapara de sus labios.

—Discúlpame, Joyita, no debí dejarme llevar —le dijo él, quedándose completamente quieto.

Él le acarició el rostro, le besó la punta de la nariz y la consoló con palabras bonitas. Poco a poco, el dolor fue cediendo y Scarlett sintió que una necesidad se apoderaba de ella.

—¿Hemos terminado?

Irwin sonrió.

—No, Joyita, apenas hemos empezado.

Una gota de sudor recorrió la mejilla de Irwin por el esfuerzo que estaba haciendo para no moverse. Scarlett la limpió con su dedo, aprovechando para acariciar con dulzura la mejilla de Irwin.

—¿No? —preguntó ella con inocencia.

—No, Joyita. Aún solo te he provocado dolor, pero prometo que si me dejas moverme, voy a proveerte de tanto placer como me sea posible.

—Si te mueves, volverá a dolerme.

—Te prometo que no te dolerá.

Irwin agachó la cabeza, dejando una lluvia de tiernos besos en el rostro de la joven. Bajó por el cuello hasta llegar a los abundantes pechos.

Comenzó a moverse, primero despacio, hasta que el ritmo se hizo más rápido y constante. Él le había dado tiempo para que su cuerpo se adaptara a la invasión, pero ahora que cualquier rasgo de dolor había desaparecido del rostro de la joven, no podía contener las ardientes exigencias de su propio cuerpo.

Scarlett gimió de placer, obnubilada por la tormenta de sensaciones. Aunque era su primera vez y nadie le había explicado lo que debía esperar o lo que debía hacer, ella se dejó llevar por los impulsos de su cuerpo. Su primer impulso fue rodearle la cintura con sus piernas, provocando que Irwin se adentrase más profundamente en su interior.

Un gruñido se escapó de lo más hondo de Irwin. Él se había imaginado miles de veces como sería entrar en su interior, pero su ávida imaginación no se había acercado a la realidad. Él había visto el fuego en Scarlett, pero no creyó que sería así la primera vez. Él pensó que fruto de la inexperiencia, él tendría que llevar todo el peso de la primera vez. Pero Scarlett había resultado ser innata. Ella se había transformado en un animal salvaje.

Se apretó contra él, frotando sus pechos contra la piel de él. Le arañó la espalda cuando él hizo un movimiento especialmente certero. Él estaba seguro de que sus uñas le habían dejado marcas. Marcas que llevaría con el mismo orgullo que llevaba las de guerra.

Scarlett se dejó llevar, disfrutando del calor del cuerpo masculino y las sensaciones que le hacía sentir.

Irwin metió su mano en la zona por la que estaban unidos y movió uno de sus dedos. Ella gimió con fuerza, gritando su nombre cuando los temblores del orgasmo la sorprendieron. Y eso fue lo que necesitó Irwin para llegar al clímax.

Irwin salió de su interior y se tumbó a su lado para no aplastarla con su peso.

—Por los clavos de cristo, muchacha, quieres matarme —dijo, mientras luchaba por recuperar el aliento.

Scarlett le miró, preocupada.

—¿He hecho algo mal?

Irwin la miró, y al ver la preocupación en sus ojos, estiró el brazo para acariciarle la mejilla.

—No, Joyita. Nunca había sentido tanto placer como él tú me has hecho sentir.

Irwin tiró de ella para que pudiese colocar su cabeza en el pecho de él.

Scarlett sonrió, complacida. Se acomodó en el pecho de él mientras entrecerraba los ojos.

—¿Por qué me llamas Joyita? —preguntó ella con voz somnolienta.

—Porque eres preciosa y valiosa.

A Scarlett nunca le habían gustado los apodos. No lo hacían porque todos los que había escuchado a su alrededor eran descalificativos o impersonales. Sin embargo, aquel apodo parecía cariñoso. La manera en la que él lo pronunciaba, hacía que pareciera realmente especial para él.

—Me gusta —susurró Scarlett, más para sí misma que para Irwin, pero él la escuchó.

—¿Estás dolorida? —le preguntó él.

Esa pregunta le hizo percatarse de algo que ella tenía que haber tenido en cuenta, pero que no lo había hecho.

—No he perdido mi virginidad en mi noche de bodas.

Irwin le puso uno de dedo en la barbilla para levantársela y poder mirarla a los ojos.

—No te culpes por ello. El único culpable soy yo. Debí contenerme y esperar, más ya te he dicho que no soy un buen hombre.

Scarlett sonrió.

—No estoy afligida por ello. Solo que me enseñaron que debía ser así. Pero estoy feliz de no haber seguido esa norma. Nunca me había sentido tan bien.

—Me alegra escucharlo. —Irwin apartó la mano de la barbilla de ella para acariciarle la mejilla con la yema de sus dedos—. Aun así, debemos desposarnos pronto.

Por primera vez, Scarlett no sintió que un nudo aprisionaba su garganta al escuchar aquellas palabras. Ella ya no se sentía atemorizada ante la idea de casarse con Irwin.

Un futuro junto a él ya no sonaba tan atroz como antaño. Aunque tan solo llevaba unas pocas semanas en el clan, para Scarlett se sentían como un lustro.

—¿Estás enamorado de mí? —La pregunta salió de sus labios antes de poder procesarla en su mente. Una pregunta que no se había hecho hasta ese instante, pero que ahora lo era todo para ella.

Irwin la observó en silencio durante unos instantes. Sabía cuál era la respuesta que debía darle. La respuesta que provocaría que ella se casase con él por propia voluntad. Todo lo que había soñado, lo que había planeado, estaba al alcance de sus dedos. Tan solo una palabra y Cursed Land sería suyo.

Sin embargo, no podía engañarla. ¿Cómo hacerlo cuando la esperanza brillaba en esos bonitos ojos verdes?

Irwin no se había acostado con ella para acelerar las cosas; ni siquiera había pensado en ello. Lo había hecho fruto de los celos y el deseo. Ni siquiera había pensado en las tierras ni una sola vez hasta ese momento.

—No creo que sea capaz de amar, Joyita —dijo, pese a que sabía que sus palabras honestas podían romperle el corazón.

Sin embargo, Scarlett no pareció ofendida, ni tampoco dolida. Lo miró con calma, como si aquella fuese la respuesta que esperaba. Se soltó suavemente de su agarre para apoyar la cabeza sobre su pecho.

—¿No lo sois o no queréis?

Irwin estiró su mano para enredar sus dedos en el cabello de ella.

—No debes enamorarte de mí. No soy un hombre que merezca tu amor.

Scarlett esbozó una sonrisa. Porque ya era tarde para ella, pero no se lo dijo. Porque ¿serviría de algo hacerlo?

—No soy la buena mujer te crees que soy. Te robé las monedas que hay en el saquito. Iba a dárselas a Eara.

Ella se preparó para que él estallase en gritos y maldiciones, pero, para su sorpresa, siguió acariciándole el pelo con ternura.

—Cuando regresé a la fortaleza y me dijeron que te habían visto entrar en mis aposentos, supuse que tus intenciones no eran nobles. Al ver que me faltaban monedas, me di cuenta de lo equivocado que estaba. Tu intención era resarcir a Eara. Tienes un buen corazón, Joyita.

—Y darte una lección a ti. Quería demostrarte que no puedes controlarme. No tengo buen corazón, porque no estoy arrepentida.

—Un robo, un acto de rebeldía, sin arrepentimientos. Joyita, te has convertido en una Astruther —dijo Irwin con el orgullo brillando en su voz.

Scarlett se rio, porque, tal vez, él tenía razón.

—No puedo casarme contigo.

Irwin ladeó la cabeza hacia ella. La negativa no le molestó tanto como las otras veces. Porque no había lucha ni furia en su voz, tan solo resignación y tristeza.

—¿Por qué? —preguntó él. A él no le habían importado las razones detrás de su negativa; no lo habían hecho hasta ese momento. Porque ahora, todo había cambiado entre ambos.

Aunque el sol había desaparecido casi por completo y ellos estaban desnudos sobre la manta, el calor que Irwin irradiaba provocaba que Scarlett no solo no tuviese frío, sino que no sintiese ninguna necesidad de taparse.

Aun así, enredó sus piernas con las de él con la intención de estar lo más unida a él posible.

—Porque yo sí te amo —reconoció Scarlett, ya que aunque sabía que debía mantenerse en

silencio, era incapaz de guardarse sus sentimientos para sí misma. Ella sintió la mirada pesada de él sobre ella, pero sus ojos continuaron observando el cielo. No quería mirarlo, porque si lo hacía, tal vez lo que viese en su rostro podía tambalear la afirmación que estaba a punto de salir de sus labios, y ella no quería que eso sucediese—. Y creo que tú también tienes la capacidad de amar. Puedo esperar a que me ames.

—Joyita, me preocupo por tu vida más que por la mía. Nunca antes una mujer me había importado tanto como tú lo haces. Daría todo lo que poseo, hasta mi propia vida por ti, pero…

—No me amas. —Scarlett terminó la frase antes de que Irwin pudiera hacerlo. La expresión sombría que se dibujó en su rostro confirmó sus palabras—. ¿Cómo puedes negar amarme cuando tus palabras son una declaración de amor? ¿Acaso no es eso amar?

Irwin suspiró.

—Te daría cualquier cosa menos eso. No puedes pedirme que te dé algo que no he nacido para poseer. No se puede entregar lo que no se tiene.

Irwin no había contestado a sus preguntas. No lo había hecho porque, seguramente, no tendría una respuesta para ellas. Él tenía la firme convicción de que no podía amar, pero Scarlett sabía que todas las personas tenían la capacidad de hacerlo. Ella le demostraría a Irwin lo equivocado que estaba.

—Hagamos un trato —dijo Scarlett, ladeando su cabeza para centrar su atención en él—. Tú haces todo lo posible por amarme, y si tras tus intentos veo que no eres capaz de amar, aun así me casaré contigo. A cambio, debes ser paciente y esperar a que yo esté segura.

Irwin sabía que él nunca sentiría amor; ni por ella ni por ninguna mujer. Si alguna vez había tenido la capacidad de amar, los actos de sus padres se la habían erradicado, pero, aun así, el deseo de poder amar a Scarlett, poder darle eso que ella tanto deseaba, hizo que fuera incapaz de negarse.

Y aunque tenía la oportunidad de insistir en casarse, o incluso hacerle creer que quizá sería más fácil enamorarse de ella estando casados, él no lo hizo. Porque él no quería mentirle en eso.

—Tenemos un trato, Joyita.

Capítulo 21

Hacía seis días que Scarlett se había convertido en una mujer deshonrada a ojos de cualquiera que conociese los actos que había realizado junto a Irwin en el estanque. Una mujer indigna. Incluso una fulana.

Ella corría el riesgo de ser repudiada si alguien se enteraba de que ya no era pura. Scarlett había perdido su virginidad, pero ella sentía que había ganado. Ganado una de las mejores experiencias de su vida. Ella había conectado con Irwin a un nivel más allá de físico; a un nivel espiritual. Scarlett se sentía plena y feliz.

Por una vez, sentía que verdaderamente estaba tomando las riendas de su vida. Que, por una vez, ella podía decidir de verdad aquello que deseaba hacer. No le importaba lo que el resto pensase; ni siquiera estaba preocupaba de los rumores que correrían con rapidez si ella pasaba tiempo a solas con Irwin sin casarse.

Tampoco tenía por qué preocuparse por ello, ya que apenas había visto al laird. Irwin había estado ocupado con la cumbre. Ella lo había comprendido, ya que, como hija de un barón, sabía que el deber era lo primero para un hombre. Irwin se debía a sus responsabilidades con el clan. Pero habían pasado dos días desde que el último invitado se había marchado y no había habido ningún cambio.

Aunque, tal como su madre le había enseñado, ella debía ser paciente. ¿Pero cómo iba a lograr hacerle darse cuenta de que era capaz de amar, capaz de amarla a ella, sino pasaban tiempo juntos?

Scarlett no sabía cómo actuar. Solo tenía una referencia: la de sus padres. A diferencia de muchos matrimonios ingleses, sus progenitores dormían juntos en la misma alcoba. Ellos compartían todas las noches que su padre pasaba en el castillo. A pesar de que por el día no se viesen, las noches eran de los dos. Pero ella no estaba casada; no podía compartir alcoba con Irwin.

Aunque la noche anterior había cometido una locura. Aprovechando la soledad de la noche, había recorrido los pasillos de la fortaleza para presentarse ante la puerta del laird. Afortunadamente, había recuperado la cordura antes de tocar su puerta.

Lo había hecho cuando se había dado cuenta de que ella no estaba allí para hablar con él, ni para conocerlo mejor. Ella había acudido hasta allí porque su cuerpo ardía en deseos de volver a sentirle dentro de ella. Scarlett deseaba que volviese a poseerla.

Había regresado a su alcoba con una misión en mente: esperar a que Irwin se acercase a ella. No dejarse llevar por el deseo carnal que sentía; no antes de que él ardiese de amor por ella. Por esa razón, esa mañana había aceptado la propuesta de Eara y había ido junto a ella a dar un paseo en caballo por la colina más alejada de la fortaleza.

¿Qué mejor plan para despejar su mente que cabalgar por la naturaleza junto con Rena?

Le había sorprendido la propuesta de Eara, ya que aunque esta había mejorado como jinete, aún sostenía las riendas con fuerza por temor a caerse. Quizá estaba comenzando a superar su miedo. O eso quería pensar Scarlett, porque Eara no parecía estar disfrutando del paseo tanto como ella. Sin embargo, prefirió no preguntar.

Cuando llegaron a un prado junto a un arroyo, ambas aprovecharon para descansar.

—Es un lugar muy bonito. —Scarlett miró a su alrededor, embelesada con el paisaje—. ¿Siempre está tan vacío?

Eara se había sentado en la hierba, apoyando su espalda contra el tronco de un solitario

árbol. Cuando Scarlett fijó sus ojos en ella, se dio cuenta de que la joven tenía una mueca extraña en el rostro. Parecía distante, como perdida en su propio mundo, pero cuando ladeó la cabeza y su mirada se encontró con ella, pudo ver un brillo de culpabilidad en sus ojos. Sin embargo, tan solo duró un instante, el mismo en el que una sonrisa cordial se dibujó en sus labios.

—Cuando hace buen tiempo… —comenzó Eara, miró el cielo y se mordió el labio inferior, como si acabase de darse cuenta de que estaba despejado— está más vacío.

Aquella respuesta no tenía ningún sentido para Scarlett, pero no la contradijo. Había ciertos comportamientos de los miembros del clan Astruther que aún le costaba comprender. Dejó a Eara descansando junto a los caballos y paseó por el prado, dejándose llevar por la belleza de las flores. La primavera estaba llegando a su fin, y en unos días, comenzaría el verano.

Scarlett observó cómo las verdes laderas de la colina estaban adornadas con alfombras de hierbas frescas y exuberantes. Contempló con admiración el prado, salpicado por flores margaritas blancas y amarillas, mientras las campanillas púrpuras y azuladas se balanceaban con la suave brisa.

Se maravilló viendo como los narcisos, con sus brillantes coronas amarillas, añadían un toque adicional al bello paisaje junto a los tulipanes silvestres que desplegaban sus pétalos en una variedad de tonos rojizos y rosas.

Alguna de esas flores habían llegado a su mayor esplendor, pero el cercano inicio del verano provocaba que otras aún estuviesen emergiendo de sus capullos, preparándose para llenar el prado en verano de más belleza.

Scarlett se detuvo cuando una mariposa con sus alas delicadamente moteadas danzó en el aire para posarse en la palma de la mano que ella había extendido. La mariposa se quedó allí, quieta, como si al igual que Scarlett se sintiese atraída por la serenidad y belleza del entorno.

No se asustó cuando Scarlett movió lentamente la mano. No le sorprendió, ya que ella estaba acostumbrada a que las mariposas se posasen en sus manos sin el menor temor. Había sido así en Inglaterra y no era menos en las Highlands. Scarlett provocaba un efecto de seguridad y tranquilidad en todos los animales.

El silencio reinaba en el prado, por lo que podía escuchar el serpenteo entre las piedras del arroyo cercano.

—Cuando creo que ya no puedo encontrar un paisaje más bello, la naturaleza me sorprende. Ojalá Irwin pudiese disfrutar de este momento conmigo.

La mariposa voló de su mano hasta posarse en su hombro, haciendo reír a la joven.

—Ojalá yo también pudiese volar —se lamentó, poniendo en palabras un pensamiento que había sido recurrente en ella desde que era una niña—. Ojalá tuviese alas para poder salir volando hacia cualquier lugar que desease.

La mariposa voló de nuevo, pero, esta vez, se posó en una margarita. Scarlett observó durante unos minutos cómo volaba de un lado a otro, pero no se alejaba demasiado, como si no pudiese hacerlo. Como si, aun teniendo alas para volar lejos, ella se sintiese atraída por el entorno. No era la primera vez que había visto actuar así a pájaros o mariposas, pero sí fue la primera vez que lo entendió. Scarlett comprendió sus razones.

Tener alas te da la posibilidad de volar lejos, pero eso no significa que vayas a hacerlo. No cuando prefieres quedarte dónde estás.

Ella no quería irse, ella quería quedarse en el clan Astruther, junto a Irwin. Y entonces, lo entendió: no podía esperar a que ese hombre tozudo y orgulloso descubriese por sí mismo su capacidad para amar, para amarla a ella. Ella tenía que ayudarle a que lo descubriese.

Intentaría ser sutil, no iba a obligarlo a lidiar con su presencia, pero ella iba a estar cerca de

él. Por las mañanas, Irwin solía estar entrenando a los guerreros en el campo de entrenamiento norte. Solo tenía que ir allí y sentarse en la hierba de la colina lo suficientemente lejos para no molestarle, pero cerca para que supiese que ella estaba allí, apoyándolo.

—Regresemos a la fortaleza —le dijo Scarlett a Eara, regresando hasta donde esta se encontraba.

La joven doncella abrió los ojos, sobresaltada, al escuchar la voz de Scarlett. Se había quedado profundamente dormida. Bostezó, incorporándose, medio aturdida. Pero después, negó con la cabeza.

—Íbamos a almorzar al aire libre, ¿recuerdas?

—Otro día —insistió Scarlett, acercándose a Rena, que pastaba junto a Yiara. No las habían atado, ya que Yiara en una yegua muy dócil, y Rena nunca huiría. Rena era su fiel compañera, jamás la dejaría sola.

Scarlett arqueó una ceja al ver que Eara no se movía ni un ápice. La joven frotó sus manos y tragó saliva, como si no supiese qué hacer.

—No podemos regresar a la fortaleza, Scarlett.

—¿Por qué no? ¿Qué sucede, Eara?

Eara exhaló un profundo suspiro.

—Te has portado muy bien conmigo, y no deseo mentirte. No puedo hacerlo.

Scarlett frunció el ceño.

—No lo hagas —le pidió. Dio un par de pasos para acercarse a ella. Se puso de cuclillas para estar a su altura y colocó una mano en su hombro como apoyo silencioso—. Puedes confiar en mí.

—Lo sé, tal vez es en mí en quien no puedes confiar —dijo Eara con un hilo de voz. Ella inhaló una larga bocanada de aire, como si estuviera armándose de valor para las palabras que iba a pronunciar a continuación—: El laird me hizo prometerle que te mantendría toda la mañana alejada del patio de armas y de la fortaleza.

—¿Y por qué él te pediría tal cosa? ¿Por qué él no me quiere cerca?

Irwin quería alejarla de él.

¿Tal vez él la había mentido y no sentía ningún aprecio por ella? ¿Y si, ahora que había yacido con ella, la repudiaba? Qué crédula había sido, que había pensado que él lograría amarla; que ya lo hacía.

—No, Scarlett, estás equivocada. El laird no quiere alejarte de él, sino del evento que se está celebrando esta mañana.

—¿Qué celebración?

Eara tragó saliva. Negó con la cabeza.

—No debo decírtelo, no quiero alterarte. ¿Podemos…?

Scarlett no esperó a que Eara terminase de hablar, ya que se apartó de ella y se dirigió hasta donde estaba Rena, subiéndose de un salto en su lomo. Ella no iba a obligar a Eara a confesarle el evento del que se trataba, pero pensaba descubrirlo por ella misma. Si Irwin quería alejarla de lo que estaba sucediendo en la fortaleza, entonces debía ir a verlo.

Escuchó a Eara llamarla, pero no le hizo el menor caso. Cabalgó a toda velocidad hasta que la fortaleza se materializó delante de ella.

Se bajó del lomo de Rena y no esperó a que el joven sirviente, que ya se acercaba a ella, se hiciese cargo de su yegua para correr hacia el patio de armas.

Había un gran número de miembros del clan reunidos allí.

Scarlett atisbó a los sirvientes preparando largas mesas de maderas, pasando de un lado a

otro. Las risas llenaron el patio. Aquel parecía un momento de felicidad para las personas allí reunidas y Scarlett no comprendía por qué Irwin no la quería allí.

¿No la consideraba merecedora de participar en un evento con el clan? ¿Quizá era porque no estaban casados y habían yacido juntos? ¿Se avergonzaba él de ella?

Scarlett se dio la vuelta para ver a una hermosa criatura que llamó su atención. Un precioso ciervo se encontraba atado con cuerdas en el extremo del patio. El ciervo parecía ajeno al bullicio que se había desatado a su alrededor.

Hipnotizada, se acercó al animal. Scarlett no entendía por qué razón estaba atado. Aunque era bastante habitual que atasen a los animales, no era una práctica que le gustase.

De cerca, era un animal aún más impresionante. Su color era de un marrón profundo y reluciente. Su imponente cornamenta se alzaba imponente hacia el cielo. El animal luchó por soltarse de las ataduras, pero era un intento en vano.

Ella se fijó cómo las fuertes patas del animal golpeaban la piedra del patio, mostrando su espíritu salvaje.

—Tranquilo, no voy a hacerte daño —le susurró al animal.

Los grandes ojos del ciervo la miraron con una mezcla de cautela y curiosidad. Scarlett dio un paso más y levantó el brazo con intención de acariciarlo, pero antes de poder hacerlo, un poderoso brazo le rodeó la cintura y le separó del animal.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Irwin aún la sujetaba de la cintura, y por un instante, Scarlett quedó embriagada por su olor y cercanía.

Pero Irwin la soltó y retrocedió un paso, rompiendo el hechizo.

—Podía haberte atacado —le recriminó cuando esta no abrió la boca.

—No iba a atacarme —respondió Scarlett, aunque al escuchar un sonido agudo y fuerte se giró y vio cómo el ciervo levantaba las dos patas en una actitud agresiva—. ¿Por qué está atado? —preguntó con el ceño arrugado.

—Porque es un animal salvaje, es la única manera de mantenerlo en el patio. —Irwin miró de un lado a otro—. ¿Dónde está Eara?

Scarlett omitió la pregunta de Irwin, ya que no quería responderle, y tampoco era el asunto importante en ese momento. La doncella probablemente estaba luchando con su yegua para llegar a la fortaleza sin incidentes.

Cuando el animal se calmó, ella se dio cuenta de que llevaba en el lomo una marca de pintura amarilla de la que no se había percatado.

—¿Vais a celebrar un evento en honor al ciervo? —indagó Scarlett, girándose de nuevo para mirar a Irwin.

Ella había escuchado que en las Highlands veneraban a ciertos animales. Las Highlands eran unas tierras llena de supersticiones, y aunque no consideraba a Irwin un hombre supersticioso, las semanas que llevaba en el clan una mujer embarazada le había asegurado que no podía decir el nombre del bebé en alto hasta el día de su nacimiento por miedo a que el diablo reclamase su alma; incluso había escuchado a un granjero afirmar que para tener una cosecha fructifica, su familia y él no podían comer pan durante la siembra.

Irwin abrió la boca para sacarla de su error, pero al ver la esperanza en los ojos de la joven, no tuvo corazón para hacerlo. Él era un hombre que nunca se preocupaba de los sentimientos del resto de personas. Si hubiese sido otra mujer, le hubiese dicho la cruda realidad, una con la que ella debía ser capaz de lidiar. Pero esa joven era Scarlett y él prefería arrancarse el corazón que verla sufrir.

Por esa razón había intentado mantenerla alejada de la fortaleza esa mañana. Pero debía

haberlo sabido mejor. Scarlett era una mujer muy perspicaz. Así y todo, estaba dispuesto a engañarla si así no hería su sensibilidad.

Sin embargo, aquello no fue posible.

—Scarlett, ¿tú también vas a participar en la caza del ciervo? —le preguntó Maisie, corriendo hacia ella. Su hermana gemela la seguía con el rostro rojo por el esfuerzo.

—¿Caza? —repitió Scarlett, observando a la pequeña niña con incredulidad—. Nadie va a cazar al ciervo, Maisie —trató de sacarla de su error—. Van a venerarlo.

—¡Te lo he dicho! —exclamó Aila, señalando a su hermana con una sonrisa triunfal—. Scarlett no va a permitir que le hagan daño al ciervo.

—¡Mi papá me ha dicho que cuando sea mayor puedo participar! —gritó Eoin con entusiasmo, acercándose a las niñas con una espada de madera en la mano derecha y con su padre detrás de él.

—Laird, milady —los saludó el hombre castaño—. Este año ha atrapado una buena pieza, laird —dijo con orgullo, observando al ciervo—. Será una buena caza.

—¿Vais a cazar al ciervo? —preguntó Scarlett, horrorizada.

—Eòghann. —El nombre del hombre salió de los labios del laird como una advertencia, pero este no se dio cuenta de ello, tan ensimismado como estaba contemplando al animal.

—Hoy es un día especial, milady. Como la tradición estipula, el laird atrapa a un animal salvaje del bosque y lo trae hasta la fortaleza, marcándolo con pintura. Después, lleva de nuevo al animal al bosque, y allí, lo libera. El que consiga matarlo, trae su…

—Es suficiente, Eòghann —le interrumpió Irwin al ver que Scarlett se había colocado una mano en la boca y su cuerpo temblaba.

El hombre, que esta vez sí fue consciente de la furia de su laird, se despidió y se alejó de ellos, llevándose a su hijo y a las gemelas con él.

—Muchacha, ¿estás bien? —le preguntó Irwin a Scarlett la vez que le sujetaba de la cintura cuando las piernas de ella flaquearon.

Scarlett permitió que la sostuviera unos segundos hasta que logró recuperarse de la conmoción. Entonces, se soltó del agarre de Irwin y se alejó de él.

—¿Cómo puedes permitir esa barbarie?

Irwin se pasó una mano por el rostro con cansancio.

—Scarlett, es una tradición. Es un premio para los guerreros que mejor han servido al clan durante el año. Solo ellos tienen derecho a participar. Es un honor para ellos ser elegidos por mí para la caza.

—Y tú todos los años los premias atrapando un ciervo para que lo maten.

—No, el año pasado atrapé un lobo —le corrigió Irwin, como si aquello cambiase las cosas.

—¡No lo voy a permitir! —exclamó Scarlett, airada.

—No tienes nada que permitir, muchacha —bramó Irwin, perdiendo la paciencia—. Esta es una decisión que no debes tomar tú. Yo soy el laird, yo decido. Y la tradición se llevará a cabo. La aceptarás y respetarás.

Scarlett cruzó sus brazos.

—No lo haré.

La pareja comenzó a llamar la atención de los presentes. Algunos miembros del clan comenzaron a observarlos. A pesar de que trataban de ser discretos al respecto, ya que sabían que Irwin aborrecía a los chismosos, él podía ver cómo ladeaban la cabeza hacia ellos o estiraban sus orejas para poder escuchar la conversación que estaban manteniendo.

Lo que le faltaba ya, que comenzasen a esparcirse rumores sobre él y su prometida.

—Scarlett, ve a tu alcoba. Ordenaré que te envíen allí la comida.

—No… —Scarlett fue a rebatir, pero Irwin había tenido suficiente.

Él no quería verla afligida, pero era el laird; no podía permitir que la muchacha lo pusiera en evidencia frente a los miembros del clan. Había intentado mantenerla en la ignorancia, pero lo había descubierto y ya no había nada más que pudiera hacer.

—Obedecerás mis órdenes —le interrumpió él con voz severa—. No me obligues a cargarte hasta tu alcoba y encerrarte allí.

Scarlett miró a su alrededor al sentir las miradas sobre ella y, después, centró su atención en Irwin.

—No será necesario —dijo, alzando la barbilla—. Obedeceré.

Ella había cedido porque no le pasó desapercibido que él no estaba dispuesto a claudicar. Sin embargo, él no se dio cuenta de que ella tampoco lo estaba.

Capítulo 22

Scarlett le pidió ayuda a Nerys para poder salir de los muros sin ser vista, y esta había resultado ser una mujer con muchos recursos. Era increíble lo torpes que se volvían los hombres cuando una mujer les pedía ayuda con su bebé llorón. Aunque los vigilantes del puente levadizo nunca habían tenido ninguna posibilidad de descubrirla, ya que Nerys era muy ardua engañando.

Cualidad que Scarlett también estaba comenzando a desarrollar. No estaba orgullosa de ello, pero Irwin no le había dejado otra opción. Ella no podía quitarse de la cabeza el hecho de que un pobre ciervo iba a ser asesinado por puro entretenimiento.

Ellos lo llamaban tradición, pero, para Scarlett, una tradición tan cruel debía ser erradicada. Esos hombres a los que ella había llegado a considerar familia eran todos unos bárbaros.

Y el más bárbaro de todos, era el hombre al que ella amaba. El único que podía detener semejante atrocidad, pero él no lo iba a hacer. Él estaba decidió a perpetuar la tradición.

Scarlett se sentía orgullosa de sí misma, de ser una mujer que iba de frente. No le gustaba andar con enredos. Sin embargo, en esta ocasión, no le habían dejado otra alternativa. Algo que se había vuelto común desde que había llegado al clan Astruther. Desde que había conocido a Irwin.

Ella vio a los caballos de los guerreros atados en los árboles del comienzo del bosque. El semental de Irwin relinchó en cuanto la vio. Aunque sus ojos estaban fijos en Rena, quien sin hacer caso a las órdenes de Scarlett, se dirigió hacia Rown. Le frotó la cabeza con la suya ante la atenta mirada del resto de caballos y la desesperación de la joven.

—¿Prefieres quedarte aquí, verdad? —le preguntó Scarlett a Rena, aun siendo evidente la respuesta—. Eres una traidora —la acusó, aunque de una manera cariñosa. Se bajó de la yegua y la ató en el mismo árbol que Rown. Rena emitió una especie de sollozo.

—No seas consentida —la riñó—. Si quieres quedarte aquí tienes que estar atada. ¿O has cambiado de idea y quieres acompañarme?

Como respuesta, Rena lamió la mano de Scarlett para girar la cabeza y apoyarla en el lomo de Rown.

Scarlett suspiró.

—Yo también te quiero. Y tienes razón, es mejor que te quedes aquí. Seré más silenciosa yendo sola.

Rown les dedicó una mirada recelosa, pero si sospechaba algo de lo que Scarlett estaba a punto de hacer en contra de su dueño, no se quejó.

Se despidió de la mano con los caballos y se adentró en el bosque. Lo hizo con cuidado, ya que sabía que los participantes no andarían muy lejos. Ella se preguntó por qué su prometido se encontraría allí cuando él no participaba.

Mientras trepaba por uno de los árboles con la intención de poder ver dónde se encontraban los hombres y el ciervo, llegó a la conclusión de que la labor del laird sería de juez, asegurándose de que ningún hombre hacía trampa.

Para desgracia de Irwin, ella sí iba a hacerla. Cuando llegó a lo más alto del árbol, se dio cuenta de que con tanto árbol y aún más altos de en el que estaba, era imposible que viese nada.

Comenzó a descender, pero se detuvo sobre una de las ramas cuando escuchó unos pasos.

—Voy a ser el primero que gane siendo el primer año que participo. —Scarlett reconoció esa voz. Era Lothar, el hermano menor de Irwin.

—Para eso debería mantener la boca cerrada o vas a lograr que todos los animales salgan

despavoridos —le respondió Callem en tono burlón, deteniéndose debajo del árbol.

Lothar emitió un bufido.

—Vete por otro lado, vas a conseguir que pierda.

Callem suspiró.

—Nada me haría más feliz, pero temo que no va a ser posible. Por alguna razón que no soy capaz de entender, Irwin nos ha obligado a cazar al ciervo juntos.

—Porque quiere que tengas alguna posibilidad de ganar —le respondió Lothar con su característica soberbia.

Scarlett observaba a los gemelos debajo de ella, rezando para que comenzasen de nuevo a caminar, pero parecían decididos a no hacerlo, ya que se quedaron varios minutos más enzarzados en una disputa verbal.

Ella se quedó en el más completo silencio; incluso intentando respirar solo lo necesario para no ahogarse. Cuando vio cómo Lothar empezaba a andar y alejarse del árbol, ella soltó todo el aire que estaba conteniendo, provocando que un largo y sonoro suspiro saliese de ella.

Asustada, fijó su mirada en el joven, que seguía alejándose, ajeno a su presencia. Ella volvió a suspirar cuando cayó en la cuenta de algo. Solo había un gemelo, le faltaba otro. Bajó la mirada para ver a Callem observándola con una sonrisa en el rostro.

—Por favor, no me delates —le pidió Scarlett entre susurros.

Callem le hizo un gesto con la mano para que descendiese un par de ramas. Cuando Scarlett bajó, Callem miró hacia delante para asegurarse de que Lothar no había girado sobre sus pies. Después, volvió a centrar sus ojos en ella.

—Todo recto, girando el primer camino a la derecha, hay un roble viejo y alto —susurró, tan bajo que si Callem no se hubiera puesto de puntillas para acercarse aún más a ella, Scarlett no hubiera entendido sus palabras—. Oculta en las raíces retorcidas del árbol, se oculta una caverna. He visto al ciervo ir a esconderse allí.

—Allí corre peligro. Si lo encuentran, estará atrapado —dijo Scarlett en el mismo tono de voz que Callem.

—Pocas personas conocen la ubicación de la cueva. Pero, antes o después, lo encontrarán.

—¿Por qué no lo has cazado si sabes dónde se encuentra? —Scarlett señaló el arco que Callem llevaba colgado en el hombro.

—Porque no quiero que Lothar gane.

Scarlett lo miró fijamente.

—Tampoco quieres que el ciervo muera.

Callem sonrió y se inclinó hacia ella.

—Puede ser —dijo, sin molestarse en confirmar o negar la afirmación de Scarlett—. Pero, shhh —se llevó el dedo índice a los labios—, no se lo digas a mi hermano o me desterrará de una vez por todas. —A pesar del tono de humor que empleó, Scarlett vio la amarga verdad que se escondía detrás de sus palabras.

Como hija de un barón, Scarlett conocía la presión que se sentía al ser familiar del lider. Para Callem no debería ser muy diferente.

—¡Callem! —El grito enfurecido de Lothar interrumpió la conversación—. ¿Dónde diablos te has metido?

Scarlett miró hacia el frente, en busca de Lothar. El gemelo se había alejado lo suficiente como para no verlos si se daba la vuelta, pero no debería estar muy lejos.

—Aunque le hubieras dicho dónde se esconde el ciervo, lo hubiera espantado. Es un cazador pésimo —masculló Scarlett, provocando que Callem se riese.

Escucharon los pasos de Lothar, que se había cansado de esperar y regresaba en busca de su hermano para descubrir qué lo estaba entreteniendo tanto. Sabiendo que, si Lothar los descubría se armaría un escándalo, Callem se despidió de Scarlett y corrió al encuentro de Lothar. Scarlett esperó a que se alejasen para bajar del árbol.

Siguiendo las instrucciones de Callem, encontró la entrada de la cueva. A ella no le extrañaba que pocas personas conociesen su ubicación, ya que la entrada estaba cubierta por una densa maleza y enredaderas, y era apenas perceptible si no sabías que estaba allí.

O Callem había estado antes en la cueva, o era un joven muy observador.

Scarlett se acercó a la cueva con pasos tranquilos y ruidosos, queriendo avisar al ciervo de su presencia. Scarlett no tardó en ver dos grandes ojos castaños contemplándola con temor.

—No voy a hacerte daño —dijo con voz suave—. Eres un ciervo muy inteligente. Lo sabes, ¿verdad?

El animal parecía asustado, pero no estaba herido. Cuando ella dio un paso al interior, el animal, que estaba tumbado, se incorporó. Bajó la cabeza, enseñándole su cornamenta, y ella supo que estaba dispuesto a atacarla.

No se asustó, no podía hacerlo cuando comprendía las razones por las que el ciervo no podía confiar en ella. Pero también sabía que podía hacerle entender que ella no era un peligro para él.

Entró en la cueva, dejando la salida libre para que el ciervo viese que no pretendía atraparlo. Se apoyó en la piedra, lo más alejada del ciervo posible para no asustarlo más. Le sonrió y el ciervo enderezó la cabeza, aunque seguía mirándola, desconfiado.

Scarlett se sentó en el frío suelo. Era incómodo porque algunas piedras sobresalían, pero ella aguantó la incomodidad por el bien del animal. Cuanto más segura y vulnerable se mostrase, más confiaría en ella.

—No voy a hacerte daño. Y tampoco voy a permitir que te lo hagan. Aún no tengo un plan de cómo voy a poder ayudarte. Así que, de momento, nos quedaremos aquí.

—Estoy esperando el día en el que uno de los animales te responda con el mismo lenguaje que tú usas.

Scarlett ladeó la cabeza para ver a Irwin en la entrada de la cueva. El ciervo volvió a bajar la cabeza como advertencia, pero el laird no le hizo el menor caso.

Scarlett se levantó.

Irwin dio un paso hacia un costado, dejando la entrada libre, y el ciervo aprovechó para salir corriendo ante la mirada desesperada de Scarlett.

—Por tu culpa ahora van a cazarlo —le recriminó a Irwin a la vez que intentaba salir detrás del animal.

Sin embargo, Irwin la agarró por la cintura, tal y como le gustaba hacer, pegando su cuerpo al de ella. Scarlett se dio cuenta de que Irwin iba desarmado. Por lo que había corrido peligro si el ciervo le hubiese atacado, aunque era algo que a él no parecía importarle.

—¿Hay alguna posibilidad de que me obedezcas en una sola cosa? —le preguntó Irwin con cierta resignación—. Es evidente que no —se respondió a sí mismo antes de que ella pudiera hacerlo.

Scarlett ladeó la cabeza hacia él y le dirigió una mirada desafiante.

—Ordéname algo digno de ser obedecido y lo haré.

—Eres una insolente. —Irwin acercó sus labios a los de ella—. Una insolente que me hace perder la cordura.

Para cuando la besó, Scarlett ya ardía de deseos por él. Le rodeó el cuello con sus brazos, y

no solo se dejó llevar, sino que fue una participante muy dispuesta. Ella enredó su lengua con la de él, moviéndola en un baile sin fin. Ella se entregó como si no tuviese ninguna otra preocupación en el mundo, pero cuando Irwin rompió el beso y logró salir de la neblina de lujuria en la que estaba inmersa, fue consciente de que el laird la estaba distrayendo.

Distrayéndola de salvar al ciervo.

—Eres una tentadora, Joyita.

—Y tú un ser malicioso. No vas a lograr distraerme con tus pecaminosos besos.

Irwin esbozó una sonrisa, sin molestarse en negar la acusación de ella.

—Te gusta pecar, Joyita, reconócelo. Disfrutas pecando conmigo.

Ella lo hacía. Nunca pecar se había sentido tan bien. Ella no se había confesado desde que había yacido con Irwin. Y no quería hacerlo, porque sentía que no había habido nada malo en lo que habían hecho. No quería que el sacerdote le recriminase su comportamiento, no quería escuchar cómo convertía un acto tan bello en algo malo.

—No puedo negarlo —reconoció Scarlett con un suspiro.

Irwin fue a besarla de nuevo, pero Scarlett se apartó. Irwin arrugó el ceño, poco feliz del rechazo de ella; sin embargo, no manifestó su descontento.

—¿Cómo me has encontrado?

—He visto al ciervo esconderse en la cueva y estaba esperando de cerca, vigilando si salía para seguirlo. Asegurándome de que nadie hace trampas. Lo que me pregunto es cómo sabías tú que estaba aquí.

—Intuición.

Irwin entrecerró los ojos, evidenciando que no la creía, pero ella vio en el rostro de él el momento en el que decidía dejarlo pasar.

—Has hecho bien dejándote llevar por tu intuición. Yo debí hacer caso a la mía y encerrarte bajo llave.

—Te hubiese odiado por ello.

—Quizá debas odiarme.

—No puedo odiarte —porque te amo. Aunque Scarlett no pronunció aquellas palabras en voz alta, quedaron implícitas. Irwin no dijo nada, solo la miró—. Salva al ciervo, solo tú puedes evitar que lo maten.

Irwin exhaló un suspiro, y por primera vez, Scarlett no veía furia en él, sino resignación.

—Eso es algo que no puedo hacer ni por ti, Joyita. Me debo al clan, y como mi futura esposa, tú también. Debes aceptar nuestras tradiciones.

Scarlett no le dijo que no se casaría con él, porque, en el fondo de su corazón, sabía que lo terminaría haciendo. No importaba lo que le hubiera dicho días atrás, porque no podía alejarse de él. Su tozudo corazón no lo permitiría. Ella comprendió que, si Irwin se marchara como lo hizo Burt, ella iría tras él. Entendió que lo que sentía era amor verdadero, el amor que no se puede combatir, del que no se puede escapar.

—Las tradiciones pueden cambiarse. Puedes hacerlo como mi regalo de bodas. Me casaré contigo mañana mismo.

Irwin frunció el ceño.

—Es la mujer quien entrega una dote al hombre, no al revés.

—Los maridos hacen regalos a sus mujeres.

—Joyas, telas bonitas o alguna de esas chucherías que os gustan a las mujeres.

—Esta mujer quiere un gesto de amor. Salva al ciervo y erradica esa tradición.

—Eres una buena negociadora —la alabó y ella sonrió, pensando que había ganado esa

contienda. Irwin estiró el brazo para acariciarle la mejilla y ella la acunó en su mano—. Pero no sabes cuándo debes darte por vencida. Esta contienda la has perdido antes de empezar a batallarla.

Scarlett se separó de él. Ella quería golpearle la dura cabeza, pero sabía que con eso no lograría nada. Él tenía razón, no podía luchar esa batalla. Por lo menos, no de frente. Él no cedería, y tenía el poder y la fuerza, pero ella poseía algo más importante: su astucia.

—Estás equivocado, si sé cuándo es hora de retirarme.

Irwin arqueó una ceja, mirándola con escepticismo.

—¿Sí?

—No luzcas tan sorprendido. Soy una mujer muy cabal.

—Y empecinada, tozuda y desobediente.

Scarlett resopló.

—¿Acaso yo te enumero tus defectos? Porque es una lista tan extensa que tendríamos que pernoctar en la cueva.

—No me parece mala idea, muchacha —dijo Irwin con una sonrisa ladeada—. Esta cueva es un lugar tranquilo e íntimo. Con gusto pasaría contigo aquí el resto del día; incluso de la noche.

Scarlett tardó unos segundos en darse cuenta de a qué se refería. Su rostro se tiñó de rojo, provocando que Irwin esbozase una sonrisa de suficiencia.

—Eres imposible —replicó ella.

—Tienes razón, lo soy. Vamos a buscar a Callem para que te acompañe de regreso a la fortaleza.

—No es necesario. No quiero que se vea privado de la diversión —dijo Scarlett con ironía apenas escondida.

—Está descalificado por decirle a un contrincante dónde se encontraba el ciervo.

—Yo no soy una… —Scarlett se interrumpió a sí misma al darse cuenta de que había caído en una trampa—. Tú sabías que él me lo había dicho.

—Lo intuía, y tú me lo has confirmado.

—¿Vas a castigarlo?

—No, Joyita. Eso provocaría tu furia. Y aunque me gusta cuando tu cuerpo arde, prefiero que sea de deseo por mí, no de rabia.

Scarlett tragó saliva. Las palabras de Irwin provocaban que su cuerpo ardiese, pero no era el momento, ella tenía que salvar al ciervo.

—¿Puedes cogerme la capa? —le preguntó, señalando tras él—. No quiero estar en el bosque cuando alguno de los hombres cacen al ciervo.

Irwin se giró para recoger la capa. Y Scarlett hecho a correr hacia el exterior antes de que el laird se diese cuenta de que no había ninguna capa.

Ella era veloz cuando quería. Y también era capaz de seguir las huellas de un animal. Lo había hecho en muchas ocasiones, cuando quería encontrar a un animal herido o perdido, pero no era una experta, por lo que llegó un punto en el que perdió la pista del ciervo.

Se detuvo cuando le pareció ver una cornamenta. Se dirigió hacia ella para ver al pobre ciervo, corriendo, asustado. Se escuchaba el murmullo de voces masculinas a lo lejos.

—Espera, no corras —le pidió al animal, pero este no le hizo el menor caso, tan empecinado como estaba en huir.

El animal se detuvo al borde de un barranco. Desde la distancia que se encontraba, no podía ver la profundidad, pero estaba bastante segura de que se mataría si se caía. Esas dudas se

mudaron en seguridad cuando el animal golpeó una piedra con su pierna y el sonido de esta chocando contra el suelo tardó en llegar varios segundos.

—Ten cuidado, por favor. Si das un paso en falso, caerás y morirás.

Scarlett se acercó a él con pasos lentos y cuidadosos, pero quedándose a suficiente distancia como para darle espacio. Estiró el brazo para que el animal oliese su mano. Esperó en completo silencio hasta que el ciervo se movió, dio unos pasos rompiendo la distancia que los separaba, y olió su mano.

Scarlett se mantuvo inmóvil, dejando que el animal cogiese confianza. El ciervo le lamió la mano y esa fue la señal de Scarlett para coger la cantimplora que llevaba atada al cinturón.

Ahuecó una de las manos y la llenó de agua, acercándosela al ciervo.

—Debes estar sediento.

Como respuesta, el ciervo bebió de su mano. Ella repitió el proceso una vez más. Le hubiese gustado darle más, pero necesitaba el resto del agua para ponerlo a salvo.

Del saquito que siempre llevaba con ella, sacó un pañuelo de lino. Lo mojó con agua de la cantimplora, y con cuidado, se lo pasó por el lomo al ciervo, que la miraba con los ojos entrecerrados, pero no se movía.

—Tan solo quiero limpiarte. De esta manera, no podrán averiguar que se trata de ti. —Scarlett frotó el lomo del ciervo, tratando de borrar la pintura de la piel del animal—. Sin la pintura, podrías ser un ciervo cualquiera que se pasea por el bosque. —O eso quería pensar Scarlett que los hombres del clan creerían. Scarlett continuó frotando durante unos minutos y, por suerte, toda la evidencia de pintura desapareció con facilidad—. Ahora ya no te reconocerán.

Unos fuertes pasos provocaron que Scarlett le diese un beso en el lomo al ciervo y le animase a marcharse. Este obedeció lo suficientemente rápido como para que, cuando Irwin apareció, este ya no pudiese verlo.

—Has resultado ser un animalillo muy escurridizo, Joyita.

Scarlett observó el rostro de Irwin, pero no encontró ningún rastro de furia, sino una máscara perfecta de fría indiferencia. Aquello no la engañó ni por un instante. Conocía lo suficientemente a Irwin como para saber que no debía estar feliz con su estratagema.

—No lo suficiente si me has encontrado.

—¿Dónde está el ciervo? —le preguntó.

Scarlett dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Se ha caído por el barranco. No he podido hacer nada por él.

Irwin se acercó al borde y estiró la cabeza.

—¿Estás segura? No veo su cadáver.

Scarlett imitó las acciones de Irwin y se acercó al borde. Era menos profundo de lo que había pensado, pero sí lo suficiente como para matarse si te caías. Además, había varios salientes que provocarían que te chocases contra ellos antes de precipitarte al vacío.

—Caer se ha caído. Su cadáver, estará oculto entre las piedras.

Irwin se mordió la mejilla por dentro para no echarse a reír. Abrió la boca para pronunciar unas palabras, pero no pudo hacerlo, porque fueron interrumpidos por Donovan.

—Laird, milady —les saludó a la vez que escudriñaba el lugar. Si le pareció extraña la presencia de Scarlett en el bosque, no lo mostró—. Estoy siguiendo las huellas del ciervo. Debería estar aquí. ¿Lo habéis visto?

Por el rabillo del ojo, Irwin vio cómo Scarlett movía disimuladamente el pie para borrar las huellas del ciervo.

—Este año no saldrás vencedor —respondió Irwin, sorprendiendo a Scarlett—. El ciervo se

ha caído por el barranco. —Donovan fue a acercarse al borde, pero Irwin se lo impidió—. Ve a avisar al resto de participantes. La caza ha terminado.

Donovan parecía escéptico, pero no replicó las palabras de su laird. Se despidió de Scarlett y se marchó.

—Bueno, Joyita. Es hora de regresar a la fortaleza. Tenemos menos de un día para preparar nuestra boda.

—¿Cómo dices?

—Como pediste, he parado esta barbarie.

Scarlett se mordió el labio inferior para no soltar una serie de maldiciones. Debería haberse dado cuenta de que tanta benevolencia por parte de Irwin no sería más que una trampa. ¿Cómo se atrevía?

—Tú no has parado nada, he sido… —se interrumpió a sí misma al darse cuenta de que estaba delatándose, aunque por la expresión de Irwin este ya lo sabía—. Me has visto. —A pesar de que podía sonar como una pregunta, era una afirmación.

—¿Acaso crees que soy tan necio como para dejarme engañar por una burda mentira? El clan estaría arruinado y asediado si fuese así. Había escudriñado todos los recovecos de la cueva mientras hablaba contigo. No había ninguna capa. Y aunque la hubiese, no te hubiese dado la espalda. No me has engañado ni por un solo instanre.

—Y me has seguido y me has visto salvar al ciervo.

—He de decir que me has impresionado. Borrarle la mancha es un plan muy inteligente.

—Me has utilizado.

Irwin enarcó una ceja.

—¿Utilizado?

—Para casarte mañana conmigo, sin necesidad de enfrentarte a los miembros de tu clan, suspendiendo la cacería.

—No niego que he visto una oportunidad y la he aprovechado.

Scarlett se dio cuenta de que él parecía muy orgulloso de sí mismo.

—Has hecho trampa. No me voy a casar contigo mañana.

Un trueno resonó en el cielo, provocando que Scarlett pegase un salto. El cielo se había encapotado, como el preludio de una gran tormenta. Por el susto, trastrabilló con una piedra y al encontrarse tan al borde, si no fuera por los rápidos reflejos de Irwin, se hubiese caído barranco abajo.

Irwin la agarró y la alejó del borde.

—Ten cuidado, muchacha. Podrías haberte matado.

Scarlett vio cómo las facciones de Irwin se ensombrecían por la preocupación.

Él la estaba abrazando, pero no de una manera lujuriosa, sino como si quisiese protegerla del mundo. Como si el susto que acababa de darle fuese suficiente para que no quisiese que se alejase de él y pudiese ponerse en peligro.

Una vez más, pese a todo, él le estaba demostrando lo mucho que se preocupaba por ella.

—Puedes soltarme, Irwin. Estoy bien —le tranquilizó, porque aunque disfrutaba de la cercanía del laird, él la estaba sosteniendo con tanta fuerza que no podía respirar.

Irwin la soltó de golpe, como si acabase de darse cuenta de que la estaba abrazando, como si se sintiera avergonzado por hacerlo.

Una vez más, él estaba luchando contra sus sentimientos. Scarlett podía sentirlo, y eso fue lo que la llevó a hacer la siguiente pregunta:

—¿Me amas?

La expresión de Irwin se volvió cautelosa y un brillo de un sentimiento que Scarlett no fue capaz de reconocer resplandeció en sus ojos.

—Scarlett…

—Creo que lo haces, pero no quieres reconocerlo. —Scarlett soltó aquellas palabras que habían estado rondando por su cabeza. Porque ella firmemente creía en ello. Lo que Irwin sentía por ella era amor. Puede que él no estuviese preparado para aceptarlo, pero ella sabía que lo hacía. Podía sentirlo.

Sin embargo, tal y como esperaba, sus palabras no fueron bien recibidas por Irwin.

—Daría mi vida por ti, Joyita, pero nunca podré amarte. —El apodo cariñoso no suavizó la dureza de sus palabras—. No nos casaremos mañana, pero sí en un mes. Eso es todo el tiempo que que voy a darte.

—No puedo conformarme solo con migajas, laird.

—Serás la señora del clan, la madre de mis hijos. Te seré fiel. Te protegeré y honraré. ¿Eso son migajas para ti?

Scarlett supo que le había ofendido. Ella iba a disculparse, pero otro trueno, y esta vez más cercano, los interrumpió.

—Regresemos —dijo Irwin antes de que ella pudiese hablar.

Él no le dirigió la palabra durante todo el camino de regreso hasta los caballos. Ni después. Cuando llegaron a la fortaleza, él desapareció. Ella había esperado encontrárselo en la cena, puesto que la tormenta se había desatado, y era peligroso estar fuera, pero él no estaba allí.

Ella pensó que un hombre como Irwin, un laird de las Highlands, un hombre alto y musculoso, con un fuerte carácter, no era fácil de herir. Y así era. Pero ella había herido a Irwin. Había visto el dolor en sus ojos oscuros. Ella había logrado traspasar los muros que ese hombre había levantado para proteger sus sentimientos y los había hecho añicos.

Lo peor era que no terminaba de entender la razón.

Capítulo 23

La primavera era la estación favorita de Scarlett, pero el verano también le gustaba. En realidad, para Scarlett, todas las estaciones tenían su encanto; algo especial. Y desde que había llegado al clan Astruther, disfrutaba cada momento con más ahínco y alegría. Todo era nuevo para ella, aunque a la vez familiar, como si hubiese nacido allí, pero por vicisitudes de la vida hubiese tenido que vivir años alejada.

Aquella tarde estaban celebrando la festividad de Beltane. Una festividad de la que ella nunca había escuchado hablar, pero que le había entusiasmado desde el momento en el que Eara le había dicho que Beltane marcaba el inicio del verano.

Celebrar el inicio de una estación era algo que le fascinaba. Como ya se había dado cuenta, los Astruther le daban mucha importancia a las estaciones, ya que estas influían en los ciclos agrícolas y pastorales. Los miembros del clan estaban muy mimetizados con la naturaleza. No siempre para bien, como había sido el caso de la cacería la semana anterior. Aunque como ella había podido comprobar, en realidad, era una excusa más para beber y comer, porque quitando a Lothar, que había estado enfurecido por no haber podido llevarse el triunfo, el resto habían disfrutado de la fiesta sin ninguna preocupación.

Aquello le había dado ánimos a Scarlett para creer que aquella tradición bárbara podría ser erradicada. Cuando ella fuese la señora del clan, lo propondría.

Claro que para eso primero tenía que casarse con Irwin Astruther. Ella buscó al laird, que se encontraba hablando con un guerrero del clan. Aunque no parecía que la alegría que habitaba en el ambiente se le hubiese contagiado, ya que su rostro estaba serio.

Ella no había tenido la oportunidad de hablar con él y esperaba poder hacerlo en la fiesta. Había creído que las fiestas eran el mejor lugar, porque las personas se solían mostrar desinhibidas y dispuestas a dejar sus diferencias atrás. Aunque no parecía ser el caso del laird.

No así del resto de miembros del clan Astruther, que se habían reunido dentro de los muros, en un amplio claro rodeado por majestuosos robles y abedules. Ellos reían y chocaban sus copas en el aire. Las mujeres habían preparado un gran banquete. Incluso habían decorado sus cabañas con flores amarillas en referencia al fuego y el sol.

Después del banquete, hombre y mujeres descansaban y disfrutaban de la alegría que se respiraba. Los niños corrían de un lado para otro, felices de poder correr en libertad sin que sus padres les reprendiesen.

Scarlett fijó su mirada en las llamas de la gran hoguera que se erigía en el centro del claro. Alrededor de ella, varias mujeres y niños bailaban y reían. Ella se debatió entre acercarse a ellos o no, pero Nerys tomó la decisión por ella, agarrándola de la mano y guiándola hacia la hoguera. Se unieron al baile con diversión. Eara no tardo en unirse a ellas, y junto a ella, Callem y varios hombres más.

Parecía que la bebida les había dado la inhibición suficiente para hacerlo. Scarlett se divirtió mucho más de lo que lo había hecho antes. Ella nunca había sentido esa unión ni ese sentimiento de permanencia a un lugar.

—¿Crees que esto nos traerá buena fortuna? —les preguntó a Eara y Nerys cuando terminaron de bailar alrededor de la hoguera y se sentaron en uno de los largos bancos colocados para la ocasión.

Scarlett estaba exhausta pero feliz.

—Yo no necesito suerte. Ya tengo todo lo que deseo —respondió Nerys, aunque Scarlett

vio un brillo de dolor en sus ojos.

—Algún día tu padre entrará en razón. Un padre nunca deja de amar a una hija —dijo Scarlett. La joven se arrepintió de haber emitido aquella frase cuando el rostro de Nerys mudó a uno de completo dolor.

—Creo que nunca me ha amado. No de verdad —confesó Nerys—. Ahora que soy madre, lo he comprendido por fin. Si me hubiese amado, jamás se habría comportado conmigo cómo se comportó.

—Una madre no es como un padre —dijo Eara.

Nerys negó con la cabeza.

—Craig se cortaría la cabeza antes de hacer algo que dañase a Seelie.

Como si supiese que estaban hablando de ella, los gritos de Seelie fueron transportados por la brisa fresca del atardecer.

—No deja de llorar —dijo Craig mientras se acercaba a ellas. Parecía un poco desesperado, pero observaba a la pequeña con ternura. Acunaba a la bebé de un lado a otro, sin éxito—. Parece que ha sacado los pulmones de su madre —añadió con una sonrisa tonta.

A Scarlett no le quedó ninguna duda de que Craig jamás dañaría a su pequeña, ni voluntaria ni involuntariamente.

—Hombres, no se os puede dejar solos —suspiró Nerys a la vez que estiraba los brazos para que Craig le diera a la pequeña. Sin embargo, el llanto de la bebé se hizo más intenso en el instante en el que estuvo en sus brazos.

Craig miró a su esposa con una sonrisa socarrona.

—¿Hombres, eh?

Nerys acunó a la pequeña de un lado a otro; incluso le cantó una canción, pero nada daba resultado.

—Quizá tenga hambre —propuso Eara, mirando a la pequeña con preocupación.

En cuanto los ojos de la pequeña Seelie se fijaron en Eara, dejó de llorar. Miró fijamente a la joven y estiró sus manos hacia ella.

—¿Quieres ir a sus brazos? —le preguntó Nerys a Seelie.

La pequeña siguió murmurando palabras y gimoteos.

—Es la flor —explicó Scarlett, señalando la pequeña flor amarilla sobre la oreja derecha de Eara—. Le ha llamado la atención.

Eara se quitó la flor para estirarla hacia la niña. Esta prácticamente se la arrebató de las manos para observar la flor, fascinada.

—Es hora de dormir, Seelie —dijo Nerys—. Vamos, devuélvele la flor a Eara. —Nerys intentó quitarle la flor a su hija, pero esta la apretó contra su pecho.

—Es tan testaruda como tú —dijo Craig, riéndose.

Nerys bufó.

—Eso lo ha sacado de ti.

—No hace falta que me la devuelva. Te la regalo —le dijo Eara a la pequeña con una sonrisa.

Nerys no parecía muy de acuerdo, pero finalmente, la pareja se alejó junto a su hija.

—Esto es para ti. —Callem, quien había presenciado la conversación con la pequeña Seelie, se acercó a ellas con un girasol en su mano derecha y lo extendió hacia Eara—. Te he conseguido otra flor.

Los ojos de Eara brillaron.

—No era necesario.

—¿Puedo? —preguntó Callem, mientras daba un paso hacia Eara. Esta asintió y Callem colocó la flor encima de la oreja de la joven—. Estás preciosa. —A pesar de que Callem prácticamente lo susurró para que nadie más que Eara lo oyera, Scarlett lo escuchó.

—Regalando flores. —Lothar se acercó a ellos con una mueca burlona en sus labios—. Mira que eres empalagoso.

—Él es un caballero —replicó Lia, que apareció detrás de Lothar— que sabe tratar a las mujeres, no como tú.

Lothar chasqueó la lengua.

—Es un insensato.

Scarlett dejó a los jóvenes discutiendo y dio un paseo por el claro. Vio a un hombre tocando un arpa y se quedó ensimismada contemplando como sus dedos se deslizaban suavemente sobre las cuerdas, produciendo una melodía que parecía surgir de la tierra, llenando el claro de alegría y nostalgia.

—¿Me ayudas a encender mi antorcha? —le preguntó una voz infantil, sacándola de su ensoñación.

Maisie estaba frente a ella, ofreciéndole su antorcha apagada.

—Aún no ha oscurecido, y además, la hoguera da mucha luz.

La niña se rio.

—Hay que encenderla en la hoguera y ponerla en el exterior de la cabaña, así te protege durante el año de los malos espíritus. Mi papá no lo hizo el año pasado y un espíritu malo se lo ha llevado.

Scarlett miró a la pequeña con compasión.

—¿Dónde están tu mamá y Aila? —preguntó a la vez que giraba la cabeza para buscarlas.

—Mi mamá estaba triste y se ha quedado en la cabaña. Aila se ha quedado con ella, pero yo he venido con la mamá de Eoin para encender la antorcha. Pero Eoin se ha subido a un árbol y ahora no puede bajar. Su mamá está ayudándolo.

Scarlett se rio, ya que las travesuras de ese niño siempre le sacaban una sonrisa. Miró a Maisie y le acarició la cabeza.

—No necesitas una antorcha porque tu papá ahora os protege a las tres. No os va a pasar nada.

La niña frunció el ceño.

—Y si se despista ¿y un espíritu se lleva también a mi mamá?

Scarlett miró el rostro aterrorizado de la pequeña. La pobre tenía miedo de perder también a su madre. Un miedo razonable, dadas las circunstancias.

—Tu padre no deja de cuidaros ni un solo instante —a pesar de las palabras de la joven, la niña arrugó sus labios en un adorable mohín—, pero cualquier ayuda nunca está de más —le dijo Scarlett a la niña, cogiendo la antorcha y provocando que esta esbozase una sonrisa de felicidad.

Scarlett encendió la antorcha con el fuego, pero no se la entregó a la niña por miedo a que se quemase. Fue en busca de la madre de Eoin y se la dio a ella. Después, tuvo que volver a la hoguera junto al niño y encender otra antorcha, a pesar las quejas del pequeño por no dejarle hacerlo a él.

Cuando la madre de Eoin tuvo las manos ocupadas con las dos antorchas, los tres se marcharon a asegurar sus cabañas.

Scarlett se quedó allí. No le apetecía ir a su alcoba. Le gustaba estar al aire libre, y aquel ambiente festivo le invitaba a pasárselo bien. Iba a sentarse cuando algo llamó su atención.

Cuatro mujeres jóvenes ataviadas con gruesos camisones estaban paradas frente a un alto

poste adornado con cintas y flores. Cada una de ellas cogió una cinta y comenzaron a bailar, entrelazando las cintas, creando un patrón alrededor del poste.

Aquello era algo más que un simple baile; parecía algo ceremonial.

—¿Aprendiendo por si te hace falta?

Scarlett ladeó la cabeza para ver al laird a su lado. Irwin iba ataviado con los colores de los Astruther, sin camisa. Sus rodillas al aire le daban un aspecto más primitivo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Scarlett mientras observaba hipnotizada el baile.

—Es un maypole —le explicó Irwin, señalando el poste con el dedo—. Representa la fertilidad. Son jóvenes casadas que aún no han logrado dar hijos a sus maridos. Están realizando un ritual para quedarse encinta.

—Esa es una tradición bonita.

—Una que no necesitarás realizar. Voy a dejarte encinta antes del año que viene —dijo Irwin con bravuconería.

Scarlett hizo una mueca, pero, en el fondo, la idea de quedarse embarazada no le resultaba tan aterradora como debería. Ella estaba enamorada de ese hombre y deseaba formar una familia con él.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

—No sé nada de bebés, pero sí de ardor y fogosidad. Y tú eres puro fuego en el lecho. En cuanto nos casemos, me va a costar salir del lecho por las mañanas. —Irwin se inclinó para susurrarle al oído—: Voy a hacerte mía una y otra vez. —Scarlett tragó saliva y evitó mirarle—. Y en la perseverancia está el triunfo, Joyita.

Dos mujeres pasaron delante de ellos y los saludaron. Aquello fue suficiente para que Scarlett pudiese calmarse y volver a pensar.

—¿Ya no estás enojado conmigo?

—No es contigo con quien lo estaba.

—Aun así, me gustaría disculparme.

Ella abrió la boca, pero unos gritos le impidieron hablar. Según pasaban las horas y las jarras de cerveza disminuían, el ambiente se volvía más bullicioso.

—Vamos a lugar más tranquilo —pidió Scarlett, pero Irwin enarcó una ceja—. No seas tozudo, laird. Acompáñame.

—Vos delante, milady. Guiadme.

Scarlett omitió las palabras sarcásticas de Irwin.

—De nada, milord —dijo mientras comenzaba a caminar.

Capítulo 24

Scarlett e Irwin pasearon en silencio hasta llegar al estanque. La tranquilidad del lugar les dio la bienvenida.

Scarlett se sentó en la hierba e Irwin imitó sus acciones. Ninguno de los dos rompió el silencio, pero a la joven no le importaba, ya que aun sin hablar, se sentía unida a ese hombre.

Ella le pertenecía a él y él le pertenecía a ella. No tenía ninguna duda de ello, eran como un solo ser. Y no por ello se sentía menos libre. Al contrario, ella se sentía más libre que nunca.

—Sé que lo que me ofreces no son migajas —comenzó Scarlett—, es mucho más de lo que muchos hombres ofrecen a sus mujeres.

—Y, aun así, no es suficiente para ti.

Scarlett se giró y colocó su mano en el pecho de Irwin. Acarició su corazón en silencio.

—Si no tienes nada para darme aquí, tendrá que servir con lo que mi corazón alberga —dijo a la vez que cogía la mano de Irwin para colocarla en el corazón de ella.

Irwin suspiró.

—¿De dónde has sacado todas esas ideas sobre el amor? No es algo usual en una dama.

—De mis padres, ellos se aman. ¿Tus padres no se amaban?

—No, no lo hacían.

—Suele ser lo normal. Mis padres tampoco se amaban cuando se casaron, pero aprendieron a hacerlo. Siento que tus padres no lograran tener sentimientos el uno por el otro.

—No te aflijas por ellos, sí que albergaron sentimientos el uno por el otro —dijo con ironía a la vez que bajaba su mano.

Scarlett no dejó de acariciarle la piel debajo de la que estaba su corazón, el cual comenzó a latir con más fuerza, lo que le hizo pensar a la joven que aquel era un tema de conversación complicado para él.

—No tienes que contarme nada…

—Ellos se odiaban —comenzó Irwin, interrumpiéndola—. Y el odio que se tenían provoco que cualquier capacidad de amar con la que yo había nacido desapareciese.

—Nosotros no vamos a odiarnos, Irwin.

El laird la miró. Antes de que se diese cuenta, ella estaba sentada en su regazo. Apoyó la cabeza en el hombro de él, como si hubiesen estado en esa posición millones de veces antes, como si ese fuese el lugar al que pertenecía.

—Mi padre no amaba a nadie más que a sí mismo. La única diferencia que veía con el resto de mujeres con las que yacía y mi madre, era que ella podía darle un heredero. Uno al que moldear a su semejanza.

—Pero no lo logró.

—No, no lo hizo. Durante mis primeros siete años de vida viví alejado de la fortaleza. —Irwin no parecía dispuesto a darle más explicaciones y ella no se las pidió. Él se estaba sincerando con ella, y ella le iba a escuchar sin juzgar ni interrumpirle—. Mi padre no estaba de acuerdo, pero mi madre se las ingenió para que no pudiese evitarlo.

—Quería protegerte.

Irwin esbozó una sonrisa sin humor.

—Castigarlo a él. Una de las pocas veces que vino a visitarme le pregunté por qué no venía más a menudo. Y su respuesta fue que mi rostro era igual que el de mi padre y que le producía repugnancia mirarme.

—¿Qué edad tenías?

—Cuatro años.

Scarlett levantó la cabeza y fijó sus ojos en los de Irwin. En su mente se dibujó un pequeño niño con ojos oscuros y sintió lástima por él. ¿Cómo aquella mujer había podido ser tan insensible para hablar así a su hijo de cuatro años? Irwin era una criatura indefensa en aquel entonces, él no era el culpable de los actos de su padre.

Scarlett quería consolarlo. Consolar al niño que fue y al hombre en el que se había convertido, pero Irwin no había terminado, así que ella simplemente le miró y esperó a que continuase hablando.

—No la culpo. Mi padre le pegaba palizas. Él era cruel con ella. —Eso no era una justificación, pero Scarlett no lo dijo en alto; no era el momento—. Ella se vengó alejándome de él. Años después, volvió a quedarse embarazada. Dio a luz a gemelos, y esta vez, mi padre los alejó de ella antes de que ella pudiese hacerlo. —El odio más puro se materializó en los ojos de Irwin—. Pero mi madre no había terminado su venganza contra él. Los niños no eran de mi padre y así se lo hizo saber. Ella llevaba meses acostándose con otro hombre. Al descubrirlo, él tenía intención de matar a los gemelos. La mujer que me estaba cuidando se enteró y me lo contó. Tenía siete años en aquel entonces. Sin saber qué hacer, fui en busca del verdadero padre de los gemelos. Él se rio de mí y me hizo saber que no podía importarle menos la vida de sus hijos bastardos. —Irwin no había visto en esos momentos a sus hermanos y ya los amaba. ¿Cómo podía decir que no era capaz de amar? Scarlett se imaginó que algo aún más horrible había sucedido después—. Así que, fui a la fortaleza y le prometí a mi padre que, si los dejaba vivir, me convertiría en un hombre del que se sentiría orgulloso. El heredero que el siempre había deseado.

—¿Aceptó?

—Lo hizo. —Scarlett asintió, los gemelos no estarían vivos sino—. Pero antes mató a mi madre delante de mí.

Scarlett emitió un grito. Uno tan alto que estaba segura de que había podido despertar a los muertos.

—Solo eras un niño —dijo Scarlett, horrorizada.

—Uno que aprendió que los sentimientos no tenían lugar. Uno que creció con rapidez. Mi corazón se quedó congelado ese día y así sigue.

—Tu padre… él…

—Recibió su merecido —terminó Irwin. Sus palabras fueron pronunciadas con rabia y cierto orgullo. Y Scarlett no podía culparlo por eso; no después de todo lo que ese hombre le había hecho—. Tuvo lo que quería: un heredero fuerte, leal al clan y sin escrúpulos. Pero mi lealtad al clan era mayor que la suya. No me interesan las monedas ni los lujos. Me preocupo porque todos los miembros del clan tenga comida en su plato y un techo bajo su cabeza. Soy un laird justo. —Scarlett no lo ponía en duda—. Antes de que se diese cuenta, los miembros del clan me eran leales a mí y no a él. Su avaricia hizo que cobrase impuestos abusivos a los granjeros. Le reté a un duelo a muerte por ello y gané.

—Mataste a tu padre

—Y no me arrepiento. Ya te he dicho que no soy un buen hombre.

—Eres un buen hombre, Irwin Astruther. Siento por lo que has pasado, pero gracias a ti, tus hermanos están vivos y los miembros de tu clan seguros. Y ya es hora de que alguien te premie por ello.

Lo que parecía el atisbo de una sonrisa se dibujó en los labios de Irwin.

—¿Tú vas a premiarme, Joyita?

—Así es, laird.

—¿Cómo vas a hacerlo?

Como respuesta, Scarlett unió sus labios a los de Irwin.

El cielo naranja del atardecer fue testigo de cómo Irwin despojó a Scarlett de su ropa, para después, quitarse la suya.

Scarlett sonrió cuando él se tumbó encima de ella. Esta vez, su cuerpo estaba preparado para él, por lo que no se encontró con ningún obstáculo cuando penetró en su interior. Ella no sabía cómo, esta vez, el placer que sentía, podía ser aún más intenso de lo que había sido en su primera vez.

—Me vas a matar de placer, Joyita —le susurró Irwin contra sus labios.

—Nadie muere de placer —replicó Scarlett.

Aunque cuando Irwin gruñó y comenzó a moverse con rápidos movimientos a la vez que la besaba, ella no estaba tan segura de tener razón. Sentía como si fuese a partirse en dos, como si las sensaciones fuesen demasiado para que su cuerpo pudiese aguantarlo.

Ella jadeaba cada vez que él la penetraba. Ambos estaban inmersos en una ferviente pasión que solo podía terminar de una manera. Ella gritó de éxtasis cuando él se hundió profundamente en su interior. Y él siguió penetrándola hasta que ambos llegaron al clímax.

—¿Eres consciente de que podrías estar embarazada? —le preguntó él minutos después.

Se habían vestido, pero yacían tumbados en la hierba. Ella con su cabeza apoyada en el pecho de él.

—No lo había pensado —respondió a la vez que bostezaba.

Scarlett no estaba preocupada por ello. Tener hijos de Irwin era algo que deseaba.

—Si das a luz un bebé y no estamos casados, será ilegítimo.

Scarlett le acarició el pecho con uno de sus dedos, siguiendo una cicatriz de batalla.

—Mis hijos no serán ilegítimos, laird.

Antes de que Irwin pudiese preguntarle si eso significaba que aceptaba casarse con él, un sonido extraño provocó que sus instintos de guerrero se alzasen.

Apartó a Scarlett y se levantó, agarrándola de la mano para levantarla con él.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, preocupada.

—Hay alguien vigilándonos —le susurró él.

—¿Crees que alguien ha podido vernos mientras hacíamos el amor? —preguntó ella, roja como un tomate.

Él no pudo responderle, porque el sonido de una flecha rasgó el aire. Irwin fue consciente de que la flecha iba dirigida a él y que ni siquiera sus rápidos reflejos podrían evitarlo. Pero no tenía miedo a morir, no mientras su Joyita estuviese a salvo.

—¡Corre! —le gritó a Scarlett.

Pero Scarlett ya había visto la trayectoria de la flecha, y en un rápido movimiento, se colocó delante de Irwin para evitar que esta le traspasase el corazón.

Irwin gritó. Un grito más parecido al de un animal que al de una persona cuando vio a Scarlett caer al suelo con la flecha clavada en su estómago.

Irwin se tumbó a su lado, evaluando la herida.

—¿Es muy grave? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Te pondrás bien —le respondió él.

Ella estaba muy débil por la rápida pérdida de sangre y sus ojos se nublaron. Así y todo,

sabía que él estaba mintiendo.

—¿Por qué has hecho algo tan estúpido? —preguntó Irwin mientras intentaba taponarle la herida.

—Porque te amo, Irwin —contestó ella con su último aliento, como si su respuesta fuera obvia, como si no hubiera otra respuesta que esa—. Prefiero morir que vivir una vida sin ti.

—No vas a morir, Joyita. No voy a permitirlo.

Scarlett estaba demasiado débil para responder. La negrura la amenazaba como un cuervo hambriento, pero antes de que sucumbiese a ella, Irwin le dio un beso en los labios a la vez que le susurraba:

—Te amo, Joyita. Te amo.

Capítulo 25

Scarlett sintió un dolor que le abrasaba el abdomen. Intentó incorporarse, apenas consciente de que estaba tumbada. Sin embargo, no lo consiguió; ni siquiera fue capaz de abrir los ojos de lo cansada que se sentía.

—No te muevas, Joyita. —La voz de Irwin era dulce; más dulce de lo que había sonado nunca.

—Me duele —se quejó.

—Lo sé, Joyita.

—Me duele mucho.

Scarlett estaba intentando recordar qué le había sucedido, pero el fuerte dolor que sentía le nublaba la mente.

—Nimue. —Aquel nombre salió de los labios de Irwin como una súplica. Scarlett nunca pensó que iba a escuchar al laird suplicar. No hasta ese momento.

¿Nimue? ¿Quién era Nimue?

—Ayúdala a incorporarse —ordenó una voz femenina que a Scarlett le resultó vagamente familiar. Ella había escuchado antes esa voz, ¿pero dónde?

Irwin le levantó un poco la cabeza mientras el rostro de Scarlett seguía descompuesto por el dolor.

—Abre la boca —le pidió la mujer, pero Scarlett no se atrevía a hacerlo por miedo a comenzar a gritar de dolor y no poder parar.

Scarlett sintió cómo las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Sintió las yemas de unos dedos acariciar su rostro y no necesitó abrir los ojos para saber que era Irwin quien le estaba secando las lágrimas.

—Joyita, tienes que intentar beber lo que Nimue te ofrece. Por favor, Joyita, hazlo por mí.

Scarlett apenas era consciente del significado de las palabras que Irwin estaba pronunciado, ¿pero cómo iba a negarse si se lo pedía de esa manera? Ella abrió la boca.

—Sorbos pequeños —le indicó la voz de una mujer que debía ser Nimue.

Scarlett sintió el borde de un vaso sobre sus labios y bebió el líquido despacio, en sorbos pequeños. Aquella bebida tenía un sabor amargo, pero, sorprendentemente, no era desagradable.

—Con eso será suficiente —dijo Nimue y Scarlett sintió cómo unas manos fuertes volvían a tumbarla con cuidado.

El dolor comenzó a menguar. Seguía ahí, pero ya no arrasaba con todos los pensamientos. Aunque continuaba sintiéndose exhausta, esta vez, cuando intentó abrir los ojos, lo consiguió. Scarlett observó a su alrededor, o todo lo que la luz tenue de las velas le permitía. Parecía que estaban en el interior de una cabaña.

Irwin se encontraba a su lado, con el rostro serio y los labios apretados. Pero lo que más le sorprendió fue el terror que vio en los ojos de él cuando se encontraron con los de ella.

¿Irwin Astruther tenía miedo? Ella no creía que un hombre como él, que había batallado peligrosas batallas y había puesto su vida en peligro miles de veces, estuviese tan atemorizado. ¿Qué le había provocado estar en ese estado?

Scarlett quiso preguntárselo cuando vio a la mujer que respondía al nombre de Nimue. No podía verle las facciones, pero sí la capa roja que le cubría. Y entonces, comprendió por qué su voz le sonaba tan familiar. Ella conocía a esa mujer, aunque le costaba recordar de qué. Estaba cansada, demasiado cansada.

—Duerme Joyita, vas a estar bien —La suave voz de Irwin interrumpió sus pensamientos —. Te lo prometo.

Scarlett no estaba segura de que esa fuese una promesa que él pudiese cumplir. Aunque no sabía lo que estaba pasando, ella se sentía como si fuese a morir, pero la mano de Irwin acariciando la suya era todo el consuelo que necesitaba. Cerró los ojos. La oscuridad la estaba reclamando, y aunque no quería ir hacia ella, no podía seguir luchando; no cuando las fuerzas le fallaban.

—Su herida es mortal, hijo. —Scarlett escuchó a Nimue, que aunque estaba cerca de ella, sonaba muy lejana.

—Lo sé, Nimue. Por eso he acudido a ti. Solo tú puedes salvarla.

—No es decisión mía. Son los espíritus de la naturaleza quiénes deben decidirlo.

Scarlett estaba segura de que estaba delirando. Sentía que su piel ardía en llamas; probablemente, debido a la fiebre. ¿Estaba enferma? ¿Cuándo había comenzado a enfermar?

—Dijiste que ellos le habían dotado de grandes dones —dijo Irwin.

—Lo hicieron. ¿Ha hecho buen uso de ellos?

—Lo ha hecho. Ella es digna de ser salvada. Digna de tener una vida larga.

—Es arriesgado, hijo. Pueden decir que no lo es y reclamar tu alma por tener la osadía de molestarlos.

—Si ella muere, no deseo seguir viviendo. La amo, Nimue.

—Es un inconveniente que te hayas dado cuenta tan tarde.

Siguieron hablando, pero Scarlett ya no escuchó nada más. Cuando por fin se rindió a la oscuridad, lo único en lo que podía pensar era en que Nimue estaba equivocada. Irwin no se había dado cuenta tarde de que la amaba. Porque para amar nunca es tarde.

Cuando se volvió a despertar, Scarlett no sentía dolor, pero sí frío, un frío helador que le congelaba los huesos. Ella abrió los ojos y lo único que vio fue el cielo azul. Un cielo despejado con el sol reinando en él.

Fue a moverse, pero se dio cuenta de que no podía. En un principio pensó que estaba atada, pero ladeó la cabeza para ver que sus brazos descansaban a cada lado de su cuerpo, completamente libres, lo mismo sus piernas. También se dio cuenta de que estaba desnuda.

Miró hacia los lados y solo vio unas grandes piedras. Ella estaba en el centro, desnuda, como una virgen preparada para un sacrificio. ¿Iban a sacrificarla?

Quiso grita que ella ya no era pura, pero la voz seguía sin responderle.

—Estoy aquí contigo, Joyita. Todo irá bien.

Escuchó la voz de Irwin al tiempo que un viento feroz se desataba. El viento le golpeó la piel, pero en vez de hacerla temblar, le dio calor. Ella sintió cómo sus extremidades se calentaban, volviendo a la vida.

Estaba moviendo con cuidado las piernas cuando un trueno la sobresaltó. El trueno había caído demasiado cerca. Ella temió por Irwin.

—Irwin, ¿estás bien? —Por primera vez, Scarlett tuvo las fuerzas para poder formular aquella pregunta en voz alta. Aunque sintió su voz pastosa y le costaba pronunciar cada palabra.

—Sí, Joyita.

—No me dejes sola —le pidió Scarlett cuando otro trueno volvió a sonar; esta vez, aún más cerca. Incluso le pareció oler a quemado. ¿Estaba perdiendo la cordura?

—Nunca, Joyita. Nunca te dejaré sola. Te amo. Te amo con todo mi corazón.

—Yo también te amo a ti Irwin.

De repente, ella sintió los rayos de sol golpeando su piel. El sol había regresado. Ella quería

incorporarse para poder ir junto a Irwin. Él estaba allí, cerca, pero no podía verlo.

—Ella es digna —dijo Nimue.

Scarlett quiso preguntar a qué se refería, pero una oleada de cansancio la abordó. Los ojos se le cerraron y se quedó plácidamente dormida. Esta vez, sin dolor ni angustia.

Capítulo 26

Scarlett sintió los rayos de sol acariciándole el rostro. Ella no recordaba haberse quedado dormida, pero se sentía como si hubiese dormido durante décadas. Nunca se había sentido tan descansada.

Estiró los brazos para desperezarse. Con esfuerzo, abrió los ojos. Sus pestañas parpadearon, adaptándose a la claridad que llenaba la estancia.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que no se encontraba en su alcoba, pero aquel lugar le resultaba familiar. Su mirada se centró en la gran chimenea. El fuego ardía con un resplandor cálido y acogedor, las llamas danzaban con vida propia. El crepitar del fuego era el único sonido en la quietud de la mañana.

Sus ojos se fijaron en el cofre encima de la repisa de la chimenea. Un cofre que le parecía familiar. Ella lo había visto antes. Su mente estaba cubierta por una densa niebla, pero logró que se filtrasen trazos de recuerdos.

Ella se encontraba en la alcoba del laird. ¿Pero cómo había llegado hasta allí? Recordó haber estado celebrando la festividad del Beltane, alejarse con Irwin hasta el estanque, haber realizado el amor con él, y entonces…

Un sollozo ahogado se escapó de sus labios cuando las imágenes de una flecha dirigiéndose con rapidez hacia el corazón de Irwin aparecieron en su memoria. ¿La flecha le había impactado? ¿Irwin estaba muerto?

Scarlett trató de incorporarse cuando una cálida mano acarició la suya. Ladeó la cabeza para ver a Irwin, de pie, frente a su cama.

—Estás vivo —dijo con alivio. Su propia voz sonaba ronca, y sintió su boca seca, muy seca.

Irwin esbozó una sonrisa.

—Gracias a ti, Joyita. Tú me has salvado.

¿Ella le había salvado?

Entonces, recordó cómo se había lanzado hacia Irwin, interponiéndose entre la flecha y él, impidiendo así que lo alcanzara. Irwin no estaba muerto. ¿Pero lo estaba ella? Debía estar en el cielo, porque a Scarlett no se le ocurría mejor manera de morir que junto a Irwin.

—Estás bien, Joyita —le respondió Irwin, como si hubiera leído sus pensamientos. Se sentó en el borde de la cama, al lado de ella, sin dejar de acariciarle la mano. Era como si no quisiese separarse de ella ni durante un solo instante—. ¿Tienes sed?

Scarlett asintió.

Irwin soltó la mano de ella y se levantó. Fue hasta una pequeña mesa redonda y llenó un vaso con el agua de una jarra que descansaba allí. Se sentó de nuevo en el borde de la cama y la ayudó a beber.

El líquido relajó su garganta. Irwin le limpió la cara con un pañuelo de lino, y después, dejó el vaso encima de la madera del suelo. Estiró el brazo y le acarició la cara con cuidado. La estaba tratando como si ella fuese lo más valioso para él.

—No vuelvas a cometer una locura así. —Scarlett enarcó una ceja, sin entender sus palabras —. Mi vida no vale más que la tuya. No vuelvas a salvarme.

Scarlett se incorporó en la cama. Irwin intentó ayudarla, pero ella se lo impidió, ya que se sentía fuerte. Como si no le hubiese atravesado una flecha.

—¿La flecha solo me rozó? —preguntó Scarlett, pasando sus manos con cuidado por su cuerpo, sin sentir ningún lugar donde le doliese. Si la flecha la hubiera alcanzado, debería sentir

un dolor abrasador en esa zona.

Irwin no respondió y ella lo miró fijamente. El rostro de Irwin mostraba una palidez inusual. Sus facciones reflejaban el cansancio y la preocupación que había sentido. Sus ojos estaban hundidos y la piel bajo ellos era de un tono oscuro.

—Luces horrible —murmuró Scarlett, provocando que Irwin se riese.

—Estaba preocupado por ti.

Ella se fijó en la incipiente barba.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Seis días.

Ella abrió los ojos. No se sentía tan enferma como para haber estado durante tanto tiempo inconsciente.

Otra imagen se filtró en su mente. Un dolor abrasador en su estómago, donde la flecha se le había clavado. Ella se quitó la manta que la tapaba y tiró del borde de la tela blanca del camisón que le cubría en busca de la herida. Sin embargo, no encontró ninguno. La piel de su estómago lucía intacta; ni siquiera estaba vendada.

Scarlett miró a Irwin, confusa. ¿Qué estaba pasando?

—¿He contraído fiebre? —preguntó, intentando entender. Esa era la única razón que se le ocurría. Que la flecha le hubiese provocado una pequeña herida que se había curado, pero que las fiebres la hubiesen asolado.

—No, Joyita. —Irwin tiró de la tela de su camisón para volver a taparla con cuidado. Después, agarró la manta, cubriéndola de nuevo—. Tu cuerpo necesitaba descansar para recuperarse.

Irwin la miraba con ojos tiernos. Scarlett tenía muchas más preguntas que hacerle, pero todas fueron opacadas cuando las siguientes palabras pasaron por su mente: «Te amo, Joyita. Te amo».

—Me amas.

Irwin estiró su mano para acariciar la mejilla de ella con el dorso de sus dedos.

—Más que a nada en el mundo, Joyita. Estoy enamorado de ti.

—He tenido que ponerme en la trayectoria de una flecha para que recuperes tu capacidad de amar.

Irwin suspiró.

—No vuelvas a hacer algo así.

Ella le rodeó el cuello con las manos y le dio un tenue beso en la boca.

—Lo volvería a hacer una y otra vez. —Scarlett daría su vida para salvar la de ese hombre —. Ha valido la pena. Estás vivo y eres capaz de amar.

Irwin negó con la cabeza.

—Soy capaz de amarte a ti. Lo he sido desde hace semanas, pero no era consciente. Tú sola presencia lo ha provocado. Casi te pierdo. No vuelvas a obligarme a pasar por algo así.

—Es hora de la infusión. —Una voz femenina provocó que Scarlett se sobresaltase.

Una mujer mayor, ataviada con una capa roja, se colocó frente a la cama. Scarlett no había sido consciente de su presencia hasta ese instante, pero supuso que ya se encontraba allí, ya que la puerta de la alcoba había estado cerrada en todo momento. La mujer le entregó el vaso a Irwin. Este intentó tenderlo hacia los labios de Scarlett, pero ella solo tenía ojos para la mujer.

Esta vez, no llevaba la capucha puesta, por lo que pudo ver su cabello blanquecino decorado por una bonita corona de flores. Sus ojos azules se fijaron en los de Scarlett, manteniéndole la mirada.

—Yo te conozco —dijo Scarlett, arrugando el ceño—. Nos encontramos en el bosque semanas atrás. Y también aquel día cuando fui a la arboleda con Catherine y Maela. —Scarlett hizo una pausa cuando unas imágenes pasaron por su mente. Aquellos recuerdos no eran tan nítidos como los otros, pero ella podía escuchar con claridad la voz de aquella mujer, y también a Irwin pronunciando su nombre—. Nimue —pronunció, despacio—. La flecha me hirió de gravedad. Estaba desnuda dentro de un círculo y yo no…

Un fuerte viento seguido por un trueno que golpeó los cimientos de la fortaleza provocó que Scarlett dejase de hablar y mirase por la ventana. Las cortinas estaban medio descorridas, por lo que pudo ver un cielo azul, sin nubes.

—Los espíritus de la naturaleza te han salvado —le explicó Nimue—. Ellos te han considerado digna de una segunda oportunidad, pero no desean que sea rebelado. Debes guardar el secreto. —Otro trueno atroz resonó, y esta vez, Scarlett vio en el cielo el destello brillante y cegador.

—¿Quién eres?

—Ella es la mujer que me crio hasta los siete años. —No fue Nimue quien le respondió, sino Irwin.

Scarlett recordó que Irwin le había contado que los primeros siete años de vida había sido alejado de la fortaleza y de su padre, pero no le contó quién le había criado. Aunque no fue eso lo que le sorprendió a Scarlett, sino la naturaleza de aquella mujer.

Scarlett había escuchado hablar sobre ellas. Corrían decenas de leyendas y rumores, pero ninguno había sido confirmado. Nunca había visto a una con sus propios ojos. Hasta ese momento.

—Tú eres… —comenzó, sin ser capaz de terminar la frase.

—Una bruja —dijo Nimue con orgullo. Compartió una mirada con Irwin antes de volver a centrar su atención en Scarlett—. La naturaleza nunca da nada gratis. Ella te pedirá algo a cambio.

Scarlett arrugó el ceño, confundida.

—¿Él qué?

Sin embargo, Nimue no parecía estar dispuesta a contárselo.

—No es mi deber decírtelo. Lo sabrás cuando llegué el momento —respondió enigmáticamente. Antes de que Scarlett pudiera hacer otra pregunta, habló de nuevo, dirigiéndose a Irwin: —Ella está recuperada. Es el momento de que parta, hijo.

A Scarlett no se le pasó desapercibida aquella palabra, ni tampoco el respeto con el que Irwin se dirigía a ella.

—Por supuesto —musitó Irwin.

—¿Me presentarás a tu hija? —preguntó Nimue, señalando el vientre de Scarlett.

Irwin asintió, con una sonrisa dibujándose en sus labios.

—¿Estoy embarazada? —Scarlett se llevó las manos al vientre.

—Es una niña —le dijo Nimue—. Los espíritus quieren que viva. Edúcala amando la naturaleza. Haz que ella también sea digna. Y no lo olvides, debes guardar el secreto.

Scarlett asintió.

A pesar de que no acababa de comprender qué había pasado exactamente, ella jamás se lo contaría a nadie.

—La cuidaré y la criaré para que ame a todos los seres vivos —dijo Scarlett con la emoción bañando su voz.

Ella estaba embarazada. Estaba esperando una hija. Una preciosa niña a la que cuidaría con

su vida.

—Y yo os protegeré a ella y a ti —prometió Irwin, estirando su mano para entrelazar sus dedos con los de Scarlett.

Ella ladeó la cabeza para mirar a Irwin con una sonrisa. Scarlett sabía que él lo haría.

Cuando miró al frente para despedirse de Nimue, esta ya había desaparecido. Scarlett observó la estancia, dándose cuenta de que la puerta estaba cerrada. Si la hubiera abierta, hubiera escuchado el crujido de la puerta. ¿Por dónde se había ido entonces? ¿Por la ventana? No, eso no sería posible, ya que ellos se encontraban en las últimas plantas del castillo. No lo era, ¿verdad?

Scarlett ya no sabía qué pensar.

—A ella le encanta hacer eso —dijo Irwin con los ojos entrecerrados. A pesar de sus palabras, Scarlett podía ver el cariño en ellas.

—Ella es como una madre para ti, ¿verdad?

—Ella se preocupó por mí más de lo que la mujer que me dio a luz lo hizo —contestó Irwin —. Me crie con ella en el bosque. En la naturaleza.

—La cabaña a la que me llevaste cuando me dispararon —murmuró Scarlett, buscando entre los pocos recuerdos que tenía de ese momento.

—Sí.

—Fuiste criado por una bruja. ¿Así que tú también eres un brujo?

Irwin se rio.

—Nimue me enseñó algunos trucos que a día de hoy me son muy útiles. —Scarlett iba a hacer otra pregunta, pero Irwin habló antes de que ella pudiera formularla: —¿Te casarás conmigo, Joyita? Me harías el hombre más feliz de la tierra si me respondes que sí.

Si esa era una distracción para evitar sus preguntas, era la distracción más dulce y efectiva que Scarlett había escuchado jamás.

—Sí, por supuesto que si —contestó Scarlett, uniendo sus labios a los de él—. Debemos partir ya a la corte para que tu rey acepte nuestra boda. No quiero esperar a que el embarazo avance y el viaje sea peligroso para la niña.

—Nos casaremos en el clan, no en la corte.

—Dijiste que el rey de Escocia quería que nos casásemos en la corte.

El rostro de Irwin se arrugó, como si aquella idea le desagradase.

—Los únicos deseos que me importan son los tuyos. Y pronto, los de nuestra hija.

El corazón de Scarlett se derritió al escuchar aquellas palabras.

—Casémonos mañana —dijo repentinamente. Irwin arqueó una ceja—. Nos amamos. ¿Por qué esperar?

Irwin esbozó una sonrisa.

—No hay prisa, Joyita. Primero debes recuperarte del todo. Para eso, tienes que tomar la infusión que Nimue te ha preparado.

Irwin alzó el vaso que sostenía en la mano que no estaba entrelazada con la de ella y lo llevó hasta sus labios. Aunque arrugó un poco la nariz ante su sabor desagradable, Scarlett bebió el brebaje hasta que terminó el vaso.

—Ahora, descansa —le dijo Irwin con suavidad.

Scarlett se tumbó en la cama mientras él dejaba el vaso encima de la madera del suelo.

—Acuéstate conmigo.

Irwin suspiró.

—Aunque no hay otra cosa que más desee en estos momentos, no puedo, Joyita. Tengo asuntos importantes que atender.

—Estás agotado —insistió Scarlett, pero vio que con aquel argumento no le iba a convencer —. No quiero quedarme sola. Tengo miedo de que me asolen las pesadillas.

Aquella era una burda mentira, pero consiguió su cometido.

Irwin se acostó a su lado y ella apoyó su cabeza en su pecho. Scarlett había logrado manipularlo para conseguir lo que quería. De la misma manera que Nerys hacía con Craig.

Debería sentirse enfadado consigo mismo y con ella, pero cuando Scarlett se acomodó sobre su pecho con los ojos cerrados mientras el sueño la vencía, Irwin se dio cuenta de que nunca se había sentido tan en paz como en ese momento.

Capítulo 27

—¿Vas a ir ataviada con el vestido que trajiste de Inglaterra? —preguntó Eara.

Habían pasado diez días desde que Irwin y Scarlett habían llegado al acuerdo de contraer matrimonio. Ella había querido casarse antes, pero Irwin quería esperar a que estuviese recuperada del todo, a pesar de que ella se sentía fuerte y sana desde que se había despertado. Aun así, él le había obligado a quedarse varios días en la cama.

Por las noches, dormía con ella. Eso era todo lo que habían hecho hasta dos días antes, cuando ella había logrado seducirlo. Él tenía miedo de hacerla daño, pero Scarlett no había cesado en su empeño, y al final, habían hecho el amor. Ella no pensaba pasarse todo el embarazado sin tener contacto carnal con su prometido.

—Me casaré con los colores de los Astruther —respondió Scarlett con convicción.

Desde que había llegado al clan, se había vestido con sus vestidos, pero ahora se sentía una verdadera Astruther, y por eso llevaba un manto con los colores de los Astruther.

Eara asintió de acuerdo con ella.

—¿Estás nerviosa? Mañana será un día muy especial para ti.

—Debes descansar bien esta noche —le aconsejó Nerys a Scarlett, mirando a su hija, que estaba tumbada encima de una manta colocada en la hierba, despierta con sus manitas moviéndose al aire—. Mañana no dormirás. Tienes que darle una amiga a mi hija —añadió con picardía, ladeando la cabeza hacia Scarlett para guiñarle un ojo.

Scarlett observó el estanque. Hacía una bonita tarde y el lugar proporcionaba la tranquilidad suficiente para que la bebé estuviese calmado. Las tres estaban sentadas en la hierba.

Scarlett se debatió en sí contarle a Nerys y Eara que Seelie tendría pronto una amiga de juegos. Con suerte, una confidente y una compañera con la que descubrir el mundo. Su hija nunca se sentiría sola. Y no solo por la compañía de los animales que ella le enseñaría a amar, sino porque en el clan Astruther sería querida, respetada, aceptada y amada. Tal como lo era ella.

Al final, se decantó por no decir nada. Scarlett no sabía qué pensar sobre lo que Nimue le había contado, pero Irwin estaba seguro de la veracidad de sus palabras. Además, ella había prometido llevarse ese secreto a la tumba y así lo haría.

—Haré lo que pueda —respondió Scarlett con una sonrisa.

Ella era feliz; muy feliz. Nunca recordaba haberlo sido tanto. Aunque había algo que enturbiaba su felicidad, y era que ni sus padres ni su hermano pudiesen estar presentes el día de su boda. Irwin le había prometido que cuando la niña pudiese viajar la llevaría a Inglaterra, pero Scarlett esperaba que sus padres pudiesen visitarles antes.

—Voy a llevar a Seelie a la fortaleza —anunció Nerys, devolviendo a Scarlett a la realidad —. Está comenzando a refrescar y no quiero que se enfríe.

Scarlett asintió. Aunque, en realidad, el aire era caliente, pero Seelie era muy pequeña. Y ella, más que nunca, comprendió el instinto maternal de Nerys, que provocaba que se preocupase por las cosas más insignificantes.

—Acompáñala, Eara —le dijo a su doncella.

Eara negó con la cabeza.

—Aún te estás recuperando. No quiero dejarte sola.

—No estoy sola.

Scarlett señaló a los dos guerreros alejados de ellas que no les quitaba ojo.

—No es necesario que Eara venga conmigo, ya que Donovan me va a acompañar —dijo

Nerys, quien había cogido a Seelie en brazos y se había levantado—. Euan se quedará vigilándote a ti. —Nerys señaló con su barbilla a uno de los guardias.

Scarlett asintió. No habían encontrado al culpable de dispararle la flecha, por lo que Irwin no le permitía ir a ningún lado sin escolta. Tampoco Craig se lo permitía a Nerys. No podían salir de los muros e Irwin se había asegurado de doblar la vigilancia.

Y, a pesar de que le resultaba un poco fastidios, Scarlett podía entenderlo. Era peligroso.

Tras despedirse de Eara y de ella, Nerys y Seelie se marcharon junto a Donovan.

Una ardilla se acercó a Scarlett, posándose en su pierna. En los últimos días, los animales se habían vuelto aún más confiados cuando se trataba de ella. Era como si ya no tuviesen ninguna duda de que estaban seguros a su lado.

¿Podía tener su pequeña algo que ver en ese comportamiento? Inconscientemente, Scarlett se llevó una mano a su vientre. Aunque la apartó rápidamente cuando se dio cuenta de que aquel gesto podía hacer sospechar a Eara, pero esta estaba concentrada en observar a la ardilla.

—Es preciosa, ¿verdad? —le preguntó Scarlett.

Eara se encogió de hombros.

—Mucho más que el ratón que esta mañana se ha subido a tu regazo.

Scarlett emitió una carcajada. La verdad era que, aunque ella estaba acostumbrada a estar rodeada de animales, era extraño hasta para ella.

La ardilla emitió un sonido, similar a un sollozo, y ladeó la cabeza hacia la arboleda.

—¿Hay algún animal que quiere hacerte daño? —le preguntó Scarlett con preocupación.

La ardilla movió la cola contra el zapato de Scarlett. Esta se dio cuenta de que estaba inquieta. La ardilla miraba hacia la arboleda una y otra vez.

—Está bien, te acompaño hasta el árbol dónde tienes la madriguera.

Scarlett vio cómo la ardilla movía la cabeza, asintiendo. A ella nunca le había costado entender a los animales, pero ahora sentía como si hablasen el mismo idioma.

—Ahora mismo regreso —le informó a Eara. Esta la observaba con una ceja arqueada, pero no replicó, ya que sabía que no conseguiría convencer a Scarlett—. No es necesario que me acompañes, Euan —le dijo al guerrero cuando vio que se dirigía hacia ella—. Voy a llevar a la ardilla a su casa. Se asustará si vienes. No voy a alejarme.

El hombre, acostumbrado a las excentricidades de la joven, asintió, aunque no le quitaba los ojos de encima.

Scarlett dejó el claro atrás y se adentró entre los árboles. Aunque había prometido a Euan no alejarse, ella no iba a regresar hasta que la ardilla se sintiese segura. La siguió mientras escuchaba el susurro del viento en las hojas de los árboles y el canto lejano de los pájaros.

De repente, la ardilla se detuvo en seco y se quedó inmóvil. Ella imitó sus acciones. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Tenía la ligera sensación de que algo no iba bien.

Una figura emergió desde detrás de un árbol. Llevaba en sus brazos a una cría de ardilla.

—Nunca he comprendido del todo esa conexión que los animales tienen contigo, pero sabía que te traería hasta aquí —dijo una voz masculina.

Scarlett no tardó en reconocer a ese hombre. Tenía el cabello más largo y un poco más oscuro que dos años atrás, cuando lo vio por última vez. Observó la barba incipiente y sus facciones más varoniles.

Ya no era un niño, era todo un hombre.

—¡Burt! —gritó Scarlett con emoción al reconocerle.

El reencuentro entre ambos no era el que ella hubiera esperado. Habían pasado tantas cosas en las últimas semanas… Todo había cambiado, pero ella seguía alegrándose de verlo y

comprobar con sus propios ojos que él se encontraba bien.

—Shhh —le dijo él—. Corro peligro si me descubren. Scarlett se mordió el labio inferior. Burt dejó a la cría en el suelo y la ardilla corrió para cogerla y llevársela.

—¿Qué haces aquí?

Burt dio un paso hacia ella.

—He venido a buscarte, Scar. —Scarlett hizo una mueca al escuchar la abreviatura de su nombre que tanto le había gustado en el pasado, pero que ahora, por alguna razón que no llegaba a comprender, se sentía extraña; incorrecta. La forma en la que Burt la pronunciaba era diferente, casi forzada—. A salvarte de ese matrimonio. En cuanto me he enterado de que te habían comprometido y habías viajado a las Highlands, he corrido para venir en tu búsqueda. No me importa si ya estás casada, huiremos juntos igual.

Scarlett inhaló una bocanada de aire. Ella debería haber sabido que ese momento llegaría. Era una conversación que debía tener con Burt. Él se merecía saber la verdad.

Aunque eso rompiese su corazón.

—No estoy casada.

—Sabía que me esperarías —dijo Burt, dando varios pasos hacia ella. Él estiró los brazos para que los cogiese, pero ella no lo hizo. Burt arrugó el ceño al ver la expresión en el rostro de ella—. ¿Qué sucede, Scar?

—Iba a enviar una misiva a Penny para que te la hiciese llegar, pero tuve varios problemas y no pude enviártela. —Las palabras de Scarlett salían a borbotones, ella no sabía cómo explicarle a Burt lo que le había sucedido sin hacerle daño. Pero entonces, se dio cuenta de que aquello no era posible—. No puedo irme contigo, estoy enamorada de Irwin Astruther.

El rostro de Burt se contrajo por el dolor y Scarlett se sintió la peor persona del mundo. Sin embargo, ella no tenía la culpa. Ella no había decidido enamorarse de Irwin, había sido su corazón quien lo había elegido.

—¿Has olvidado el amor que me procesabas?

—Lo siento, Burt. De verdad que lo hago. Lo último que quiero es hacerte daño, pero no puedo controlar mi corazón.

Burt esbozó una sonrisa triste.

—Te amo, Scar. Todo lo que he hecho hasta ahora ha sido por ti.

—Lo siento. —Ella no sabía que otra cosa podía decirle.

—No lo sientas. Lo único que quiero es que seas feliz.

Ella sonrió, porque no esperaba otra cosa de Burt. Él era un hombre con un gran corazón.

—Conocerás a una mujer que te ame y la ames. Te lo mereces.

—No será como tú, Scar, pero me alegro de que hayas encontrado el verdadero amor. ¿Puedo abrazarte?

Aquella no era una petición usual, pero aquel hombre era Burt. Su mejor amigo, el hombre al que había creído que amaba. En vez de responder, venció la distancia que les separaba. Se lanzó a los brazos de Burt, que la acogió con dulzura y calidez. Pero el bonito momento fue roto por un sonido atronador, seguido de un grito.

—¡Scarlett, corre! —escuchó la voz aterrorizada de Eara.

Ella fue a separarse de Burt para ir en busca de su amiga, pero este la sujetaba con fuerza.

—Burt, mi amiga está en apuros. Yo…

—Lo siento, Scar, pero no puedo permitirlo.

—¡¿Qué?!

Él le colocó una mano en el cuello y ella abrió los ojos, atemorizada. El rostro siempre

amable de Burt había mudado a uno cruel y tenebroso.

—No temas, solo vas a desmayarte. Te necesito viva.

Scarlett no pudo hacer ninguna pregunta, porque la vil mano le apretaba el cuello, impidiéndola respirar.

Y entonces, su mundo se volvió negro.

Capítulo 28

Despertarse en un lugar que no conocía sin recuerdos de lo acontecido se estaba convirtiendo en una costumbre muy molesta para Scarlett.

Pero, esta vez, a diferencia de las otras, los recuerdos llegaron con rapidez a ella. Burt la había secuestrado. Él había realizado un acto del que ella jamás pensó que sería capaz. Aun así, quiso creer que eran los celos los que le habían hecho actuar así.

Él recapacitaría, estaba segura de ello.

Burt era un buen hombre.

Se levantó de la cama en la que estaba tumbada para darse cuenta de que le habían cambiado de ropa. Ya no llevaba el manto de los Astruther. Ella iba ataviada con un sencillo vestido marrón gastado y con remiendos.

Observó la alcoba para ver si podía darle alguna pista del lugar en el que se encontraba. Parecía la alcoba de una mujer por las cortinas con adornos florales, y un reluciente espejo de plata bruñida descansaba encima de una mesa de madera.

Se dirigió hacia la puerta. Tiró de ella, pero no se abrió, porque estaba cerrada desde fuera. No le sorprendió, pero sí provocó que soltase un suspiro. Escudriñó la habitación en busca de algo que le sirviese para salir de allí.

Vio un baúl a los pies de la cama y lo abrió. Lo que encontró allí le sirvió para no tener dudas de que una mujer era la dueña de aquella habitación: cepillos, vestidos, zapatos, velos y tocados. La mujer que dormía allí debía ser importante, ya que todos aquellos objetos eran lujosos.

La puerta se abrió y Scarlett soltó el vestido que estaba sujetando, dejándolo de nuevo dentro del baúl. Burt entró y cerró la puerta tras él.

—Puedes quedarte con los vestidos y las pertenencias que hay en el baúl. —La voz de Burt era osca y llena de rabia—. Pertenecían a la hija del laird MacNeill. En dueño de la fortaleza en la que nos encontramos —le informó—. Creo que la conoces, su nombre es Nerys —dijo con ironía.

¿El progenitor de Nerys también estaba detrás de su secuestro? A Scarlett no debería sorprenderle, ya que sabía que el clan del padre de Nerys y el clan Astruther estaban en guerra. Lo que le sorprendía era que Burt hubiese decidido aliarse con él.

Scarlett observó a Burt. A ella le costaba reconocer al hombre que estaba frente a ella. No quedaba nada de ese joven amable y cariñoso que ella había conocido durante tantos años. Aquel hombre parecía amargado y lleno de odio. Sus bonitos ojos pardos ya no brillaban con esa calidez familiar cada vez que la veían, sino con una frialdad que a Scarlett le heló los huesos; incluso pudo atisbar un toque de locura en ellos.

¿Cómo se había podido convertir en ese hombre? Tan solo habían pasado dos años desde la última vez que se vieron. No era tanto tiempo.

—¿Qué te ha sucedido, Burt?

—¿Por qué crees que me ha sucedido algo? —le preguntó él con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Has cambiado.

—He dejado de fingir, pero no he cambiado —respondió Burt, y Scarlett retrocedió un par de pasos, buscando conseguir la máxima distancia entre él y ella. Burt se rio y la miró de arriba

abajo—. Me alegro de que te hayas recuperado. No era a ti a quien quería matar con la flecha.

—¿Fuiste tú?

—Ese bastardo de tu prometido se merecía morir, pero te interpusiste y casi mueres y lo estropeas todo. Siempre has sido bastante necia.

Burt había sido quien había atentado en contra de Irwin. ¿Cómo había sido capaz de hacer algo así?

El Burt al que había conocido en el pasado jamás sería capaz de cometer un algo tan atroz. Sin embargo, Scarlett acababa de darse cuenta de que ese hombre tan solo había existido en sus pensamientos.

¿Había estado Burt engañándola durante todos estos años? ¿Por qué haría algo así?

—Burt… —comenzó Scarlett.

—Te queda bien el collar —le dijo Burt, impidiéndole hablar.

Scarlett se llevó la mano al cuello y bajó la cabeza para ver que el collar que Burt le había regalado estaba colgado de su cuello. Él debía habérselo puesto.

—Lo encontré en el bosque —habló Burt, respondiendo a su pregunta no formulada—. ¿Se te cayó? —A pesar de que parecía una pregunta inocente, Scarlett pudo percibir la rabia con la que pronunció aquellas palabras.

Scarlett ni siquiera se acordaba de que lo había dejado allí cuando Irwin lo tiró al suelo. No había vuelto a acordarse de él. Ella había estado ocupada reviviendo las imágenes de ellos dos yaciendo en aquel lugar. Estuvo a punto de llevarse la mano al estómago. El fruto de la pasión y el amor crecía en su interior. No lo hizo porque no quería que Burt sospechase. Podría utilizarlo en su contra.

—Entiendo que estés celoso, pero…

—¿Celoso? —repitió Burt, interrumpiéndola.

—¿Me amas? —Hacía unos días, Scarlett estaba completamente segura del amor de Burt hacia ella. ¿Ahora? Ahora dudaba de todo.

Burt soltó una carcajada, despejando sus dudas.

—Jamás te he amado, Scar.

—¿Y porque me regalaste una piedra que simbolizaba el amor entre un hombre y una mujer? —le preguntó.

—¿Eso significa? —le respondió con otra pregunta.

—Tu padre debió amar mucho a tu madre para regalárselo —le dijo Scarlett en un intento de ablandar tu corazón—. A tu madre le hubiese gustado que se lo entregases a una mujer que amas de verdad. La encontrarás, Burt —continuo, en un intento de llegar a él, pero Burt estalló en carcajadas.

—Mi padre jamás le regaló nada a mi madre, Scar. ¿Cómo pudiste creerte una mentira tan burda? Lo robé y te conté esa historia porque necesitaba que me esperases.

—¿Todo ha sido mentira? ¿Nunca has sido mi amigo?

Burt se encogió de hombros.

—Eras una niña solitaria y bastante rara, pero te llegué a coger aprecio y te has convertido en una mujer bonita. El acto marital no me resultará desagradable.

¿Acto marital? Scarlett llegó a la conclusión de que ese hombre había perdido la cordura.

—¡No voy a casarme contigo!

—No recordaba que tu voz fuese tan molesta —dijo Burt, tocándose el oído como si le hubiese hecho daño—. Regresaremos a Inglaterra y nos casaremos en la capilla del castillo Claymore. Tu padre bendecirá nuestra unión y me convertirá en su heredero.

—Mi padre no hará eso. Tiene un hijo varón.

—Un hijo muerto no puede heredar.

Scarlett se colocó la mano en la boca para no emitir un grito de dolor. Sintió que las piernas le fallaban. Burt la miraba con una sonrisa maliciosa, sin ninguna intención de ayudarla. Con las pocas fuerzas que le quedaban, llegó hasta la cama y se sentó en el borde.

Las lágrimas salían a borbotones por sus ojos, ensuciando sus mejillas.

—Azriel ha muerto… —balbuceó Scarlett, con la voz rota—. ¿Lo has matado? ¡¿Has sido tú?!

—No pretendía perturbarte, Scar —dijo Burt en un tono burlón. Él estaba disfrutando del sufrimiento de ella—. Azriel está vivo, pero tus padres creen que no.

Scarlett sintió cómo su corazón volvía a latir. Su hermano estaba vivo. Aunque, ¿podía creer algo de lo que Burt decía? No, Scarlett no confiaba en ese hombre que ahora tan solo era un desconocido para ella, pero, en esos momentos, no le quedaba otra opción.

—No entiendo.

—Tu hermano suele escaparse para ir al río a ver los peces como hacía contigo. Hace un mes, yo estaba de visita en el castillo. Vi como tu hermano tropezaba y caía al río. Me lancé para ayudarlo, pero las fuertes corrientes se lo llevaron. Estuve a punto de fallecer para ayudarlo. Fui un héroe —dijo, soltando una carcajada—. Por supuesto, Azriel nunca se llegó a caer al río. Pagué unas monedas a un hombre para que lo metiera en un saco y se lo llevara. Tus padres han buscado su cuerpo con ahínco, pero, al final, han aceptado su fallecimiento.

La ira recorrió el cuerpo de Scarlett. Quiso levantarse y golpear a Burt hasta la saciedad por todo el sufrimiento que le estaba haciendo pasar a sus padres. Pero ¿qué conseguiría haciendo eso? Nada. Debía actuar con astucia.

—¿Dónde está Azriel? —preguntó, poniéndose de pie.

—Él está en esta fortaleza, sano y salvo. Y así seguirá mientras tú cumplas con mis demandas.

—¿Y cuáles con?

—Te casarás conmigo y serás mi baronesa.

—A pesar de que crea que Azriel está muerto, mi padre no te convertirá en su heredero aunque seas mi esposo.

—Lo hará —replicó Burt con convicción—. Thomas de Montfort se encuentra juntos a sus hombres y dos docenas de mercenarios asediando el castillo Claymore.

Scarlett reconoció ese nombre. Era el caballero que había contratado a Burt de mercenario. Ella le había visto en varias ocasiones cuando había pernoctado en el castillo de su padre. Era un hombre de una edad parecida a la de su progenitor, pero con un aspecto más desagradable. A ella siempre le había dado cierta repulsión.

—No lo conseguirá.

—No, no lo hará. No puede contra el ejército de tu padre, pero sí logrará aguantar lo suficiente para que fallezcan de hambruna campesinos inocentes. —Scarlett le lanzó una mirada de oído—. Si nos damos prisa, eso no sucederá. Los MacNeill harán correr el rumor de que te has escapado de un prometido que te maltrataba.

—Irwin jamás me dañaría.

—En tu huida llegarás a Inglaterra, pero antes de poder llegar al castillo de tu padre, los hombres de Montfort se cruzarán contigo —continuó Burt, como si ella no hubiese hablado—. Ellos te llevarán ante Montfort, él te reconocerá y amenazará a tu padre con matarte si no le entrega el castillo. Yo me ofreceré como mediador, temeroso de que te suceda algo. Nada de eso

será verdad, pero tu padre se lo creerá —dijo con burla—. Le haremos creer que he logrado que Thomas acepte un trato: dejarte con vida a cambio de la propiedad de Thur —añadió, nombrando otra de las propiedades de su padre. Hasta donde Scarlett sabía, no era de gran valor, pero ella no entendía de esos asuntos. Debía ser más valiosa de lo que pensaba—. Él aceptará para recuperar a la única hija que le queda viva. Yo pediré tu mano y que me convierta en su heredero. Y tú, le rogarás a tu padre que acepte por el agradecimiento y amor que me procesas.

—¿Thomas de Montfort se conformará solo con unas tierras?

—Y mi fidelidad cuando me convierta en el barón de Claymore.

—El rey no permitirá que Thomas de Montfort use a una dama para un chantaje,

—El rey está en las cruzadas, no se preocupa de nada que suceda en Inglaterra. Su madre, la reina regente, toma las decisiones. Y Thomas es uno de los barones preferidos de Leonor. Tu padre no es de su agrado, ella no interferirá.

Scarlett sabía que eso podía ser cierto. Su padre había sido cercano al marido de Leonor. Enrique y él habían sido amigos, o todo lo amigos que un vasallo puede ser con su señor. Leonor odiaba a todo el que había estado al lado del hombre que la había encerrado en una torre.

—¿Qué sucederá con Azriel si acepto?

—Azriel vivirá en el clan MacNeill sano y salvo siempre y cuando tú mantengas la boca cerrada y te conviertas en una esposa anegada y sumisa. Te comportarás con el decoro que se espera en una dama como tú. Se acabó realizar tareas de sirvientes e ir por el castillo hablando con los animales como una loca. Siempre me ha parecido un rasgo de tu carácter muy desagradable.

Scarlett se mordió la lengua para no soltar una serie de maldiciones. No podía hacerlo si quería proteger a su hermano y al bebé que crecía en su vientre.

—Deja a Azriel en el clan Astruther. Nerys lo cuidará como si fuese su hijo.

Burt se rio y su risa sonó demencial.

—Azriel se quedará aquí. Si te portas bien, vendremos a visitarlo una vez al año.

Scarlett sabía que mentía. Burt no podía dejar vivo a Azriel mucho tiempo. No podía arriesgarse a que se hiciese mayor y reclamase sus derechos, pero Burt había perdido la mente.

—Eres un miserable —espetó con rabia—. ¿Por qué actúas así?

—Por poder, Scar. Siempre todo es poder.

Scarlett debería haberlo sabido. Los hijos bastardos de los nobles solían guardar rencor en su corazón. Enojados por ser considerados inferiores que los hijos nacidos en el matrimonio. Ella siempre había creído que Burt era diferente, que a él no le importaba, pero era evidente que había estado equivocada.

Aquel hombre que estaba frente a ella ahora era un desconocido. Siempre lo había sido.

—No me llames Scar. Mi nombre es Scarlett.

—Las Highlands te han dado las agallas que te faltaban, pero si no quieres que te las quite por medio de palizas, guárdalas para el lecho. Me gustan las mujeres que no se quedan quietas mientras las penetro.

Scarlett tuvo que reprimir las ganas de vomitar. Quiso gritarle lo desalmado que era, pero sabía que no lograría nada con insultos.

—Haré lo que dices —dijo, reprimiendo la ira que sentía. Mientras Burt creyera que accedía a sus demandas, podía pensar un plan. Uno en el que conseguiría deshacerse de Burt y salvar a Azriel—. Te seguiré el juego. Mentiré a mis padres y seré una buena esposa, pero, primero, quiero ver a Azriel.

Burt esbozó una sonrisa triunfal.

—Sabía que entrarías en razón. Ese mocoso siempre ha sido tu perdición.

Burt abrió la puerta y se marchó, dejándola sola.

Puede que Scarlett nunca hubiera llegado a conocer a Burt, pero este tampoco la conocía a ella. Porque si lo hubiera hecho, se hubiera dado cuenta de que Scarlett jamás habría accedido a sus demandas.

No sin antes luchar.

Los minutos se hicieron eternos. Scarlett estaba desesperada. Ella sabía que tenía que idear un plan para salvar a su hermano, pero no se le ocurría ninguno.

Cuando la puerta se abrió, estaba segura de que su hermano aparecería por ella, pero no fue así. Un hombre de mediana edad ataviado con los colores de su clan la miró con unos ojos azules que le recordaron a los de Nerys. Scarlett no necesitó que se presentase para saber quién era.

—Vuestra hija sigue teniendo la esperanza de que os reencontréis.

—No tengo ninguna hija. —La voz cortante de Cleit MacNeill no permitía ninguna réplica —. He venido aquí para aseguraros de que vuestro hermano no correrá ningún riesgo.

¿Acaso creía que sus palabras o las de Burt tenían algún tipo de veracidad para ella?

—Ya me lo ha prometido Burt.

El laird la miró fijamente.

—Y vos no le habéis creído. —Scarlett no replicó—. Si algo he aprendido de las mujeres, es a no subestimaros. Si creéis que vuestro hermano está en peligro, pondréis en riesgo mi trato con Thomas de Monfort.

—Sois un laird escocés, ¿por qué pactaríais con un barón inglés?

—Porque mis actuales aliados no son de fiar y necesito apoyos para mi guerra contra los Astruther. Deberíais estar feliz de libraros de un matrimonio con Irwin Astruther. Os hemos salvado de una vida desdichada.

Scarlett quería gritarle que amaba a Irwin, que él era un hombre honorable. Pero no podía correr el riesgo de que se diese cuenta de que ella era valiosa para Irwin y cambiase de idea y tratase de usarla para ganar la guerra.

—A él solo le interesaba la dote que mi padre le ha dado —mintió—, no es tan diferente a lo que quiere Burt. Mi vida será desdichada de las dos formas —la mentirá quemó sus labios. Ella sería muy feliz con Irwin e iba a luchar con uñas y dientes para regresar a su lado. Por ella y por su niña no nacida.

El laird fue a decir algo más, pero un niño entró en la habitación corriendo, lanzándose a los brazos de Scarlett. Ella se agachó para quedar a su altura y lo abrazó con fuerza.

—Azriel, ¿estás bien? —le preguntó.

Azriel no le respondió. Él tenía su cabeza apoyada contra Scarlett.

—Él goza de buena salud —dijo Cleit MacNeill—. Y si cumples tu parte del trato, seguirá siendo así. Lo cuidaré como si fuera mi hijo. Tienes mi palabra.

Después de ver cómo había tratado a Nerys, Scarlett no estaba segura de si podía confiar en él. Pero no tenía otra salida; por lo menos, no hasta que encontrase la forma de salir del embrollo en el que estaba metida. Necesitaba que, hasta entonces, Azriel estuviese seguro.

—Cumpliré con mi parte —le aseguró.

El laird se marchó y Scarlett intentó separar a su hermano para poder mirarle a la cara. Con mucho esfuerzo, lo logró.

El niño se sorbió la nariz, intentando controlar las lágrimas.

—No he sido valiente —se lamentó entre hipidos—. Me metieron en un saco y grité.

También creo que lloré hasta quedarme dormido.

—Has sido muy valiente, Azriel —dijo Scarlett, tratando de contener las lágrimas que amenazaban con escaparse de sus ojos. Tenía que mostrarse fuerte. Tenía que hacerlo por Azriel —. El niño más valiente que conozco.

Azriel la abrazó de nuevo. El pobre niño solo tenía seis años y había pasado por mucho. El pequeño temblaba como una hoja a pesar de las palabras cariñosas con las que su hermana le estaba colmando. Pasaron horas hasta qué logro calmarlo. Lo acostó en la cama y le acarició el pelo. Se tumbó a su lado, y a pesar del cansancio, el sueño logró llegar a ella, y cuando lo hizo, para su sorpresa, las pesadillas no se adueñaron de él. Porque, en el fondo de su corazón, ella sabía que todo terminaría bien. Ella confiaba en que el mal no podía vencer; no cuando la bondad y el amor estaban presentes.

—Scarlett, despierta. —Una voz que conocía bien provoco que abriese los ojos.

Eara estaba frente a ella. Por un instante, creyó que los acontecimientos de la noche anterior habían sido un mal sueño, pero un pequeño cuerpo caliente apoyado en su pecho le sacó de su error.

Azriel dormía tranquilo. Probablemente, por primera vez desde hacía semanas.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—También me han secuestrado a mí —dijo Eara con un hilo de voz. Sonaba aterrorizada y sus ojos brillaban por las lágrimas no derramadas—. Mataron a Euan.

Scarlett no conocía apenas al guerrero, pero sintió su pérdida. ¿Cómo podían llegar a ser tan bárbaros? ¿Cómo podían ser capaces de matar a personas inocentes?

Intentando no despertar a Azriel, se levantó de la cama. Se acercó a Eara y la abrazó.

—Lo siento mucho, Eara —se disculpó mientras se separaba de ella—. Siento mucho haberte metido en esto.

—No es tu culpa, Scarlett. Tú no tienes la culpa de nada de lo que ha pasado. —A pesar de que Scarlett sabía que eso era cierto, indirectamente, se sentía responsable, ya que ella era la razón por la que habían matado a Rown y Eara había sido secuestrada—. El inglés dice que es tu prometido y que vas a casarte con él.

—Él es Burt. El hombre del que pensé que estaba enamorada.

—Ese hombre es un demente. Me ha encerrado en la mazmorra —susurró Eara—. Me ha dicho que debo acompañarte a Inglaterra y ser tu doncella allí. —No irás a ninguna parte. Te ayudaré a escapar durante el viaje de regreso.

Scarlett no se podía creer la osadía de Burt.

—Irwin y Callem nos encontrarán —le dijo Eara—. La sirvienta que me ha llevado la comida a las mazmorras vivía en el mismo pueblo en el que yo me crie. Se casó con un miembro del clan MacNeill antes de que la guerra comenzase. Ella era amiga de mi madre, me ha reconocido por mi parecido con ella. No puede ayudarnos a escapar sin poner en riesgo la vida de sus hijos, pero va a encontrar la manera de avisar a Irwin de los planes de Burt.

Por primera vez desde que había sido secuestrada, Scarlett sonrió.

—Irwin nos encontrará.

Eara asintió.

—Él lo hará.

Capítulo 29

Scarlett estaba segura de que estaban siendo vigilados. Desde el momento en el que había salido de las tierras de los MacNeill no podía quitarse esa sensación de que Irwin se encontraba cerca. Ella sentía su presencia. No podía explicarlo con palabras, pero era como si una cuerda imaginaria les uniese.

Scarlett había retrasado cuatro días el viaje hacia Inglaterra alegando encontrarse enferma. Burt le había creído. El muy necio pensaba que Scarlett era una mujer sin malicia y bondadosa. Tal vez esa era la mujer que él había conocido, pero ella ya no era así. Seguía siendo bondadosa, pero también se había convertido en una mujer fuerte, capaz de cualquier cosa por salvar a aquellos a los que amaba.

Scarlett había tenido la esperanza que la sirvienta que conocía a Eara hubiese tenido tiempo suficiente para avisar a Irwin. No lo había sabido con certeza, ya que su doncella no había podido volver a comunicarse con ella. Pero esa esperanza se había convertido en certeza desde hacía varias horas.

Sobre todo, minutos antes, cuando ella había reconocido las señales sutiles de que eso era así: un destello de acero entre los árboles y un susurro que no pertenecía al viento.

Todas esas señales eran apenas perceptibles; incluso para guerreros experimentados. Pero Scarlett estaba más unida que nunca a la naturaleza y veía y escuchaba todo aquello que era inapreciable a los sentidos humanos.

—Tírate del caballo —le susurró Scarlett a Eara cuando se acercaban a un pequeño claro rodeado de frondosos árboles, el lugar idóneo para una emboscada.

Eara miró con asombro a Scarlett. Esta señaló el claro que se presentaba ante ellas con la barbilla, y los ojos de Eara brillaron con reconocimiento.

—No creo que sea capaz —susurró para que no le escuchasen los dos guerreros MacNeill que iban detrás de ellas montados en sus caballos.

—Burt es un necio, pero no tanto como para creer que me he caído de un caballo —le dijo, mirando hacia Burt, que iba delante de ellas, bastante avanzado, confiando en que las mujeres eran demasiado débiles, ignorantes y temerosas como para intentar alguna estratagema.

Eara suspiró. La joven sabía que era la única opción. No sospecharían, ya que se había mostrado bastante inestable desde que había montado en su caballo. Era evidente para cualquiera que la viese que apenas era capaz de mantenerse erguida.

Santiguándose, tiró de las riendas para parar al caballo y se lanzó al suelo, golpeándose en un brazo y torciéndose el tobillo derecho. Grito de dolor provocando que los guerreros parasen a sus caballos y Burt mirase hacia atrás.

Scarlett descendió de un salto de su montura y se agachó para ayudar a Eara.

—Finge que te duele mucho y que no puedes ponerte en pie —le susurró al oído.

—No va a ser necesario que finja —replicó la joven con los ojos brillantes por las lágrimas.

—¿Podéis ayudarnos? —le preguntó Scarlett a los guerreros.

Los hombres se acercaron. Uno de ellos se agachó parar mirar el tobillo de Eara, quien se lo estaba sujetando mientras gemía por el dolor. Scarlett aprovechó para coger una piedra que estaba a su lado y golpear con ella al hombre en la cabeza.

Este gritó, aunque no llego a perder el conocimiento. Levantó el brazo para golpear a Scarlett, pero una flecha le atravesó el corazón.

Tres hombres salieron de detrás de los árboles con la precisión y velocidad de un rayo.

Scarlett reconoció al que iba más adelantado. Irwin llevaba su espada desenvainada.

El guerrero desenvainó su espada y agarró a Scarlett para usarla de escudo. Ella le mordió el brazo con fuerza para que le soltase. Surtió efecto, pero el hombre le asentó un empujón y ella cayó al suelo.

Se golpeó levemente la cabeza y el aturdimiento se apoderó de ella. Cerró los ojos, intentando recuperarse. El sonido de las espadas chocando y los gritos de los hombres le atravesaron los oídos. Se colocó las manos en las orejas para intentar menguar el sonido y que el fuerte pitido que resonaba en su cabeza cesase.

Cuando por fin logró recuperarse, abrió los ojos. Miró hacia el suelo. Los dos guerreros MacNeill estaban muertos, pero no había rastro de Burt.

—Si no queréis que la mate, entregadme a Scarlett y marchaos. —La voz de Burt resonó por el claro, evidenciando que estaba vivo.

Scarlett levantó la cabeza sin atreverse a ponerse de pie. Vio que Burt usaba de escudo a Eara a la vez que apretaba el cuchillo que había colocado en el cuello de la doncella.

—¡Suéltala! —rugió Callem. A su lado, Craig le colocó una mano en el hombro para calmarlo. La voz de Callem sonaba desesperada.

—No le hagas daño, Burt. Me iré contigo —suplicó Scarlett, poniéndose de pie. Tambaleó, pero al final logró dar un par de pasos. No dio más porque Irwin la agarró por la cintura y tiró de ella para colocarla detrás de él—. Irwin, por favor —pidió. No quería que Eara saliese dañada; no por su culpa.

—No te muevas —le exigió Irwin.

Eara sollozaba, asustada. Su pie herido no tocaba el suelo, y si no estuviese sujeta por su captor, se hubiese caído al suelo.

Scarlett se dio cuenta de que su amiga no tenía ninguna posibilidad de escapar por sí misma. Una distracción no serviría, ya que apenas podía andar.

—Déjame irme con él. Volverás a salvarme —le susurró Scarlett a Irwin, lo suficientemente bajo como para que tan solo él pudiese escucharla.

—Coge el cuchillo que guardo en la caña de mi bota derecha y dámelo —le respondió Irwin en el mismo tono de voz mientras Craig intentaba negociar con Burt, quien a cada momento que pasaba, estaba más nervioso.

—No tiene por qué morir nadie más. —Lo que Burt estaba haciendo era deleznable, pero ella no quería que muriese. No quería que nadie lo hiciese—. Déjame ir con él.

—Por una vez en tu vida, obedece, Joyita. No voy a perderte, eso no va a pasar.

Scarlett escuchó la desesperación en la voz de Irwin. El temor que había pasado esos últimos días. Aprovechando que Craig seguía entreteniendo a Burt, obedeció a Irwin.

Burt miró hacia ellos, pero no podía ver a Scarlett, ya que el fornido cuerpo de Irwin la tapaba.

—Ella me pertenece a mí. He aguantado durante años sus locuras, que todos me mirasen con desagrado por estar a su lado. Me merezco lo que he cosechado con esfuerzo. Las tierras Claymore serán mías.

La bilis ascendió por la garganta de Scarlett al escuchar las palabras de Burt. ¿Cómo había estado tan ciega durante todos esos años como para no darse cuenta de que Burt tan solo estaba con ella por interés? Ni siquiera parecía tolerarla.

Había sido tan crédula…

Cogió el cuchillo y lo posó sobre la palma abierta que Irwin había colocado detrás de él, lejos de la mirada de Burt.

—Scarlett es la mujer más inteligente y noble que he conocido en toda mi vida —dijo Irwin con furia—. No mereces respirar el mismo aire que ella respira. Lo único que mereces es la muerte —siseó, a la vez que lanzaba su cuchillo para atravesar el brazo de Burt, con el que sujetaba el cuchillo con el que amenazaba a Eara.

Y entonces, el caos más absoluto se desató.

Burt gritó de dolor y dejó caer el cuchillo. La doncella cayó al suelo al fallarle el pie. Callem corrió hacia ella para salvarla, pero Burt fue más rápido. Le dio una patada en la cabeza a Eara que la dejó inconsciente, y en un rápido movimiento, usó la mano cuyo brazo no tenía herido para coger el cuchillo del suelo y clavárselo a Eara en el corazón.

Scarlett se quedó aturdida. No comprendía por qué había atacado a su amiga en vez de intentar matar a Callem que corría hacia ellos, pero en su aturdimiento, lo entendió. Burt era un cobarde, uno que se atrevía con las mujeres, pero no con los hombres.

Callem lanzó un grito de ira; la ira más absoluta, y con su espada alzada, se lanzó hacia Burt. Scarlett intentó ir a ayudar a Eara, pero Irwin se lo impidió.

—Está muerta, no puedes hacer nada por ella —le dijo, abrazándola.

Scarlett colocó su cabeza en el pecho de Irwin y lloró. Lloró por la muerte de su amiga, lloró porque no entendía cómo una persona podía estar tan consumida por el poder y la crueldad.

Cuando los sollozos comenzaron a cesar, escuchó a Craig pedirle a Callem que parase. Pero ella seguía oyendo el sonido de una espada golpeando un cuerpo mientras el aire resonaba en la hoja.

Scarlett se llevó instintivamente la mano al cuello para notar el collar que llevaba puesto. Se separó un poco de Irwin y se quitó el collar y lo tiró al suelo a la vez que lo pisaba una y otra vez.

—Ya está, Joyita. Ya ha pasado todo. —Las palabras de Irwin eran suaves mientras continuaba rodeándola con sus brazos.

De pronto, el claro se quedó en silencio. Ella se atrevió a levantar la cabeza. Irwin se negaba a soltarla, pero ella se separó lo suficiente como para ver a Callem en el suelo, abrazando el cuerpo sin vida de Eara. No se atrevió a mirar hacia el lugar donde se encontraba Burt.

Todo había pasado, ella y su bebé estaban a salvo, pero Eara había muerto. Y Azriel… Ella abrió los ojos al recordar a su hermano.

—¿Has podido liberar a mi hermano? —le preguntó a Irwin.

Ella le había pedido a la sirvienta que les había ayudado que le hiciese llegar a Irwin que intentase salvar antes a Azriel que a ella.

—No, Joyita. No puedo entrar en la fortaleza de los MacNeill sin poner en juego la vida de mis guerreros y la de tu hermano.

—Lo va a matar cuando se entere de que Burt está muerto y tú me has liberado. Solo tiene seis años.

—Encontraré la manera de salvarlo.

Aunque Irwin pronunció aquellas palabras con convicción, Scarlett sabía que no estaba seguro de lograrlo.

—Iré a hablar con el laird MacNeill. Intentaré llegar a un acuerdo con él —propuso Scarlett con desesperación. Ella dudaba poder conseguirlo, pero tenía que intentarlo. No podía permitir que Azriel falleciese.

—No, Joyita. Tú regresarás a la fortaleza Astruther. No permitiré que mi hija y tú —dijo Irwin, a la vez que acariciaba el vientre aún plano de Scarlett—, corráis más riesgos.

Un sonido distante puso a Irwin en alerta. Al principio, a Scarlett le costó discernir qué era.

Una vibración en el suelo que cada vez se hacía más fuerte. Pronto, se convirtió en el resonar de caballos golpeando la tierra con un ritmo fuerte y decidido. El sonido crecía en intensidad, un tamborileo creciente que reverberaba a través del claro.

—¿Son tus hombres? —preguntó Scarlett.

—No —respondió Irwin, colocándola detrás de él para protegerla con su cuerpo.

Irwin desenvainó su espada y Craig imitó sus acciones. Callem seguía en el suelo, acunando el cuerpo de Eara.

El sonido de las herraduras se mezclaba con el crujido ocasional de las ramas bajo el peso de los animales y el chasquido de las hojas secas. Scarlett pudo escuchar el resoplido de los caballos, respiraciones profundas y fuertes que le revelaron que estaban cerca.

Ella no sentía miedo, después de todo lo que acababa de sufrir, no le quedaban fuerzas ni para ese sentimiento. Scarlett miró al cielo y vio un precioso pájaro con las alas de color azul volando en libertad. No sabía cómo explicarlo, pero, de alguna manera, aquel animal le dio paz y seguridad. Seguridad de que no corrían ningún peligro. Ella sintió como si el bello pájaro les estuviese dando buenas noticias.

Salió de detrás del laird al tiempo que cuatro jinetes llegaban al claro.

Uno de ellos saltó del caballo. Iba ataviado con los colores de su clan. Unos colores que Scarlett no logró reconocer.

—Irwin Astruther, es un placer volver a verte —le saludó el guerrero.

Ella se fijó en el hombre. Era alto, rubio, y con ojos castaños. No era poseedor de una belleza deslumbrante, pero tenía un atractivo masculino que Scarlett estaba segura de que provocaría que muchas mujeres yaciesen con él sin importarles pecar.

Irwin entrecerró los ojos durante unos segundos. Cuando los volvió a abrir, la evidencia se había adueñado de su mirada.

—Brodie Munro —por la forma en la que Irwin pronunció aquel nombre, Scarlett se dio cuenta de que él no tenía en gran estima a ese hombre—, ¿has venido a vengarte por la muerte de los hombres de tu aliado?

Brodie miró los cadáveres de los hombres sin inmutarse, pero una mueca de disgusto se dibujó en su rostro cuando vio el cadáver de Eara.

—No hay honor en matar mujeres ni secuestrarlas. Han obtenido lo que se merecían.

—Y, aun así, sigue siendo tu aliado —dijo Irwin con amargura.

Brodie se rio.

—¿Acaso te crees mejor que yo? —preguntó, aunque no permitió que Irwin hablase—. Yo tengo un aliado, tú te has aliado con la mitad de los clanes para ir en mi contra.

—Porque te uniste al hombre más deleznable de las Highlands. Y tus hombres mataron a dos de los míos.

—Nunca di esa orden. No hay honor en el engaño. Si quisiese matarte a ti o tus hombres, lo haría de frente.

—Y morirías —respondió Irwin a la vez que envainaba su espada y le hacía un gesto a Craig para que hiciese lo mismo al ver que ni Brodie ni sus hombres habían desenvainado las suyas.

Brodie sonrió.

—No temo a una muerte honorable.

—Si no has venido en busca de venganza, ¿qué deseas?

—He escuchado que vas a casarte. Te he traído un regalo que hará feliz a tu prometida.

Brodie hizo un gesto con la mano y uno de sus hombres, el más alejado, azuzó las riendas

del caballo, acercándose a ellos.

El hombre tiró de la manta que tenía en su regazo y Scarlett emitió un grito cuando vio el cuerpo de su hermano.

—¿Está muerto? —preguntó, aterrorizada, a la vez que se deshacía del agarre de Irwin y corría hacia su hermano.

—No era mi deseo asustaros, milady —dijo Brodie. Sus palabras no parecían burlonas, más bien, genuinas—. Vuestro hermano está dormido. Estaba agotado del viaje.

Scarlett no se relajó hasta que le colocó una mano debajo de la nariz y notó su respiración acompasada.

—Azriel, despierta —le pidió a su hermano, estirando la mano para acariciarle el pelo.

El pequeño se despertó y miró a su hermana.

—Scarlett —murmuró, somnoliento.

Irwin se acercó y bajó a Azriel del caballo. El niño miraba al laird con desconfianza, pero Scarlett esbozó una sonrisa para demostrarle que todo estaba bien.

Irwin lo dejó en el suelo y el niño abrazó a Scarlett.

—Scarlett, te he echado de menos. No me dejes solo de nuevo —le pidió, sollozando.

Scarlett apretó con fuerza a su hermano hacia ella, con tanta que, por un instante, temió estar asfixiándolo, pero su hermano pegó su cuerpo al de ella mientras le suplicaba una y otra vez que se quedase con él.

—Nunca más —le aseguró Scarlett mientras acariciaba su cabello con ternura. Alzó la mirada para observar a Brodie, que se encontraba a unos pasos de ella. Aquel hombre había salvado a Azriel—. Gracias por traerme a mi hermano sano y salvo.

—Ha sido un placer, milady —le dijo a la vez que se subía a su caballo, un enorme semental marrón—. Mi trato con Cleit MacNeill está roto. No acepto aliados que van de espaldas y que hacen tratos con ingleses.

—¿Y qué quieres a cambio de haber salvado al hermano de mi prometida? —le preguntó Irwin a Brodie con el ceño arrugado. Irwin bien sabía que todo tenía un precio, y más aún viniendo de alguien como Brodie Munro—. ¿Que rompa mi alianza con el resto de clanes para ir en tu contra? ¿O acaso que me una a ti en tu venganza suicida?

Brodie esbozó una gran sonrisa. Él parecía estar divirtiéndose.

—No te necesito, Astruther. Y no te temo ni a ti ni al resto de clanes —dijo, e hizo un gesto a sus hombres para que se marchasen.

Estos giraron y azuzaron a sus caballos para seguir las órdenes de su líder.

Irwin no parecía satisfecho con aquella respuesta.

—No me gusta deber favores.

—Déjame a mí y a mis hombres atravesar Cursed land cuando el rey te entregue la tierra tras casarte con su hija bastarda —dijo, señalando a Scarlett con la barbilla.

Tras decir eso, se marchó tras sus hombres sin esperar ninguna respuesta.

Tras llegar a la fortaleza, Scarlett acostó a Azriel en su cama, y después, se fue a la habitación de Nerys para darle la noticia de la muerte de Eara, aunque esta ya era conocedora de ella, porque se la encontró abrazada a Craig, llorando.

No quiso molestarla, por lo que salió rápidamente de allí y se dirigió al estanque.

Se sentó en la hierba. Habían pasado la noche viajando, por lo que debería estar cansada, pero no lo estaba. Las emociones de los últimos días no se lo permitían. Era mediodía y el sol calentaba con fuerza, o con toda la fuerza que lo hacía en las Highlands.

Escuchó el ruido de unos pasos y supo que se trataba de Irwin, pero no miró hacia él, ni

siquiera cuando se sentó a su lado.

—¿No hay nada que quieras preguntarme? —Irwin rompió el silencio unos minutos después.

—Mi padre es el barón de Claymore y mi madre la baronesa.

Irwin le miró el rostro. Le colocó un dedo en la barbilla, obligándola a ladear la cabeza para mirarle.

—¿Sabías que tu madre no te dio a luz? —le preguntó Irwin.

—Lo sospechaba —confesó al fin—. Vi las señales. No me parecía a mis padres. Escuché a mi madre decirle a la curandera cuando se quedó embarazada de Azriel que era su primer embarazo, pero siempre me negué a pensar en ello. No quería creerlo. Me ponía excusas a mí misma; los hijos no siempre se parecen a sus padres, y me convencí de que había escuchado mal la conversación entre mi madre y la curandera. Pero ya no puedo negarlo más. ¿Mi padre es el rey de Escocia? —preguntó con un hilo de voz.

—Así es.

—¿Quién es la mujer que me dio a luz?

—No lo sé —reconoció Irwin—. Lo único que sé es que falleció en el parto. Debía ser hija de un barón o de alguien importante en la corte inglesa porque el rey Enrique se hizo cargo de ti a su muerte entregándote a los barones de Claymore. —Scarlett no emitió palabra alguna, por lo que Irwin suspiró. Era el momento de ser sincero con ella—. Yo sabía quién era tu verdadero padre cuando chantajeé a la reina Leonor para que me concediese tu mano.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó ella, quitando con su mano el dedo con el que Irwin seguía sujetándole la barbilla.

Irwin se dio cuenta de que, aunque Scarlett se mostraba tranquila, estaba enojada; muy enojada con él. No, no estaba enojada, se corrigió a sí mismo. Ella estaba desolada y defraudada, y eso provocó que un agudo dolor se instalara en su pecho.

Irwin podía lidiar con la furia de Scarlett, pero no con su decepción.

—El rey Guillermo firmó tres documentos en los que te reconocía como hija bastarda y te otorgaba una dote. Uno lo tiene él, otro Leonor, y el tercero Nimue, quien me lo entregó a mí. No sé cómo lo consiguió. Ella nunca responde a aquello que no quiere.

Scarlett no dijo nada, ya que no podían importarle menos esos documentos.

Irwin suspiró. Lo que iba a decirle ahora la molestaría aún más, pero él no quería mentirla ni engañarla más.

—Tu dote son las tierras de Cursed Land. Estas limitan con mis tierras. De momento, pertenecen al rey Guillermo. Sus soldados no permiten a mi clan ni a ningún otro atravesarlas. Tenerlas en mi poder me daría mucha ventaja en mi guerra con los MacNeill. Y también son tierras muy fructíferas; ayudarán a que mi clan se enriquezca y los miembros tengan una mejor vida.

Scarlett le miró sin pestañear. Por un instante, él dudó de si estaba escuchándole.

Estiró el brazo para acariciarle la mejilla, pero ella le apartó la cara.

—Joyita, trata de entender… —comenzó.

—Dijiste que me llamas Joyita porque soy preciosa y valiosa —le cortó ella—. Pensaba que era valiosa para ti por mí misma, pero estaba equivocada. Soy valiosa por mi dote.

Irwin negó con la cabeza.

—Eso no es así, Joy… —Él se interrumpió al ver el rostro desolado de la joven—. Eres valiosa para mí por qué estoy enamorado de ti. Estoy agradecido de que seas la hija bastarda de Guillermo y él te otorgase las tierras de Cursed Land porque, de otra manera, no te hubiese

conocido. Mi vida no tendría sentido sin ti. Eres mi Joyita porque eres la mujer más maravillosa de la tierra. No soy nadie sin ti.

Ella comenzó a llorar e Irwin la abrazó. Ella le dejó hacerlo.

—No me odies, Joyita —le dijo él mientras le acariciaba el pelo—. No dejes de amarme —el ruego desesperado de Irwin provocó que Scarlett se separase de él para levantar la cabeza y mirarle a la cara.

—En el fondo, yo también estoy agradecida de tu avaricia. No puedo dejar de amarte, aunque quiera.

Él unió sus labios a los de ella en un beso desesperado. Un beso lleno de disculpas, de perdón, y sobre todo, lleno de amor.

—¿Le dirás a Guillermo que ya no quieres las tierras? —inquirió Scarlett cuando el beso se rompió.

—¿Por qué haría eso? —preguntó él, acariciándole la mejilla.

—Porque me amas. Y sería un bonito gesto de amor casarte conmigo sin esperar ninguna dote.

Irwin la miró como si hubiera perdido la cordura.

—Te amo, Joyita, a ti y a nuestro bebé —dijo Irwin, acariciando el vientre de Scarlett—. El amor no me ha debilitado, pero tampoco me ha convertido en un necio. Reclamaré las tierras de Cursed Land para nuestro clan.

—Eres imposible —murmuró ella, riéndose, o por lo menos, Irwin esperaba que estuviese riéndose, no llorando.

—Y, aun así, me amas.

—Aun así, te amo —concordó Scarlett—. Y te deseo. Hazme el amor, Irwin. Demuéstrame todo lo que me amas.

Y él se lo demostró una y otra vez.

Epílogo

El día de su boda, Scarlett lucia los colores de los Astruther con orgullo. El patio de armas, estaba decorado al gusto de la novia. Con adornos florales, bancos de madera, y dos largas mesas para que los invitados disfrutasen del banquete.

Scarlett no había querido celebrar la boda en la pequeña ermita, porque el sacerdote se había negado a que sus amigos, los animales, entrasen en ella. Ese era su día especial y ellos debía estar presentes.

Rena, junto a Rown, observaban desde una esquina del patio. Una ardilla peleaba con su cría para que se mantuviese quieta. Los pájaros se posaban encima de la mesa, las sillas, y los bancos.

—Es la boda más extraña a la que he asistido nunca —le dijo Craig a Irwin, observando como Nerys, con Seelie en brazos, reñía a uno de los gatitos por arañar a su hermano.

—Y el día más feliz de mi vida —reconoció Irwin, ataviado con los colores de los Astruther.

Craig asintió.

—¿Dónde está la novia? —preguntó Lothar.

—Convenciendo a su padrino para que le deje poner un collar de flores en el cuello —respondió Nerys a la vez que le entregaba a una dormida Seelie a Craig—. Voy a asegurarme de que la comida ya está preparada.

—Sus padres se han marchado de regreso a Inglaterra con su hermano. ¿Quién es el padrino? —inquirió Lothar.

Irwin no tenía la menor idea. En cuanto se enteraron de lo sucedido, los padres de Scarlett habían ido al clan en busca de su hijo. Le habían contado a su hija que desconocían quiénes eran su padre y su madre. El rey Enrique, en la amistad que le unía con el Barón de Claymore, le había pedido que criase a Scarlett como hija suya y se asegurasen que aprendiese gaélico escoces. Si esa petición les había parecido extraña, no se lo hicieron saber a Scarlett. Él y su mujer habían adorado a la niña desde el primer momento. Con el buen corazón que caracterizaba a Scarlett, les había hecho saber que no tenía nada que perdonarles cuando ellos le pidieron perdón. Ella estaba agradecida con ellos.

A ella le había entristecido que no pudiesen quedarse a la boda. Aunque Thomas de Montfort había cesado en su empeño y se había marchado junto a sus hombres, el barón iba a tomar represalias. Una larga guerra se avecinaba y tenía que preparar a sus caballeros. Aunque su madre le había prometido ir a visitarla cuando la bebé naciese, ya que Scarlett les había contado sobre su embarazo, y estos no la habían juzgado por no estar casada, como tampoco lo había hecho Nerys. Todos estaban felices por ella.

No había querido celebrar con urgencia la boda, ya que quería respetar un tiempo de luto por la muerte de Eara, y también porque esperaba que Callem regresase. Este había huido y no sabían nada de él.

Sin embargo, Callem no había regresado aún.

—¿Me están fallando mis ojos? —preguntó el sacerdote, que se encontraba detrás del altar casero que consistía en una tabla lisa de madera apoyada sobre dos barriles de cerveza vacía.

Los tres hombres giraron la cabeza para ver a Scarlett, con un ramo de flores en la mano, dirigirse hacia el altar con Alpin a su lado.

—¿Su padrino es el perro? —preguntó Lothar con incredulidad.

—La mejor elección —respondió Irwin.

Lothar miró a su hermano, esperando el sarcasmo habitual en sus palabras, pero no lo encontró.

—Estás perdiendo la cordura —masculló, chasqueando la lengua.

—Nunca he estado más cuerdo que en estos momentos —dijo Irwin cuando Scarlett lo miró y esbozó una gran sonrisa.

Aquella boda podía ser una locura para el resto, pero era perfecta para ellos dos. Y eso era lo único que importaba.

—El rey Guillermo se encuentra en Cursed Land —le anunció Craig a Irwin—. Ha pedido permiso para entrar en nuestras tierras.

El laird se encontraba junto a Scarlett desayunando solos en el gran salón. Después de la noche de bodas, se habían despertado tarde.

Irwin apartó su mirada de Scarlett para centrarla en Craig.

—No se lo des.

Craig suspiró.

—¿Acaso has olvidado que es el rey? Tan solo está siendo diplomático.

—Debemos atenderle, Irwin —dijo Scarlett.

—No —se negó Irwin con la tozudez que le caracterizaba—, iremos a la corte una vez des a luz y te recuperes. Puede esperar.

A pesar de que sabía que aquella decisión tendría consecuencias, Irwin las acataría. Poco le importaba la furia del rey cuando se trataba del bienestar de Scarlett. Y no quería que la presencia de este la perturbara.

—Quiero hablar con él —insistió Scarlett—. Tengo muchas preguntas que hacerle. —Ella tenía una conversación pendiente con el rey. Una que, aunque le producía cierto temor, necesitaba mantener.

Irwin suspiró.

—Y eso es lo que temo, que las respuestas te alteren.

—Nada de lo que me diga logrará eso. Mis padres son los barones de Claymore, nada cambiará eso. He tenido una infancia feliz. Y estoy casada con un hombre al que amo. En unos meses, el fruto de nuestro amor verá la luz. Lo que me perturba y perturba a nuestro bebé son las preguntas sin respuestas que viajan por mi mente. ¿Quieres que nuestro bebé se perturbe? ¿Acaso quieres correr el riesgo de que tenga un parto prematuro?

Craig se colocó una mano en la boca. Scarlett estaba usando las mismas artes manipuladoras que había usado Nerys con él y de las que Irwin se había burlado.

El laird, que se había dado cuenta también de ello, le lanzó una mirada de advertencia a su amigo.

—Le dejaré entrar. Te reunirás con él, pero yo estaré a tu lado.

Scarlett sonrió y le dio un beso en los labios a Irwin.

—Gracias.

El rey Guillermo contempló al perro y a los gatos que descansaban delante de la chimenea del gran salón. Él tenía la sensación de que le estaban observando, como si estuviesen dispuestos a atacarle si hacía algo equivocado.

Dos de sus soldados se encontraban fuera de la puerta, vigilando. Él no les había dejado entrar, ya que quería mantener aquella conversación a solas con la joven. Pero cuando ella

apareció junto a su marido, por la manera tosca con la que él le miraba, supo que no podría deshacerse de él.

Irwin rodeaba la cadera de Scarlett con su brazo de manera protectora. Guillermo fue consciente de que el laird sería capaz de matarle; aún sabiendo que sería condenado a muerte si perturbaba a su esposa. Y eso le hizo sonreír.

Scarlett no podía tener un marido mejor.

—¿Queríais hablar conmigo? —le preguntó Scarlett, haciendo una reverencia y sentándose en la silla frente a él.

Irwin se quedó de pie.

—Sois la viva imagen de vuestra madre —dijo Guillermo en cuanto pudo ver con claridad el rostro de la joven.

—¿Ella me amó? —La pregunta se escapó de los labios de Scarlett antes de que fuese consciente de que lo estaba diciendo en alto.

—En cuanto supo que estaba embarazada, se enamoró de vos. Si no llega a morir en el parto, os hubiese protegido y cuidado.

Scarlett asintió, porque vio veracidad en los ojos del monarca.

—Fuisteis fruto del amor, Scarlett —reconoció el monarca, sorprendiéndola—. Me enamoré de ella en cuanto la vi en mi corte. Era la mujer más extraordinaria que había conocido nunca. Iluminaba los salones con su sonrisa, pero nuestro amor estaba abocado al fracaso.

—¿Por qué era la hija de un nobles ingleses?

—Vuestra madre era una sirvienta.

Scarlett enarcó una ceja.

—¿Os enamorasteis de una sirvienta inglesa?

Guillermo esbozó una sonrisa triste.

—¿Acaso el amor entiende de clases sociales?

—¿Por qué el rey Enrique se haría cargo de vuestra hija bastarda si era hija de una sirvienta? —preguntó Irwin, interviniendo por primera vez. Había intentado mantenerse al margen, dejar que Scarlett pudiera tener una conversación con Guillermo, pero él también tenía muchas preguntas.

Guillermo no le miró, ya que estaba fascinado observando a su hija.

—Os miro y no puedo evitar ver a Claire —le dijo a la joven.

Scarlett estiró los brazos y el monarca estiró los suyos, sujetándole las manos.

—¿Si no os importaba su clase social porque no os casasteis con ella?

—Enrique la envió a mi corte porque su esposa Leonor había comenzado a sospechar. A ella le parecía extraño que la hija de una sirvienta tuviese ciertos privilegios. Leonor es una mujer celosa.

—¿Mi madre era la amante de Enrique?

—Oh, no, querida. Ella era su hija. —Scarlett abrió los ojos como platos—. No era una hija bastarda cualquiera —continuó Guillermo—. Ella era hija de la única mujer a la que amó. Ella falleció de unas fiebres cuando vuestra madre tenía diez años y Enrique llevó a la niña a la corte. Leonor lo averiguó y Enrique se enteró de que estaba tramando envenenarla. Esa fue la misma razón por la que os entregó a un buen amigo por miedo a que os hiciese daño a vos.

Scarlett se quedó en silencio, era demasiado para procesar. Aunque en su mente lo único que se repetía era que la mujer que la había dado a luz la amaba. Y eso dio paz a su alma.

—¿Habéis tenido una infancia feliz? —le preguntó el rey al darse cuenta de que ella no iba a emitir palabra alguna.

—La mejor —respondió Scarlett sin dudar.—. ¿No me queríais? ¿Por eso dejasteis que Enrique se hiciese cargo de mí? —le preguntó la joven sin poder evitar la tristeza.

El rey suspiró.

—No tuve opción. Cuando vuestra madre me contó sobre su embarazo, yo estaba dispuesto a abdicar al trono por estar con ella. Estaba dispuesto a cualquier cosa, pero ella era mucho más cabal que yo y no podía permitirlo. Se marchó de regreso a Inglaterra. Ella os dejó al cuidado de Enrique si le sucedía algo durante el parto. No quería cargarme con esa responsabilidad.

—Lo hizo por amor hacia vos —dijo Scarlett.

Guillermo asintió y sus ojos se llenaron de nostalgia y ternura.

—Debí haber luchado contra Enrique, haberle obligado a que me dejase criaros en la corte, pero me engañé a mí mismo, convenciéndome de que seríais más feliz con los barones de Claymore que como mi hija bastarda en mi corte.

—No os engañasteis. No hubiese sido feliz en la corte. No estoy hecha para una vida de normas.

—Sois como vuestra madre. Con un corazón tierno. ¿Sois feliz junto al laird Astruther?

Scarlett ladeó la cabeza hacia Irwin y, después, volvió a centrar su atención en el rey Guillermo, esbozando una gran sonrisa.

—La mujer más feliz. Estamos enamorados, majestad.

Guillermo miró a Irwin.

—Tenéis mi bendición, laird.

—No la necesito —replicó Irwin.

Guillermo esbozó una sonrisa, poco afectado por la bravuconería del laird. Giró la cabeza para mirar a su hija.

—He tardado diecinueve años, pero, por fin he hecho algo bien por vos, aceptando el compromiso que Leonor orquestó para vos.

Scarlett agarró la mano de Irwin.

—El mejor regalo que jamás podríais haberme hecho.

Poco después de esas confesiones, el rey se marchó, no sin antes hacerle prometer a Scarlett que iría a la corte a visitarle. Esa misma tarde, el rey le entregó Cursed Land a Irwin. Y aquello debería haberle llenado de gozo, pero él estaba preocupado por su esposa.

—¿Te han afectado las revelaciones de Guillermo? —le preguntó esa noche, mientras su mujer descansaba, apoyada en su pecho, después de haber hecho el amor.

—Me han dado paz.

—Eres una mujer más importante de lo que pensaba. La hija bastarda del rey de Escocia y la nieta bastarda del rey fallecido de Inglaterra.

Scarlett levantó la cabeza para observar a Irwin.

—Solo soy una mujer. Pero ahora entiendo por qué estaba abocada a casarme por amor. —Irwin la miró con curiosidad—. Provengo de una larga saga de amores imposibles. Era mi destino romper esa maldición.

—Me alegro de ser el hombre que te ha ayudado a lograrlo.

—Yo también me alegro, Irwin.

—Te amo, Joyita —le dijo él, agarrándola para colocarla encima de él.

—Ámame, Irwin. Ámame toda la vida —le respondió ella, uniendo sus labios a los de él.

REDES SOCIALES

Instagram: lexi_thurman03